This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

3 3h-582 hq-1h

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

BLANCOS Y NEGROS

Al distinguido escritor Rodrigo Sosa

Arturo Campión

Digitized by Google

Digitized by Google

BLANCOS

Y

NEGROS

(GUERRA EN LA PAZ)

POR

ARTURO CAMPIÓN

EUSKAL-ERRIAREN ALDE

PAMPLONA
IMPRENTA DE ERICE Y GARCÍA
Estafeta, núm. 31, bajo
1898

Digitized by Google

Es propiedad del autor.

Digitized by Google

Princeton
College

A mi madre.

Arturo.

Digitized by Google

Digitized by Google

BLANCOS Y NEGROS

I.

OJEADA SOBRE URGAIN Y SUS MORADORES.

Llueve, llueve, llueve. Quince días de lluvia incesante, inagotable, irrestañable. ¿Continuaba brillando el sol tras las plomizas nubes ó se había apagado para siempre? El noroeste sacude los árboles y por la ruda corteza de sus troncos baja, á hilos, el agua, extendiéndose luégo, al pié de ellos, en forma de charcas. Las nieblas blanquecinas y densas tocan la raíz de la sierra. Descórrelas, á veces, el viento y se hacen visibles los sombríos manchones de hayedos y robledales, y sobre las peñascosas crestas, la nieve y el azul pálido y borroso del cielo.

El paisaje, materialmente diluído en la acuosa atmósfera lograba, á duras penas, salvar de aquel emborronamiento algunos rasgos salientes: acá, el camino carretil apretado por setos vivos; acullá, el cauce zarzoso del río;

Digitized by Google

más léjos, los grupos de casas aldeanas con sus tejados relucientes y el desmayado penacho azul de las chimeneas.

El agua llovediza había convertido en regatos las zanjas divisorias de las heredades; las tierras de pan traer, en pantanos transformadas, partían términos con los maizales, cuyos amarillentos despojos aclaraban el fondo pardo del suelo. Las hojas secas, enligadas en el barro, chasqueaban como sonajas de panderetа cada vez que el viento disparaba sus descargas al valle por las gargantas de los próximos montes.

El suelo de la plaza de Urgain, estriado por las llantas de las carretas; despachurrado por la pezuña de los bueyes; agujereado por las patas de los cerdos, cabras y ovejas; majado por el diario galopar de las yeguadas que suben y bajan de la sierra, había perdido toda consistencia, disolviéndose en papilla de lodo negruzco, espeso, pegajoso y resbaladizo, licuado, á trechos, en agua fangosa.

Revolcándose por los barrizales, complacidos cual la dama que, al salir de perfumado baño, envuelve su cuerpo en suave peinador de felpa, los cerdos correteaban gruñendo, y esquivando la persecución de los chicuelos, ó seguían, con inconstante docilidad, los pasos de alguna mujer que, remangadas las sayas y al aire las pantorrillas, buscaba, á saltos, entre charcos y baches, tierra sólida donde posar los piés descalzos, á la vez que su mano derecha agitaba la cesta con maíz, cebo sabroso de los glotones animales.

Digitized by Google

Sobre la acera y apoyada en la pared de las casas, la concurrencia recibía, impertérrita, el torrencial aguacero. Algunos cuantos paraguas descomunales, de algodón azul y cenefa de hilo blanco, dominaban la línea ondulante de las cabezas, como otros tantos toldos de barracas de feria. Los hombres, de caras mondas y enjutas, caracterizadas por la proeminencia de las mandíbulas, la largura de la nariz y el vuelo de las orejas, cubiertas las cabezas con amplias boinas de color azul claro, vestidos de pana, camisa blanca, sin botones en la arrugada pechera ni corbata en el ancho cuello; laciamente ceñida la cintura por faja morada; calzados con gruesos borceguíes cuyos clavos movían, al andar, estrépito de herradura, ó con abarcas y peales ó *mantarres* á rayas blancas y negras; envueltos, algunos, en *capusais*, pero la mayoría sin otro abrigo que la chaquetilla corta y desceñida y el chaleco despechugado; metidas las manos en los bolsillos del pantalón remangado hasta el tobillo, sobre el que caían rígidos los pliegues de las bragas: fumaban en pipa de barro la *belarra* apestosa y discutían los negocios del mercado.

Las mujeres, por cuya abierta toca caían, espaldas abajo, hasta la cintura, las dos trenzas, prendidas á la tira de tela negra que las mantiene juntas; vestidas de percal, pañuelo á cuadros de colores vivos en el cuello, tersas las caras, de bondadosa, suave y mortecina expresión, cuya vida parece reconcentrada en los hermosos ojos, negros ó castaños: formaban grupos de parleras comadres, ó regatea-

Digitized by Google

ban, con terquedad, el par de pendientes y las varas de tela que los buhoneros pasiegos les ofrecían. De vez en cuando una muchacha, llevando la herrada sobre la cabeza, salía á la plaza de alguna bocacalle, grave en la actitud, ligera en el andar, saltando baches y pisando guijarros garbosamente, empapadas de lluvia las sayas cortas que se le pegaban á las piernas, y mientras la herrada se llenaba, charlaba con las compañeras, ó apoyaba la mano sobre el caño de la fuente y se entretenía mirando á los corros de feriantes, no sin bailar los descalzos piés sobre el mojado pavimento para desentumecerlos del frío.

CAFÉ DE LAPAS, DE ANTONIA LA GUIPUSCUANA. Este rótulo, encarnado sobre fondo gris, lo ostentaba una casa de regular apariencia. El café era una pieza cuadrada, baja de techos, sin más luz que la que buenamente podía colarse por la puerta y la ventana del fondo. Varias mesas de mármol muy largas, adquiridas de lance en la liquidación de un cafetucho de ciudad; dos espejos de medio cuerpo con marco de madera negra; una pareja de quinqués colgados; un banco corrido con respaldo, de ralo y mustio terciopelo, y hasta docena y media de banquetas de resquebrajada gutapercha, constituían lo más visible del mobiliario. Números de *La Ilustración Española y Americana,* de *La Lidia* y de periódicos satíricos con pintorrojeadas y chillonas caricaturas de obispos, beatas, frailes y monagos, recubrían las paredes, á guisa de tapices.

Digitized by Google

Era D.ª Antonia la cafetera mujer de edad madura; gruesa y alta. Apesar de sus carnes andaba siempre muy aprisa, haciendo retemblar el pavimento casi tánto como oscilaban los montones de carne que acolchaban su cuerpo. Allá, en sus tiempos, hubo de ser real moza, y todavía conservaba como relieves de opípara mesa, tersura en la piel, blancura en los bien alineados dientes y viveza en los rasgados ojos de color castaño. Cuando se construyó el ferrocarril de Zaragoza á Alsasua, un guipuzcoano, natural de Oyarzun, llamado Juan Martín Berrotarán, á quien acompañaban dos hermanas, Antonia y Catalina, vino á Nabarra. Era capataz del contratista de aquella sección, y por ser el punto más céntrico, fijó temporalmente su residencia en Urgain. Sus hermanas, guapas y hacendosas, se casaron pronto; Antonia con Olcoz, el vinatero que subía vino de la Ribera; y Catalina con un labrador. Bernardo, el marido de la Antonia, al romper la guerra civil, por haber sido agente electoral constante de los liberales, hubo de emigrar; y la emigración, léjos de perjudicarle, le llenó el bolsillo de dinero, pues se dedicó, con buen éxito, á las contratas de acarreo para el ejército. Concluída la guerra, volvieron á la villa Bernardo y Antonia. Un batallón de cazadores la ocupaba, y á la mujer se le ocurrió poner café en la planta baja de la casa. Este café lo conservó abierto después de morirse el marido y cesar la ocupación militar, más por entretenimiento y hábito que por afán de lucro; aunque el tugurio

Digitized by Google

no dejaba de producir anualmente cuatro ó cinco mil realitos, limpios de polvo y paja, gracias, sobre todo, á los mercados semanales; y cinco mil realitos en dinero, pocas personas de Urgain los veían al cabo del año.

Aquélla, como tarde de mercado, estaba el cafetucho de bote en bote. El humo del tabaco, espeso y azulado, que picaba los ojos y arañaba la garganta, se extendía tupido como las brumas de la sierra. Cuando las bocanadas de aire, colándose por la puerta, despejaban la cerrazón, veíanse muchos aldeanos con la boina sobre el cogote, encandilados los ojos, lustrosas y encendidas las mejillas; y sobre las mesas, frascos medio vacíos de rom y marrasquino, tazas de café y platillos con terrones de azúcar y cenizas de cigarro. Los parroquianos, aunque próximos unos á otros, hablaban á grito herido, como si fuesen sordos los interlocutores. Manoteaban las manos callosas, pataleaban los borceguíes claveteados, chocaban las cucharillas con las tazas y las copas con el mármol. El suelo emulaba en suciedad al de la plaza: mugre, plastas de barro, salivazos y puntas de cigarro cubrían la tarima.

Recorriendo las mesas, atenta á los múltiples pedidos, iba y venía la criada, larga como un día de mayo, de tez morena mate, pelo negro copioso recogido en rodete, ojos más negros aún que el pelo, facciones finas y enérgicas á la vez, vestida de luto, luciendo hasta el codo dos brazos musculosos que remataban en enormes manos coloradas, de macizas y

Digitized by Google

hombrunas muñecas. Era toda una beldad de figón, cual lo demostraban las complacidas miradas que le asestaban los parroquianos y las cosquillas, pellizcos y manoseos con que, al poner y quitar los servicios, le obsequiaban y agasajaban. Mari-Cruch mostrábase tolerante y mansa, mientras las caricias no pasaban de cierta raya que ella se tenía sabida y trazada, pues en otro caso, subía del fondo de reserva, algún tufillo pudibundo que le pintaba de grana las mejillas y le encendía los ojos: sus ojazos de azabache que le comían media cara.

Ni completamente fuera, ni del todo dentro de la puerta, recostados en el marco de ella y abiertas las piernas como un compás, dos hombres departían amigablemente. Corrían para el uno los cincuenta, y era alto, enjuto, moreno verdoso, de bigotes canos y cortos en forma de cepillo, ásperos al igual de su fisonomía esquinuda. Su compañero, de edad pareja, no tenía con él otra semejanza. Era grueso, de orejas chicas y coloradas, de pescuezo corto, abdomen proeminente, barba y pelo de color maíz; á las anfractuosidades de su interlocutor, oponía redondeces y curvas repletas de grasa. Sus ojuelos azules estaban como velados por un vaho que les apagaba el brillo y resplandor; los de su amigo, negros y pequeños, parecían chispas arrancadas á un pedernal. Las manos del uno eran largas y secas, verdaderas garras de rapiña; las del otro regordetas, con hoyuelos en la raíz de los dedos, anchas y mal formadas, de artesano

Digitized by Google

enriquecido, cuyo origen delatan á primera vista, las uñas planas, corneas y rasas, los dedos torpes, corpulentos y achatados, tánto como el posterior encumbramiento, la suavidad de la piel y el derroche de sortijas lujosas, placenteramente exhibidas. El señor flaco, tieso como un huso, masticaba su mondadientes de pluma; el señor gordo apuraba en boquilla de ámbar aromático habano, y se meneaba mucho, haciendo crujir el amplio impermeable, que aumentando y redondeando el contorno de su cuerpo, poníale parecido con una barrica.

—Lo dicho, D. Juan Miguel, como usted lo oye—decía el señor grueso en tono lánguido que se despegaba de su voz recia;—á las primeras elesiones caiga aquí, hemos de haser Alcalde á Perico.

—Santo Dios! hasta cuándo ha de estar usted aferrado á esa idea, D. Santiago?

—Hasta que me salga con las mías: yo soy muy tosudo.

—Bueno es que lo confiese, badajo: pero aquí estamos los demás para poner las cosas bien.

—Le parese á usted que están poco puestas, según y conforme las pongo yo?

—La idea, D. Santiago, permítame usted que se lo diga, es un cacho de disparate mayúsculo. Siendo buen amigo, no puede usted desear el perjuicio de los míos. Alcalde y Médico del partido á la vez, no caben en el saco.

—Pues se echa á la porra la titular y se guarda el cargo! Imposible parese, D. Juan

Digitized by Google

Miguel, que teniendo usted las arcas de casa llenas de peluconas y sentenes, saque por delante un perjuisio de sinco mil reales ánuos. Nesesitamos un alcalde que no tenga ideas ranzzias—y articuló con mucha fuerza la *z;* las pocas que había conservado, pechaban por las suprimidas—; un alcalde de punto en blanco, fueras de mojigaterías é hipocresías. Queréis estar en taberna hasta las once de noche y más? Pues estaos con Dios. Queréis jugar en el café? Pues quitaos la pelleja. Que rondas, pues rondas; que guitarras y jotas, pues guitarras y jotas. Las leyes han de ser laicas. Y si alguno, por mal humor ó así suelta algún juramento, que no se venga el alguazzil á cobrarle la multa pa que se chupen los dedos de gusto las lechusas de iglesia. Que cada cual sea libre, no hasiendo mal al prójimo. En fin, un alcalde del gusto de las personas que hemos corrido mundo. Cuántas veses hay que repetir las cosas, hombre? Cuando estuve en Isla de Cuba, luego en Sur-América.....

D. Juan Miguel, para cortar de raíz cierta narración sempiternamente repetida, dijo con entonación áspera:

—Estamos de acuerdo. Es necesario un alcalde de ese temple y aficiones. Usted es el único á quien el cargo no le vendrá grande, sino ajustadito y hecho á la medida.

D. Santiago no pudo reprimir cierta sonrisa de satisfacción y contento; la vanidad le hacía cosquillas.

—Hombre, hombre, — replicó poniéndose aún más colorado que de ordinario—, peor

Digitized by Google

que otros no digo que lo hisiera yo. Al fin, el que ha visto tierras y sale de casa sin camisa, y trabajándose con sus propias manos, vuelve, es un desir, en coche, no es persona del montón y común de mártires. Fueras de España se apriende mucho.

Se detuvo sobre la *u* del adverbio y soltó la *ch* como un golpe de platillos.

D. Juan Miguel se mordió los labios para matar una sonrisa y añadió:

—En las primeras elecciones será usted nuestro alcalde... digo, como aquel señorón que pasa de largo no nos coma la tostada.

Con un gesto de cabeza señaló á un joven de arrogante aspecto que volvía la esquina de enfrente, y á quien los aldeanos cedían la acera, saludándole respetuosamente.

D. Santiago siguió con la vista al joven hasta que desapareció por una callejuela de la izquierda, y contestó, entre desdeñoso y compasivo:

—D. Mario? si para entonses no se lo comen á él las ratas.

Pronunciar estas palabras y sentir D. Santiago sobre su redondeado abdomen la contera de un bastón, todo fué obra de un momento. El bastón salía de la mano de un hombre flaco, canoso y muy moreno, vestido de negro; parecía seminarista trasnochado.

—Qué bien se dice lo que se desea!—exclamó.

El indiano se echó á reir; sus ojuelos llorosos se despejaron; produjo cinco ó seis ruidos crepitantes con los labios, y andando co-

Digitized by Google

mo pato sobre sus piernas regordetas y cortas, se aproximó al del bastón, le amenazó con el puño y ahora toso y luego río, le dijo:

—Mal rayo te cuezza, indino: que te mato, que te mato!

Los gritos, dentro del café, eran estentoreos. Los parroquianos, golpeando á puñetazos el mármol de las mesas, comenzaban á cantar canciones euskaras con voz gangosa. Mari-Cruch sin cesar traía botellas de licor y mazos de tagarninas. Los concurrentes de los pueblos lejanos desfilaban poco á poco.

En el rincón, tres ó cuatro montañeses flemáticos, al rededor de un hombrecillo de edad madura, mellado y tuerto, que gesticulaba mucho, apuraban las heces de las copas de marrasquino.

—Los curas, los curas—decía el hombrecillo—, esos que hacen y no dejan hacer á los demás!

Los montañeses se sonreían; pero su sonrisa, provocada por el dicho malicioso, no pasaba de la superficie de los labios; otra les quedaba dentro!

—Eh, D. Santiago!—gritó el hombrecillo—; quiere usted venir mañana á Venta-Berri? Comeremos costillas de parroquidermo y riñones de obispoide.

D. Santiago volvió la cabeza, echó mano al bolsillo del chaleco, sacó una navajita con mango de nácar, la abrió, y después de restregar los labios para producir las crepitaciones de costumbre, que eran su señal de alegría,

Digitized by Google

dijo, articulando imperfectamente las palabras á causa de la risa:

—Ola, eres tú, Simón? mal rayo te cuezza: que te mato, que te mato!

Acercándose á Simón, le tiró una cuchillada de mentirijillas.

Seguía diluviando; los feriantes se dispersaban; en los zaguanes, las mujeres, antes de emprender la caminata de retorno, se echaban la falda del vestido por la cabeza. El viento era cada vez más frío; en las alturas cuajaba el nevazo.

—Vaya, señores, buenas tardes,—dijo don Juan Miguel.—Ya obscurece; se acabó el mercado. A casa.

—Todos vamos—contestaron D. Santiago y el señor del bastón, D. Bernardino, que no cesaba de toser anhelosamente.

Al doblar la esquina, resonó una voz bronca, que con tonillo análogo al de los aragoneses, gritó en castellano:

—Rediez! no hay otra más guapa que tú en España!

El hombre que pronunció estas palabras, era un jóven rebozado en su manta y recostado en la pared. Por delante de él, pasaba entonces con la herrada una muchacha, como de veinte años. Aunque era casi de noche y la moza iba de prisa, había suficiente luz y espacio para hacerse cargo de que tenía el cuerpo airoso y garrido, grandes y cándidos los ojos, sonrosadas las mejillas y largas y macizas las trenzas.

—La verdad; Josepantoñi es la *neskacha*

Digitized by Google

más hermosa de este pueblo y aun de los comarcanos,— exclamó D. Santiago lanzando fuego por los ojos.—Y nadies dirán otra cosa.

—Pusqué, hastáura no lo habíais visto?—preguntó el de la manta.—Sólo que es más burra cuna vaca de la Bardena, y con eso que no entiende el castellano, ni quiere, según ice, y es la más negra, le pega un par de coces al lucerico de lalba. Rediez; no le falta más que hablal y ser resalá pa que todos igan áuna: Dios me la meta por los morros.

—Con que te gusta, eh? abenserraje, zzulú, Setivayo? Mal rayo te cuezza: que te mato, que te mato!

D. Santiago le amenazó meneando el bastón, con risas y cascabeleo de labios. El de la manta no le hizo caso; lanzó un agudo relincho, brincó de la acera al barrizal de la calle, se cuadró, y galleando, dijo:

—El caga la contra salga aquin medio, que ya hay agua pa limpiale las tripas.

—Qué guapa ella, y qué bruto él!—murmuró filosóficamente D. Santiago, á la sazón que el de la manta corría tras la muchacha, la cuál, en aquel instante, apoyada la mano izquierda en la cadera y remangándose la saya, de color claro, con la derecha, tomaba muy erguida las escaleras de la fuente, al extremo de la plaza situada, tres ó cuatro metros bajo el nivel del suelo.

La plaza estaba limpia de feriantes. Por las vereditas trazadas á lodazal atraviesa, venían mujeres, camino de la fuente, deteniéndose á hablar entre sí y turbando el silencio del cre-

Digitized by Google

púsculo con el murmullo de sus conversaciones y las frescas notas de su risa.

Pronto carcajadas y risas, y hasta los cantos lejanos del café, se apagaron. Un rumor confuso, un estruendo vago se iba acercando, cada vez menos vago y confuso y más estrepitoso: trepidaba el suelo y sonaban voces de animales y cencerril repiqueteo. De vuelta de la sierra, llegaban al pueblo, piaras, manadas y rebaños de cerdos, caballos, bueyes, cabras, vacas y ovejas, gruñendo, relinchando, mugiendo y balando. Corrían ligeros los caballitos serranos; brincaban, ágiles, las cabras; los bueyes y vacas tardamente recorrían su camino, salpicándose de fango los rojizos y blanquecinos vientres, al hundir en el lodo sus pesadas pezuñas; los cerdos glotones, se desparramaban, á todo correr, por las calles, y apenas llegaban á sus casas, formando gruñidor racimo, se ponían á hociquear las puertas cerradas, hasta que les abría la *neskacha,* trayéndoles colma y humeante caldera que ellos se disputaban á empujones, resbalando sobre las húmedas losas del zaguán.

Luego cerró la noche. Quedó solitaria la plaza y cesaron los ruidos animados. Pero se enseñoreó del espacio el murmullo de la lluvia que se precipitaba á borbotones por las cañerías y canales de hojalata, ó libre caía á la calle chorreando desde los tejados con la franqueza y desenfado que suelen los elementos, las cosas, los animales y los hombres en los pueblos que aún no conocen el lujo engorroso de la policía urbana.

Digitized by Google

II.

EN FAMILIA.

D. Juan Miguel se entretuvo, más de lo de costumbre, con su partida de tresillo en casa del Americano. Cuando llegó á la suya, la puerta de la calle estaba cerrada. Dió un aldabonazo y principió á pasearse por la acera; á cada vuelta dirigía la vista á una hermosa casa-palacio que había enfrente, esquina á la plaza y á la calle de Larrechipi.

D. Juan Miguel, impaciente, iba á llamar de nuevo; se detuvo al crujir de los escalones de madera, que sonaban sordamente, bajo la presión de piés descalzos.

—Quién es?—preguntó en bascuence una voz de mujer.

—Abre, Cataliñ; soy yo.

Abrió la puerta una muchacha vestida á usanza de las labradoras del pueblo, alumbrando con pabilosa vela de sebo en palmatoria de latón amarillo.

D. Juan Miguel subió á pares las escaleras, y se coló en la sala, pieza espaciosa amueblada con sillas, butacas y sofá de paja, recubiertos de almohadones, labor infantil de colegiala monjuna. Ocupaban la consola, el reloj de bronce y su peana, dos floreros con rosas y

Digitized by Google

claveles de trapo mustio y polvoriento, y un par de caracoles enormes, cuyas jazpeadas conchas reflejaban la luz clara del petroleo que un quinqué de vidrio enviaba desde el velador, extendiéndose por las paredes blancas, adornadas con litografías de la guerra de África.

Junto al velador, dos jóvenes, vestidas de bata, calentaban al brasero los piés metidos en zapatillas de *orillo*.

—Qué es eso, chicas?—preguntó D. Juan Miguel.—Las ocho y media y la mesa sin poner!

—Aquí, papá, nunca cambiamos de costumbres. Como usted no había venido y siempre se le espera para comenzar esos preparativos.....—replicó una de ellas, apartando los ojos azules del libro que leía, y frunciendo los labios, gruesos y rosados, con mueca de fastidio.

—Demonio de chicuela! siempre alegas alguna razón, mala por supuesto. Vaya una alhaja de abogado..... Si Perico llega á parecérsete, en vez de lanceta, le pongo el Heinecio en las manos.

Y volviéndose hacia la otra joven, y suavizando el tono, añadió:

—Me pasma que tú, Robustiana, hayas dejado pasar la hora.

—Perdóneme usted, papá; hoy he cavilado mucho, y me distraí, sin duda. Cómo es aquel latinajo que usted repite amenudo? *Aliquando*..... no me acuerdo, pero en fin, sirva de excusa.

Digitized by Google

—Bueno, bueno; quedas indultada. A otra cosa. Hubo correo?

—Sí; los periódicos de Madrid y Pamplona y dos cartas; por cierto que una es muy maja, con su corona de marqués ó conde y todo, en el sobre, y papel y letra muy señoronas, igualmente; nunca habrá venido otra semejante al pueblo. Aquí están.

—Mientras ponéis la mesa y sirven la cena, leeré la correspondencia.

D. Juan Miguel acercó una butaca al velador y tomó asiento.

Buscó la carta descripta por Robustiana, y con mal contenida curiosidad, rompió el sobre de grueso papel de hilo, color agarbanzado obscuro, procurando no estropear el lacrado rojo que ostentaba corona ducal.

La carta, de letra grande y gallardamente trazada, decía así:

«Sr. D. Juan Miguel Osambela.—Urgain.—Muy Sr mío y de mi más distinguida consideración. Altas exigencias políticas, de pocas personas conocidas aún, traerán consigo, dentro de unos cuantos meses, la disolución de las actuales Cortes. Acordándome del refrán castellano «quien da primero da dos veces», me ha parecido discreto comunicar á usted, bajo suplicada reserva, mis propósitos de pretender los sufragios de ese distrito con el carácter de conservador. Los días de la situación sagastina están, por decirlo así, contados, y yo seré candidato ministerial.

»De esta suerte, atendiendo á excitaciones

Digitized by Google

reiteradas de mis amigos, me será dado reanudar las antiguas relaciones de confianza y servicios que siempre mediaron entre mi familia y esa nobilísima tierra navarra (mi patria), interrumpidas, por decirlo así, desde la muerte de mi padre (q. s. g. h.).

»Para que prosperar puedan mis desinteresados designios (pues de sobra comprende usted que únicamente el anhelo de servir á la monarquía restaurada y á la provincia me mueven), necesito el apoyo, la ayuda, la cooperación de usted que es persona tan caracterizada y justamente influyente en esa hermosa montaña, y una de las más atendidas en toda Navarra. ¡Merecido premio á una vida pública y privada intachable, donde resplandecen acrisoladísima consecuencia política é incansable laboriosidad!

»Por tanto, ruego á usted, se preste á tomarme debajo de su protección; con usted, á ningún adversario temo; sin usted, el más pequeño lograría vencerme, ya que mi amor al país me veda y la entereza de esos montañeses rechaza, el manejo de ciertos resortes que en provincias menos viriles y honradas que la nuestra, otorgan, siempre, la victoria al Gobierno.

»Á su tiempo recibirá usted una calurosa recomendación del ilustre jefe de mi partido.

»Deseo conocer sus impresiones, tocante á mi candidatura, cuya presentación depende del patrocinio de usted.

»La crisis se planteará y resolverá antes de lo que las gentes ahora se imaginan. Cuan-

Digitized by Google

do aquel suceso acontezca, apreciará usted la certeza de mis informaciones políticas.

»Aprovecho esta ocasión de ofrecerme á usted como afmo. a. y s. s.

q. b. s. m.

»T. *El Marqués de Lacarra, Duque de la Hinestrosa.*

»Madrid, 5 de noviembre de 188.....»

D. Juan Miguel, á medida que leía, fué experimentando el cosquilleo de la vanidad que suavemente le acariciaba. ¡El marqués de Lacarra, el prócer nabarro más linajudo, cuyo nombre sonaba sin cesar en la historia del antiguo Reino, á pesar del orgullo intratable de casta, proverbial en la provincia, pedía protección y amparo á Juan Miguel Osambela y Zurutuza, Escribano de Urgain y su partido, hijo de Lucas, sargento de tiradores, nieto de Bartolo, alias *Chaparro,* esquilador de oficio y presunto gitano! Verdad que el suplicante era el nuevo marqués, muchacho de veintiseis años, educado á la moderna, y no su padre, que antes se hubiese dejado descuartizar mil veces que pedir favores y llamar amigo á un plebeyo. Pero joven ó viejo, allí estaba la firma cantando: «*T.* El Marqués de Lacarra, Duque de la Hinestrosa.» Qué diablos quería decir *T.?* pues el marqués no se llamaba Tadeo, sino Fernando! la firma cuán airosa y entonada! D. Juan Miguel la miraba como un cadete á su novia.

Más de veinte años hacía que el Escribano era el cacique indiscutible de aquella montaña

Digitized by Google

y el agente irreemplazable del partido liberal en sus luchas contra el pujante carlismo. Sabedor,—por virtud de su profesión—, de la vida y milagros de la gente comarcana, nadie le aventajó en el arte de señalar, con exactitud infalible, el móvil—amenaza, dádiva, promesa—á que cada pueblo, casa y persona, responderían. Si en circunstancias críticas, cuando los curas se liaban, de veras, el manteo á la cabeza, le fué adversa la fortuna, no por esto perdió su merecida reputación de auxiliar precioso y adversario temible. En su largo ejercicio de agente electoral era aquella la vez primera que un Grande de España llamaba á su puerta, pidiéndole, como quien dice, limosna por el amor de Dios!

De la mano del amor propio lisonjeado, iban pasando por delante de sus ojos, las escenas y recuerdos de familia que amenudo servían de condimento á las satisfacciones del tiempo presente. Contemplábase jugueteando bajo el cobertizo á la entrada de la villa, mientras su abuelo *Chaparro* esquilaba asnos, mulos y caballos, ó correteando tras los cerdos, con los pantalones rotos en el trasero y desgarrados en las rodillas. Años después llegaba á la miserable casucha un hombre bien vestido, y su madre Bernarda lo acogía con gritos de sorpresa y lágrimas de júbilo. Era su padre, ausente de la villa al comenzar la guerra civil de los siete años. Desde el regreso de Lucas, cambió completamente el modo de vivir de la familia. Echó al diablo *Chaparro* las tijeras y de Bartolo casi se alzó á D. Bartolomé. La re-

Digitized by Google

mendada Bernarda no salió yá más al campo á arrancar patatas y se trajeó al igual de la *mediquesa,* la boticaria y otras señoras. Miguelico, en pañales cuando se fué su padre, á la vuelta era un mocetón de trece años, bastote y harapiento, pero listo como el aire, que durante los meses de invierno aventajaba en la escuela á los chicos de su edad y á los mayores que asistían todo el año. Laváronle la cara, matáronle la piojera de la cabeza, rascáronle la roña de la piel, y con zapatos y ropa negra que ni aun soñando había visto nunca, lo metieron dentro de la diligencia, y ¡á estudiar á Pamplona! Pasaron los años, y ocupó la escribanía, posteriormente notaría, de Urgain.

Run run y feo sonaba acerca de los dineros del ex-sargento, después del asesinato de Sarsfield y Mendibil el año 37, desertor á América provisto de algunas onzas, ganadas en el saqueo, según los maldicientes. Lucas regresó rico y murió á los pocos años.

Á los miles de duros que heredó Juan Miguel, vinieron á sumarse los cuarenta mil de dote que le llevó su esposa D.ª Gertrudis Erdozain, una cubanita muy linda, casada apenas vino de Matanzas su padre D. Raimundo á descansar de las fatigas negreras. La dote y la herencia hicieron de Osambela una especie de potentado.

Aunque dueño de una fortuna para aquellas tierras cuantiosísima, y á pesar de que los cincuenta y dos años le mordían los talones y era el clima duro—nevoso, frío y húmedo durante diez meses de invierno, con sus días de

Digitized by Google

horno y parrilla repartidos por los dos meses, mal ajustados, de verano—, y extenso el distrito notarial, é irredimible la pecha de recorrerlo á caballo por vericuetos y rompecrismas, nunca se le ocurrió dedicarse á comer sus rentas en la paz y gracia de Dios que tánto gustan á los españoles.

La profesión le producía lo bastante para cubrir, con creces, sus necesidades. Ahorraba íntegras las rentas y las destinaba á compras y colocaciones ventajosas. Su capital era como la bola de nieve. Gracias á la notaría, D. Juan Miguel pudo alimentar espléndidamente sus dos pasiones capitales: la avaricia y la dominación.

Su bolsillo era de rico; su modo de vivir, no. Habitaba un caserón destartalado, al extremo de la plaza. El principal adorno de su fachada era el balcón corrido de madera. Al sol en el invierno, y á la sombra de la parra en el verano, las dos hijas de Osambela, Robustiana y Agustina, habían hecho del balcón su estancia predilecta.

D. Juan Miguel, hombre de pocos melindres y exigencias, dábase cuantos gustos sus hábitos é inclinaciones le pedían. Ahorraba mucho anualmente y disponía, á su antojo, de diez ó doce pueblos. Nada le satisfacía tánto como que le reconociesen y ponderasen su riqueza é influencia. La vanidad constituía su único placer intelectual. Aquella noche le hizo feliz la carta del marqués-duque.

Mientras Osambela se confitaba releyéndola, Robus llamó á Cataliñ y en un santiamén

Digitized by Google

quedó todo aviado para la cena. Agustina, desdeñosa del trajín, leía y con mano blanca y bien torneada, atusábase el pelo castaño, sedoso y abundante, cuyos bucles y rizos sombreaban la tez transparente de la cara, ovalada y graciosa.

Otro tanto que la indiferencia indolente de Agustina difería del celo activo de Robus, disonaba el aspecto físico de ambas. Robus era delgada, de formas angulosas, pecho plano, color moreno-verdoso, labios finos, pelo negrísimo y rizado, dientes algo grandes, muy blancos, ojos enormes, negros también, que bajo las pobladas cejas y pestañas, lucían como dos discos de azabache. La frente, tersa y chica, los ojos y la dentadura eran rasgos de belleza; mas los pómulos salientes, la nariz exageradamente aguileña y la barba puntiaguda, destruían el efecto de aquellos primores, sobre todo, cuando cierta frecuente expresión de hostil braveza se enseñoreaba del rostro. Lo femenino mostraba un instante sus encantos para ceder el imperio de la cara al gesto y facciones del ave de rapiña.

—Dónde demonios se mete vuestra madre, chiquitas? Y Perico?—preguntó D. Juan Miguel, después de ojear los periódicos.

—Mamá anda por la cocina; Perico está en su cuarto, acabando de escribir un artículo para *La Estrella de Navarra;*—contestó Agustina sin levantar los ojos del libro.

D. Juan Miguel refunfuñó.

—Vaya, á la mesa!—mandó con tono agrio.

Digitized by Google

—No veo, de hambre. ¡Llama á tu madre, y á tu hermano, Agustina!

La joven cerró el libro de golpe, y salió. Pocos instantes después entraba Cataliñ con la cazuela de sopas de ajo, humeantes. Detrás apareció D.ª Gertrudis, mujer rechoncha, de fisonomía suave y bondadosa, y movimientos tardos.

D. Juan Miguel estaba ya sentado á la mesa. D.ª Gertrudis se le acercó por detrás pausada y quedamente; le estampó un beso muy sonoro en el cogote, y murmuró con voz apagada, acento melifluo y entonación monotona, como quien dice las cosas de coro:

—Estabas ahí, queridito? y yo que no te he oido venir..... Ya se ve; como me gusta observarlo todo. Esas criadas se distraen con frecuencia y hay que avivarlas. Las jóvenes son así; por más que una les diga..... Periquito vino tarde; muy mojado, Jesús! tuvo que cambiar de pantalón y calcetines; dónde se mete ese muchacho? Qué humorada! andar con este tiempo fuera de casa..... A mí, lo que es, no me gustaría. Pero los hombres sois todos así, algo estrafalarios..... No te ofendas, por eso; tú, Osambela, eres modelo; te quiero siempre, siempre, como el primer día. Para mí no corren los años; soy vieja, pero cariñosita, y á Dios gracias, no me falta mi poquito de salero. Jesús! qué fantasiosa! dirás..... Robustiana, sabes? anda hoy preocupadita; su entrecejo está arrugado, y el bigotillo, más negro que de costumbre. Conozco las cosas sin necesidad de que me las digan; como estoy en todo, sa-

Digitized by Google

bes?; viejecita, pero con los ojos muy vivos..... y si no fuera así, dónde iríamos á parar? Le pregunto qué le pasa, y no me responde. Dice que esta noche lo dirá. Uuy! qué misterios! aquí hay algo; la cabecita de la niña es un volcán. Oh! no será para perder; vida mía es como tú, buena é interesadita. La otra se me parece; un terroncito de azúcar, algo novelera, pero eso, qué importa? No todo ha de ser contar dineros, Jesús! pero buena, buena de veras..... Tendrás apetito, como de costumbre? La cena estaba yá lista, hace un rato..... Hoy he pasado mal día; hace cuatro años que á las cinco de la tarde ¡bien me acuerdo, ya lo creo, no faltaba más! murió nuestro pobre Julianito: míra, tendría ahora diez y ocho años. Aquél sí que era listo! y bondadoso, no digo nada. Cómo corre el tiempo; me parece que te estoy viendo, el día que mi buen padre me dijo: «Gertrudis, perlita, corazoncito de oro, ése será tu esposo». Por cierto, me diste miedo, lo confieso. Acostumbrada á la dulzura de mis paisanitos, sabes? tu entonación me hizo el efecto de la de un hombre que está enfadado. Mas te miré con el rabillo del ojo, y dije: «Me gusta ese moreno». Qué tontería! entonces me daba miedo ser tuya, y hoy lloraría, si no lo fuera. Dios sabe lo que se hace y prepara maravillosamente las cosas. ¡Zapi, zapi, márchate, ladronzuelo, pillastre.....

D.ª Gertrudis se puso á perseguir á un gatazo de Angola, que pirateaba sobre la mesa.

—Jesús! estáis yá cenando y no me lo ad-

Digitized by Google

vertís! Mi idolatrado Osambela me emboba. Uuy! qué malos, qué desdeñosos!

D.ª Gertrudis fruncía los labios cual niño que hace pucheros, pero de mentirijillas.

—Como no oyes, mamá! hemos aguardado á que, por sí solos, se acabasen los recuerdos, —replicó Agustina con voz puesta.

—Qué cosas se le ocurren á mi niñita; porqué no se acercó al oído de su mamá, que oye de cerca, y no le dió un beso de esos que á ella le gustan, al decirle: «mamita, que te esperamos y se va á enfriar la sopa?

—Por Dios! no veo la tostada de esas zalamerías,—exclamó Robus con tono agri-dulce.

—Has terminado tu artículo para *La Estrella de Navarra*, eh?—preguntó D. Juan Miguel á su hijo Perico, que en aquel momento tomaba asiento á la mesa.

—Vaya, por cuanto vos, no le habían de haber pasado á usted el cuento esas parlanchinas..... Indiscreción, tu nombre es mujer, diré yo imitando á Shakespeare.

—De qué trata el artículo? de lo de siempre, verdad?

—Sí, papá; trata de las religiones positivas en sus relaciones con la libertad política. Por consideración á usted, saldrá sin firma; lo siento, de veras. Está regularmente trabajado: con *amore*.

—Voto á los demonios! Y qué me importa lo firmes ó no lo firmes, si todo el mundo conoce tu condenada chifladura? Badajo, con el crío! Á fe, que no es denunciador que diga-

Digitized by Google

mos, además del asunto, tu estilo empedrado de términos estrafalarios y rimbombantes.

—Le repito á usted, papá, que realizo un verdadero sacrificio en aras del cariño y del respeto que le profeso, al no firmar ése ni otros escritos de idéntica importancia. Al fin y al cabo, yo soy el primero que en esta hiperteológica Nabarra, clava el hacha de la crítica al tronco carcomido de la Iglesia. Yo no me ando por las ramas como ustedes los progresistas que detestan á los curas y se arrodillan ante los símbolos y simulacros que justifican su existencia. El cura es un puro saltimbanqui que explota su barraca. La gran ley de la historia, es la eliminación de lo sobrenatural. La libertad de los pueblos, mejor dicho, de la humanidad, se efectuará bajo el imperio de la Ciencia, única *Dei genitrix* y *Salus infirmorum* del hombre humano. Disuélvese y bórrase yá por doquiera el estado teológico, cediendo el puesto al estado metafísico, que tras de efímero imperio preparatorio y precursivo, será reabsorbido por el estado científico, cuyo alboreo, pocos todavía vislumbramos. El hombre de Estado es el que coopera al cumplimiento de las leyes naturales; semejante estadista coadyuva al divino parto de la naturaleza, en cuyo seno se mueve el Dios inmanente. Cuanto más grande es la proporción del elemento racionalista en una religión, tánto más se adapta al *processus* del mundo. De igual suerte que *natura non fecit saltum*, tampoco se interrumpe la hilación de ese conjunto de estados de conciencia que llaman espíritu. De

Digitized by Google

donde dimana la indicación terapéutico-social de proteger y amparar toda tendencia hostil al Catolicismo, sobre todo, en la esfera religiosa, á fin de que pausada, pero ineludiblemente, se produzca la eliminación de lo sobrenatural. Según dice *La Estrella de Navarra,* háse establecido en Pamplona una misión protestante. Yo aconsejo á los verdaderos liberales que la protejan, no porque sea protestante, sino porque no es católica. El gran Gambetta lo ha dicho: «El clericalismo es el enemigo», es decir, siguiendo la interpretación, en cierto modo auténtica, del insigne Paul Bert, el Catolicismo, forma la más sabia, lógica, completa, tenaz y temible de las ficciones teológicas.

El joven se expresaba con imperturbable aplomo. Refrenaba las modulaciones de su voz que, de suyo, propendía á espaciarse con tonos musicales, para mantenerla en monotona tensión que correspondiese á la tiesura del aire y al dogmatismo del gesto. Las rebuscadas impiedades, con tono enfático y frío dichas, salían de una boca fresca, sonriente, apenas sombreada por rubio bigotillo cuya nota juvenil rectificaba la mascarilla un tanto grave de la cara, pálida y enjuta, de finas facciones, que se estiraba por entre dos patillas embrionarias, á la inglesa.

Durante esta larga perorata, D. Juan Miguel, se mordió y remordió los labios y tocó á degüello repetidos redobles sobre el plato de loza. Amaba al pollastre entrañablemente; pero sus ideas le derramaban hiel en la sangre. Al progresista empedernido le espantaba la

Digitized by Google

dilatación de sus propias opiniones. Veía la inquina á los curas trocada en odio á las religiones, y singularmente al Catolicismo; el aborrecimiento á Isabel II en abominación de la monarquía; el cándido optimismo idealista, en seco positivismo utilitario. El doceañista había procreado un federal de la extrema izquierda, y el pobre ganso, después de empollar el huevo de milano, contemplaba atónito el pico y las garras de la cría.

—Badajo!—exclamó golpeando la mesa con el puño,—ésas son majaderías de á folio. ¡Vaya una generación de pedantes que se nos viene encima, para desacreditar, primero y derruir, luego, cuanto de bueno hemos levantado á costa de rios de sangre y montones de oro! Tú y los sabihondos tus maestros, debíais de estar enjaulados en el Ateneo de Madrid, que es la primer casa de locos que hay en España! Nunca he oído tánta barbaridad junta: eres de los de la *Común,* ó qué? Pero si has despotricado tánto como dices, y así será, voto á Sanes! vamos á tener un disgusto de ordago cuando se publiquen esas atrocidades. Es imposible que el Obispo no os excomulgue á ti y al periódico, órgano de esos canallas de republicanos.

—El Obispo, el Obispo!—replicó Perico irónicamente—; me río yo de ese presbítero de la clase de distinguidos. Vuestro Obispo, como todos los que se estilan ahora, es un Obispo embolado.

—Míra, Perico, en mi casa soy yo Obispo y Papa y Rey, todo en una pieza, y no consien-

Digitized by Google

to que publiques semejantes desatinos y estúpidas blasfemias. Para cortar de raíz tus planes, voy á hacer añicos ahora mismo el artículo. Dámelo, si lo llevas encima!

—Papá, esto es un atropello; va usted á deshonrar su liberalismo. La libertad del pensamiento.....

—Embustería! Patarata! Aquí no hay otro pensamiento que el mío. Venga el artículo.

—Está en mi cuarto.

—Voy á buscarlo para pegarle fuego.

D. Juan Miguel se levantó y salió del cuarto bufando airadamente. Perico, lívido, se encaró con sus hermanas:

—Lo veis? por vosotras, parlanchinas, habladoras, indiscretas!

D. Juan Miguel volvió, trayendo ocho ó diez cuartillas. Las dobló por la mitad y las rompió; tornó á doblar los trozos y á romperlos, hasta dejarlos reducidos á pequeñísimos fragmentos. Entonces se sentó, después de dirigir imperiosa mirada á Perico, por cuyos ojos se asomaban las lágrimas.

D.ª Gertrudis, durante esta escena se estuvo mirando á todos los actores de ella con atención sostenida. Á puro de aguzar el oído, logró enterarse de algunas palabras sueltas. Catalin sirvió una fuente de costillas de cerdo con patatas. D. Juan Miguel se puso dos: era el mejor apetito de la familia. Estableciose un silencio sepulcral y embarazoso: el silencio de las situaciones tirantes. Todos tenían las caras foscas, excepto D.ª Gertrudis que la iba acara-

Digitized by Google

melando progresivamente. Revolvía los ojuelos traviesos y lanzaba miradas tiernas, ora á su marido, ora á su hijo, solicitando la connivencia de sus hijas con guiños y visajes.

—Uuy!—dijo llevándose el dedo índice á los labios, de suerte que aún resultaba más sordo el sonido de su voz—; uuy! ya han regañado mis corazoncitos. Os veo á todos serios; mi amadísimo esposo está algo soliviantado. Vosotros creéis que yo no me entero de las cosas? Ah! no me conocéis bien; nada se me escapa. Dios me dió penetración que supliese la torpeza del oído. Habéis regañado, y por política. ¡Jesús, qué majadería, la política! Y no es la primera pelea, ni el primer disgusto, éste. Bien me acuerdo de ello. Acababa de concluir su carrera mi idolatrado Periquito y cierta tarde la armó con mi siempre venerado Osambela: «que era mejor la república»; «no, que la monarquía era mejor». Qué nos importará esto á nosotros? Periquito, galleando como estudiante fresco, te dijo..... lo recuerdas, Osambela? que era más liberal que tú, y entonces se te subió la sangre á la cabeza. ¡Echabas espuma por la boca! uuy! nunca te he visto tan furioso. «Tú más liberal que yo, tontiloco, ignorantuelo, trasto! ahora lo vas á ver»; y le pegaste un bofetón en el carrillo derecho, que el pobrecito chico tuvo ocho días colorado.

D. Juan Miguel dió un respingo.

—Es mucha la oportunidad de esta mujer. —dijo, mascullando las palabras.

—En esta casa no es posible ni hacer las paces—exclamó Perico.—¡Vosotras tenéis la

Digitized by Google

culpa, majaderas!—añadió, increpando á sus hermanas.

—Vámos, con que no es nada? claro!—prosiguió D.ª Gertrudis.—Más vale así. Hay hombres que fuera están alegres como unas castañuelas, y después, en casa, arman la de Dios es Cristo. Oh, no lo digo por ti, mi queridito, excelente y bondadoso Osambela. Algo vivaracho es tu genio; quién carece de defectos? Y gracias, cuando no son mayores. Pesadumbres, las que envía Dios! Hoy hace años, recuerdas? murió nuestro Julianito: hijo de mi alma! El día 7 vino de paseo á las tres de la tarde; traía los piés y las piernecitas mojadas; el angelito había jugado á meterse por los charcos y barrizales, en compañía, bien me acuerdo, de unos granujas, hijos de pobres. Uuy! á éstos nada les hace daño; lo mismo corretean descalzos sobre la nieve de enero que si estuviesen al sol de julio; los que no son robustos, se mueren, y en paz: esto le sucedió al nuestro. Julián, ¡monono!, era más fino; ya lo creo, americano puro. Retrato de Agustina: rubio como el oro. Aquella tarde, aún lo estoy viendo, vestía traje de tela escocesa. A las ocho de la noche dijo que le dolían los riñones. «Ay! prenda», le dije yo, «qué tienes?» Nada se me escapa. «Mamaíta», era tan zalamerillo!, «dolor en la cintura y mucho frío». «Pues á mi camita, y luégo beberás una taza de té *gocho, gocho,* y para mañana, curado. No te asustes, piñita.» Lo eché á la cama, caliente y abrigado. «Mamaíta», me dijo á las once, «dame un beso; me parece que me voy».

Digitized by Google

«Adónde, hijo mío?», le pregunté sobresaltada. Ay! y con razón; luego se vió. «Aupa», contestó señalando el Cielo; «manda callar á ese perro». «Á cuál?» «Al que está ladrando en la calleja.» Como soy algo tarda de oído (éste es mi defecto; en lo demás, no soy tonta, no), creí que era verdad. Abrí la ventana, miré; perro, que si quieres! Me acerqué al niño para decírselo, y noté que tenía los ojos muy brillantes. Le toqué la cabecita; echaba fuego. «Jesús, este niño delira.» Te llamé; brincaste de la cama y me dijiste: «Quien delira eres tú!» Como soy una mujercita tan buena, me callé; no me atreví á contradecirte. Al día siguiente, el niño estaba peor. «Osambela», te dije, «llama á D. Hipólito». «Yo llamar á ese faccioso? mal rayo le parta; que venga Valentín, y si la cosa urge, vendrá el médico de Arbizu ó alguno de Pamplona.» Vino Valentín, el ministrante que había sido cabo de tiradores. «Ese niño no tiene sino melindres: que coma, y á la escuela.» Oh! yo, de todo me acuerdo: nada se me escapa. Vosotros pensáis que estoy en Babia; ya, ya..... viejecita, eso sí, pero lista como una ardilla. El niño fué á la escuela, y volvió peor, y al día siguiente peor, y al otro peor. El día 11 estaba yo en la despensa; hacía mucho frío; nevaba? me parece que sí..... pero no estoy segura de ello. Entró la Iñasi, aquella muchachona de Alsasua que se casó con Pedro el alpargatero, y me dijo: «Señora, señora, Julianito morir se hace.» «¿Qué dice usted, mujer.....» Corrí.. .. ahora lo recuerdo perfectamente, nevaba; el carro de

Digitized by Google

Juanico el de Estella estaba blanco como un montón de harina. Entré en la alcoba; el niño, con un ronquido convulsivo, decía: «mamá, mamá, mamá!» Aquello era pedir auxilio. Entonces llamaste á D. Hipólito; éste se acercó al niño, ya inmóvil; lo miró, y dijo: «Señora, Julianito está en el Cielo; ruegue arriba por nosotros, que nos será más difícil entrar allí.» Pobrecillo de mi alma! rubio y de ojos azules, en manos de un cabo de tiradores! Y tú que eres buen padre, lloraste mucho cinco ó seis días; yo siempre. Pobre hijito nuestro! el retrato, mejorado, de Agustina; era muy inteligente; me comprendía á media palabra; qué digo? me bastaba mover los ojos: no habéis llegado vosotros á tánto, todavía.

D.ª Gertrudis lloraba copiosamente.

—¡Esta noche no canta el canario! qué le pasa? está enfermo, ó mal humorado, quizás! —preguntó D.ª Gertrudis repentinamente.

Se levantó de la silla, y se acercó á una jaula que colgaba del techo.

—Pipí, pipí, mononol—gritó con voz atiplada.

Y tomando un cantarito con silbato, comenzó á lanzar trinos y gorjeos, á la vez que dos lagrimones resbalaban desde la nariz al reluciente barro.

—Esto es para pegarse un tiro,—bramó don Juan Miguel—. Si vuestra madre no fuera una santa, sería la mayor bruja de la tierra, badajo! Á la cama; de lo contrario, esta noche va á haber un estallido. Buenas noches.

Digitized by Google

Robus se acercó á Perico y le dijo á media voz:

—No está ahora el horno para rosquillas; al primer buen humor sobre el horizonte, zas! le hablo de tu asunto.

—Casi más tuyo que mío, pues si tú no me animaras! Qué indiscretas sois!

—Yo, nada le he dicho. A quién se le ocurre, en las actuales circunstancias, escribir de cosas que tánto le molestan?

Robus y Agustina se retiraron juntas, y Perico poco después. D.ª Gertrudis continuó gorjeando y piando largo rato.

—Ay ene!—dijo mirando á todos lados—; se fueron, sin deeir oste ni moste; váya! no les habré oído cuando se despedían. Catalina, Catalina, ven á recoger los platos y ponte á fregar enseguida; se ha hecho tarde.

La criada acudió masticando; se restregó con la mano los labios untados de grasa, y dijo de mal talante:

—Ya voy, señora! Cuándo perderá la memoria esta vieja. Jesús que peste. Ni cenar le dejan á una!

Digitized by Google

III.

PROYECTO MATRIMONIAL.

D. Juan Miguel se despertó de buen humor, gracias al efecto sedante de tranquilo sueño. Bien lo conoció Robustiana, que andaba á la husma, en la manera de pedir el chocolate, y con pretexto de servírselo, se coló dentro del dormitorio, pieza espaciosa y perfectamente situada. Daba al balcón donde Osambela solía tomar el sol y apacentar su curiosidad, atisbando el ir y venir de las gentes, pues era más curioso que todas las comadres de Urgain juntas.

El cuarto, alto de techos, lucido con cal y entarimado de roble, revelaba la profesión del propietario, sus opiniones políticas y ciertos instintos de comodidad, ni melindrosos ni elegantes. Había ocho sillas vitorianas, una mesa-bufete de nogal atestada de papeles, con maciza escribanía de plata en el centro, tan pobre de hechura artística como rica de peso, una librería encristalada, yacimiento de solemnes y gruesos protocolos, un sillón de vaqueta junto al bufete, con raída alfombrilla para los piés, una chimenea de mármol basto, á la que hacían centinela, por la derecha, el leñero fo-

Digitized by Google

rrado de tapicería, y por la izquierda otro sillón idéntico al del bufete. Sobre la chimenea, un reloj de jazpe, cuya maquinaria chirriaba, entumecida por la humedad, y detrás del reloj, una cromo-litografía del general Espartero, grotescamente vestido de rey, con manto de armiño, corona y cetro, orlado de banderas nacionales, por entre las que serpenteaban rótulos que decían: *Soberanía Nacional; Derechos Individuales; Constitución de 1869; Progreso y Libertad; Honradez y Trabajo; ¡Abajo los Consumos!* El cromo ostentaba la siguiente inscripción, con letras encarnadas y negras: «*El mejor candidato al Trono de la España libre.*» Allí lo colgó el entusiasmo septembrino de D. Juan Miguel, y allí se quedó, sin perjuicio de posterior alfonsismo.

D. Juan Miguel, repantigado en la butaca, arrimaba los piés á las alegres llamas de la chimenea. La puerta de escape de la alcoba chirrió y se abrió de par en par la de cristales que la aislaba del cuarto.

—Porreta! tengo un ratoncillo en el estómago que me pide media docena de *sopicones*. Qué cara traes hoy, Robus, que no es la cara de todos los días? Anoche me llamó algo la atención; mostraba visos como de aparato y misterio..... pero el galernazo me cambió los rumbos. Váya, siéntate á mi lado; corre la butaca..... así. El chocolate ha salido algo claro, pero me sabe á gloria; míra, caen cuatro gotas al levantar la rebanada, y esto es contrario á la regla del fraile. Ajá! qué es ello?

Robustiana miró fijamente á su padre, y

Digitized by Google

después de un silencio de redonda lo menos, dijo lentamente:

—Si usted quisiera adivinar.....

—Me quedaría tan fresco como antes,—replicó D. Juan Miguel con la boca llena—. Si se tratara de tu hermana Agustina, todo ello sería algún capirucho de encargar vestido á Pamplona, ya que ahora no caben *tenientajes*, como los que nos sirvió, cuando la ocupación militar.

—Pues mire usted, papá, por el camino de Agustina nos hemos de encontrar.

—Porreta! te vas á dedicar á los figurines, eh? Pero como eres más escribano que yo, más hombre que yo, más enamorada de la peseta que yo, te doy carta blanca: ya sé que no me arruinarás. Siendo la primera vez que sales por el registro de los antojos mujeriles, llevaré la galantería hasta el extremo de bajar contigo á Pamplona, para que te tome medida la costurera y elijas á *tutiplé* los cachirulos.

Robustiana se mordió el labio inferior, por impaciencia, y nada replicó. Su padre, riyéndose, añadió:

—Te estorbaré, verdad? Bajarás sola, con el botaratón de tu hermano; ratifico lo de la carta blanca.

—Es que, ya ve usted..... tengo los vestidos precisos.....

Robustiana pronunciaba las palabras reposadamente, recalcándolas mucho, como quien quiere y no logra indicar la pista. De pronto su padre dió un grito y dos rayos de júbilo animaron sus ojos.

Digitized by Google

—Voto al chápiro, quieres colgar las tocas de monja! Deseas darme gusto? Depones esa actitud inverosímil que te ha hecho desdeñar tántos partidos excelentes? Cuando los has tenido así, así.....

Y el notario levantaba y movía con rapidez los garfios de sus manos.

La fisonomía de Robustiana se obscureció. Velo de tristeza empañó sus ojos y el labio superior dejó al descubierto los dientes con mueca de despecho.

—Nada de eso, papá; no se trata de mí. Persistó en mi actitud inverosímil, como usted dice.

—Pues de quién diablos se trata? De esa tontuela de Agustina, seguramente: disparate al canto. Mas tú, mujer de Dios, cuándo amainas, y te civilizas? Míra, que te van á caer encima los treinta, y en llegando á esa edad, á las mujeres hay que asegurarlas de incendio: una chica de treinta se casa con el demonio.

—No hay que apurarse, papá. El diablo, ni vive en el pueblo, ni en sus contornos. Los excelentes partidos que yo he desdeñado, según usted, figuran en la nómina de los ricachos del valle; la media docena de antiguos *cherriketaris* ilustrados en las tiendas de Pamplona ó los ranchos de América, pero tan aldeanos como antes, son unos pobres diablos, á pesar de sus dineros, para tentarme á mí.

—Ya, ya,—gruñó el notario—conozco el paño: todas sois así, cazadoras del tordo blanco.

—Pero si no son tordos, ni negros, ni blancos, papá! Si son unos cernícalos.

Digitized by Google

—Porreta, vivimos en el monte! Pero adelante..... con que la Agustina, eh? La mosquita muerta puso la pajarera de ocultis, eh? Bueno sera el verdel cazado, cuando te envía á ti de embajadora!

Robustiana se riyó, y dijo:

—No le sopla á usted el viento para adivino. Quien desea casarse es Perico.

—Perico! otra te pego..... y con quién? Aquí en en el pueblo hay un buen ramillete de mocetonas de las de azada y serón de fiemo, pero señoritas..... pocas, feas y pobres. Se habrá encaprichado de alguna *rocera?* como le da por la democracia.....

—La novia es una verdadera señorita, linda y regularmente acomodada, supongo yo.

D. Juan Miguel frunció el entrecejo, y con la grosería de los *Chaparros,* siempre en él latente, y amenudo patente, replicó:

—Te estás burlando de mí, mandilona? No conozco el pueblo, ó qué? Quién es la oculta y desconocida princesa?

—D.ª María Isabel de Ugarte y Axpe-Salazar.

Era tan inesperado el nombre para D. Juan Miguel, que se quedó boqui-abierto, pasmado, inmóvil; enarcó las cejas, abrió desmesuradamente los ojos, lanzó un resoplido, y luego anheloso, como atacado de disnea, exclamó:

—Quién dices, quién?

—D.ª María Isabel de Ugarte y Axpe-Salazar—, repitió Robustiana con calma zumbona.

D. Juan Miguel brincó y se puso de pié; empujó la butaca hacia la pared, metió las

Digitized by Google

manos en los bolsillos del pantalón y comenzó á pasearse, dando descomunales zancadas por la sala.

—A esto llaman una chica de talento! Para soltar este disparate vistes de pontifical y tañes la campana grande? Badajo! has olvidado quiénes son los Ugartes, ó qué? Ignoras que son hidalguillos raídos, aristócratas ratonados, con más fachenda, pretensiones y orgullo de sangre azul y armas parlantes que deudas, que es cuanto hay que decir? Olvidas que esa damisela es prima de condes, sobrina de marqueses, tía de duques, descendiente por linea recta y no interrumpida, del mismísimo sobaco de Cristo? que es hija de D.ª María de Axpe-Salazar descendiente, por lo menos, del gran Tamerlán? que esa maldita bruja tiene más humo en la cabeza que todos los bizcainos, sus paisanos, juntos? que esa familia ugarteña es más antigua que la sarna y más limpia que el sol? que era casa armera y del brazo militar, ricos-hombres en Nabarra—más les valdría ser hombres ricos!—, infanzones en Bizcaya, de los parientes mayores en Guipuzcoa, obispos en Roma y calamidad en todas partes? que tienen sobre la puerta un escudo con más fieras y animalazos que *muchú* Bidel? Se te ha ido de la sesera que Perico es hijo de Juan Miguel Osambela, notario y villano por los cuatro abolorios, nieto de Lucas y biznieto de *Chaparro,* el más insigne esquilador de toda esta Barranca? que sus abuelas paterna y materna, eran labradorazas de tomo y lomo, más cerriles, si cabe, que las de ahora, laya-terrú-

Digitized by Google

ños y rasca-boñigas? que si miran á nuestro linaje no encuentran asa señoril por dónde agarrarnos? que D. Mario es un carlistón fanático y yo un gran liberal? Ésa es la novia que te calienta la mollera! Chica, te vas chiflando como tu madre.

D. Juan Miguel soltó una carcajada áspera, brutalmente burlona. Robus escuchó la descripción de los humos nobiliarios de los Ugartes con regocijado semblante; avinagró el gesto cuando le llegó el turno al origen villanesco de los Osambelas, pero la imprecación final, y sobre todo, la carcajada le lastimaron el amor propio. Mordió el pañuelo para refrenar la rabieta; despidieron llamaradas sus ojos, y dijo con voz temblona:

—Me toma usted por una necia..... yo miro las cosas..... tampoco nos vendrá mal, á mi juicio, si hemos salido al mundo de una charca, como las ranas, frotarnos un poco con gente principal para que se nos caigan las cazcarrias.....

—Vamos, chiquita, no te enfades; hasta el hombre más listo mete la pata, á veces.

—Tiene usted unas cosas, papá!

—Creo que esta vez las cosas son tuyas, porque, en resumidas cuentas, cabe en tu cabecita lista que María Isabel se case con el descendiente de *Chaparro?*

—Y por qué no? El amor iguala las condiciones. Creo que se casará, y sin mucha oposición, si me apura.

—Porreta! esta es más granada, todavía!

Digitized by Google

—Sin que intervenga la justicia: como usted lo oye.

—Y quién va á hacer ese milagro estupendo?

—La donación con que favorecerá usted á Perico.

El cano bigote del notario se erizó, revistiéndose de hostilísimo aspecto.

—Por cuanto vos no había de caer el palo sobre mis costillas. Chica, fuéra ilusiones; yo no sangro mi bolsa por vanidad. Además, la donación á favor de Perico, aunque comprendiese mi fortuna entera,—hipótesis naturalmente, absurda!—, no ablandaría el orgullo de los Ugartes. Esas gentes, cuando echan fiemo á sus heredades, ha de ser á carretadas.

—Cualquier donación no sirve para el caso. Sólo hay una, y es la que pondrá usted en manos de Perico.

—Hablemos, pues, de este famosísimo negocio, que excita, sobremanera, mi curiosidad. Cuál es esa misteriosa donación?

—La casa *Jauregiberri;* las casas *Amezola* y *Artochipi* de la calle de *Larraña-kalea;* la casa *Maritorena,* de *Maiza-kalea,* y el monte *Ataunko-bidea.*

—Ta, ta, ta! Ciertos son los toros; te chiflaste, Robustiana! Llorad, hijas de Jerusalén. Esos bienes pertenecen á D.ª María por testamento de su esposo, hecho, según dicen, años antes de que nacieran los chicos, pues la fertilidad de la infanzona se hizo esperar. Cómo, pues, se las he de donar á Perico?

—Pero, papá, supone usted que yo ignoro

Digitized by Google

lo que saben hasta los niños de teta? Por lo mismo que pertenecen á D.ª María, hacen al caso; son las guindas que echaremos á la tarasca.

—No entiendo ni jota.

—La cosa es clara, papá. Esos bienes están hipotecados; adquiramos la hipoteca; he aquí la donación á Perico. Dueño usted del crédito, antes de dos meses estarán vendidos los bienes, si usted quiere; porque la Ugartería con todo su orgullo, aunque la prensen, no puede devolver los quince mil duros que sobre ellos tomaron, y se quedarán sin casa solariega y sin terruños. La adquisición del crédito le pone á usted el zurriago en la mano.

—Bien pensado! Pero al tuyo, como á todo razonamiento de mujer le falta, poca cosa: sentido común.

—Gracias por la flor, papá.

—Lo que oyes. La hipótesis es vana. Don Juan Lehoz, acreedor hipotecario, que debe muchos, pero muchos favores á los de Ugarte, jamás ejercitará su acción. Para el caso, como si la tal hipoteca no existiese. Esperará el pago hasta la consumación de los siglos. Cómo, pues, me ha de vender su crédito? Si se formalizó escritura, fué por pura delicadeza del difunto D. Fernando de Ugarte.

—Ay, papá! cuánto revolcón le doy á usted. D. Juan Lehoz se ha muerto.

—Demonio! cuándo?

—Hace cuatro días, y ha dejado sus bienes á su hermano D. Timoteo, cuya hija Juanita, la mayor de nueve hermanas, de *nueve,* papá,

Digitized by Google

me ha escrito comunicándome todos estos detalles. Ya sabe usted que somos amigas de colegio. La herencia de D. Juan resulta bastante inferior á la que sus herederos y el público suponían. Con todo, Dios ha venido á ver á D. Timoteo, que está de trampas hasta las cejas. Figúrese usted ahora si D. Timoteo, que por ningún favor personal está obligado á los Ugartes, rehusará vender el crédito, como le ofrezcan precio razonable.

—Chiquilla! me das quince y raya. Eres un prodigio, y yo un mameluco. Las fincas hipotecadas valen muchísimo y no valen nada. *Ataunko-bidea* es un monte soberbio; pero el acarreo de sus robles y encinos, difícil y costoso; *Jauregiberri* es gran palacio, digno de una población de primera, pero..... para vivir en él: aquí, es un caserón, cuyo valor efectivo se ha de reducir á la vigésima parte de su coste: las demás tierras y casas, valen lo que las de su clase aquí: una futesa. Dicha hacienda, para una persona del país y con monises, es pingüe hacienda..... regalada, chica, regalada, en quince mil duros! Por supuesto, en tus combinaciones hay un elemento novelesco del cual prescindo. Cásese, si le place, Perico, con la casquivana de María Isabel, á tuertas ó á derechas, entrando en el castillo feudal por la ventana, ó por el zaguán! El negocio lo voy á perseguir como cosa mía, para mí: los protocolos se darán pisto en la casa señorial.

El notario se acercó al balcón, y contemplando la severa y rica fachada de *Jauregibe-*

Digitized by Google

ri exclamó, con agresiva alegría, meneando el puño, en són de amenaza:

—Os he de pasar á cuchillo! os he de echar á la calle á testarazo limpio! Ya veremos para qué sirven los humos y los melindres! Cambiaron los tiempos, señores míos! Hoy al que no paga, lo ejecutan, aunque descienda de los Doce Pares..... Treinta años luché contra vosotros por la idea, y los únicos rapapolvos que he recibido fueron los vuestros, cuando los curas os sacaban de la madriguera, rociándoos con agua bendita! Á no ser por vosotros, yo mandaría sólo en esta tierra. Me hicisteis sombra; yo cortaré el árbol. Verémos entonces si éstos estúpidos aldeanos os miran como á dioses y os siguen como carneros, Ah, redomada bruja bizcaina, no te han de valer, ni tu satánico orgullo con los ricos, ni tus hipócritas lagoterías á los pobres. Aún me taladran los oídos las palabras que tuvo la desvergüenza de decir, hace años, cuando se quemó Lacunza. Vino á este despacho para entregarme la suma recogida por una junta de señoras del valle, y después, contando el caso á los lamebotas de la tertulia, decía con su risita de beata: «por supuesto, en aquella junta no había otra señora que yo». Y los avechuchos que forman su córte y le hacen el *rendibú*, celebraron la insolencia. Verémos en qué covacha se meten D.ª Rosita la mayorazga, doña Eulogia la caballera, el sumiller de cortinajes D. Paquito, el guardia de corps D. Rafael y el lechón del vicario para jugar sus partidas al tresillo. Me he comido las tripas; he aguanta-

Digitized by Google

do sofiones, pero llegó la mía, y con éstas ilustres patazas heredadas de mis ascendientes, os he de pisar como á uvas, hasta que echéis los bofes por la boca.

Palideció extremadamente Robustiana, y dos rosetones febriles colorearon sus pómulos.

—Calma, papá. No se trata de tomar venganzas estrepitosas, ni de entrar á saco. Nunca sobran las buenas formas. Hemos de vender la fineza y demostrar que somos necesarios, sin merecer la nota de odiosos. Tiempo habrá de reñir. Más busco la manera de limar asperezas, de disipar prevenciones y aun de provocar simpatías, que no otra cosa. Tiesa es D.ª María; pero algo bueno habrá en ella cuando tánto la quieren los del pueblo. María Isabel es ligerilla de cascos, pero llana y de excelente corazón. Declárase resuelta á demostrar la fineza de su amor, enemistándose con los suyos por casarse con Perico. De D. Mario, nadie habla mal. Estudió con brillantez su carrera y vino á pudrirse en éste poblachón para acompañar á su madre y cuidar de la malbaratada hacienda. Dicen que es hijo modelo; lleva fama de noblote, afable y sencillo. Algo adusto, ó serio parece, á primera vista, pero quien le habla se hace lenguas de su afabilidad. Sábe usted, papá, por sus aficiones campesinas, silvestres, rústicas ó como quiera llamárseles, mi hermana y yo le hemos puesto el mote de *Basa-jaun.*

D. Juan Miguel, cuando comenzó á hablar Robustiana se volvió hacia ella mal humorado. Pero á medida que la hija manifestaba

Digitized by Google

sus pensamientos, cambiaban de rumbo los del padre.

—D. Mario es simpático, eh?—preguntó, dirigiendo á Robustiana una mirada escrutadora y sagaz, que ella no pudo resistir, bajando los ojos, á la vez que los encendidos rosetones de las mejillas se extendían por la cara entera, cubriéndole la frente, orejas y cuello, como si le hubiere bañado la tez un chorro de agua hirviendo.

D. Juan Miguel reanudó su paseo. Descubría nuevos horizontes. La vanidad ponía luces y pintaba colores en su imaginación. Experimentaba bienestar físico en todo su cuerpo, como si lo envolvieran sedas y terciopelos, crujientes aquéllas, suavísimos éstos, que acariciaban sus papilas nerviosas y le regalaban los oídos. ¡Dónde mayor venganza, ni más completa y sonada, que ingertar en el noble cedro del Líbano un tosco chaparro! Lograrlo por la fuerza y violencia, bien vistas las cosas, era recibir nuevos desaires. El precioso mueble se había de abrir con su llave propia. Descerrajarlo de un puñetazo, era confesarse ladrón de él: hazaña digna de rufianes, en resumidas cuentas! Pero contemplarse aceptado, ya que las circunstancias lo imponían, por el predominio de la razón sobre el sentimiento, aunque fuese á regañadientes, de igual modo que el enfermo consiente una amputación para no morirse, qué triunfo, qué gloria, qué encumbramiento! Cuánta consideración personal le tocaría á él, que en mil diversas ocasiones, á pesar de su dinero é influjo, había teni-

Digitized by Google

do envidia á la mayor veneración, al más cumplido afecto y al menos temeroso respeto que las gentes del país profesaban á los Ugartes, con quienes estaban unidos por esos invisibles lazos que la historia anuda silenciosamente. D. Juan Miguel era el *Escribanō;* su familia «los del escribano»; D. Mario era «el señor» *(jauna);* las personas de su casa, «los del señor» *(jaunenak)*. Y cómo no, si todo hablaba á las gentes de la comarça de los Ugartes, y nada de los Osambelas? el puente de soberbia fábrica tendido sobre el Arakil á costa de los antecesores de D. Mario; la ruina de la torre, vestida de yedra y musgo, á cuyo amparo los progenitores de D. Mario, allá en tiempos de Mari Castaña, rechazaban las incursiones de los guipuzcoanos, que se derramaban por el valle, saqueando y talando, desde las gargantas de *Elkorre;* la inscripción de la iglesia reconstruída, así como dos manzanas de casas que formaban la calle denominada *Eliza-kalea,* con dinero de los abuelos de don Mario, después del voraz incendio del año 1604. Los Ugartes eran patronos de la iglesia, y el cabeza de la familia todavía se sentaba, durante las ceremonias religiosas, en puesto preferente, ocupando el majestuoso banco de roble tallado, con las armas de la casa y de la villa entrelazadas, aunque cuando asistía de oficio la corporación municipal, *por cortesía* dejaba el asiento al Alcalde. Durante siglos y siglos los Ugartes fueron los cabos, los conductores, los guiones, el ejemplo, el sostén de aquellos montañeses, cuyas vidas y haciendas

Digitized by Google

mil veces defendieron, de cuyas aspiraciones mil veces fueron porta-voz y enseña. Ni aun la época moderna, letal para las tradiciones, había conseguido romper las que unían á esa familia con sus conterraneos, pues siempre los corazones de éstos y aquélla al unísono latieron. Ugartes fueron los capitanes del valle en la guerra contra la República francesa, y en la de la Independencia y en la de los realistas del año 22 y en las civiles de 1833 y 1872 y junta corrió su sangre, vertida por el plomo francés y el liberal. Los Ugartes eran el bosque centenario; los Osambelas el hongo efímero sin raíces, que nace de la corrupción de la tierra. Representaban éstos, en vez de servicios históricos, la improvisación social, los caprichos del acaso, la inmoralidad del éxito, la conquista de la influencia por medios ilícitos y mantenida por procedimientos torpes y artimañas repugnantes, el endiosamiento plebeyo, el poder envilecedor del dinero. Todas estas ideas, vislumbradas por vez primera algunas, obscurecidas por la sombra que el amor propio tiende sobre lo que mortifica y humilla, confusa y atropelladamente hervoreaban en el cerebro del notario, templando el odio puro que hasta entonces le provocara la posición de los Ugartes con cierto sentimiento de respeto del que tomaba para sí buena parte al considerar que era posible, cuando no probable, el matrimonio de Perico.

De pronto D. Juan Miguel se detuvo delante de Robustiana.

—Harto te he insultado hoy, chiquita. Pero

Digitized by Google

la verdad, porreta! tienes más talento que todos nosotros juntos. Para qué reñir y alborotar? Calma, mucha calma..... y mala intención. Daremos los pasos con toda suavidad y firmeza. Me he de derretir de puro blando, porreta! Cásese en buen hora Perico con la infanta; en cuanto á *Jauregiberri* y demás bienes, *nequaquam,* se guardan para mejor ocasión. No tuerzas el hocico, monona: los reservo para ti. Serán tu adote para el simpaticón de D. Mario.

—Por Dios, papá, qué cosas se le ocurren á usted..... .

—Póco que te agrada la idea, bribonaza! Se te ríen los ojos, y esto andas buscando con tus circunloquios y morisquetas: Perico sirve de cebo. Por supuesto, lo del dote, con su cuenta y razón; he de hacer una corta en el monte. Quince mil duros representan para mí que sé dónde me aprieta el zapato, veintiun mil realitos de renta; ya ves! Me asalta un temor. Si D. Timoteo, á quien trato poco, por compadrazgos políticos se niega, qué haremos?

—D. Timoteo hace cuanto le indica D. Ignacio, y D. Ignacio.....

—Lo dicho, dicho; sabes más que Salomón. Un día de éstos, me bajo á ver á Ignacio; irá conmigo Perico, ¡pobrecillo, le di anoche una broncal pues tánto le gusta Pamplona. Ahora, mutis; somos dos conspiradores del tiempo de la Inquisición. Qué golpe, mandilona, qué golpe!

Digitized by Google

IV.

UN MISIONERO.

Las crestas de la sierra aparecieron nevadas. Soplaba el norte arrastrando por el firmamento grandes nubes blanquecinas que, á trechos y á ratos, dejaban descubierto lo azul del cielo. Los charcos reverberaban la luz del sol. Las aceras y pedruscos de la plaza se iban secando y su color gris pálido denotaba la frialdad de la piedra. La modificación atmosférica presagiaba una noche helada y despejada.

D. Juan Miguel paseaba la acera de su casa. De vez en cuando alguna anciana, echada la saya por la cabeza, sin medias, pero con zapatos que, cual los buques viejos, hacían agua por todas partes, salía de la vecina taberna llevando ostensiblemente en la mano derecha la alcuza de aceite, y en la izquierda, agazapado bajo el delantal, el frasquito ó jícara de aguardiente, y cruzaba la plaza de extremo á extremo con paso tembloroso, vacilante y de ritmo irregular. Las devotas, con tupida mantilla corta, y saya negra que descubría hasta el tobillo los borceguíes hombrunos y claveteados, encaminábanse á la iglesia, con su correspondiente *rosco* de cera amarilla para la sepultura.

Digitized by Google

Era la hora, yá algo pasada, de la misa mayor. D. Juan Miguel oía la de siete. Como todo sermón exhalaba para él siempre cierto «olor á carcunda», omitía la parroquial: en cambio, su asistencia á la rezada era diaria.

En una de sus vueltas, experimentó el notario la sensación de que alguna persona andaba detrás de él. Volvióse y vió á un muchachuelo de diez ú once años, jorobadito, muy pálido, de estatura más baja que la propia de su edad, de ojos azules clarísimos, pero mortecinos, nariz remangada puesta á mucha distancia de la boca, dientes anchos, irregulares y mal alineados que le obligaban á tener los labios abiertos, de cara menuda y triste. Vestía chaquetilla azul de cuartel, reliquia de la guerra civil y pantalones de lienzo perni-cortos y cubiertos de petachos multicolores. Sus enjutas pantorrillas y sus descomunales piés descalzos estaban amoratados por el frío. El niño resguardaba las manos dentro de los bolsillos; á través de la mugrienta boina, hecha una criba, salían matillas de bronco pelo color de maíz.

—Ola, Martinico—exclamó el notario—; qué quieres?

El chico se sonrió apaciblemente, y á la expresión melancólica de su rostro sucedió otra de tranquila confianza. Enseguida tendió la mano, y dijo en bascuence, tartamudeando:

—Laa aabuela teengo enfermaa.

—Bonita está tu abuela;—le contestó don Juan Miguel en castellano—; vaya una alhaja! Cuándo revienta esa borrachona? Quieres lle-

Digitized by Google

varle algunos cuartejos para que santifique el día del Señor, empalmando la *curda* del sábado con la del domingo? *Sorgiña*, sin vergüenza!

La cara del chico mostró hondísima tristeza.

—Boborrachaa nooo; eeenfermaa! — gritó Martinico, esta vez en castellano, con tono lastimero y colérico.

Tendió, de nuevo, la mano; pero receloso y cohibido.

—Vete de aquí, granuja, *zorritsu!*

É hizo D. Juan Miguel ademán de pegarle. Martinico apretó á correr, saliendo á la carretera, y cuando ya se consideró seguro, defendido por el lodo que le rodeaba, se detuvo. El pecho jadeante transmitía su movimiento convulsivo á los hombros altos y desiguales y á la proeminente joroba. Un gorrión, revoloteando, vino á posarse sobre la pared de la fuente. Alegróse la cara de Martinico, aminoráronse los signos de fatiga con la excitación momentanea, cogió una piedra del suelo, y mostrando habilidad consumada, la lanzó contra el pajarillo, dejándolo en el sitio.

D. Juan Miguel siguió atentamente la escena.

—Habráse visto enemigo! Vaya usted luego á tener compasión de esas gentes, por el motivo de que son pobres y contrahechos: pobreza y joroba, castigo de Dios.

Y reanudó su paseo al sol. Inmediatas á la casa del notario había otras dos pobrísimas que eran las últimas de la villa, por aquella parte, donde comienza el declive de la cuesta. Entre las casuchas, límites de la acera y

Digitized by Google

la iglesia, media un espacio de diez ó doce metros, de suave pendiente según se va á la plaza, pero bastante áspera hacia la carretera que serpenteando baja á la estación del ferrocarril.

Desde el extremo de la acera descubría don Juan Miguel tierras de labranza, el río turbio y bullente, la linea quebrada del Aralar y sus manchones claros y obscuros de rocas y bosques, y la nieve de las cimas: plata bajo las nubes, diamante bajo el cielo azul.

A cada vuelta, D. Juan Miguel se detenía y miraba con insistencia un punto del horizonte, donde creía divisar ciertos bultos que poco á poco se fueron revelando como en la placa fotográfica, al salir al valle por la garganta de Elkorre, camino de Guipuzcoa. Eran dos hombres: uno á pié, otro en mulo.

—Me parece que el jinete es cura,—murmuró el notario.

Y dió otra vuelta.

—Sí, es cura; ya se pinta la teja. Hum! cuervos! éramos pocos y parió la abuela. Quién fuese milano.....

Continuó su paseo; se detuvo de nuevo y miró.

—Tate! conozco el garabato; fuera de los sepulcros es imposible hallar esqueletos comparables á él. Voy perdiendo la vista; hace un año, no hubiera sido preciso que se acercase tánto. Es el fraile Aguinaga.

Los viajeros atravesaban ya el puente y emprendían la subida. Diez minutos después entraron en la plaza el peatón que llevaba del

Digitized by Google

ronzal la acémila, y el jinete, sacerdote alto, escuálido, semejante á una tira de pergamino. En el maletín de viaje había copos de nieve congelada.

—Qué traerá ese faccioso con tan mal tiempo?—exclamó D. Juan Miguel; y dando un bufido se metió en casa, negando el saludo al fraile.

Los viandantes se encaminaron á *Jauregiberri.* El fraile echó pié á tierra dentro del zaguán amplísimo, y después de los aldabonazos, comenzó á subir la monumental escalera doble, que se desarrollaba bajo la marquesina de cristales, cuyos cuatro ángulos, adornaban cuatro magníficos escudos de piedra.

Poco después asomó una cabeza de mujer al pasamano de la escalera.

—Quién es?—preguntó en bascuence.

—Soy yo, Juaquina,—respondió el fraile valiéndose del mismo idioma.

—Jesús!—exclamó la muchacha bajando la escalera de dos en dos peldaños—; es usted, fray Ramón! Cuánto me alegro; quién lo había de pensar! Sea bien venido. Suba usted; hay buen fuego. Los señores están en misa; se calentará mientras vienen.

Joaquina delante y el fraile detrás, llegaron al primer piso y penetraron por unas hermosas puertas de roble.

Las habitaciones que recorrieron eran grandes, majestuosas, severas, llenas de muebles, de uno, dos y hasta tres siglos de fecha. En cambio, los modernos eran yá viejos y disonaban por su escaso valor artístico, y sobre todo

Digitized by Google

por estar pasados de moda. El observador sagaz habría podido fijar exactamente la fecha en que vino á menos la casa. El mobiliario moderno no fué substituído al transformarse el gusto, y no merecía durar como el antiguo.

Entró el fraile en un gabinete con balcón á la plaza. Abundante leña encendida alegraba la grandiosa chimenea de mármol negro. El retrato, al oleo, de un caballero viejo, de luengos bigotes canos y fisonomía enérgica y distinguida, vestido con el uniforme de los generales carlistas de la primera guerra civil, ocupaba la testera del gabinete. Cubrían las paredes tapices algo descoloridos, pero de mérito. Junto á la chimenea se veía una butaca de terciopelo granate, cómoda, mullida: único mueble moderno. La techumbre de madera con artesones, perfilaba la señoril elegancia del aposento. Un enorme reloj de caja, estilo Luis XIV, interrumpía el silencio con su monotono y severo *tric*, *trac*

El fraile se arrellanó en la butaca y presentó á la lumbre las gruesas y anchas suelas claveteadas. Enseguida con mucho sosiego sacó la resobada petaca de badana, desdobló el librillo de papel de hilo legítimo alcoyano, marca *La pantera,* arrancó una hoja, destapó la petaca, ahuecó la palma de la mano, llenó de tabaco la concavidad, dejó la petaca sobre la chimenea y lió un cigarrillo del género tranca:

—Chica, fuégo!

Joaquina tentóse los bolsillos del delantal, y sacando una cerilla de su caja, la encendió contra la pared y se la presentó á fray Ramón.

Digitized by Google

—Carape!—exclamó éste después de encendido el cigarrillo—; si vieras qué frío hace por esos andurriales!

—También, por qué anda usted con éstos tiempos?

—Por algo será, Juaquinica. Dime, han repartido el correo?

—Sí, señor; el de Madrid hace media hora.

—Perfectamente! Tráime *El Siglo Futuro*.

—El señorito no lo recibe yá.

—Cómo? no recibe *El Siglo?* qué es esto? Me vuelvo bizco, carape! Supongo que no entrará *La Fe* en casa.....

El fraile, alarmado, clavó sus ojillos grises, color de acero, en el rostro de la doméstica.

—El señorito..... sábe usted—contestó Joaquina bajando la voz—, dice que es preciso economizar..... yà habrá usted oído..... los señores deben mucho.

—Bueno, bueno!—replicó fray Ramón, respirando desahogadamente.

—Vaya, me retiro, fray Ramón; le ocurre algo? Voy á avisarle á la cocinera que nos ha caído tan buen huésped.

—De paso, sube la maleta al cuarto de San Blas; probablemente dormiré en casa.

—Ya lo creo! no le dejarán ir los señores.

Fray Ramón, solo yá, arregló con arte refinado el fuego de la chimenea, apuró la cólilla, y recostando la cabeza en la butaca, cabeceó brevemente y echó la siesta del carnero.

—Cómo duermen los justos, fray Ramón!—gritó una voz jovial y femenina, dispertándole.

El fraile, se puso de pie, y sus labios delga-

Digitized by Google

dos se adornaron con una sonrisa de viva satisfacción.

—Mi señora D.ª María Isabel, princesa de los cabellos de oro! soy su humilde capellán y vasallo. Si bueno es mi dormir, mejor es mi despertar. Há seis meses no las veo á ustedes. D.ª María, siempre tan famosa; la princesita, siempre tan linda y elegante: á los piés de ustedes. Bendito sea Dios!

—El que está famoso, es usted, fray Ramón; yo me encuentro bastante alicaída. Se ríe usted de las ventiscas y se burla de las nevadas. Cuándo ha de aprender usted á cuidarse? En una de estas caminatas va usted á pescar alguna pulmonía.

—De suerte, señora, que en su opinión, tengo yo pulmones?

El fraile se reía, mostrando una dentadura sana, sin mella, y blanca.

—Á mí no me quedan ni pulmones, ni corazón, ni entrañas; nada más que huesos y pellejo, mi cachito de estómago, aplastado como funda vacía de paraguas, de ordinario, verbigracia ahora, pero capaz de dilatarse, á veces, hasta convertirse en arca de Noé donde quepan un par de animales de cada especie. Carape! me he vuelto momia, y con la ayuda de mi glorioso Padre Sto. Domingo, he de durar la que las de Egito. Tengo mis setenta y nueve muy frescos,—de hace tres días, y en invierno—, y me las juego á pasar el puerto en ayunas y llegar á la venta de Zumbelz para habérmela con un cuarto de cordero. Tú, María Isabel, no me dices nada?

Digitized by Google

—Me ha quitado el habla con sus requiebros. Linda y elegante, nada menos!

—Dicen los liberales que los frailes somos gente soez y grosera. La de los cabellos de oro atestiguará, donde convenga, que esa imputación es calumniosa.

—Padre, que frailea usted, en sentido..... liberal. Va á resultar que es usted galante, pero que yo no soy ni.....

—Fea, ni cursi. Y Mario?

—Presente!—gritó desde el salón inmediato una voz llena.

Abrióse la puerta y entró Mario. Aparentaba tener veintiocho años; era alto y fornido, con alguna tendencia á la obesidad, blanco y sonrosado de tez, de fresca boca y limpia dentadura, barba larga, sedosa y partida que le caía sobre el pecho en ensortijados cabos, color castaño claro. Su fisonomía abierta, bondadosa y leal, á la dulzura y apacibilidad de la mirada, contraponía el color y fuego de los ojos muy negros y bien rasgados. La posición erguida de la cabeza, la linea recta de la nariz, el neto dibujo de los labios, ligeramente recogidos en los ángulos de la boca y el despejo y elevación de la frente, acentuaban el carácter viril de su figura.

Comparado Mario á su madre, notábase que era copia masculina de ella, manteniéndose, no obstante la diferencia de los rasgos sexuales, la extremada semejanza de ambas figuras. Eran las facciones de D.ª María más menudas y finas, los ojos más apagados, la estatura más baja, aunque no lo pareciese, á primera vista,

Digitized by Google

por la delgadez del cuerpo. Su expresión era severa, triste, altiva, sin arrogancia ni dureza, tan lejos de la displicencia como de la familiaridad. La linea del cuello subía con demasiada rigidez para que se le supusiera el hábito de inclinar la cabeza. Las arrugas de la cara y frente delataban numerosas preocupaciones y abundantes lágrimas. La blancura completa del cabello ponía de resalto la amarillenta tez de marfil viejo. Vestía seda negra sin adornos. Las manos de nieve, algo grandes, pero muy delicadas y tersas, con hoyuelos en las raíces de los dedos, manos donde aún duraban los encantos de la juventud, testimonio de otros encantos borrados, no llevaban más sortijas que una alianza de oro.

—Qué de bueno le trae á usted por acá, fray Ramón, con tiempo tan desapacible?

—Chico, á verte! Sabe usted, D.ª María, que las otras visitas eran para usted; pero lo que es, ésta, ésta..... voto al chápiro! es para el muchacho: perdone la franqueza.

—Los obsequios que le hacen al muchacho, como usted dice, á pesar de lo vieja que me tiene, los tomo para mí.

—Madraza, siempre igual! Ya hablaré con el interesado después de comer. Carape! traigo hambre de lobo.

—Habrá usted de aguardar.

—Funesta frase! Me estoy cayendo, no diré á pedazos, pero sí á huesos. Vaya, es como si se deshilaran las cuentas de un rosario.

—Media horita, no más.

—Me tranquilizo.

Digitized by Google

—María Isabel!—llamó D.ª María con tono seco é imperioso.

María Isabel que estaba junto al balcón con la frente apoyada en el vidrio mirando hacia la casa del notario, desde cuyo balcón Perico le hacía señas y gestos, volvió la cara, componiéndola antes con expresión grave é indiferente.

—Mamá?

—Sube á la cocina, y entérate de lo que prepara la Petra. No es cosa de que fray Ramón haga penitencia.

Vuelta á medias para contestar, de suerte que los rayos del sol iluminaban, de lleno, su tez, maravillosamente blanca, suave y transparente, teñida de rosados matices en las mejillas, y prendían lentejuelas de oro en su abundante cabellera rubia, María Isabel deslumbraba como ejemplar de soberana hermosura. Para desimpresionarse, el análisis poco á poco, había de aislar los rasgos de aquel conjunto, notando que la frente, por lo chica, era desproporcionada á la largura de la cara; que el labio inferior, demasiado grueso, pendía laciamente; que la boca, purpurina y ornada de menudos y tersos dientes, y la nariz larga, salían con exceso hacia fuera, afeando el perfil con cierta traza hocicuda. La cabeza era de volumen excesivamente pequeño y pocos ratos permanecía quieta sobre el cuello blanquísimo y delgado, cual cabeza de pájaro petulante, presumido y fatuo. Á hombros, pecho, brazos, manos, piés, cintura y ojos, negrísimos, nadie podía ponerles tacha, y contribuían

Digitized by Google

á completar el rapto de admiración que el cabello, color y finura del cutis producían, disimulando, atenuando y aun ocultando los demás defectos.

María Isabel salió del gabinete pasando por delante de fray Ramón, que se puso de pie con burlona afectación de respeto y ceremonia.

—Páso á la Alteza de nieve y oro.

—Es usted poeta.....

—Verdad? Cuando me muera, puede que encuentren entre mis papeles estupendos tesoros. Hasta ahora no llevo publicados sino es unos villancicos para las monjitas de mi pueblo. Carape, cosa buena; aunque me esté mal el decirlo; entre mil flores sale el aguijón contra el maldito liberalismo.

Con la campanada de la una entró Joaquina á anunciar que la sopa estaba servida. D.ª María, fray Ramón y Mario pasaron al comedor, pieza espaciosa que comunicaba con el gabinete. Tenía cinco balcones sobre la calle *Larrañchikia,* frente á un terreno vago que en el verano servía para la trilla, dando nombre á la calle.

Los cinco balcones tenían las vistas á las eras; los ojos, por tanto, no encontraban ningún obstáculo delante de sí y descubrían buena parte del valle, hasta la sierra de Aralar. El comedor casi carecía de muebles; dos enormes armarios encristalados, llenos de vajilla y ocho ó diez sillones de cuero y madera colocados á lo largo de la amplia mesa cuadrada, de roble, más cierto número de cabezas de jabalí y corzo, roídas por la polilla, adorno de la ex-

Digitized by Google

tensa pared, no bastaban á poblar la sala, cuya frialdad y desnudez denotaban el poco uso que se hacía de ella. Con efecto, la familia y los escasos convidados que de tarde en tarde se sentaban á su mesa, comían en la galería de cristales, que era uno de los encantos de *Jauregiberri*. Comunicábanse la galería corrida y el comedor por una puerta monumental. Las vidrieras de bastidor, se combinaban con un juego de cortinas azules y blancas que permitían levantarlas y dejar paso al viento, pero interceptando los rayos solares.

El panorama que desde allí se descubre es espléndido. En primer término, debajo de la galería, el jardín y la huerta sobre la meseta de la colina, asiento de *Jauregiberri*. La colina mansamente se inclina hacia el río, que le va lamiendo el pie y con sinuoso curso sale á cortar el camino de la estación. De las eras al puente se baja por una mala trocha, atajo de la carretera; de ordinario, la gente del pueblo se servía de este barrizal con honores de camino. La orilla del rio, á lo largo del palacio, está plantada de flexibles y rumorosos sáuces, cuyas ramas besa suavemente el agua. Carrascos abundantes pueblan la colina, recreando los ojos sin cerrar el horizonte. El valle extiende sus ondulaciones por ambos lados del río, entre las cercanas y contrapuestas sierras de Andía, Urbasa y Aralar. Las heredades parten términos con boscajes de roble, restos de la brava selva primitiva. Á la izquierda, la ingente mole de Urbasa quiebra, repentinamente, la rígida linea de su ciclópea muralla,

Digitized by Google

como si en las edades geológicas, dotada de movimiento, se hubiese desviado de su camino con descomunal huída de encabritados saltos; y disimulando detrás de apacibles montecillos las agrias aristas del ángulo trazado, describen sus enhiestas rocas el inmenso semicírculo del valle de Ergoyena, prendida con nieblas la abrupta crestería de las cumbres. La sierra vuelve, de nuevo, á la alineación primera, y después de levantar hasta el cielo el cónico picacho de San Donato, cuyas raíces ocultan selvosas colinas que avivan la coloración blanquecina y grisienta de su pétrea corona, continúa prolongándose, paralela á la sierra de Aralar, hacia Pamplona, destacando sobre su cuenca, á guisa de centinelas, los dos picos de Osquía. Aralar frente á Urgain, deja de ser el homogeneo bloque de piedra que, desde el desfiladero de las Dos Hermanas, viene tapiando el horizonte norte; por escalones de redondeadas lomas se acerca al llano. Entre éstas se abre una encañada que se ensancha paulatinamente al pie de las colinas vestidas de hayas y robles. Allá, á la conclusión del intenso verdor, como si la hubiesen puesto sobre un pedestal, cierra, de lleno, el horizonte la grandiosa montaña de Aitzgorri con su manto de zafiro y su alta tiara de nieves.

Fray Ramón miró por los cristales de la galería, y dijo:

—El tiempo mejora. Míra hacia Guipuzcoa.

Mario tendió la vista por la encañada. Las nubes estaban yá muy altas, y Aitzgorri del todo despejado. Como reguero de oro iba co-

Digitized by Google

rriendo la luz del sol, de cabo á cabo, en el fondo de los valles.

—Señal de cierzo—prosiguió el fraile—, Ergoyena está feo. Cierzo, buen tiempo.

—A mí que me parece hermoso!—exclamó Mario.

Las nubes, arremolinadas, no podían transmontar el puerto de Lizarraga. Espesas, negruzcas las unas, cenicientas las otras, aquí corridas como cortinas, allá hinchadas como olas á tiempo de reventar, nada ocultaban ni descubrían por completo. Á la entrada del valle, los vapores, más densos y negros, por efecto de la ancha escotadura, lejos de formar masa compacta y cerrada, se extendían adoptando diversas figuras y colores; entre los desgarrones de la sombría nube quedaban al descubierto, en segundo término, vapores de redondeada forma y lívida blancura, iluminados por una filtración de rayos solares que semejaban varillas de gigantesco abanico, y yá pulverizados, satinaban á sus infinitos átomos con mortecinos reflejos de plata las revueltas nubes. Hacia San Donato se había levantado una punta del velo y al fondo de la azul transparencia brillaban con viva blancura las casitas de Unanua y Torrano, á la vera del bosque, semejantes á ropa recién lavada tendida por los matorrales.

Mario contemplaba extático los contrastes dramáticos de la luz y la sombra en el seno de las nubes acorraladas por el viento.

—Siempre fuiste algo *arbolario*. Vaya, vaya,

Digitized by Google

la sopa nos aguarda, y tan gran señora no hace antesala.

Fray Ramón sentóse á la cabecera y examinó con sonrisa complacida el blanquísimo mantel adamascado, la gran sopera humeante de porcelana, las botellas de cristal, la pila de cuatro platos puesta delante de cada asiento, los cubiertos de maciza plata, las tersas copas que centelleaban al sol. Bendijo la mesa y rehusó servirse de la sopera que Joaquina le presentaba.

—Cómo se entiende, demonche! Servirme yo antes que las señoras? ustedes quieren que me saquen en *El Motín.* Déme usted su plato, D.ª María; bastante? bien huele el arroz. Por lo que veo, continúan ustedes cultivando el ramo de las buenas cocineras. Alárgame el tuyo, áurea princesa, y el tuyo, señor D. Mario, el de los grandes destinos. Ajá! ahora me toca á mí el turno.

—Este es el mundo al revés; desde ahora me adjudico el papel de escudero trinchante, y por fuerza se servirá usted.....

—Antes que tú? concedido. Ceda, una vez más, la cota de malla á la sotana. Y la galantería frailuna á la amabilidad femenil—añadió, viendo que María Isabel se disponía á servirle vino.

El fraile levantó la copa, pero María Isabel alargó tan atropelladamente el brazo, que los primeros borbotones del vino cayeron fuera de aquélla.

—Mal estamos de enchufes; pero en fin, gracias, tanto en mi nombre cuanto en el del

Digitized by Google

mantel, bienaventurado sediento del cual nadie iba á acordarse, excepto tú, rosa de Jericó, clavel de la Barranca!

María Isabel se puso color de grana, y bajó los ojos ante la mirada severa que le dirigió su madre; mirada de reconvención que decía: «¡siempre has de ser así!»

El fraile fué devorando raciones colmas y á veces repetidas, de todo lo que salió á la mesa; alubias, berza, morcilla, cocido con gallina y chorizo, palomas en salsa, sesos fritos, ánade asado, jamón en dulce, budín de café, queso de Roncal, manzanas, avellanas, galletas; y bebió sendos tragos de tinto de Artazu y rancio de Peralta. Espectáculo curioso; un esqueleto hartándose al igual de una solitaria. Al mover las mandíbulas, su cara se contraía y dilataba desaforadamente; la frente parecía que se le iba á sumir en la boca; las tupidas matas de las ásperas y canas cejas se agitaban sin cesar, como si la piel arrugada donde arraigaban, padeciese de convulsión.

D.ª María hizo los honores de la mesa sin departirse un punto de su amabilidad, algo severa y ceremoniosa. Sonriéndose instaba, con fina insistencia, á fray Ramón para que repitiese de los platos. Éste, respondiendo indefectiblemente un: «Como los aldeanos, señora, por hacer aprecio», aceptaba la doble porción.

Al cabo, la piel exangüe del fraile se había coloreado un poco; sus ojillos brillaban con reflejos metálicos, y sus labios delgados dejaban al descubierto la doble fila de sus dientes

Digitized by Google

largos, agudos y limpios como los guijarros del arroyo.

—Yo les dejo á ustedes,—dijo D.ª María—; voy á visitar á la pobre D.ª Manolita que está muy acatarrada. Si gustan tomar el café aquí, lo piden, y si no, pasan al gabinete. Hoy, por ser domingo, la plaza estará algo animada. Vamos, María Isabel.

—Se oculta el sol, vélanse sus ígneas guedejas. Adiós, lirio de Aralar. Pero ven acá, niña; te voy á hacer una preguntita al oído.

Y llevándosela de la mano al hueco de la puerta, dijo en voz muy baja el fraile á María Isabel:

—Háy mus?

Ella movió la cabeza con gestos negativos.

—Á cuándo aguardas, muchacha?

—Á que me busque usted novio.

Y se fué tras de su madre, que en rígida actitud la esperaba, mientras fray Ramón con mucha zumba decía:

—Sosa, sosona, mala pescadora!

—Qué hacemos?—preguntó Mario, cuya frente se había fruncido al oir la respuesta de su hermana.

—Al gabinete, hombre; allí hay una chimenea que vale un imperio..... como no sea el de los Napoladrones, por supuesto.

Momentos después tomaban asiento fray Ramón y Mario al calor de las alegres llamas, delante de una mesilla de laca. El café hervía yá al calor del azulado espíritu de vino.

—Veámos si aciertas á qué he venido yo aquí, con este tiempo de Satanás?

Digitized by Google

—Á vernos—respondió con aparente ingenuidad Mario, llenando las tazas—: usted es verdadero amigo de la familia.

—Eso sí, demonche! Desde el año veinte mi existencia anda mezclada con la vuestra. Tu abuelo, pobre D. Enrique! me acompañó al convento de Pamplona. Iba yo caballero sobre reluciente macho gris: de fraile, demonche! Era entonces *mutiliko,* y ahora tengo setenta y nueve años: chico, setenta y nueve! Después vino la exclaustración, el infierno suelto; y por dónde no, le tocó morir en mis brazos á D. Enrique, víctima del asesino plomo liberal. Murió santamente, al igual de los Cruzados, sufriendo con ejemplar resignación atroces dolores. Después Oñate, la traición de Bergara, la emigración entre los franchutes, partiendo el negro pan con tu padre: digo mal, recibiéndolo yo de su mano, y bien blanco, por cierto. Finalmente el reempatrio, el pueblaco y la sempiterna lucha electoral, haciendo morder el polvo á los malditos negros, antes y después que la Providencia volcase sobre el fango el trono de la usurpadora.

Sorbió media copita de coñac, y dijo:

—Pues míra..... por éso vengo.

—Por éso? porqué?

—Por elecciones.

—Ah!—exclamó Mario sin poder reprimir una entonación mal humorada.

—Traigo órdenes del Señor.

El fraile recalcó las palabras; Mario permaneció impasible.

—Hasta que me muera quiero merecer los

Digitized by Google

motes con que me designan los liberales. Éstos, me llaman el Padre Trabuco; aquéllos, el Padre Urnas; con los dos formaron otro, y bajo el nombre de fray Trabuco Urnas me toman el pelo en sus inmundos papeluchos. Es preciso reorganizarse, carape!, ocupar posiciones, meterse por todas partes; aún hay fe en Israel, la estrella de Belén brilla sin apagarse. Que al rugir, de nuevo, el infierno, no nos halle desprevenidos. El año próximo, es decir, dentro de algunos meses, se renueva la Diputación provincial. Este país, tan sano y honrado, cayó al cesto de los liberales; á la sombra del poder van creándose influencias imposibles de extirpar, si echan raíces. El liberalismo es pecado, demonche! guerra sin cuartel al maldito! Para que las ovejas descarriadas vuelvan al redil y no sean pasto de los lobos, hay un nombre prestigioso, de autoridad, de respetabilidad, de abolengo; un nombre capaz de hacer votar á las piedras: el tuyo.

Mario frunció el entrecejo.

—Efectivamente,—contestó al cabo de un silencio que iba yá inquietando al fraile—, mi nombre, aunque deslustrado, pudiera contrarrestar las influencias bastardas que encadenan á este distrito.

—Pues por éso.....

—No cuente usted con él,—afirmó con voz breve y enérgica Mario.

—Estás loco?—preguntó el fraile abriendo desmesuradamente los ojos.

—Loco sería si obrase de otra manera, fray Ramón. Ha olvidado usted la triste situación

Digitized by Google

de mi casa? los débitos que la abruman, las hipotecas que la gravan? Ignora usted que sólo á fuerza de economía, de juicio, de contínua vigilancia logro conllevar la situación, hacer frente á los compromisos más apremiantes y preparar un porvenir mejor? No sabe usted que la última guerra civil vino á desbaratar los restos de nuestro patrimonio, salvados cuasi milagrosamente de los estériles sacrificios que mi familia prodigó siempre á la causa? Hoy mismo, si á nuestro principal acreedor se le antojase, podría vendernos el solar nativo, los últimos terrones de una pingüe hacienda; y mi pobre madre habría de pasar los últimos años de su vida entre paredes extrañas! Vea usted; he renunciado á mis gustos, á mis aficiones, á mis hábitos. Le parece á usted que para un muchacho joven que hizo su carrera en Madrid, gozando de las mejores relaciones de familia y sociedad, con el bolsillo repleto y bastantes ilusiones en la cabeza, no equivale á cambiar palacio por mazmorra, venir desde la córte á Urgain, súbitamente, sin transición, como cuando se hunde el suelo que pisamos? Vivo entre estos montañeses, que son dueños de mi afecto por honrados y pobres. Dios se sirvió plantar en un rinconcito de mi corazón cierto amor á la naturaleza, del cual, lo confieso, no me había dado cuenta ni en el Retiro ni en las butacas del Real; hoy se desarrolló, y me consuela. Mis amigos de Pamplona y Madrid, mis primos de Bilbao, me llaman el oso de Andía: bromeando, dicen verdad. Pues míre usted, estoy aclimatado; y maldito si me

Digitized by Google

acuerdo de teatros, casinos, bailes ni ateneos que hace años me parecían la única razón de vivir. Aquí descubro el fondo de los corazones, como las guijas de los arroyos. Rústicamente, vivo entre los rústicos. Alivio, cuanto puedo, sus trabajos; participo de sus alegrías. Ellos me respetan y quieren; llevo el alta y baja de sus rebaños y conozco la cantidad y calidad de sus cosechas. Las primeras bocanadas de este licor fueron muy amargas. Otro, hubiera luchado, allí, en Madrid; yo no sirvo para eso. El papel de pobre con frac me horroriza. Es resignación, cobardía, conformidad, orgullo, pereza? No lo sé; de todo habrá, á desiguales dosis. Hasta he renunciado al dulce propósito de casarme; dónde hallar mujer, digna de mí, que no me desdeñe? Rica y de cuna humilde, su vanidad me compraría; pobre y bien nacida, doblaríamos nuestros males. Aquí soy un aldeano más; un García del Castañar. Habito la casa de mis padres y no quiero que de ella me lancen los alguaciles del Juzgado. Aquí nacieron los Ugartes y aquí morirá el último de ellos. En resumidas cuentas, yo y los míos pertenecemos á una sociedad que se desmorona, mejor dicho, á una sociedad que la mano de Dios borra del mundo. Por lo que á mí toca, carezco del orgullo de casta; la honradez es el más valioso pergamino, y la Providencia escribe sobre él nombres, sin acepción de clases: pero quiero ser digno de los míos. Nuestra hacienda montañesa, que es dilatada, vale poco, de suyo, excepto el arbolado que podrá sacarnos de apuro, si lo explotamos con peri-

Digitized by Google

cia. Mi hermana se casará, debe casarse y hay que dotarla cuanto sea posible para que haga buena boda. No me ha favorecido la suerte. Usted recuerda la quiebra de la casa constructora fundada en Bilbao por mi primo Eduardo; pobrecillo! Trabaja como un negro ahora, en América, para rehabilitar su nombre; espera, con el favor de Dios, conseguirlo: sus asuntos van muy bien. Pero miéntras, su insolvencia descompuso mis combinaciones. Durante dos años ni aun he podido pagarle intereses á Lehoz: el sueño me quita esa maldita hipoteca! Cómo, pues, he de desatender lo mío y meterme á nuevas aventuras, que para mí serán desventuras?

El fraile siguió con visible interés las palabras de Mario, que le impresionaron vivamente. Quedóse pensativo; arrugó el entrecejo, y cruzó los brazos. Hubo un largo silencio. Poco á poco la fisonomía de fray Ramón fué revistiéndose de rigidez marmórea.

—Tienes razón, sí, mirando las cosas desde el lado puramente terreno y naturalista..... Demonche! ese no es criterio.

—Es el criterio de la propia conveniencia, del instinto de conservación.

—Así habla el mundo, sobre todo el mundo moderno, utilitario y egoista.

—En el mundo vivo.

—Voto al chápiro!—y fray Ramón pegó repetidas veces sobre la mesa con los nudillos—, en el mundo vive lo malo; no por esto has de dejar lo bueno. Te vas ahora á ladrar con los perros? Ni tú, ni tu casta sois de los que mi-

Digitized by Google

ran al interés, sino al deber. Eres de los que se sacrifican, no de los que medran; de los que ayunan, no de los que se hartan. Medir y pesar lo que las opiniones cuestan y rinden, se queda para la gorrinería liberal. Vosotros, habéis dado la sangre y el dinero; sois de los leales, de los puros, de los íntegros, de los que no claudican, de los que abren siempre la puerta á los aldabonazos de la lealtad. Quiéres ser digno de los Ugartes? pues sacrifícate como los Ugartes. Sube al Calvario. No me convencen los mugidos del becerro de oro. Ni se trata, tampoco, de separarte del cuidado de la hacienda, demonche! La cuestión es quitar el distrito á los liberales. Enseguida podrás traspasarlo á quien convenga, verdad que sí?

—No señor,—replicó Mario con mucha firmeza—; mi resolución es irrevocable. Nadie tiene derecho á exigirme lo que usted pretende, sobre todo, no mediando necesidad ineludible.

—Tozudo! con que nadie, eh, nadie? Ahora lo vas á ver, demonche! Hay que tocar los grandes resortes..... Por aquí debí haber comenzado; la verdad, no me gusta echármela de plancheta.

Fray Ramón saeó del bolsillo una cartera de cuero negro, bastante manoseada. La abrió y tomó de ella un papel que besó y colocó sobre su cabeza antes de desdoblarlo.

—Traigo la cosa en regla. Míra, lee, especialmente este párrafo: «Y encargo á Mis leales que obedezcan y cumplan, cual si fueren las Mías propias, las órdenes que les dé ó

Digitized by Google

transmita mi amadísimo Delegado Regio en el ilustre Reino de Navarra y la noble Provincia de Guipúzcoa el Rev. P. D. Fray Ramón de Aguinaga..... Dado en.....» Qué te parece, muchacho? y la firma autógrafa. Mario, todo el mundo boca abajo.

Y fray Ramón se riyó, mostrando sus blancos dientes afilados.

Mario no estaba á gusto, ni mucho menos; gotitas de sudor humedecían su tersa frente; movíase, desasosegado, en la silla. Fray Ramón, triunfalmente, le señalaba la gallarda firma. Prolongábase el silencio, é iba ahondándose el surco del entrecejo del fraile.

—Pero qué dices á ésto, muchacho?

Mario se limpió el sudor de la frente; amarga sonrisa crispó sus labios, y contestó con voz sorda:

—Es poco verter su sangre y desbaratar su hacienda durante los días de prueba, y los grandes períodos de crisis, cuando es racional la esperanza! Es preciso, además, el sacrificio diario, continuo, sin miramiento á las conveniencias de familia ó del país. Hay que ser arfil de un tablero de ajedrez. Sirves tú para ese cargo?; ocúpalo, aunque te perjudiques y comprendas que el perjuicio es inútil; un delegado dispone de tu persona, acaso sin consultarte. Desde opulento destierro, ¡con cuánta ligereza se viene exprimiendo la leatad hassu última gota, como una esponja! Esa ingerencia perpetua, esa ordeno-manía, producirá la ruina del partido.

Fray Ramón se santiguó.

Digitized by Google

—Discutes y criticas las órdenes del Rey! Pones tasa á la lealtad! Lo estoy oyendo y no lo creo: Jesús, Jesús, qué tiempos! Olvidas el santo programa carlista? el vasallo para el Rey, el Rey para la Patria, la Patria para Dios!

Mario titubeó un instante antes de hablar; estaba pálido; pero con entonación reposada y acento firme, añadió:

—Podría valerme de la fórmula foral: «se obedece, pero no se cumple». Sería un subterfugio, impropio de mí, que le ocultaría á usted mis sentimientos verdaderos. Desde que terminó la guerra civil de aquella manera tan desastrosa, donde la traición, la terquedad, la ineptitud y la cobardía se dieron las manos, no soy carlista. En el puente de Arnegi arrojé al río mi espada y mi opinión.

El fraile se puso de pie. Temblaron sus labios, coloreóse, de nuevo, el rostro exangüe; su semblante expresó la más honda y horripilada sorpresa; los pelos de las cejas se le erizaron, y lanzando un grito terrible, exclamó con voz tremolante:

—Ya no eres carlista! eres liberal! Apóstata, renegado!

Y se encaminó hacia la puerta. Mario le cerró el paso, y con entonación vehemente, dijo:

—No salga usted, fray Ramón, sin oirme; sobre todo, no salga usted después de lanzarme esa injuria. El campo de la vida es demasiado vasto para que en él no quepan sino carlistas y liberales. Usted me denuesta con los calificativos de apóstata y renegado; yo me

Digitized by Google

tengo por hombre de juicio y por nabarro que ama á su patria. Dios y su Santa Iglesia hallarán en mí, siempre, á todas horas, un hombre dispuesto á perder la vida y la hacienda por servirles; no téma usted que si se dignan disponer de mí, discuta las órdenes, ni tase la abnegación; también puede contar con mi persona la patria nabarra. Pero esas otras causas parásitas..... No haga usted gestos despreciativos; tengo mil razones; por desgracia á nadie se convenció discutiendo. Mientras corremos el mundo buscando aventuras, los ladrones se meten de rondón por nuestra casa y la saquean. Ya que hemos sido nueva encarnación de D. Quijote, imitémosle en todo y digamos, alguna vez, siquiera, antes de la hora de la muerte: «en los nidos de antaño, no hay pájaros ogaño». Venerable amigo mío, aún nos queda mucho que conservar aquí; míre usted.

Abrió el balcón. El fraile, no atinando con el sentido de las palabras de Mario, volvió sobre sus pasos; su curiosidad estaba incitada, y se asomó.

El viento norte había barrido las nubes; la luz pálida del sol bañaba media plaza. La peña de Beriáin, por detrás de la casa notarial, erguía su calva cabeza, prendida con un penacho de niebla opalina que se desvanecía en el cielo azul. Grupos de hombres, fumando su pipa, conversaban amigablemente en las aceras del carasol; los escalones de las puertas servían de asiento y mesa á las mujeres que jugaban á la baraja; del café de la guipuzcoana salían voces ébrias entonando des-

Digitized by Google

acordes coros de graves y monotonas melodías. Simón el tuerto, desde el portalón de la casa municipal, lanzaba las notas chillonas de su silbo, acompañadas por los vibrantes redobles del tamboril. Rebullíase allí la juventud de Urgain, no dorada, ni mucho menos, sino sana, alegre y ágil. Frente á frente las parejas, sin tocarse ni hablarse, bailaban con todos los sentidos puestos en sus vueltas y brincos, como quien de veras baila por bailar, obteniendo del ejercicio el placer buscado. De vez en cuando, mozos y mozas cruzaban alguna mirada seguida de sonrisa, señales inequívocas de franca alegría. Y cuando el *chun-chun* aceleraba su ritmo, no dejaba de ondular algún *irrintzi*, ni de sonar más vivo y fuerte el castañeteo de los dedos. Otras mozas, en cuadrillas enlazadas por las manos, recorrían los grupos, y cuando veían descuidados á los mirones, volvíanse de espaldas, y reculando, les asestaban tremenda nalgada, desgañitándose de risa si los agredidos caían al suelo ó se tambaleaban mucho.

En la misma acera de la Casa Consistorial, cerca de la fuente, había una casucha destartalada. Sobre el portal, á impulsos del viento, se movía convulsivamente un mal pintado letrero que decía: TABERNA DE AQUILINO ZAZPE. Tampoco faltaba allí su correspondiente corro de baile, muy diferente de los de la plaza. Entre mirones y parejas habría unas treinta personas, cuyos trajes y tipos denotaban ser gente forastera: mozas en pelo, morenas y vivarachas, mujeres con refajos amari-

Digitized by Google

llos, carabineros, guardiaciviles y mozos de la estación, con gorras de hule. Oíase el punteado de la bandurria, el rasgueado de la guitarra, el chasquido de la pandereta; los músicos, sentados á la puerta de la taberna, lanzaban, de cuando en cuando, estridentes *oles!* Tocaban una habanera; la primera parte, muy lenta, alternaba con la segunda, muy movida y agitada. Las mujeres, caídas materialmente en los brazos de los hombres inclinados hacia atrás, pegábanse á sus cuerpos como la oblea al sobre. Rozábanse las mejillas de las parejas, encendidas y ardorosas; confundíanse los alientos; los ojos, fijos, se enviaban mutuos efluvios sensuales y se encendía en ellos momentáneo fulgor cuando algún requiebro ó chanza obsceno rompía, murmurante, el sello de los secos labios. Á veces pareciera, á no ser por el movimiento de las caderas, que los bailarines se habían rendido al sueño, por la hipnótica languidez de la música. Mas luégo, al variar el ritmo, salían disparados, extendiendo rígidamente los brazos, poco há en flexión, meneándose vivamente con oscilaciones de péndulo y girando rápidos cual la peonza, durante los compases de la cadencia final. Varias *neskachas* de toca, contemplaban el baile, riyéndose mucho entre ellas, columbrando, mejor que comprendiendo, su impudicia. Separábanse del grupo de mirones algunos hombres, y agarrándolas por el brazo y la cintura, pugnaban por entrarlas al corro; forcejeaban hombrunamente ellas, y á puro estirones y empujones,

Digitized by Google

lograban desasirse, chapurreando, á modo de excusa, la frase: «Nosotras no saber así».

Fray Ramón tendió su mirada por la plaza, y volviéndose hacia Mario, hizo con los hombros un expresivo gesto de que no entendía.

—Vea usted esos aldeanos que tiene delante; cómo muestran los rostros la alegría del pecho! Á una semana de trabajo, en clima áspero y lúgubre, estiman que es sobrada recompensa un rayo de sol que Dios, de tarde en tarde, les envía, dos ó tres vasos de vino agrio y los redobles del destemplado tamboril. Algunos malos elementos bullen en el fondo de esta sociedad humilde, pero los soterran los instintos sanos del mayor número. Sin ir más lejos, junto á esa taberna de la esquina, foco de atracción para los que están separados de los demás por la lengua nativa, hay quienes, inconscientemente acaso, difunden, merced al espíritu de imitación, innato en el hombre, costumbres más levantiscas y groseras que no las nuestras, cuya rudeza supera, con mucho, á la malicia. Pero si existen detalles censurables, el cuadro general es bueno. Dos años fuí Juez municipal, y no tuve que instruir ninguna causa; media docena de juicios de faltas por alborotos de taberna y riñas de comadres, es cuanto en punto á criminalidad da de sí esta villa de mil doscientas cincuenta y tantas almas. Hace media docena de años, muchos de esos mozos empuñaban las armas en opuestos bandos; aún lloran madres y hermanas á sus muertos; con todo, nadie recuerda pasados tiempos y fenecidas querellas. Algo, bastante,

Digitized by Google

he contribuído al pulimento de las asperezas; que no por ser de los unos dejan de atenderme los otros, sin yo merecerlo. He de ir, pues, ahora, á resucitar disensiones y á disolver ésta gran familia? hè de abrir, con mi mano, la puerta á aquellos tiempos en que hasta los corros de baile tenían santo y seña de partido? Ya que no me sea dado evitar que volvamos á las andadas, pues las palabras de usted me revelan los propósitos inconvenientes que acarician los de arriba, no quiero prestar mi nombre á tamaña desgracia.

—Advierto á usted, señor D. Mario, que he venido á hablar de asuntos graves. Tratamos del triunfo de la verdad, del bien y de la justicia. De veras cree usted que es serio el sermoncito que acaba de endilgarme? Pues le compadezco. Que habrá división y discordia! mejor que mejor; á éso se tira, demonche! Nunca es temprano para separar el grano de la cizaña y las ovejas del lobo.

—Precisamente, ése es mi deseo: la eliminación de los malos. Tenga usted presente que muchos de los que se han opuesto al triunfo de nuestras ideas fundamentales, estaban en el campo enemigo por mil circunstancias accidentales; la historia es muy culpable de la confusión presente: en el fondo, son nuestros. Bastará enarbolar, de nuevo, la bandera que combatieron, para que retrocedan. Prescindamos de cuanto es meramente político y luchemos por el triunfo de las soluciones religiosas y sociales. Á los que ahuyenta el nombre de D. Carlos, Dios y los Fueros se los atraerán.

Digitized by Google

Los verdaderos sectarios del error liberal son pocos y los ahogará la muchedumbre buena. No les tendamos, con las cuestiones de partido, un cable que los saque á flote. Se desgarrará la venda de los obcecados y caerá la careta de los pérfidos que pretenden reducir á mera cuestión política y dinástica, el hondo é irreductible disentimiento que nos separa. Luchemos por perpetuar la fisonomía castiza del pueblo nabarro, que yá empieza á descomponerse y alterarse. Cese el grito de los partidos españoles y resuene el himno de la hermandad nabarra. Nada haré por dividir; cuenten conmigo para unir.

El exclaustrado, apenas oyó estas palabras, se metió dentro del gabinete, y cerró el balcón con tánta violencia que retemblaron los cristales; la gente de la plaza, levantó la cabeza al estrépito. Fray Ramón permaneció inmóvil delante de Mario; chispearon sus ojos, enarcó las cejas, apretó los dientes, levantó las manos temblorosas al cielo; sus labios comenzaron á balbucir, titubeando, buscando palabras; una ráfaga de sangre obscureció su amarillenta cara, desde las mejillas á la frente; abrió la boca cuan grande era; hincháronsele las venas del cuello, parpadeó como si le deslumbrase la luz del sol, y á su constreñida garganta subió silbando la injuria cruenta, el insulto supremo, el denuesto infamante, rebuscado por la indignación entre las hieles del hígado y las heces del vientre, expelido afuera mediante una náusea gigantesca de todo el organismo:

—Mestizo!

Digitized by Google

Mario esperaba una especie de maldición bíblica, y como no se dió cuenta exacta de la ponzoña que el odio y el desprecio habían destilado en el calificativo, vínole á las mientes el parto de los montes, y se sonrió. Fray Ramón, serenándose, pues el vocablo fué la válvula que da libertad al vapor, dijo con tono casi natural:

—Me voy, me voy á escape: que ensillen la mula. Creí venir á la tierra de promisión y me recibe la cautividad de Egito. Fú!

—Fray Ramón, no haga usted á mi madre el desaire de marcharse repentinamente y sin despedirla. Le aprecia, y lo sentiría. En nombre de los lazos que, según recordaba usted antes, le unen á mi familia, le ruego nos evite el disgusto de un rompimiento, y sobre todo, de un rompimiento súbito. Mi propósito es mantener íntegras nuestras antiguas y bien cimentadas relaciones; la opinión política ni poco ni mucho altera el respetuoso afecto que desde el fondo de mi corazón le profeso.

—Bueno, bueno, bueno; guardaré á doña María los respetos que merece. Pero me precio de franco, señor D. Mario, y sería un cobarde é hipócrita, si le ocultara que á usted no le aprecio como antes, ni de cien leguas. Se aprecia á los que se estima; á los demás..... se les tiene compasión y lástima. Me quedo hasta mañana.

—Muchísimas gracias, fray Ramón.

—Ahora, lleve usted á bien que me retire á mi cuarto. He de escribir dos ó tres cartas.

—Voy á acompañarle.

Digitized by Google

—Conozco el camino.

—No le hace.

Cuando fray Ramón se quedó solo, se tumbó en la butàca, y se tapó la cara con las manos.

—Jesús, Jesús! — murmuró—, Mario de Ugarte, traidor! Mario de Ugarte, *pasado!* Qué tiempos, Señor! Bajad el brazo de la justicia; abrid la mano de la misericordia!

Si hubiera cabido que hombre de condición tan férrea y seca llorase, habrían rodado entonces dos hirvientes lágrimas por entre sus descarnados y amarillentos dedos.

Digitized by Google

V.

CARTAS DE LA MONTAÑA.

Las ocho de la mañana serían, cuando la criada de D. Ignacio Ostiz, abogado pamplonés con estudio abierto, entró en el despacho.

—El correo—dijo alargándole á su amo la bandeja llena de cartas.

D. Ignacio comenzó á examinar la correspondencia. Frisaba en los sesenta, y era de elevada estatura, obeso, calvo, muy pálido, de patillas tiradas, entrecanas y lacias. Llevaba gafas de oro, cuyos cristales algún brillo prestaban á sus ojos grises de mirada mortecina, ó mejor dicho, borrosa. La frente, de veras prócer, surcada de arrugas, delataba al hombre de estudio y meditación, así como el empaque y prosopopeya y la solemne lentitud de los movimientos, al hombre que conoce y aprecia sus propios méritos.

El elegante bufete de caoba se veía atestado de papelotes; las mesas y aun las sillas, colmas de rimeros de autos; el estudio, sin duda, era de mucha clientela. Pocos libros, y éstos al alcance de la mano, y todos ellos, prácticos, de uso diario y continuo: códigos, colecciones de sentencias, leyes sueltas. Ni un

Digitized by Google

tratado de filosofía del derecho, ni de historia de la legislación, ni de otra rama cualquiera relacionada con la cultura jurídica general, y mucho menos, de materias agenas á la carrera. Sentado de espaldas á la chimenea encendida, estaba hojeando un volumen del Alcubilla cuando le presentaron las cartas.

Entre ellas salió una de papel satinado.

—Estos garabatos..... ah! ya caigo. Son del Padre Aguinaga. Pero este papel tan elegante? «Cartería de Urgain.» Vamos, está en casa de Ugarte; escribe de gorra. ¡Famosa paradoja! el cerril Urgain explicando la finura del papel!

Rompió el sobre y leyó la carta, que textualmente decía así:

«† Urgain y Noviembre. Sr. D. Ignacio Ostiz y Perez. Pamplona. Muy Sr. mío y respectable amigo. Save usté el ojepto que me ha traido á esta villa en cunplimiento de órdenes augustas que á usté tanbien le han comunicado. Pero me llevé petardo completo, cual no esperava. D.M. de U. se negó, absolutamente, declarándome que no es yá carlista, y por todos sus poros exhala la peste de la mesticería y liberalismo. Es desgracia tan grande como inprevista, que me llena de confusiones. De quién se ha de fiar, si lo seleto es yá perverso! Esta apostasía no quedará sin castigo pronto; en este mundo, ó en el otro. Hablé con la Sra. madre que se mostró pesarosa al principio, y acabó por decirme (al fin, mujer, inconstancia y veleidad, carne), que su hijo que no hará cosa que sea intrínsecamente mala; que respe-

Digitized by Google

ta sus determinaciones, aunque no las apruebe, pero que no ha de mezclarse en asuntos de hombre, limitándose á rezar y á llorar si ve que el hijo se equiboca; que en cuanto á mal ánimo, no lo admite, amén lo digan frailes descalzos; que el mozo es de índole sana. Gentes son madre é hijo, por lo que veo, si Dios no lo remedia, de las que se van á los infiernos de rodillas.

»Mañana pasaré á tierras de Estella, para cumplir mis otros encargos; pero voy descorazonado, con tan mal principio. He roto por siempre con D. M. indicno de la sinpatía de los buenos. ¡Lástima! la causa que esperaba tánto de él! Figúrese usté que ha descendido al vil terreno de los ochabos. Aí le duele, y aí le herirá Dios. Pero á la vez quiere tender la mano á los malos. Comunicaré lo que haya. Se repite de usté afmo. amigo, seguro servidor y humilde capellan q. b. s. m. Fray Ramon de Aguinaga, Dominico ex-claustrado.»

D. Ignacio apoyó la frente en la mano derecha.

—Es inconcebible! qué mosca le picó á ese muchacho? El fraile es áspero, y maldito si tiene nada de diplomático. Mas aunque haya habido torpeza de su parte, es indudable que precedió resistencia, negativa más bien, de parte del otro. Su actitud nos trastorna. Lograremos que desista? Cá! D. Mario, como buen montañés, es tozudo hasta la pared de enfrente. Y además, cuando se resolvió á desenmascararse delante de persona tan intransi-

Digitized by Google

gente como fray Ramón, es que sus propósitos son meditados é inquebrantables.

D. Ignacio tomó otra carta, metida dentro de un sobre hecho con papel de barbas; el nombre y dirección eran de letra clara, grande y bien trazada; letra propia de curial, si los curiales tuviesen siempre buena letra.

—Vaya una coincidencia chistosa! Después del blanco, el negro; es imposible que las dos cartas hayan venido sin pegarse de bofetones, dentro de la misma saca. Veamos lo que dice el bueno de Juan Miguel.

«Querido Ignacio. Por importantes motivos que te explicaré cuando baje á ésa, me interesa mucho, pero mucho, entiéndelo bien, hacerme con el crédito hipotecario de D. Juan Lehoz contra la casa de Ugarte. Antes, hubiera sido imposible obtenerlo; pero el fallecimiento de D. Juan lo allana todo. No admito negativas, ni excusas; eres omnipotente con el Lehoz que queda, como casi lo eras con el que se marchó á la otra banda, y te pongo mi amistad por delante. Da los pasos oportunos y avísame. Expresiones de las chicas, ó mejor dicho, de familia á familia. Tu amigo constante, Juan Miguel.»

D. Ignacio se sonrió con muy malévola expresión.

—El Padre Aguinaga ofició de profeta. El castigo de este mundo llega pronto. ¡Ay, pobre de tí, D. Mario, como te ponga en manos de Chaparro! Y te he de poner; lo primero es servir á los amigos.

Digitized by Google

Abrióse la puerta, y entró un pollastre atildadamente vestido. Los pasantes comenzaban á llegar.

—Buenos días, D. Ignacio.

—Ola, Eduardito. Cójame usted esos autos, los del pleito de D. Crisóstomo Lácar contra D.ª Rosa Zugarrondo. Á ver si me hace usted pronto y con esmero, el escrito de conclusión; la prueba es plenísima. Fijarse mucho en que hubo error que vicia el consentimiento; *non videntur, qui errant, consentire.* La correspondencia de D.ª Rosita es preciosa para este punto, sobre todo, las cartas del 5 y del 11 de octubre. Se puede usted lucir. El negocio es de cuantía; los honorarios han de ser de los buenos.

Eduardo tomó los autos y se sentó á una mesita colocada junto al balcón.

Momentos después entró otro pasante, hombre hecho y derecho, de cara tristona, aire tímido y facha clerical á pesar de sus incultas barbas negras.

—Felices, Sr. Esparza.

—Muy buenos, D. Ignacio. Traigo la demanda ejecutiva contra la sociedad «Explotación forestal de la Ulzama», y los apuntes del informe para la vista del pleito de D. Segundo Cortés contra D. Bernardo Irigaray.

—Siéntese usted. Á ver el informe.

D. Ignacio comenzó á leerlo con tánta rapidez como sostenida atención.

—Soberbio, soberbio! qué razonamientos tan bien enlazados! qué argumentos tan incontestables! qué elegancia y propiedad del

Digitized by Google

lenguaje! Vaya un castellano! cómo se le conoce á usted la asidua lectura de los místicos. Es preciso que vaya usted mismo al Tribunal á lucir su obra. No paso yá por que se mantenga usted alejado sistemáticamente de la tribuna, del verdadero pedestal con que la época moderna brinda al talento.

—Yo..... Sr. Ostiz..... á la tribuna..... á tartamudear el informe..... á embrollarme..... á que algún señor Magistrado bostece y me lance un chorro de agua fría que me deje yerto y pegado á la pared..... No, no; cuando salí del turno, respiré. Vengan trabajos de pluma, con los libros al lado, solo en mi pobre despacho, aunque sea doce horas seguidas. Pero discursos, *vade retro!* Lo primero, no sé lo que hacer de las manos..... Su señor sobrino don Alfredo utilizará esos apuntes y.....

—Es cargo de conciencia, que oración forense tan magnífica la recite ese turulato: equivaldría á la *Casta diva* entonada por un organillo.....

—No señor; D. Alfredo la pronunciará perfectísimamente.

—Sí, ya lo creo! Y caerá el ridículo sobre todos nosotros. El Tribunal, *sotto voce,* recitará la fábula del grajo adornado con plumas de pavo real. Cualquiera se traga que ésto es fruto de ese cacumen sietemesino!

D. Ignacio cambió de postura, y ahuecando la voz, dijo:

—Este informe únicamente debe de pronunciarlo quien tenga ganada su reputación, ó el autor mismo. Si usted mantiene su deplo-

Digitized by Google

rable propósito, me habré de reservar el negocio y utilizar su informe. Á Dios gracias, conservo buena memoria.

—Ah, señor D. Ignacio! si el informe no es totalmente indigno de usted, será causa de profundo placer y de eterno reconocimiento para mí, verle tomar relieve en sus labios. Dicho como usted sabe decir las cosas, mediante la sonoridad de voz, el arte de la declamación, la majestad de pretor en las actitudes y gestos, mi amazacotada prosa se vestirá con los rasgos de las arengas persuasivas, y me iré á casa haciéndome la ilusión de que mi trabajo era bueno.

Esparza, al decir estas palabras se frotaba las manos, y una sonrisa apacible y triste asomaba á sus labios.

D. Ignacio guardó el informe, y dijo:

—Sobre esa silla hay negocios nuevos; tome usted el que le guste.

Se abrió la puerta del despacho y entró, como un torbellino, un caballero de cara fina y morena, bastante joven aún:

—Ola, mi querido Pepe!

—Siempre tan trabajador, Ignacio!

—Estoy buscando sentencias del Supremo que hagan al caso. Es el único argumento que impresiona á los señores.

—Mucho; de todas las corporaciones ó cuerpos se enseñorea el espíritu de la rutina. Hay poca costumbre de elevarse á la esfera de los principios, esos principios que son el alma de la ciencia. Es preciso tender la vista por amplísimos horizontes, descubrir el enlace íntimo

Digitized by Google

de las verdades, ese enlace predeterminado, capaz de aplacar la sed de conocimientos que devora al hombre; es preciso investigar las relaciones íntimas de las cosas, poner en claro su naturaleza y desarrollarla sistemáticamente. No es verdad, señores?—preguntó volviéndose hacia los pasantes.

É interpretando su silencio, añadió:

—Claro, perfectamente.

El recién venido, con la mano izquierda, además de accionar, sostenía el bastón y el sombrero, y con la derecha se retorcía los negros y largos pelos del bigote.

—Pero siéntate, hombre; deja el sombrero.

—No tengo tiempo. He venido á cambiar impresiones contigo. Vamos á dar tú y yo dos dictámenes acerca de dos asuntos interesantes.

—Habla; á cuáles te refieres?

—Al de la *Parzonería* de Aralar. Anoche me trajeron los documentos. Es evidente que los guipuzcoanos se extralimitan al prendar los ganados que transitan por las veredas del monte después de puesto el sol, siempre que sea en dirección á Nabarra. Es incuestionable que nuestros montañeses tienen derecho á abrevar los rebaños desde *Iturri-erreka* á *Zuloaundi*. Por otra parte, únicamente el Alcalde de Villafranca retiene el derecho á imponer las multas y efectuar los prendamientos.

—Te has fijado en el laudo arbitral de 1613?

—Sí, sí, perfectamente.

—Con su contexto pudiera, sin embargo, sostenerse, que la prohibición de abrevar está fundada en la escritura compromisal del año

Digitized by Google

1508,—afirmó con tono doctoral D. Ignacio, y luego prosiguió:

—Cierto es que el laudo se refiere, constantemente, á la *Información* evacuada por los Mayorales el año 1566, en cumplimiento del auto del Real Consejo que la ordenó para decidir acerca de varios puntos litigiosos; pero tampoco es menos cierto que el laudo no aceptó íntegramente la *Información*. Tánto es así, que redujo á cinco, de ocho que eran, los sitios donde podían construirse cabañas.

—Claro, efectivamente.

—Que el Alcalde de Villafranca, de hecho, es el único que impone las multas y prenda los ganados, por lo que á Guipuzcoa toca, nadie lo pondrá en duda. Mas que hayan perdido, legalmente, su jurisdicción y competencia los demás, punto es obscuro.

—Claro, claro.

—Falta la documentación; rastréase algo contradictorio en las declaraciones testificales. Pudiera, muy bien, haber aquí, nada más que el ejercicio intermitente de un derecho primitivo, por la accidental circunstancia de la mayor comodidad que ofrecían los pastos cercanos á Villafranca. Hoy las talas del monte son causa de que los ganados utilicen mayor extensión de terreno y se aproximen á las otras villas guipuzcoanas de la comunidad. En fin, es negocio un poquito complicado.

—Estamos de acuerdo, muy bien. Es incuestionable que las variaciones en las necesidades públicas, y aun en el estado social, esas variaciones que la historia produce de conti-

Digitized by Google

nuo por medio de las grandes leyes naturales, explican con evidencia insuperable estos puntos controvertidos. Mucho, mucho. Los rebaños de los valles nabarros tienen derecho á transitar de noche por las veredas, á abrevarse, no sólo en la parte alta del río, sino desde *Iturri-erreka* á *Zulo-aundi*, y el Alcalde de Villafranca ha asumido la jurisdicción que compartía con los de las villas guipuzcoanas congozantes. Esta es la tesis verdadera, á la par que harmónica, de todos los intereses legítimos, que demostrará palmariamente mi dictamen. Me alegro infinito que estemos de acuerdo y vengan á coincidir dos dictámenes pedidos por separado. Bien, perfectamente.

—Hombre, no te vayas; que aún no me has dicho cuál es el otro negocio.

—Ah, es verdad! Éste afecta al orden público, éste entraña las más graves cuestiones constitucionales. Es preciso que al dictaminar nos inspiremos en una gran prudencia, en esa prudencia que no es incompatible, ni mucho menos, con la energía, en esa prudencia característica de los hombres, digámoslo así, realmente varoniles, en esa prudencia que se hermana perfectamente, sí señor, con la exaltación en la defensa de las grandes afirmaciones sociales, de las verdades eternas y salvadoras que sacian la inteligencia y arrebatan el corazón. Nada que se parezca al delirio de las pasiones, al anhelo de los espíritus irreflexivos, de esas pasiones que son el caos asfixiante de los grandes ideales y de los grandes deberes, de esos espíritus.....

Digitized by Google

—Y qué es ello?—le interrumpió D. Ignacio.

—La cuestión de la indemnización á los liberales, el valor legal de la promesa que la Diputación hizo en días de prueba, de lucha, de apasionamiento, de exacerbación, de fiebre, cuando el hombre abdica la ley moral de su libertad en aras del frenesí, del orgullo satánico.

El reloj dió las diez. D. José cortó su perorata, y dijo:

—Imposible detenerme; me esperan los representantes de la compañía inglesa «Aceros y Carbones». Adiós, chico; pero en ésto también estamos de acuerdo. La solución es evidente, axiomática. ...

Y se fué cambiando apretones de manos con los pasantes y D. Ignacio. Éste le agarró por la manga.

—Chico, ya que estás aquí, firma nuestro dictamen común acerca del asunto del Ayuntamiento de Estella.

D. José aceptó la pluma, garapateó su firma, pretendió tomar la salvadera, y equivocándose, vertió el tintero por el flamante pliego; pero era tal su prisa, que no se dió cuenta de ello y salió, á escape, del despacho.

Los pasantes soltaron la carcajada; D. Ignacio contempló, meneando la cabeza, el dictamen y el tomo de Alcubilla chorreando tinta, y murmuró sonriéndose:

—Claro, perfectamente!

—Qué imaginación tan viva y lozana!—exclamó Esparza.

—Qué elocuencia tan brillante!—gritó Eduardo.

Digitized by Google

—Qué ardilla!—reflexionó, á media voz, D. Ignacio.—Á ver, cualquiera de ustedes, hágame el favor de poner un B. L. M. á don Timoteo Lehoz, suplicándole venga á conferenciar conmigo esta misma mañana, para tratar de asunto que le interesa sumamente. Miéntras, ordenaré á la muchacha, que enjugue y frote las evidencias del bueno de Velasco. ¡Señores, su corazón es oro!

Salir D. Ignacio á la sala, y cerrarse precipitadamente la puerta principal de ella, fué todo uno; entrevióse al caer la hoja el orillo de una saya. En el centro había un pollastre de veintiún años, completamente azorado.

—Ola, tío!—dijo con timidez.

—Ola, imbécil; estás yá primeando? Entra al despacho, donde encontrarás á tus puntuales compañeros.

El joven cumplió, sin chistar, la orden. Don Ignacio siguió andando silenciosamente hasta llegar al gabinete del extremo opuesto. Abrió de golpe la puerta. Al balcón estaba asomada una señorita de diez y siete años, linda por su juventud. Al ver á D. Ignacio, se sobrecogió; un ratón le hubiera hecho gritar más, pero sin teñirle de rojo las mejillas.

—Acabo de sorprender á tu hermana con el abogadico, y ahora te encuentro á ti haciendo la osa con el boticario. Qué precoz afición á las facultades habéis sacado, hijas! Porqué no fuísteis á misa con mamá? Pretextos de costura ó labor, eh? Di á la Eulogia que vaya al despacho con un trapo; me han volcado el tintero. Advierte á Anita que estoy harto de

Digitized by Google

Alfredo; me estropea todos los asuntos que le encomiendo. En cuanto á ti, ya lo sabes; no doy entrada á *envenenadores* en la familia. Mi pobre madre lo decía: con los boticarios nadie quiere cuentos.

D. Ignacio volvió sobre sus pasos. Alfredo se había sentado á la mesita del balcón. Cogió el abogado unos manuscritos y se los tendió á su sobrino, diciéndole:

—Ahí va la contestación á una demanda. Cópiamela en limpio para mañana.

—Tío, con muchísimo gusto. Para mañana..... á la mañana?

—Sí; deja el paseo y el teatro. Siete horas me costó el borrador; bien puedes tú copiarlo en diez.

El pobre Alfredo reprimió un suspiro muy hondo y puso manos á la obra. D. Ignacio se engolfó en el estudio de otro pleito.

—Señorito—dijo desde la puerta la doncella, —D. Timoteo Lehoz desea hablar con usted.

—Al gabinete de enfrente; voy enseguida.

D. Timoteo era hombre de cincuenta y tantos años, bajete, gordinflón, corto de pescuezo, ancho de espaldas, proeminente de abdomen y torcido de piernas. Sus ojos castaños, de expresión asombrada, se movían de un lado para otro, como un par de yemas en un plato lleno de agua.

—Dispénseme, D. Ignacio,—dijo con voz de falsete, impropia de tan obesa mole—, no haya venido antes. El médico me prohibe levantarme temprano, sobre todo, cuando reina el cierzo. Dios mío, qué pecho tengo!

Digitized by Google

Y tosió, largo rato, con tos sofocante que le amorató la cara.

—Le he llamado á usted para hablarle de la testamentaría. Entra usted con buen pie, porque desde luego se le presenta cómoda ocasión de realizar una de las partidas de mayor compromiso, y de no pequeña monta, á la vez. Óigame con atención.

—Le consta á usted, D. Ignacio, que no tengo costumbre de los negocios. Mis principios son atenerme al parecer de las gentes de buen consejo y conciencia y que me profesan cariño. Así es que....., la verdad..... excusa usted molestarse..... yo le dí carta blanca y se la duplico ahora mismo. Estos barullos de curia, estas complicaciones de dares y tomares, me marean; á mí, lo que me agrada, es cobrar mis renticas, tres ó cinco, y fuera cálculos á que no está hecho mi cacumen. Así he vivido con poco, pero sin quebraderos de cabeza. Conque D. Ignacio, lo justico para que se ponga el haber á mi nombre, y nada más. Corte y cosa á su gusto, que es usted buena pala, y yo un leño de la Madalena, de mala madera y sin pulir. Qué tos, San José bendito! á que se cumple conmigo el refrán: «casa puesta, cruz á la puerta»?

Cuando se aplacó la tos de su interlocutor, dijo D. Ignacio:

—Agradezco á usted sobremanera la confianza que me demuestra. Usaré de ella ámpliamente..... para proponer. Otra cosa es incompatible con mis principios y costumbres. Cada cual, asesorado por persona competente,

Digitized by Google

ha de tomar las disposiciones que personalmente le atañen. Por tanto, comunicaré á usted los antecedentes del negocio que se le presenta, y enseguida mi humilde, desinteresado y amistoso parecer.

—Bueno, bueno, ya que se empeña, por pura fórmula y cortesía, soy todo orejas.

—Pues bien, amigo D. Timoteo, hablo sin más preámbulos. Su difunto hermano de usted, que era la bondad misma, solía hacer muchos favores, sobre todo, cuando se ponían de por medio la simpatía y los respetos políticos. Entre los muchos favores de esta naturaleza que yo pudiera citar, se cuenta uno que recayó sobre cierta ilustre familia de la provincia, cuyos sacrificios en pro de nuestra noble y desdichada causa, se hacen patentes con sólo nombrarla: la familia de Ugarte. D. Mario, actual representante de ella, al finalizar la guerra, se encontró con la casa muy alcanzada. Basta un detalle para comprender la extensión del desastre. Su padre, nuestro invicto general, en uno de sus momentos de apuro y como quien quema el último cartucho, llegó á tomar quince mil duros á préstamo, los cuales facilitó su señor hermano de usted sin ninguna garantía, por tratarse de personas tan bien reputadas y dignas. Pero como el general era la caballerosidad y la hidalguía hechas hombre, rehusó formalizar el préstamo, si el prestamista no garantizaba su crédito con la hipoteca de los bienes de Urgain. Ciertamente, el valor intrínseco de esos bienes, es muy superior á la cantidad prestada. Pero es, en el mis-

Digitized by Google

mo grado, cierto, que sería sumamente dificultoso realizarla, porque en toda aquella comarca son contadas las personas que puedan verificar desembolsos de esa cuantía, y forasteros no es probable que se resuelvan á vivir en poblachón tan triste y retrasado como Urgain, verdadero lodazal cercado de breñas. Ciertamente, por último, que el país es fresco y agradable durante el verano; mas nuestros ricachones prefieren gastarse el dinero en los puertos del Cantábrico y Francia; aparte que quince mil realitos anuales de casa, es caro hospedaje de veraneo. De todo lo cual se deduce, que la hipoteca de Urgain es un tesoro enterrado en el desierto; quien lo posée no lo puede aprovechar. Usted, mi buen amigo, necesita dinero contante y sonante, para enjugar, de presente, las obligaciones que ha ido contrayendo durante estos últimos calamitosos años de emigración y demás.

Los ojos de D. Timoteo, que habían estado practicando complicadas evoluciones durante el discursito de D. Ignacio, se detuvieron momentáneamente y dirigieron á éste una mirada llena de agradecida ternura.

—Sí, sí, me veo muy apuradico, con el agua al cuello, como quien dice.

—Pues bien—prosiguió el abogado con tono doctoral—, la Providencia le trae á usted el medio de realizar prontamente ese crédito, el más dificultoso y comprometido de la testamentaría. Persona de mi absoluta confianza y amistad particular, desea adquirir dicho crédito hipotecario; va usted á coger quince mil

Digitized by Google

duritos, en buenas monedas de oro ó plata, como rezan las escrituras, más el importe de las anualidades caídas y no pagadas, previa la oportuna liquidación, de suerte que el comprador se subrogará á usted y su causante, en todos sus derechos y acciones. Para él la odiosidad de las reclamaciones y ejecución; qué tal? Forma usted ánimo de vender?

—Ya lo creo; dice el refrán que cuando pasan rábanos.....

—Pues bien; con vista de la rotunda manifestación de usted, escribiré hoy mismo á esa persona, dándole cuenta de nuestra entrevista. Nos pondremos de acuerdo para la firma de la escritura y demás. Yo me encargo de remitir la titulación é instrucciones al Sr. Vergara para que redacte el oportuno instrumento.

—Ay, señor D. Ignacio, qué buen día me da usted! Le repito que haga cuanto guste; yo firmaré como en un barbecho.

El pobre hombre, frotándose las manos, se riyó entusiasmado de su propia nulidad.

Cuando D. Timoteo hubo salido del gabinete. D. Ignacio se sonrió friamente:

—Caíste, D. Mario! Ahora experimentarás cuánto arañan, aporrean y aprietan las manos villanas de un Chaparro. Ja, ja, ja! cómo acaban los linajes! La coraza del infanzón atravesada por la pluma ruín del curial. Bah! cosas de la vida..... y del siglo!

Sacó el reloj del bolsillo y miró la hora.

—Las once y veinte. Tengo tiempo todavía. Anita! Tresa! La chistera y la capa; voy á misa.

Digitized by Google

VI.

MAIZACHURIKETA.

Anochecía yá cuando José Miguel Loipea, mocetón de veintieuatro años, entró en la taberna de Aquilino Zazpe, pateando el no barrido suelo, para desprender el pegajoso barro de sus borceguíes.

—Una copa de aguardiente, si me quiere dar—dijo en castellano, apoyando los codos sobre la grasienta chapa de zinc del mostrador.

Aquilino, hombre de sesenta y tantos años, de mediana estatura, chato y colorado, muy grueso, cuyo proeminente cogote, debajo de la boina encasquetada hasta las orejas, comprimido entre la nuca y los hombros, parecía reluciente morcilla, preguntó con tonillo aragonés:

—Del blanco ú del colorau?

Ocupaban el mostrador tres enormes botellones, media docena de copas de vidrio toscamente tallado, una cubita de madera llena de agua para enjuagar los vasos de los parroquianos y una balanza de pie fijo con platillos de cobre: el de la derecha estaba recubierto por papel de estraza. Del techo colgaban paquetes de velas de sebo. Detrás se extendían unos cuantos estantes de madera sin pintar, llenos de paquetes de cajas de fósforos

Digitized by Google

cascantinos, almidón, fideos, arroz y café; cajas de pimentones riojanos en conserva, pescadas de bacalao, alcuzas de aceite, botellas de vinagre, y otros géneros de comer, beber y arder. Á la izquierda, cerca de la puerta, había un estante bajo y ancho que servía de cama á un pellejo de vino, ya flaco á puro de sangrías. Á ambos lados del mostrador pendían sartas de guindillas y horcas de ajos. Á la derecha, formaban fila, tres ó cuatro latas de petroleo. El resto del local, ó sea, las dos terceras partes de la bajera, bastante capaz, lo llenaban cuatro mesas con sus correspondientes bancos á derecha é izquierda, un aparador con vajilla de loza y vidrio, y el fogón, situado al centro, con su amplia chimenea. Ardía la leña, bullían las ollas y á la luz oscilante de las llamas, se dibujaban en la pared las siluetas de tres mujeres sentadas sobre la tarima. El tugurio olía á tabaco, humo y sartén; suelo, paredes, mercancías y muebles, amén de las personas, sudaban pringue y mugre.

Aquilino sirvió aguardiente blanco á José Miguel, conforme á su respuesta, después de enjuagar la copa.

—Dónde anda, pues, *Cuadrau*, que no veo aquí?—preguntó Loipea, secándose los labios con el reverso de su manaza callosa y morena.

—Sáido á lastación; á recogel una barrica de vino que hoy recibo de la Ribera. Cómo sus vais á ponel la tripa, borrachones.

José Miguel se sonrió con mucha satisfacción.

Digitized by Google

—Güena tierra será aqueilla, que siempre se anda saca que saca vino y no acaba. Hoy tamién, el tren de mercancías ya ha llevau, pues, lo menos nueve vagones con pipas.

—Mejor que la vuestra, más mojada que hondón de orinal—gritó, desde dentro, con voz aguda, una de las tres mujeres.

—Eso icir yo, pues.

—Baraja! pus no páice sino que necesita tus dichos pa selo.

—Vaya, quiá! que no nus poemos quejal désta—replicó Aquilino—. Yo allá era un probe pión, sin más renta que la azada y la voluntá de los ricos. Hoy aquí, aunque probico también, vivo de lo mío.

—Y aun tejas lo mejor—dijo una de las mujeres acercándose—. Que cuando en la aición hirieron los guiris á nuestro hijo, de póco retrecheramente que nos lo cudiaron los de este pueblo. Y mira, Aquelino, cómo no hay mal que pa bien no sea, si Dios quiere; que por venilo á ver, cuando se quedó tan enfermico, prencipiemos nuestra mejoría.

La interlocutora era una mujer enjuta, alta, de pelo entrecano, muy áspero, peinado hacia arriba y sin raya.

—Madré, que lo va usté á ponel hueco si sigue,—gritó la misma voz de antes.

Y se aproximó otra mujer, de diez y ocho á veinte años, más alta que baja, pelinegra, ancha de cara, roma de nariz, de boca grande, bien guarnecida de dientes sanos y blancos, cetrina de color, rasa de pecho, un sí no es cargada de espaldas, suelta de ademanes, re-

Digitized by Google

suelta en el mirar, tosca en el andar, burlona en el reir, de cuerpo recio, cuyas formas huesosas recubría un traje de percal donde las manchas de aceite y grasa alternaban con el chillón floreado de la tela. Bajo el ruedo de la saya corta asomaban las botas con puntera de charol, cuyo cuero surcaban grietas y cuyos elásticos tenían las tripas fuera; sobre el juanetudo pie derecho, formando rosco, la media, que fué blanca un mes antes, caía.

José Miguel la miró complacido, se rascó la cabeza y no contestó palabra.

—Qué es lo que te trae por aquí, resalau? —preguntó la moza.

—Pa beber la copa, ganas.

—Si, pa quien te crea, mameluco.

—Uste siempre estás de broma.

—Sí, como tú, que las das güenas. Aus! pues no ice que ha venío por velme.

—Yo tampoco ni pensau icir.....

—No te pongas royo, mocé; si no lo ices lo hacis.

—A icir verda, en busca de Casildo me hay venido. Los de Ermitaldea hoy tienen *maiza-churiketa* y por si quiere venir conmigo.

—Y á mí no me convidas?

—Jesus, con güena gana.

—Pa qué me quieres lleval ahí?

—Toma! pa que haiga una guapa más.

—Sobraré! irá lo bueno del pueblo.

—Ya irá, á güen seguro, pero más guapa que uste.....

—Mejor, que no sea! Á las guapas se las torea.

Digitized by Google

Y la moza, con desgaire, le volvió la espalda. Pero José Miguel le agarró el brazo y la obligó á dar media vuelta. Forcejeaba la moza y el mozo tiraba hacia sí con la fuerza de una pareja de bueyes, mientras ella se reía á carcajadas. Cuando más á gusto estaban retozando, Aquilino, desde el mostrador, gritó con voz estentórea y descompuesta:

—Rediez, Celidonia! estamos en la dula ú qué?

—Eso mesmo iba á preguntal yo—, exclamó Casildo Zazpe, alias *Cuadrau,* que desde el dintel de la puerta, atisbaba hacía algún rato, sin que nadie hubiese notado su presencia.—Páice que estamos templaus; lo malo es que no da pa todos, que aquí estoy yo como el monaguillo, tocando la campana, pero sin celebral.

—No te quejes—replicó Celedonia desasiéndose—que ya te llegará la hura, como al cuto.

Cuadrau pegó cuatro ó cinco brincos, lanzó un relincho, y dijo:

—Ojalá sea aura mesmo, que estoy más templau que Dios. Venga medio, padre.

Aquilino le sirvió un cuartillo de vino, y dijo:

—Has recogido eso?

—No ha venido. En mercancías de mañana.

—Por vida de los carriles! habrá bribones!

Y se estuvo refunfuñando, mientras José Miguel y *Cuadrau* hablaban con mucha animación, junto á la puerta.

—De veras?

—Sí, hombre, como oyes. El que se encuen-

Digitized by Google

tra un *artoburu* encarnau, puede dar beso á la *neskacha* que quiera.

—Ices que lo has trujido? Dámilo.

—Tóma, pa ti hay traído, pues; que á mí no me importa.

Y al pronunciar estas palabras miraba tiernamente hacia el fondo de la taberna donde traginaba Celedonia, á la vez que del bolsillo izquierdo del pantalón sacó una mazorca de maíz pintada de almazarrón.

—Pero como todos los *mutiles* ellevan, sólo vale el que saca primero; pero antes que las diez no hay que sacar, pues entonces se prencipia la broma y yá no se trabaja de fundamento.

Cuadrau metió la mazorca entre faja y cintura.

—Rediez! no se me escapa la Josefa-Antonia mas que se güelva mico. Arrea.

—Vamos.

Y diciendo—Adiós, buenas noches!—pero no sin que José Miguel mirase, de nuevo, á Celedonia, salieron de la taberna.

La noche estaba, del todo, obscura. Caía una lluvia muy menuda y fría. José Miguel iba delante con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, marcando el paso con los borceguíes sobre las losas, recubiertas de lodo espeso y cortadas por baches de agua cenagosa. *Cuadrau* le seguía, arrebujado en su manta, dando silenciosos y largos pasos con sus alpargatas valencianas y sus calcetines de lana azul; de vez en cuando metía el pié en algún charco, y pronunciaba, entre dientes, alguna

Digitized by Google

palabrota. Se cruzaron con media docena de mujeres y muchachas retardatarias, que venían de la fuente, pegadas á la pared para buscar para sus piés descalzos el piso menos resbaladizo y fangoso. *Cuadrau* se paraba, y poniéndose en jarras, las obligaba á salirse al arroyo, diciéndoles:

—Vete á la alfombra, amantico, que por aquí se te van á cascar los chapines.

Y si era vieja, añadía:

—Corre, agüela, que se está derritiendo el novio.

Por la acera de enfrente iban dos ó tres personas alumbrándose con un farol de mano.

Llegaron á la Casa consistorial, y José Miguel se detuvo.

—Trempano es, aun.

—Pues nos estaremos aquí, aguardando en los porches. Quién es aquél farol que va páncia arriba? Si es el mesmo escribano de los demonios. Aguarte, le voy á tirar un peñazo, pa cascale el farol.

—Pero hombre, que siempre has de ser tan burro. Puede tomar mal, acaso.

—Á tú que te importa? Á mí no me llames burro, porque te doy una morrada.

—No enfades, hombre; por erreir hay dicho.

—Pues á mí no se me ríe nenguno, y menos un mastuerzo montañés.

—Mal génio, no acuerdes de eso; vamos á casa de la Josepa-Antoñi á coger güen sitio.

—Aura, no me da la gana.

Y volviendo las espaldas, *Cuadrau* tomó el camino que habían traído. José Miguel le si-

Digitized by Google

guió con los ojos mientras se alejaba, y acordándose de repente, le gritó:

—Casildo, ya que no vienes, échame el *artogorri.*

—Tómalo!—contestó aquél desde la obscuridad.

Y una enorme piedra dió contra el primer pilar del cubierto, cerca de José Miguel.

Éste levantó los hombros, y sin inmutarse, filosóficamente, murmuró:

—Por suerte, no me ha dau.

Y siguió su camino, enderezando los pasos hacia una casa aislada, á orillas de la carretera de Pamplona, junto á tres pilones de abrevar ganado. Por las rendijas del segundo y último piso, salían rayos de luz. José Miguel se detuvo un instante; á sus oídos llegaron gritos y risotadas. Entró en el amplio zaguán, metió la cabeza por la puerta de la cocina que estaba á la derecha, y dijo en bascuence:—Buenas noches; soy yo, el de Zubizar.

—Bien venido, José Miguel: súbe,—le contestaron.

Siguió hasta el fondo del zaguán y tomó la escalera, dejando, á un lado, la puerta de la cuadra; los bueyes mugían sordamente y gruñían los cerdos.

En el último piso había tres espaciosos desvanes ó *gambaras* contiguos. El primero comunicaba directamente con la escalera: era el destinado á la *maizachuriketa.* El segundo, separado por un tabique, servía de granero. El último, situado en la fachada zaguera, no tenía otra entrada que una puerta-ventana de

Digitized by Google

dos hojas, á la cual se subía por una escalera portátil: era el *belartegi* ó depósito de heno, helecho y demás pienso de invierno.

Tres faroles con vela de sebo, colgados de la pared, iluminaban á medias la primera *gambara;* el techo, listeado por las negras vigas, permanecía en la obscuridad. Enormes montones de mazorcas de maíz ocupaban el suelo del desván. Sentados de espaldas á los montones, ó medio hundidos en ellos, se veían hasta veinte jóvenes de ambos sexos, formando grupos de cuatro y cinco alrededor de los *saski* ó cestos hechos con varillas de avellano, adonde echaban las panojas deshojadas. En el centro de la *gambara* se iba elevando una montaña de secas y amarillentas hojas que los *maizachuriketari* arrojaban. La montaña estaba habitada; medio cuerpo de un hombre viejo formaba su cumbre. Era el viejo de color sano, nariz grande y aguileña, tez muy arrugada, ojillos vivos, alegres y desvergonzados que denotaban gustos y genio de joven, malquistos con los mechones de pelo blanco cual la plata que asomaban por debajo de la enorme boina azul, agujereada y mugrienta. Tenía una pipa de barro cocido en la boca; cada vez que aparentaba ir á encenderla, alzábase estrepitoso vocerío de fingido temor.

La semiobscuridad teñía con oscilantes manchones de luz los regocijados grupos: aquí se vislumbraba una cara risueña, más allá una maciza trenza, más lejos una blusa de percal azul, un calloso pie descalzo, una mazorca deshojada, brillante como un huso de oro.

Digitized by Google

Aunque ejecutando la misma labor, todos los circunstantes diferían por su actitud. Había quien hablaba quedo con su pareja; quien canturriaba á solas ó en coro; quien, á hurtadillas, cambiaba tiernas miradas; quien conversaba, á grito herido, con el interlocutor más distante; quien, por entre las mazorcas, andaba á caza de pantorrillas que pellizcar, arrancando á las mozas gritos instantáneamente reprimidos. Reinaba más júbilo que en los alcázares de los reyes y grandes. Aquellas cuatro paredes, aquellos vetustos solivos cubiertos de telarañas, aquellas chisporroteantes luces desmayadas, contenían é iluminaban juventud y robustez, modestia de aspiraciones, parvedad de exigencias, hábito del trabajo, lozanía del amor, que era impulso de almas cándidas é instinto de cuerpos vigorosos.

Disfrutaban de los privilegios que la compensadora Providencia concede á los humildes: comer mal y digerir bien, tenderse en dura cama y dormir blando sueño, sudar con poca ropa y mantenerse sanos escarneciendo á la higiene, poseer poca hacienda y cubrir los gustos y necesidades. Las muecas apayasadas y las frases sandias que hubieran provocado el desdén del hombre culto, les hacía á ellos retorcerse de risa. Sucedíanse las carcajadas á boca llena, ó mejor dicho, á cuerpo entero.

Tan bulliciosa alegría dimanaba de una circunstancia, principal entonces: de que los sexos congregados eran diferentes.

No todos los grupos loqueaban; si había deshojadores por jugar, los había, también,

Digitized by Google

por trabajar. Entre éstos se contaba el que presidía la reunión, del cual era centro Josefa Antonia, vestida con justillo pardo, anchas mangas de camisa arremangadas hasta el codo y saya de percal blanco rayado de azul obscuro. De la casi desceñida toca se escapaban dos gruesas trenzas de pelo negro que, rodeando la cintura, metían los cabos en el regazo, sobre el delantal de cuadritos blancos y negros. La luz, aunque escasa, permitía distinguir sus ojos y frente, pequeña y tersa ésta, rasgados y grandes aquéllos, de color garzo clarísimo, donde se pintaban como aterciopeladas rayas, las curvas y largas pestañas.

Una de las veces que el viejo del montón hizo ademán de encender la pipa, le dijo Josepantoñi en bascuence:

—Más le valía, Fralle, contarnos un cuento, en vez de asustarnos.

—Para cuentos estoy yo, picaronaza! tengo una boca más seca.....

—Pues no se bebe hasta las diez, por lo menos, y acaso, hasta concluir la tarea. Mas si nos complace, le serviré el primer vaso de vino.

—Pides cuentos porque nadie te cuenta nada. Quién te mandó sentarte entre esas dos zafiotas de Chebastiana y Lorencha, y no junto á José Martín que te está comiendo con los ojos y por mirarte me echa las mazorcas y se guarda las hojas?

José Martín, mozo de hercúleo, pero desgarbado cuerpo, cara larga y huesosa, donde se pintaban bondad y franqueza, bajo el fue-

Digitized by Google

go graneado de las risas burlonas, se puso como un cangrejo cocido: sus orejas, en forma de asa, parecía que iban á manar sangre.

—Qué apostamos á que no quieren cuentos éstas otras que están con sus novios?

—Sí, sí,—gritaron todas las mujeres.

—Os complaceré, archi-tontas, ya que preferís las verdades de un viejo á las mentiras de un joven. Oid, pues, el *Lakuntzako pertza.*

La rechifla fué general.

—Vaya una insulsez!

—Ese cuento es más antiguo que el hambre.

—Fuéra! Hasta Martinico lo sabe.

—Fralle ha perdido la memoria.

—Fralle cree estar con los chicos de la escuela.

—Fralle está *moskorra,* como de costumbre.

—Otro cuento, otro!

—Silencio, gallinero! Fralle sabe de todo..... hasta haceros rabiar. Queréis un cuento bonito?

—Sí, sí.

—Pues oid la historia de los dos arrieros.

El viejo se metió el dedo índice de la mano derecha dentro de la boca, y estirando con él la mejilla y sacándolo fuera de golpe, produjo tres ó cuatro sonidos como de taponazo.

—«En aquel tiempo—como ahora—, había dos arrieros. El uno, Juan Zopolo; el otro, Juan Mozolo. Cada uno era amo de siete machos; y á Iruña voy, y de Iruña vuelvo, *tripi trapa,* con buenos pellejos de vino, á gusto de los borrachos, ganaban su vida. *Ki, ki, ki, ri,*

Digitized by Google

ki! canta el gallo: *güin, güin, güin, güin,* gruñe el lechón! Hicieron una apuesta, jugándose las recuas, y Juan Zopolo perdió la suya, y Juan Mozolo ganó la agena, con trampa, porque Zopolo era muy tonto.—Ay, ay, ay!—decía llorando—(y era de ver la exajerada mímica del narrador, que berreaba imitando el llanto)—cómo me presento ahora delante de la mujer y los hijos, sin los machos? Qué me dirá aquélla, de tan mal genio, cuando vea que falta lo principal de la familia?—Llegó á un puente, y no atreviéndose á proseguir el camino de casa, resolvió dormir debajo de él.

»*Tan, tan, tan, tan!* dieron las doce. Oyó gritos. Las *sorgiñas* venían al *akelarre.* La una hacía *putz,* la otra *mutz,* la otra *mutz-putz.* Se pusieron á bailar al són del tamboril. Una de ellas dijo:—La dueña de la casa *Diru—maindire—pertzerik—gabea* está enferma, hace hoy doce años: ni médicos, ni barberos, ni albéitares con nada la pueden curar. La curarán cuando le den un pedazo de pan bendito que un lagarto, escondido bajo la piedra de la puerta de la iglesia, tiene en la boca. Y *putz* y *mutz* se fueron las *sorgiñas.*

»Juan Zopolo oyó lo dicho. Volvió á casa y nada le declaró á la esposa de mal genio. *Tipi, tapa, zírripi, zárrapa, tras, tras, tras,* se fué adonde la enferma. Pidió posada, como caminante; se la dieron. Le dijeron que la dueña estaba enferma y que nadie la sabía curar.—Yo quiero verla,—dijo el arriero—; acaso, acertaré.—Le llevaron á ella y le dijo: —Dueña! se acuerda usted que hace doce

Digitized by Google

años tiró con desprecio el pan bendito á la puerta de la iglesia?—Ya me acuerdo.—Pues bien, desde entonces un sapo tiene el pedazo de pan en la boca, y no se curará usted hasta que se le quite y se lo coma. *Ki, ki, ki, ri, ki!* canta el gallo: *güin, güin, güin, güin,* gruñe el lechón!

»El marido y el arriero fueron, enseguida, á la iglesia, y todo lo encontraron tal y conforme. Lavaron el pan, lo comió la dueña y sanó. Como eran muy ricos, muy ricos y estaban muy contentos, muy contentos, el marido le dijo al arriero que pidiese. Pidió siete machos por haber perdido otros tantos, y el amo, diciendo que siete no eran cosa para él, le dió catorce, hermosos como el sol. *Klin, klin, klin, klin,* qué bien suenan las campanillas de noche!

»*Tipi, tapa, zírripi, zárrapa, tras, tras, tras,* Juan Zopolo regresa á casa, y á Iruña voy, y de Iruña vuelvo, con buenos pellejos, á gusto de los borrachos, con catorce, mejor que con siete machos, gana la vida. Miéntras, Juan Mozolo se iba empobreciendo; hoy uno, mañana dos, los catorce machos se le murieron. Antes que romper su cabeza contra las piedras, Juan Mozolo se fué á Juan Zopolo y le preguntó cómo pudo recobrar los siete machos y otros tantos.—Pónte una noche de sábado debajo del puente, y escucha, que sin duda, algo de bueno oirás.

»*Tan, tan, tan, tan!* las doce. Juan Mozolo, meándose de miedo, oye los gritos. Las *sorgiñas* vienen al *akelarre. Putz,* hace la una;

Digitized by Google

mutz, hace la otra; *putz-mutz,* las demás. Bailan al són del tamboril, y una de las *sorgiñas* dice:—La dueña de *Diru—maindire—pertzegaberik—echea* se ha curado; sin duda, alguno viene á escuchar lo que decimos. Registremos debajo del puente.—Bajan las *sorgiñas* y encuentran á Juan Mozolo; la una le tira del pelo, la otra le araña, la tercera le pega, y luégo, todas juntas me lo agarran y tiran al río: allí se ahogó el arriero fullero. El otro vivió bien, y yo también.»

El cuento fué escuchado con la boca abierta; reído donde le encontraron gracia, y aplaudido en su desenlace. Fralle se puso muy orondo y en disposición de pretender otro éxito, porque el tal viejo, arriero también cuando mozo, como sus héroes, era costal de historias y relatos. Pero sonaron las diez, y apenas se habían apagado las vibraciones, cuando tremoló en la puerta del desván un prolongado y ensordecedor relincho, y penetró *Cuadrau* saltando por encima de los *saski* y del montón de hojas, enseñando cierto objeto que llevaba en la mano derecha, y gritando como un energúmeno:

—*Artogorri, artogorri!*

Antes que nadie se reportase de la sorpresa causada por aquella imprevista invasión, *Cuadrau* se plantó junto á la Josepantoñi, le sujetó los brazos y le estampó un sonoro beso en la mejilla derecha.

—Tóma, retrechera! que se te güelva gloria, como á mí.

Digitized by Google

La moza se desasió, airada y se puso de pie. Estaba roja, de ira más que de vergüenza, y se frotaba el carrillo con el delantal, gritando en castellano:

—Pedazo de burro! Ojalá si te erreventarías ahora mismo!

Este incidente fué la señal de la broma. Salieron á relucir varios *artogorri,* y otras tantas mozas fueron blanco de idénticos obsequios que la Josepantoñi, aunque más gustosamente recibidos. Costó trabajo restablecer la calma, y pronto acertó á turbarla de nuevo la dueña de la casa, que fué poniendo en el suelo una enorme cazuela de bacalao al *ajo arriero,* una caldera de castañas cocidas y dos jarros de vino.

Los deshojadores saludaron respetuosa y cariñosamente, con el título de *andrea,* á la recién venida, cuya cara y cuerpo mostraban muchas señales de haber excedido en hermosura á su hija, como si el tipo se hubiese embastecido al trocar las brisas marinas del valle de Oyarzun, por los recios vientos de la alta meseta borundesa, circundada de nevosas sierras.

Del rincón donde estuvo trabajando sin chistar, salió un rapazuelo, con la ropa hecha girones. Era Martinico el jorobado.

Se acercó á la *andrea* y tendió la mano.

—Paara la aabueela, quee no pueede veniir.

—Granuja! aún andas por aquí? Sabes la hora que es? Claro, mañana habrá pereza para ir á la escuela.

Oir estas palabras y volverse tembloroso el

Digitized by Google

muchacho, todo fué uno. Sus pálidos ojos azules se llenaron de lágrimas; su angosto pecho jadeaba.

—Vaya una afición á la cartilla! La palabra escuela te hace llorar. Otra cosa sería si se tratase de ir á robar fruta.

Cierta expresión de reproche se pintó en la triste mirada del jorobadito. Metió la mano en el bolsillo izquierdo, y después de rebuscar, sacó una anilla de cortina. La enseñó, y á la vez que pataleaba con sus piés deformes, decía:

—Tatataambieen maañana meee pegaará.

—Ah! hablaste bascuence? Pobrecillo! Dicen que el maestro tiene la mano muy dura. Tóma, tóma, chiquito, para tu abuela.

Y la *andrea* le dió dos *perros grandes*.

—Esto para ti.

Y le dió un puñado de castañas y un zoquete de pan con dos trozos de bacalao.

—Graciaas, Diios see loo paagaraá.

Martinico salió del desván dando saltos grotescos de alegría.

—Todas las semanas le cae el anillo, según dicen, y el maestro lo balda á trompazos,—dijo José Martín.

—Yo, si fuera él,—añadió otro de los deshojadores—, no me arrimaría á la escuela. Para lo que le ha de servir! Los que manejamos las layas, no podemos coger la pluma; aquella cosa tan *simple* se nos escapa de los dedos.

—Si, pero el Alcalde le suprimiría la ración de familia pobre. Pues no es pequeña su tema

Digitized by Google

de que todos los niños acudan! Dicen que le ha metido esas ideas el Americano, para que los chicos del pueblo salgan listos.

—Si, si; ya encontrarán de comer dentro de los tinteros.

Josepantoñi llenó un vaso de vino y se lo presentó á Fralle:

—Lo prometido es deuda.

El viejo tomó el vaso, lo levantó en alto y comenzó á imitar las carantoñas y caricias que las madres hacen á sus hijos. Enseguida marcó un paso de baile, muy solemne y pausado, y con voz gangosa, cantó:

«Edari maitagarria,
Tristearen alegria,
Dezu alaitzen begia,
Kentzen melankonia:
Mutuba ipintzen kantarí
Eta errena dantzarí.»

La tonada monotona, á modo de canción mecedora, de una parte, y la cara alegre del vejete con sus ojos encandilados y el apasionamiento que ponía en el acento de las palabras, de otra, formaban cómico contraste. Pero pocos lo celebraron, que yá el preferente cuidado consistía en sacar, á uña, de la humeante cazuela, trozos de bacalao y extenderlos sobre rebanadas de pan. Los vasos de vino pasaban de mano en mano, haciéndose las mozas de rogar, pero aceptando, al cabo, todos los envites, é industriándose los mozos en beberlos á pares. Íbanse los gestos soltando, los

Digitized by Google

entusiasmos desbordando y los cánticos menudeando. Al *irrintzi* contestaba el brinco, al pellizco la risotada.

Aunque sin dejar de ser gangosa, la voz de Fralle fué adquiriendo sonoridad. Cada trago de vino acrecía su volumen. Remozado yá, mostraban sus movimientos la agilidad propia del basco. De cuando en cuando comía bacalao, moviendo desaforadamente sus mandíbulas desamuebladas, con dilataciones y contracciones de la cara tan extremosas, que ora la barba bajaba hasta el pecho, ora subía hasta la nariz. Después se limpiaba la grasa de los labios con el revés de la mano y estiraba, á retazos, su canción:

«Todo lo sana, guztia
Ardo ona daukan zagia.»

Entre estrofa y estrofa, en prosa vil, pero pintoresca, desarrollaba su apología del vino: padre de sus ochenta y seis años, nervio de sus brincos, espíritu de su salud, tamboril de su alegría, genitor de sus innumerables hijos y nietos. Ah! qué caminatas las suyas cuando era arriero, y transmontaba los puertos sin temor á las ventiscas del invierno ni á las borrascas del lunático marzo. Sus palabras retrataban otras escenas, á medida que salía de la madeja el hilo de los recuerdos: los descansos en las ventas, las llamas del hogar, la cara jovial de la moza mesonera, la ceñuda frente de las montañas nevadas, objeto de burla desde las humosas cocinas, el vaso de vino ca-

Digitized by Google

liente espolvoreado con canela, la copa de anís del escucha al teñirse con los grisientos fulgores del amanecer las más altas cumbres, la canilla abierta en las cubas de las bodegas liberales entradas á saco. Atraído al camino de los recuerdos guerreros, cogió un palo de escoba y explicó detalladamente el modo de llevar el paso, el ejercicio completo del fusil, las evoluciones de compañía y batallón; y dió medias vueltas y vueltas enteras y pasos de carga y cargas á la bayoneta, y se desplegó en guerrilla y marchó en columna cerrada y se retiró á las trincheras, é hizo fuego de fusil y cañón, y tocó la corneta, y redobló el tambor, y gritó ¡Viva Carlos V! y enterró, llorando, á Zumalacarregui; todo ello con mímica tan viva, con gestos y actitudes tan grotescas y con seriedad tan absoluta, que los espectadores se cansaban de reir. Por último, se abalanzó al montón de hojas, escarbó y sacó el silbo y el tamboril; colgóse éste del cuello y arrimó aquél á los labios, y comenzó á dar vueltas por el desván á paso de procesión.

Las notas, chillonas y estridentes, marcaban compás de zortziko. La melodía tierna, melancólica, apasionada á ratos, sostenida por los sordos golpes del parche, desarrollaba su ritmo quebradizo y desigual, como el del torrente que cae al valle saltando de roca en roca. Mozos y mozas se pusieron á bailar sin tocarse, siquiera, la punta de los dedos; un polvo espeso y acre, picazón para las gargantas y lagrimeo para los ojos, se extendió como una niebla, velando más y más el mortecino ful-

Digitized by Google

gor de los faroles; la tarima retembló bajo los cerriles piés con estrépito de trueno.

Mugía el viento, fuera, oponiendo á los gritos de las parejas sus ululantes clamores; la sierra enviaba el rumoroso plañido de los bosques, y la tempestad boreal lapidaba tejas, chimeneas, ventanas, puertas y paredes con brutales puñados de granizo.

Digitized by Google

VII.

LA FLECHA EN EL BLANCO Y EL ARCO ROTO.

Con los piés arrimados á los tizones de la chimenea y muellemente repantigado en acolchada butaca, D. Ignacio Ostiz, fumando un aromático tabaco, se entretenía en hojear el imprescindible tomo del Alcubilla. De cuando en cuando miraba al reloj de sobremesa. Sonaron pasos en la antesala, y entró D. Juan Miguel Osambela, provisto de capa, bufanda escocesa, cartera de viaje, paraguas y bastón, llevaba los pantalones remangados y los borceguíes amarillos, con suelas de dos dedos de espesor, cubiertos de barro arcilloso: todo un viajero de pueblo, montaraz y huraño.

Los dos amigos se apretaron las diestras con visible contentamiento. La amistad añeja, procedía de la época en que ambos eran curiales del escribano de actuaciones Rodríguez. Aunque sectarios de contrapuestos bandos políticos, nunca se enemistaron; antes bien, les aprovechó maravillosamente los contrapuestos papeles que representaban dentro de sus respectivos partidos. Sobrevino la guerra civil, y D. Juan Miguel, emigrado de Urgain, le guardó la casa de Pamplona, habitándosela, á D. Ig-

Digitized by Google

nacio; y éste, correspondiendo al servicio, emigrado también, instaló á su familia en la casa de Osambela, mientras él andaba por la córte de Estella, desempeñando altos cargos. Gracias á la influencia que el abogado y el notario disfrutaban entre los *suyos,* lograron que la guerra se terminase sin haber sufrido los quebrantos, vejaciones y molestias personales y materiales que otros muchos, menos significados, hubieron de lamentar. ¡Cómo lo celebraron en su primera entrevista, al investirse, mutuamente, con el grado de doctor en *cucología!*

—Benditos los ojos que te ven por Pamplona! Cuán reácio estás para tomar el tren y venirte.

—Chico, desde que me hicísteis comer el pan negro de la emigración, se me atragantó la capital. Además, quien vive á la pata llana de las aldeas no se conforma con los arrumacos de la ciudad. Los adoquines de las calles no se pusieron para que los huelle el jabalí.

—Jabalí, nada menos que el futuro próximo palaciano de Urgain!

—Cosas de chicos y mujeres, porreta! Maldito si en mi vida se asomó tal deseo á la mollera. Pero en fin, la ocasión la pintan calva.

En pocas palabras le refirió su conversación con Robustiana.

—Cuaje, ó no cuaje el descabellado casorio —que no cuajará—, me hace cierta gracia,— no quiero ser hipócrita contigo—, me hace mucha gracia la idea de patear á esa bruja de D.ª María. ¡Vaya con la muy remandilona de

Digitized by Google

ella, badajo! si parece que nos da una onza de oro cada vez que nos mira á la cara! Lo que no se me cuece es que tú, tan carlistón, te apartes de los cánones de vuestra francmasonería negra, para tirarle á la tetilla á una de las pocas personas de viso que están con vosotros. Aquí hay misterio; explícamelo, prescindiendo, por un momento, de tu jesuítica reserva.

D. Ignacio se riyó.

—Por ser vos quien sois, Juan Miguel, hago lo que hago. Hoy carezco de motivos generales para contemplar á Ugarte, y los particulares que duran, te los sacrifico.

—Justo! por haber desaparecido los otros. Qué es eso de motivos generales?

—Sencillamente los de partido. D. Mario de Ugarte se ha separado de la comunión carlista.

—Calla, que me cuentas!

D. Juan Miguel se santiguó, asombrado.

—Lo que oyes.

—Calla, calla. Y qué es ahora?

—Toma! no siendo yá carlista, qué ha de ser? liberal.

—Pues lo recibo bien en las filas. Parece cosa del mismísimo demonio.

—En las cosas liberales siempre anda metido el diablo. Vamos á lo que importa. Los papeles y la titulación están corrientes. Se inscribió la hipoteca á nombre de D. Timoteo Lehoz. La escritura está yá redactada, y por la tarde, á las cuatro, estáis citadas las partes en casa del notario Sr. Vergara.

—Qué sorpresa tan amarga les espera á

Digitized by Google

los Ugartes, cuando sepan que yo, Juan Miguel Osambela, notario de Urgain, he adquirido la hipoteca que grava los últimos bienes de ellos! Casi me dan lástima.

—No es ésa la única sorpresa,—ni acaso la más amarga, tampoco, para cierta persona—, que han de proporcionar los preliminares de esa boda.

—Á ver, á ver eso?

—Conste, amigo mío, que lo que te descubro ahora, y se hubiese revelado por su virtud propia, más ó menos tarde, llegó á mi conocimiento de una manera casual, independientemente del ejercicio de la profesión. Al romper mi absoluta reserva no falto á ningún deber profesional, y menos aún, á ninguna exigencia de la lealtad ni de la delicadeza más acrisolada. Mi hombría de bien reclama esta previa manifestación.

D. Ignacio se llevó la mano al pecho dos ó tres veces, recostando su obeso cuerpo en la butaca que crugía, con aire solemne y majestuoso.

—Chico, el preámbulo avivà mi curiosidad.

D. Ignacio se sonrió, y cambiando de postura, se inclinó hacia D. Juan Miguel como para hablarle al oído, y en voz baja le preguntó:

—Quién crees que es el dueño verdadero de los bienes de Urgain?

—Toma, ahora salimos con eso? de suerte que yo no voy á dar el golpe á los Ugartes?—preguntó el notario, entre fosco y sorprendido.

—Pasas de la raya, Juan Miguel; no tánto, no tánto. Te repito mi pregunta.

Digitized by Google

—Hombre, yo, hasta este momento, hubiera puesto la mano en el fuego, afirmando que la dueña absoluta de todo es D.ª María. Su marido la nombró heredera; era lo menos que podía hacer, después de haberle derrochado su cuantioso dote. Pero cuando me diriges esa inesperada pregunta, será por..... porque no es así.

—El testamento existe; no se revocó.

—Entonces....—y D. Juan Miguel, encogiéndose de hombros, extendió los brazos y no cambió de postura, aguardando la respuesta de D. Ignacio.

—Ese testamento está roto, *ruptum*, que decían los romanos, por la agnación de un heredero suyo que no fué instituído, ni desheredado.

D. Juan Miguel abrió los ojos desmesuradamente.

—No veo claro..... no entiendo bien.....—balbució.

—Óyeme. D. Fernando testó durante una grave enfermedad al regreso del viaje emprendido para presentar sus respetos á sus católicas majestades.

—Buh!—respingó D. Juan Miguel.

—Y la libre emisión del pensamiento, hombre? poco liberal eres, chico! nosotros te hemos de dar lecciones! En fin, como te decía, testó en Bayona. La poca práctica que en los testamentos nabarros tendrían los del consulado, indudablemente, fué causa de que no se previera el nacimiento de hijos, de los que estuvo privado muchos años el matrimonio.

Digitized by Google

Nacieron, con posterioridad, D. Mario y doña María Isabel, y es claro, estos hijos que habían sido preteridos rompieron el testamento de su padre. De este hecho trascendentalísimo nadie se ha dado cuenta, probablemente, ni aun el mismo hijo, que es abogado: tánta es la fuerza de una idea preconcebida! Como que ahí no ha habido cuestiones, ni repartos, el testamento que instituyó heredera á la madre, habrá permanecido en el cajón del *secretaire* sin que nadie lo vea, y aunque lo haya visto alguna persona, sin que haya notado la carencia de esa solemnidad interna. Los bienes continúan inscriptos á nombre del cónyuge premortuo por razones de economía, y la madre, ante si misma y ante sus hijos y los del mundo entero, goza del carácter de dueña.

—Badajo! ésto me abre nuevos horizontes.

—Lisardo, en el mundo hay más.

—Más?

—Más. D.ª María, por lo que al disfrute de los bienes mira, depende de sus hijos; no tiene un real suyo. Está, materialmente hablando, en la calle.

—Hombre, éso es imposible! ennegreces el cuadro. Quién es capaz de privarle del usufructo foral?

—La ley. D.ª María, creyéndose heredera, dejó de formalizar el oportuno inventario. Las consecuencias de esa omisión, ya las conoces: son ineludibles.

—Jesús! pobre mujer, feo nublado se le viene encima.

D. Juan Miguel metió las manos en los bol-

Digitized by Google

Fueron saliendo platos y más platos, con nabarra prolijidad.

—A fin de que no eche usted de menos, en lo que cabe, la montaña—dijo D.ª Sotera—, he mandado poner un plato de hongos; yo misma los compré en el mercado. No sé si serán tan exquisitos como los que nos envió usted hace unos días; ahora lo veremos. Somos muy aficionados; nunca tememos que puedan ser venenosos.

—A mí también me gustan, porreta!

Los hongos obtuvieron el mismo éxito que los platos anteriores. Una botella de champagne elevó al punto más alto la expansión de los comensales.

—Badajo, ya no estás pálido, Ignacio. Por el contrario, tienes la cara roya, con cada rosetón..... Esta rata de sacristía sabe hacer las cosas en regla: champán y todo. Lo vengo observando; para comer bien, á casa de los facciosos ricos. ¡Como es el único vicio que os permitís sáciar *coram populo!* Venga otra copa, D.ª Sotera; brindo por la expedición que hagan ustedes á la montaña: que sea durante la primavera, cuando verdea el campo y se cubren de hoja los bosques. Procuraré devolverles esta excelente comida, salva la diferencia de villorrio á ciudad y los primores de la guisandera.

—Te propones obsequiarnos con hierba?—preguntó, riyéndose, D. Ignacio.

—Siempre malévolo, pimpollo retrógrado.

—Y usted siempre con su cáscara amarga —dijo D.ª Sotera, que no quiso desperdiciar la ocasión de ingerir un chiste.

Digitized by Google

—¡Las dos y media y ese demonio de chico no viene! De fijo, estará barbarizando en *La Estrella de Navarra!*

—Quién te corre, hasta las cuatro? Aguardaremos para tomar el café juntos.

—No tal; llegará á lo que llegue. Si lo toma frío, peor para él.

—Voy á obsequiarte con algo selecto. Hace ocho días, cierto cliente, dueño de varios ingenios en Cuba, me regaló una caja de tabacos que son maravilla de aroma y elaboración. Cosa rica, Miguelcho! Guardo la caja como verdadero tesoro.

D. Ignacio se fué á levantar de la silla. Casi estaba de pie cuando lanzó un grito agudo, angustioso; se llevó la mano á la región del estómago, y doblándose repentinamente, cayó sobre el asiento. Tenía la cara sumamente pálida, y la frente cubierta de frío sudor.

Todos corrieron hacia él, mostrando vivísima alarma. D.ª Sotera pegó un empellón á la mesa, rodando por el suelo dos tazas de café y una copa, medio llena de coñac. Resonaron varios gritos:—Papá, papá!—Ay mi Ignacio, Dios mío!—Qué demonios es eso?—gritos que vinieron á resolverse en una pregunta única, formulada por voces temblonas, compungidas y sollozantes.—Qué tienes?

—Aquí..... aquí..... se me desgarra..... me taladran..... me muero, oh Dios!

Lanzaba hondos quejidos y su postura denotaba completo abatimiento.

D. Juan Miguel y Anita, asiendo al enfermo, impedían que cayese á tierra; D.ª Sotera

Digitized by Google

go, sensación de quemadura á lo largo del exófago, que llega hasta la garganta, sobre la cual parece como que se imprime un hierro candente?

—No, no.

—Digería usted con facilidad los alimentos?

—Sí.

—Y flatulencia?

—Tampoco.

—É indigestiones frecuentes?

—De tarde en tarde, cuando cargaba mucho la escopeta.

—Notaba usted pastosidad en la boca, por las mañanas, al despertar? lengua saburrosa?

—Nada de éso.

Sobrevinieron náuseas angustiosísimas, que le obligaban al enfermo á lanzar alaridos, y luégo vómitos abundantes de materias alimenticias. La postración aumentaba.

—Bueno, bueno. Vámos á los antecedentes familiares. Su padre de usted sería hombre robusto?

—Mucho; jamás estuvo enfermo, y murió á los ochenta y ocho; en peor cama que la mía, por cierto.

—Hizo excesos en la comida?

—Lo ignoro.

—Estaba predispuesto á los cólicos?

—Creo que no.

—Digería con facilidad?

—Con mucha; el pobre tuvo pocas ocasiones de hartarse—añadió D. Ignacio con amargura que resultó cómica.

—Habrá que completar los antecedentes.....

Digitized by Google

—Por Dios, Perico! no me hagas hablar. Deja que me muera; cada movimiento es una puñalada. Jesús, Jesús mío!

—Veámos el pulso; saque usted el brazo.

Perico pulsó al enfermo; su fisonomía revelaba inquietud. Con la mano izquierda se estiraba los pelos de la patilla. Iba perdiendo el aplomo por momentos; le parecía que le habían puesto una venda gris sobre los ojos. Los zumbidos de la cabeza no le permitían oir, ni coordinar ideas. Llevaba, apenas, un año de práctica: un caso de viruela, dos ó tres pulmonías, otros tantos ataques de reumatismo articular agudo y varias indigestiones durante la época de la matanza del cerdo, dolencias, todas ellas, francas, sin complicaciones y curadas, constituyeron la clínica de Urgain desde su toma de posesión. Pero aquella gravedad súbita, aquel repentino hundimiento de un estado de salud, al parecer, perfecto, le azoraban: era primerizo.

Se volvió hacia las personas de la familia, pendientes de sus labios, y dijo titubeando:

—Aquí hay una causa próxima, inmediata. Han comido ustedes algo que pueda ser nocivo?

—No—replicaron, á una, todos.

De pronto Teresita lanzó un grito:

—Ay de mí! los hongos.

—Pues tiene razón,—replicaron los demás.

Perico respiró y se asió de aquel clavo ardiendo: con voz grave y firme, dijo:

—Se trata, indudablemente, de una intoxicación por medio de la bulbosina, veneno

Digitized by Google

muscular ó myoparalitico, contenido en ciertos hongos.

—Santo Dios, qué *chandrío!*—gimió doña Sotera—. ¡Y soy yo quien los ha comprado!

Repentinamente, se llevó las manos á la cabeza; el pavor se pintó en su rostro, y dió un grito.

—De suerte que todos estamos envenenados? Cinco víctimas, Virgen del Camino! Hace yá rato que me estoy sintiendo enferma, sin atinar por qué. Socorro, Perico, hijas mías!

Estas palabras cayeron como chispas en un polvorín.

—Mamá, mamá, yo me pongo mala—exclamó Teresita.

Ana cayó desfallecida sobre el sofá, llevándose las manos al vientre y gritando:

—Mis tripas, mis tripas!

Reprodújose el anterior desorden, aún más estrepitoso. Aquí lloraba una de las niñas, allá sufría ataques de nervios la otra, más léjos gimoteaba la madre. Las tres experimentaban idénticos síntomas; los que Perico con sus preguntas iba sugiriendo. D. Ignacio, desatendido completamente, se retorcía de dolor en su cama. Con la mano derecha sostenía la jofaina apoyada al colchón de la cama, y fuera de las sábanas el busto, inclinada hacia el suelo la cabeza, evacuaba trabajosamente nuevos vómitos. D. Juan Miguel y las dos criadas corrían de un lado á otro, queriendo repartir su asistencia. Perico, sentado al velador, procuraba coordinar una receta.

—Y usted, papá, no se siente enfermo?

Digitized by Google

—Sí—replicó brutalmente—, de ver y oir tantísima majadería. Recétales una mordaza á esas mujeres, por de pronto, y luego atenderemos á todo. Señoras, tengan ustedes calma, ó me voy á buscar la guardia del Principal. Yo, que les estoy hablando, me envenené una vez con setas y todavía vivo. Cada año se envenenan en Urgain cuatro ó cinco personas, pero nadie se muere. Es cosa de tomarlo á tiempo.

Se acercó á su hijo, y en voz baja añadió:

—Chico, sigue otra pista. He comido más hongos que nadie y reviento de salud.

Los alaridos de D. Ignacio eran tan penetrantes, que padre é hijo se volvieron á la alcoba. Perico examinó los vómitos; predominaban los líquidos negruzcos, como de hollín diluído. Remitieron los dolores, y luego reaparecieron los vómitos, cada vez más francamente sanguinolentos, hasta que constituyeron una verdadera hemorragia. Hundíanse los ojos del enfermo y las facciones del rostro perdían su relieve.

Perico, lívido, salió de la alcoba y del cuarto: todos le siguieron, presagiando una importante revelación.

—Urge una consulta inmediata; que llamen al médico de la familia. Existe una lesión interna, alguna ruptura visceral cuya localización aún ignoro, pero de todas suertes, gravísima. Miéntras, recetaré calmantes.

Oir estas palabras D.ª Sotera y caer en brazos de Perico, todo fué uno; y al caer rozó con tánta fuerza el hombro del notario, que se le

Digitized by Google

descompuso la peluca, la cual vino á tierra. Hubiérase dicho que la cara de la pobre señora se había dilatado súbitamente. En medio de la amarillenta y reluciente bola desnuda, varios mechoncitos de pelo cano se movían á impulso de la corriente de aire establecida entre la chimenea y la puerta.

D. Juan Miguel sin parar la atención en la catástrofe—que por tal la tuvieron Anita y Teresa, deplorándola con gritos y apresurándose á imitar la conducta de los hijos buenos de Noé—, refunfuñaba á media voz:

—Badajo! Consulta; de un solo médico escapan con bien algunos enfermos, pero de dos.....

Media hora después llegó el médico de la familia, D. Ruperto Olasagasti. Saludó con voz sorda, echó el abrigo forrado y guarnecido de piel de nutria sobre una silla, y á paso largo, sin prestar atención á los incoherentes informes que los circunstantes le iban suministrando, se acercó al enfermo.

Perico efectuó su propia presentación, y Olasagasti le tendió la mano, sin cerrarla, como si estuviese ofreciendo agua bendita.

—Ah! es usted el hijo de D. Juan Miguel; tengo el gusto de conocer á su padre hace años; ya le he saludado ahí fuera.

El enfermo gemía sin cesar; estaba inmóvil, con inmovilidad forzada, violenta, refrenando la respiración y con las piernas recogidas sobre el vientre. La fiebre se delataba en la rubicundez del rostro y brillo de los ojos. Perico enteró rápidamente á su compañero

Digitized by Google

del curso y síntomas de la enfermedad. Don Juan Miguel se acercó con una palmatoria encendida. Olasagasti clavó en el rostro de don Ignacio una mirada fría, sagaz, escrutadora, una de esas miradas que atraviesan como el escalpelo y llegan al fondo de las vísceras: la mirada del observador impasible que examina y estudia un fenómeno, sin emoción de ningún género ni otro deseo inmediato que el de enterarse. La luz de la bujía bañaba el rostro enjuto y amarillento del médico, sus mejillas modeladas sobre los pómulos salientes, su barba entrecana y corta que no disimulaba el relieve rígido de las mandíbulas, su ojo izquierdo inmóvil, centelleante, de contraída pupila, su ojo derecho inerte, opaco, velado por una nube. Sacó el termómetro y lo aplicó al sobaco del enfermo; le tomó el pulso, le palpó el vientre meteorizado y examinó, muy por encima, los vómitos. En seguida movió imperceptiblemente los hombros y miró á D. Juan Miguel. Era tal la expresión tétrica é inapelable de la mirada, que Osambela, avezado á escenas semejantes, y poco sensible, de suyo, se estremeció. Salió Olasagasti de la alcoba, y una tristeza profunda se pintó en su rostro. Dentro del médico vibraba el hombre bondadoso, lleno de simpatía y compasión á los enfermos, vencido por la omnipotencia de la muerte.

Los tres se encerraron en el despacho y tomaron asiento.

—Usted representa aquí á la familia?—preguntó Olasagasti á D. Juan Miguel.

Digitized by Google

—Sí señor, por no haber otra persona de quién echar mano actualmente.

Olasagasti cruzó las piernas y volvió la cara hacia Perico, indicándole con un gesto de cabeza, que estaba dispuesto á oirle. Perico comenzó la historia clínica con insegura voz; los dedos de sus manos, apoyadas sobre las rodillas, temblaban. Era modesta su actitud, y su habitual locuacidad se enredaba, ahora, en cierta dificultad de expresión; hablaba lentamente, buscando términos y palabras. Consignó el estallido repentino de la dolencia; expuso, con claridad y método, la aparición é intensidad de los síntomas; insistió acerca de la dificultad de formular con ellos, en los primeros instantes, un diagnóstico; recordó, someramente y á título de hipótesis inverosímil, desde luego desechada, el envenenamiento, y manifestó cómo la gravedad galopante le había revelado la existencia de una ruptura visceral, de una lesión interna. Enumeró las que pueden producirse para llegar, por eliminación, previa la comparación de los síntomas observados con los característicos de las lesiones posibles, al conocimiento de la que padeciese D. Ignacio. Mas como realmente carecía de criterio fijo, y andaba, aún, á tientas, en torno del problema, se le confundieron las especies, quebróse el hilo del discurso y se engolfó en un fárrago de palabras, dejando las hipótesis á medio eliminar, y por de contado, sin diagnóstico la dolencia. Volvió á sentar las plantas sobre tierra firme al calificar de grave el pronóstico.

Digitized by Google

Olasagasti estuvo prestando atención de pura cortesía á la exposición, desigual y larga, de Perico, quien, al hacer punto final, le miró con inquieta curiosidad.

—Hállome completamente conforme con la opinión de mi ilustrado y digno compañero. Tenemos, efectivamente, una lesión interna, una úlcera simple del estómago, de marcha fulminante, seguida de perforación, causa de una peritonitis agudísima. El pronóstico es fatal. Las fuerzas están muy deprimidas, y es posible que antes de treinta y seis horas sobrevenga el colapso. El tratamiento, por desgracia, ha de ser puramente sintomático: bebidas acidulosas heladas para contener las hemorragias y evitar los vómitos; le propinaremos, también, contra los dolores, inyecciones subcutáneas de morfina. Espero lograr la tolerancia del estómago durante algunas horas. Por consecuencia, urge preparar al enfermo á recibir los Santos Sacramentos; después le administraremos, aunque sin esperanzas de éxito, por deberes de conciencia profesional, el opio á altas dosis.

La fatal sentencia cayó sobre las atribuladas mujeres como techo que se desploma. En la pena de D.ª Sotera vinieron, además, á desaguar, las cavilaciones de la lucha por la vida y cierto sentimiento de irritada decepción que el imprevisto desvanecimiento de una salud floreciente le producía.

—Ha visto usted qué novedad la de ese hombre?—gimoteaba—. Irse á morir así, sin mas ni mas, cuando estaba lleno de salud, en

Digitized by Google

lo mejor de su vida. Virgen del Camino! más trabajador que él, ni más amante de su familia, es imposible que haya otro. Y su pico de oro? todos los abogaus de Nabarra juntos no le llegaban al tobillo. Así ganaba! de cuatro á cinco mil duros anuales. Cómo quedaremos nosotras, una viuda y dos huérfanas, en este valle de lágrimas? Jesús, Jesús, qué petardo!

La casa se había ido llenando de gente: amigos, parientes, correligionarios. Atraídos por el rumor, pronto esparcido, de la enfermedad, ó por recados directos, acudían. Grupos de personas hablando quedo, llenaban la habitación. En la sala, el grupo más compacto rodeaba á un señor alto, de luengos bigotes canos y espaldas encorvadas: era el presidente de la Junta regional carlista.

Del cuarto del enfermo salió, majestuosamente, un canónigo; su bondadosa fisonomía denotaba pena.

—Y el enfermo?

—Muy mal, señores, decayendo por momentos; se va á posta. Felizmente, han cesado los vómitos y se le podrá administrar la sagrada Comunión. Sufre mucho, y no restan para el pobre D. Ignacio otros lenitivos que los de nuestra Religión sacrosanta.

El presidente de la Junta se aproximó.

—Efectivamente, D. Eustaquio, la ciencia ha pronunciado su última palabra. Abundando en las ideas de usted, le parece que será indiscreto solicitar de Su Santidad la Bendición apostólica para el moribundo? Además del consuelo que al pobre enfermo ha de pro-

Digitized by Google

porcionarle distinción tan alta y gracia tan exquisita, esos señores y yo opinamos que causará muy buen efecto en la opinión, cuando lo haga público nuestro órgano *La Trinchera Navarra*. Al fin y al cabo se trata de hombre que siempre sirvió con fina lealtad la causa, tres veces santa, de Dios, Patria y Rey!

—El propósito de usted, D. Javier, es digno de loa, y si ustedes lo permiten, yo me encargo del asunto.

La noche iba cayendo; una claridad lívida de crepúsculo ennubarrado, penetraba por los cristales. El desconcierto de la casa tenía la culpa de que las personas de la familia no se acordasen de encender luces, y nadie se atrevía á pedirlas.

D. Juan Miguel, desde el rincón donde permanecía retraído, hizo señas á su hijo.

—Chico, esta atmósfera carcunda se va volviendo irrespirable. Me voy á la iglesia y volveré con el Viático. Después, á casa de Vergara, por ver si consigo enderezar pronto el aparejo, torcido con esta novedad; hasta firmar la escritura, no descanso. Tú, haz lo que te dé la gana.

—Me voy al casino; tengo concertada una partida de *chapó*.

—Vaya una plancha que te has tirado con lo de los hongos!

Perico avinagró el gesto, y salieron juntos, ambos mal humorados, aunque por distintos motivos.

Cuando yá la calle estaba, casi del todo, sumida en las sombras, las paredes de las casas

Digitized by Google

vecinas se iluminaron con rojizos resplandores. Dos filas interminables de hachas avanzaban lentamente; las gentes, al pasar, se descubrían con respeto y se arrodillaban; el viento dispersaba las grises cenizas de los pábilos entre torbellinos de humo negro; el tintineo de la campanilla cortaba el solemne silencio. Acercábase, por momentos, la argentina vocecita, lanzando sus claras notas acompasadas, las cuales, al resonar á la puerta del gabinete, proyectaron sobre la imaginación del enfermo la nebulosa de la eternidad tremenda. Hincáronse de rodillas los circunstantes; oyéronse ahogados y convulsivos sollozos, á la par de cuchicheos de oraciones, y el señor Vicario de la parroquia penetró en la alcoba, llevando sus manos al Rey de los reyes que, amorosamente, descendía desde su empíreo Trono, á la morada sórdida del pecador.....

Veinticuatro horas después D.ª Sotera, sus hijas y D. Juan Miguel se hallaban á la cabecera del enfermo; Olasagasti acababa de salir de la alcoba, no sin prevenirles la inminencia del peligro. El vientre de D. Ignacio, enormemente distendido, levantaba con redondeados relieves, las sábanas de la cama. El rostro fruncido de arrugas, enjuto, cianótico, tenía una expresión marcada de estupor. En el gabinete conversaban D. Eustaquio y el presidente, á quienes, al salir, saludó el médico, comunicándoles noticias pesimistas.

—Pasará la noche, pero sin llegar al medio día.

El presidente hizo un gesto, y D. Eustaquio

Digitized by Google

se fué á la alcoba, con un papel azul en la mano.

—D. Ignacio, amigo D. Ignacio!—le gritó al oído—; cómo se encuentra usted?

Abrió los ojos el enfermo, dirigiendo una mirada absorta á su interlocutor. Éste repitió la pregunta.

—Ah, muy mal; ahora sufro algo menos, desde que cesó aquel hipo espantoso. Se acaba el aceite.

—Confianza en Dios, D. Ignacio, que todo lo puede! Tengo el gusto de comunicarle una buena, una excelente noticia; la mejor, la única que le infundirá consuelo y ánimo.

El pobre enfermo hizo un esfuerzo y se incorporó ligeramente. Encendióse la inteligencia en sus ojos y alentó la esperanza en su pecho. Próximo á ser tragado por los abismos de la muerte, parecíale más hermosa y amable la vida. Acrecentábase el cariño á los suyos con la inminencia de la separación inevitable. Pesábale irse del mundo sin haber descansado de sus ímprobos trabajos forenses, ni gozado de las altas posiciones con que le brindaban sus servicios al partido. Redondear su fortuna, y en seguida la diputación á Córtes, constituían los dos números más sabrosos del programa para lo futuro. La horrenda sima, abierta repentinamente bajo sus plantas, cuando lleno de confianza caminaba, no se podía salvar con alguna industria? Vivir, deseaba vivir! prolongar el goce y posesión de los elementos de ventura que le rodeaban! Pensó que le tendían un cable, una rama, siquiera,

Digitized by Google

para asirse y subir á la luz y al aire puro. Una sonrisa de confianza asomó á sus labios crispados por el sufrimiento. Aguzó los oídos, ávido de consoladoras nuevas.

—Su Santidad—continuó D. Eustaquio—se digna enviarle su apostólica Bendición. Aquí está el augusto telegrama. Voy á leérselo.

La noticia no encajaba dentro del orden de ideas mundanales que entonces acariciaba don Ignacio. Movió los hombros, obscureciéronse, de nuevo, sus ojos, y cayó su cabeza sobre la almohada, del todo vencido y postrado por la postrera decepción, sin escuchar el telegrama pontificio.

Digitized by Google

VIII.

INTIMACIÓN MATRIMONIAL.

D.ª Gertrudis, junto al balcón, puesta la jaula del canario sobre las rodillas, procuraba hacerle los mimos y caricias de costumbre, que el pajarillo solía agradecer con gorjeos y monadas. Pero aquella tarde columbrando, sin duda, la preocupación de su dueña, ni cantaba ni saltaba.

Calificábase la buena señora, allá, en su fuero interno y con relación á su familia, de *cero á la izquierda*. La sordera servía de pretexto para arrinconarla; pero la causa consistía en el carácter despótico del notario, esquivo á todas las influencias, y sobre todo á las que pudieran dimanar de la complexión sensible, dulzona y pacífica de D.ª Gertrudis. Los hijos se habituaron á no contar, nunca, con su voluntad. Ella hacía por disminuir su aislamiento, mediante perenne y espabilada observación de las caras, gestos, actitudes, idas y venidas. Notaba la más insignificante mudanza y alteración; mas para enterarse, forzosamente había de acudir al recurso de las preguntas, y con él obtenía las respuestas que le quisiesen dar y no otras.

Digitized by Google

Su curiosidad estaba excitadísima. D. Juan Miguel, que marchó á Pamplona con ánimo de permanecer unas cuantas horas, no regresó hasta pasados tres días, dejando por allí á Perico: primer extremo de la curiosidad, el porqué de la tardanza. Apenas llegó á casa, se encerró con Robustiana en su cuarto, de donde salieron ambos derramando júbilo por los ojos: segundo extremo de la curiosidad, el porqué de la alegría. Durante la comida, padre é hija se estuvieron hablando al oído y cambiando miradas: tercer extremo de la curiosidad, el porqué de aquellos misterios. Cansada de disparar indirectas ineficaces, D.ª Gertrudis se retiró á la sala, dispuesta á plantear la cuestión de frente con el primero que topase.

Agustina, trayendo un libro debajo del brazo y arrastrando las chancletas, tomó asiento en la butaca. Dejó D.ª Gertrudis el canario y se fué al lado de su hija.

—Piñita, bien venida seas á dónde está tu madre, lamentándose, sí, hija mía, lamentándose de ser torpe de oído, por lo que no se entera de nada. Pero mis ojuelos, oro molido valen: no se les escapa nada. ¡Uuy, qué hombre ese! tu padre y tu hermana se han vuelto locos. Jesús! parecen dos enamorados. Se miran, como diciéndose: «Ya sabes?—Sí.—Aquéllo.—Justamente.—Está en buen camino.—Qué gusto!» Cuando ellos se alegran, ya valdrá la cosa, hija mía, que son de los que miden, pesan y cuentan: tan interesaditos como bondadosos. Tú sabes lo que pása, á buen seguro, y me lo dirás, nena?

Digitized by Google

Agustina alzó los ojos y respondió desabridamente:

—Embelecos de ésa, noviajes, ganas de meterse donde los han de recibir como á perro en misa.

—Noviajes! pues ahí es nada lo que me cuentas! Tan callandito, á mis espaldas, cuando saben que yo aconsejaría, no con la cabeza, que se equivoca amenudo, sino con el alma, que ve lejos y claro. Jesús! no cabía otra cosa; esas caras de pandereta publicaban noticia gorda. No he entendido tus alusiones, quién les ha de recibir mal, piñita?

Agustina arrimó su boca al oído de su madre, y con tono de zumba contestó:

—Mamá, picamos muy alto! vamos á emparentar con los de enfrente, con los Ugartes! No le quiero decir á usted más, para evitar que se enfaden conmigo, porque les tomo la delantera.

D.ª Gertrudis, absorta, se santiguó varias veces. Rebajado el asombro, comenzó á reirse con los labios fruncidos y las mejillas turgentes; el esfuerzo de compresión era tan violento que se le amorató la cara y lagrimaron sus ojos: por fin, dió libertad á la risa.

D. Juan Miguel y Robustiana entraron entonces.

—Dios te conserve el buen humor—exclamó Osambela, que no lo tenía malo.

—Sí, corazoncito, me río, me río mucho.....

La risa sacudía las carnes de D.ª Gertrudis, asemejándose á un budín de gelatina recién extraído del molde.

Digitized by Google

—De qué te ríes, vamos á ver? Pido parte en el jolgorio.

—De nuestro emparentamiento con los Ugartes..... de vosotros.....

—Badajo, ya han destripado la noticia! Estas mujeres son incapaces de callar una cosa durante cinco minutos. No veo el motivo de semejantes extremos.

El puerco espín erizaba yá sus púas, pero D.ª Gertrudis seguía compitiendo con los dioses de Homero.

—Rebadajo! — exclamó D. Juan Miguel amostazándose – esa risa, mejor que signo de buen humor, es síntoma de majadería. Sepa usted, mi señora D.ª Gertrudis, que se trata de un negocio formal, de un asunto de la mayor importancia, de una negociación séria, muy bien imaginada y seguida, hasta la fecha: la cosa va tan de veras, que esta tarde, Dios mediante, pienso conferenciar con doña María.

—Tú, Osambela?

—Yo.

—Tú?

—Sí, yo, voto á mil demonios, yo en persona.

D.ª Gertrudis tornó á reirse. Robustiana, pálida de ira le lanzó una mirada dura. Don Juan Miguel pegó una tremenda patada en el suelo.

—Jesús! no enfadarse, queriditos míos, que mi risa es efecto de mi buen deseo y nada más. Vosotros sabéis lo que conviene. Yo oigo, obedezco y apruebo. Asimismo, pretendo arrimar

Digitized by Google

mi piedrecita á la felicidad de mi amantísima familia. Tú, Osambela, habrás desempeñado con la pericia que cuadra á tu cariño de padre, el papel propio de los hombres; ahora les toca el suyo á las mujeres. Yo soy dulce, modosita y cariñosa, y conservo mi miajita de palique americano. Uuy uy uy si lo conservo! Vosotros, los nabarros—sabes?—sois, así..... un poco nabarrotes. ¡Cómo me acuerdo, si parece sucedía ayer! Yo era una flor de inocencia, casi lo mismo que hoy; mi buen padre me llamó á la ventana, y díjome, siguiendo su costumbre bascongada. «Chirtrudi,—así me llamaba—ves aquél joven tan airoso—porque sí lo era, y aún lo es, hijas mías, y de corazón de oro, además—, que entra en casa de don Prudencio? Pues aquél será tu marido, si Dios quiere y no lo rechazas.»—«Yo—le contesté con agrado y mucho respeto, como cumplía á mi educación y excelentes sentimientos—, estoy á lo que padrecito ordene.»—«Mírale, mírale bien; qué guapo es, te gusta?»—«Uuy uy! qué cosas dice usted, papá», y me retiré ruborosita. Pero yo te había observado con el rabillo del ojo, no soy tonta, no! y me pareciste cosa buena, así, así—y al decir esta palabra D.ª Gertrudis se besaba con fervor la punta de los dedos de la mano derecha—, airoso, resuelto, bien plantado, sano, de ojos enamoradizos y boca fresca, aunque brusco de ademanes y gestos. Me causaste un poquitín de miedo, sabe? sin motivo! pues eres modelo de padres y esposos, todo cariño y condescendencia, sin dejar, por eso, de hacer tu

Digitized by Google

voluntad de amo siempre, como corresponde, y dije entre mí «me gusta ese moreno». Apesar de tus numerosas y relevantes cualidades, Osambela, no representarás papel que te cuadre en las presentes circunstancias. Una de estas tardes—cuando bien os parezca—, iré á casa de D.ª María; me pondré el traje de seda negra y mantilla de blonda, la de la boda, y con mi aire más melosito me presentaré á ella: «Buenas tardes, mi señora y dueña D.ª María, le diré, saludándola con el respeto que su alcurnia merece—aquí me tiene usted siempre á su servicio.»—«Ay! qué le ocurre á usted, mi buena D.ª Gertrudis?»—pues acostumbra llamarme de este modo.—«Que las madres excelentes, como usted y yo, señora, siempre estamos pensando en la felicidad de nuestros amadísimos hijos.»—«Cierto, sin que nadie pueda negarlo, ni de usted, ni de mí.»—«Yo veo pasar todos los días por delante de mi balcón á su señor hijo D. Mario, que basta verlo para comprender es tan gran caballero. Me gusta muchísimo; tiene la estatura majestuosa, los ojos grandes y de mirar suave, la barba hecha con hilos de oro y la boca recortada en una rosa; sé que es todo bondad y cariño, que dejó la vida de la córte y el trato de sus iguales, por venir á cuidar de su madrecita y de su hacienda, siendo modelo de hijos, muy apreciado en el pueblo, diestro cazador. Con éstas prendas, cómo no ha de causar estragos en el corazón de las púdicas doncellas? Yo, igualmente, mi respetable y querida doña María,—veis con cuánta dulzura me voy insi-

Digitized by Google

nuando?—le debo infinitas gracias á Dios por los retoños que se ha servido darme, adorno de la casa, consuelo y amor míos. Muchísimas veces he pensado que D. Mario es digno de hallar en el cariño de una mujer, la felicidad que por todos conceptos merece. Ya es hombre hecho y derecho—según mi cuenta, treinta años—, y no ha de parecer mal que perfeccione su estado, subiendo, de hijo cariñoso, á cariñoso marido. La simpatía que le profeso ha solido traer á mi imaginación, sin yo quererlo, los partidos que no serían, del todo, indignos de su persona y nombre, pues en cuanto á iguales, inútil es buscarlos por esta tierra, ni aun por Nabarra entera. Pero Dios aprieta y no ahoga—y aquí entra la parte dificultosa de mi empresa, donde he de sacar el bocado de entre las brasas á fuerza de monerías y mañas que yo tengo—; forma parte de esas prendas de mi corazón á que aludí antes, una hija idolatradísima, la mayorcita, llamada Robustiana.....

—Mamá, qué está usted diciendo? ésto es jugar á los despropósitos—gritó su hija, cuyas mejillas cubrió vivo carmín.

Nunca D. Juan Miguel había escuchado con paciencia tan larga relación á D.ª Gertrudis. El procedimiento que ordinariamente seguía, era, salir del cuarto, ó tomar algún periódico ó libro, y como ella, poseída de su relato y ocupada en la labor de exprimir su repleto memorión para puntualizarla, subrayándole, además, con prolija mímica, no tuviese tiempo de observar si se lo escuchaban ó no, su-

Digitized by Google

cedía, amenudo, que al fin de la plática carecía de auditorio. Pero aquella tarde, Osambela, por efecto de su buen humor, prestó atención desusada á su esposa, celebrando los ademanes, saludos, contoneos, ceremonias y fingidos diálogos de la imaginaria embajada. Adivinó, desde el principio, que iba descarriada, y al verla en el pantano, se le acercó riyéndose sin rebozo y le gritó al oído:

—Gertrudis!

—Qué quieres, loquillo?

—Cuando vaque una plaza de *violón* en el Teatro Real, no dejes de pretenderla; lo tocas á las mil maravillas. Quien se casa es Perico, con María Isabel. Ja, ja, ja, buen petardo le ibas á disparar á la infanzona!

Riyéronse mucho D. Juan Miguel y Agustina. D.ª Gertrudis se repuso pronto de su sorpresa y confusión, y prosiguió, aunque algo requemada.

—Ya sabéis que tengo el oído un poco torpe. Sino anduviéseis con tapujos, nada de esto sucedería. Jesús! qué tontos; sí, queridísimos míos, reirse sin motivo es de tontos. Me alegro que se trate de Perico: hay una base. He observado que él y María Isabel se hacen muchos cocos de balcón á balcón; á mí, nada se me escapa, aunque disimulo por conveniencia. María Isabel es la segundona; como mujer, pierde el apellido. D.ª María acogerá mejor este enlace que el del varón, en quien se vincula el lustre de la familia. Pues bien, después de ponderar la hermosura y bondad de la novia, de María Isabel, seguiré diciendo:—

Digitized by Google

«Ay, señora D.ª María! si usted ha de exigir que quien obtenga la nobilísima mano de su hija haya de competir con ella en esos timbres de nobleza que tan alta la colocan, me temo que durante muchos años habrá de diferirse el complemento de su anhelada felicidad. La mayor parte de las familias sacrifican razones de esta índole; rara es la que puede pesar en una balanza la procedencia de ambos cónyuges, sin que caiga de un lado alguno de los platillos. Yo que tengo el honor de hablarle, mi dignísima señora D.ª María, he disfrutado de una perfecta dicha matrimonial durante cuarenta años sin que haya sido obstáculo á ella la desigualdad de clase que el ojo menos experto descubriría, desde luego, entre mi familia y la de mi dignísimo esposo, padre de nuestros amadísimos hijos. Porque yo, señora, aunque casada con un notario de lugar, nací en la Habana, en casa propia, y negritos é institutriz inglesa me cuidaron y educaron, como correspondía á mi familia, que con mi hermano Eusebio ha dado magistrados al Tribunal Supremo, y con mi hermano Manuel diputados al Congreso. Y no tendría sino irme por Madrid para que él me presentase á lo principalito de la córte. Público y notorio es, señora, que tan ilustres personajes no los cuenta la familia, totalmente humilde, de mi amadísimo esposo.....

D. Juan Miguel se disparó. Con gritos estentóreos dijo:

—Tu familia y la mía! váya un par de alhajas..... Y cuéntas domesticar á D.ª María

Digitized by Google

con esas monsergas? Míra el vivo retrato de tu abuela Martina, la de *Kakategi:* por ahí debajo pása, para que te refociles!

El notario, con la mano derecha, señaló á una boyeriza, mocetona de saya corta que, en piernas y descalza, delante de su carreta de fiemo, atravesaba el lodazal.

—Jesús! qué cosas tan informales tiene éste hombre!—replicó D.ª Gertrudis haciendo un gesto infantil, entre amenazador y desdeñoso. Pero el notario no estaba yá para bromas.

—Tus zalamerías y chocheces no valen á real la pieza. Yo iré á ver á D.ª María. No se pretende conquistar á la bruja, sino meterle el resuello en el cuerpo.

—Bien, maridito mío, en ese caso, representarás á las mil maravillas tu papel. Pero.....

—Pero qué?

—Te sabrá malo, acaso.....

—No, no, di lo que te venga á las mientes..... me es igual.

—Opino que D.ª María te ha de plantar de patitas en la calle.....

—Porreta! y yo también,—murmuró entre dientes D. Juan Miguel—; pero si se propasan los hidalgüelos, los patearé sin misericordia.

Alzando la voz y restregándose las manos, añadió:

—Robus; sácame camisa bien planchada y la ropa negra; cepíllala cuidadosamente y mira á ver si queda algún par de guantes en buen uso. Las cosas, ó hacerlas bien, ó no hacerlas. En los negocios de estado..... primero la vía

Digitized by Google

diplomática; después la plomática. Ofrezco el ramo de oliva; no se acepta? garrotazo limpio.

Media hora después, D. Juan Miguel tomaba asiento en el gabinete de casa de Ugarte, donde aguardó breves instantes, con las piernas estiradas, por no sacarle rodilleras al pantalón, la presencia de D.ª María.

—Cómo vá, Osambela?—le preguntó tendiéndole la mano afablemente.

Sin aguardar la respuesta, le hizo seña de que tomara asiento.

—Estamos yá tocando á la fiesta de la Purísima Concepción y me ocupaba en concluir el manto que vamos á vestir á su imagen. Esta casa es devotísima de Nuestra Señora; como que todos llevamos su bendito nombre!

—Cálle, pues es verdad! D.ª María, D.ª María Isabel, D. Mario..... lo que es la costumbre de ver las cosas: no había dado en ello. Por lo demás, los del pueblo conocemos la piedad de usted, el muchísimo bien que á los pobres hace, los cuales la tienen por madre y amparo perpetuo. Así, así se mantiene el rango de las familias antiguas, que son..... admirable, admirable!

Proponíase D. Juan Miguel ponderar los actos de su interlocutora y la importancia de la casa de Ugarte; pero se le atragantaron los elogios, repulsivos á su genio áspero, é incompatibles, además, con sus antipatías. El fingimiento y disimulo no formaban parte del caudal de sus defectos.

D.ª María le dirigió una mirada apacible en són de pregunta. Su actitud modesta denotaba que no le parecían merecedores de loa los ac-

Digitized by Google

tos que dimanan de la observancia del deber. El notario comprendió que había perdido el aplomo por la sola virtud de aquella actitud serena y afable, donde brillaba, en vez de la presunta altanería, la más perfecta naturalidad. Comenzó á atusarse los bigotes con mano trémula, y estiró, de nuevo, las piernas. No sabía cómo, ni por dónde, empezar. D.ª María, sin que se trasluciese su sorpresa por el embarazoso mutismo de D. Juan Miguel, le puso en camino de tratar el asunto, diciéndole:

—Al anunciarme la visita de usted, me ha manifestado la muchacha que usted deseaba hablarme de negocios graves. En vano escudriño con ahinco mi memoria; no descubro ninguno pendiente entre usted y yo. Sáqueme, pues, Osambela, cuanto antes de esta incertidumbre que me inquieta algo, hablando con franqueza.

—Pues bien, señora,—replicó D. Juan Miguel, decidiéndose á saltar por encima de la zanja que le había detenido los pasos y á aprovechar la más pequeña expresión de sabor altivo é impertinente para quitarle el bozal á su genio—, aunque usted no los descubra en este momento, es, realmente, exacto, que hoy median asuntos pendientes entre los dos, por efecto de sucesos frescos que usted ignora, acaso, ó en que no ha parado la atención. Negocios graves, realmente, como decía..... y lo que es peor, desagradables, á lo menos uno, pues el otro, realmente, como digo, no debiera serlo. Usted sabrá que D. Juan Lehoz murió?

Digitized by Google

—Sí; recibí la esquela.

—Igualmente sabrá usted que su difunto esposo, á consecuencia de sus opiniones políticas, que tántos compromisos personales le acarrearon, se vió en el caso, realmente sensible, de pedir á préstamo la cantidad de quince mil duros á dicho Sr. Lehoz, hipotecándole sus bienes de Urgain, entre los que figura este soberbió palacio.

D. Juan Miguel tendió la vista, con satisfacción plebeya, por el gabinete, desde los artesones del techo á la ataracea del suelo. Doña María experimentó cierto presentimiento que le llenó de angustia el pecho; su rostro, empero, permaneció impasible.

—D. Timoteo, hermano y heredero del difunto D. Juan, es persona que se halla necesitada de fondos. Por intervención de un amigo común, me buscó á mí; resultado, que yo suministré los quince mil duros de capital y los dos mil doscientos cincuenta de intereses vencidos, y D. Timoteo me subrogó en todos sus derechos y acciones sobre los bienes de la casa de Ugarte sitos en esta villa. Ya se le notificará á usted en debida forma, pero me ha parecido más propio..... más cortés, sin aguardar á ello, dar éste paso de atención, con objeto de que por manera extraoficial tenga usted conocimiento de las novedades acaecidas.

D.ª María inclinó levemente la cabeza; los ojos de D. Juan Miguel no se apartaban un punto de ella, y creyeron advertir que parpadeaba con más frecuencia y se acentuaba su palidez.

Digitized by Google

—Un verdadero compromiso, señora; á mí este negocio no me convenía: deseos de servir á mi difunto amigo, el pobre Ignacio Ostiz. He tenido que distraer fondos de otra parte. La devolución del capital venció hace años; tácitamente se ha ido prorogando la obligación. Acerca de este punto delicado, nada puedo resolver, por ahora; dependerá de las circunstancias; acaso me convenga continuar como hasta aquí, ó exigir el pago, ó formalizar nuevo contrato. Dios dirá! Pero hay un punto sobre el cual, siento decirlo, no cabe condescendencia: el pago puntual de intereses. Las anualidades en descubierto, van aumentando. D. Juan Lehoz era persona unida á ustedes por lazos personales que, hoy por hoy, no existen entre nosotros, y dejaba correr las cosas. Esto concluyó, señora; ya se hará usted cargo de.....

D.ª María le interrumpió con un gesto de su blanquísima mano, que temblaba casi imperceptiblemente.

—Hablaré á Mario, que corre con la administración de mis bienes, acerca de éste negocio. Ignoro las particularidades de ella, pero le aseguro, señor Osambela, que no le pondré en el caso molesto de negarse á proseguir tradiciones de condescendencia, fenecidas á una con D. Juan. Las cosas, el tiempo naturalmente las muda. ¡Infinitas gracias le debemos á Dios porque permitió, durante muchos años, que nuestro acreedor fuese un amigo! Me hago cargo de la advertencia de usted, que se compone, á maravilla, con mis propios

Digitized by Google

sentimientos. Suplicar sin título me pareció, siempre, indecoroso. Usted reclama su estricto derecho: mi deber, y mi gusto son, satisfacer, á posta, su reclamación.

D. Juan Miguel se inclinó profundamente, encogiéndose de hombros: estaba cumplido el primer objeto de su visita. Y de la manera más sosa, sin ningún episodio donde lucir su genio, voceándole cuatro verdades á la bruja. Ya se le alcanzaba que en las palabras últimas coleaba cierta insolencia hipócrita: insolencia de beata!

Repugnaba D.ª María suplicarle á él, á Osambela, al nieto de Chaparro; con circunloquios y rodeos, ésto, y no otra cosa, le había indicado. Pero..... acaso era él amigo de la familia Ugarte? no acababa de dar por muertos los miramientos antiguos? Verdad; la réplica de D.ª María se ajustó á los términos que él mismo le sugiriera, y no cabía otra. Anduvo torpe, y la infanzona aprovechó la torpeza. Oh, si se hubiese reducido á alegar escuetamente sus reclamaciones, aparejándolas con amenazas curialescas! La cortesía de las palabras de su interlocutora y hasta la afabilidad de la voz y los gestos, fueron perfectos. Ay, sí! le habían herido con un puñal de oro. Pero iba á tomar su desquite.

Carraspeó breves instantes, y después de colocar en su sitio el lazo, algo ladeado, de la corbata, prosiguió:

—Ahora entro en la segunda parte de..... á lo que he venido, vamos. Por su índole debiera de ser materia de viva satisfacción, de ale-

Digitized by Google

gría completa..... Y en cuanto á mí toca, señora, le aseguro que, realmente, lo es. Usted sabrá, sin duda, que mi hijo Perico, desde hace bastante tiempo, tiene el honor de..... de sostener relaciones amorosas con su señora hija D.ª María Isabel. Yo, atento á mi deber paterno, y á las dificultades que se habrían de oponer al éxito favorable de dichas relaciones, por efecto, realmente, de ranciedades sociales ó..... como se les quiera llamar, procuré disuadir á mi hijo..... Inútil, señora; las cosas entre ambos jóvenes han llegado á un punto que, realmente, sería cruel hacer la vista gorda. Pues bien, después de obtenida la aquiescencia de la señorita, en nombre de mi hijo D. Pedro Osambela y Erdózain, licenciado en Medicina y Cirugía, tengo el alto honor de pedir á usted la mano de su hija D.ª María Isabel de Ugarte y Axpe-Salazar. Realmente, señora, hay aquí algo de providencial. Muere D. Juan Lehoz que, por simpatías políticas y amistad particular, trataba á ustedes con la consideración que hemos visto, y vienen á pasar sus derechos á manos de quien ha de trabar lazos de familia con ustedes, y no desea otra cosa, desde el primer instante, sino evitar inútiles cuanto perjudiciales rozamientos.

Esta vez no cabía duda. D. Juan Miguel que, bajo la espesa mata de sus fruncidas y erizadas cejas, cuidó de enfocar perfectamente el rostro de D.ª María, notó cómo un levísimo vaho de carmín se extendía por él primeramente y cómo luego le reemplazó cadavéri-

Digitized by Google

ca palidez que hasta los labios mismos dejó blancos, cual si la sangre toda de las venas se hubiese sumido en el corazón. ¡Cuán grande fué la alegría que experimentó entonces Osambela!

Ella guardó silencio el tiempo que le fué necesario para refrenar la manifestación de sus afectos. Á costa de inauditos esfuerzos de encauzamiento, pretendía conservar incólume el pudor de la pena, impidiendo su aparición ante quien se había de gozar en ella. ¡Aquel hombre que acababa de anunciarle el deslustre de su familia y descubrirle la irreverencia de una hija y amenazarle con la implacabilidad del acreedor, brindándole, á renglón vuelto, la sombra de bochornoso parentesco, no contaría, no, el número de sus lágrimas!

—Efectivamente,—contestó—, he notado, repetidas veces, los coqueteos de María Isabel con su hijo de usted Pedro, reprobándoselos otras tantas: que semejantes pasatiempos son impropios de bien educadas señoritas. Mas ignoraba las relaciones; y que éstas llegar pudieran á ser ocasión de matrimonio, nunca lo imaginé. Gratuitamente me era imposible suponer que mis hijos se apartasen de la crianza que tienen recibida. Admito la veracidad de usted, señor Osambela; pero como nada me hacía presentir este suceso, y mi hija, todavía no me ha insinuado siquiera los propósitos que usted me anuncia, no llevará á mal que de los propios labios de ella reciba la confirmación de lo dicho por los de usted.

D.ª María se levantó de su asiento, al pare-

Digitized by Google

cer, serena, y tiró del cordón de la campanilla con golpe tan seco, que, después de sonar, se le quedó en la mano.

D. Juan Miguel se puso, igualmente, de pie.

—Vaya, señora—dijo—, yo me retiro. Estas cuestiones de familia no son para delante de los extraños. Poco importa que se tome usted dos ó tres días antes de dar la respuesta, la cual, realmente, de antemano está descontada.....

—Las cosas que se me piden y dependen de mi exclusiva voluntad, acostumbro concederlas ó rehusarlas, sobre la marcha. Aguarde usted..... haga el favor de esperar,—añadió, rectificando su imperativa frase.

Volvió á sentarse D. Juan Miguel, y entró Joaquina.

—Que baje la señorita.

María Isabel entró saltando y riendo locamente. Al ver al notario, se puso colorada, y le saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa afable.

—Si vieras, mamá,—exclamó—, cuán precioso ha quedado el rosetón! Las luces del altar le arrancarán maravillosos reflejos. Dará gusto ver á la Virgen con su cara tan bonita y un manto tan elegante!

Con verbosidad grande y aspavientos muchos de admiración, describió el traje de la Purísima, su peinado, los pliegues que formaría el manto, las alhajas que le habían de prender, los juegos de luz sobre la pedrería, el dibujo y calidad de las blondas y puntillas, el color y número de las plumas, frívola como

Digitized by Google

una chiquilla que pondera el vestido de la muñeca, sin que su atolondramiento le consintiera notar la rigidez y gravedad de su madre.

—Cualquiera pensaría—dijo ésta con tono irónico—que tus anhelos se cifran en vestir imágenes. Acabo de saber que otros propósitos, menos inocentes y laudables, te entretienen, también.

María Isabel miró á su madre con fingida sorpresa, y le contestó frescamente:

—Á mi modo de ver, ninguno de los propósitos que acaricio merece censura, razonablemente hablando.

—Mal puede hablar de lo que es razonable, quien da muestras de obrar contra la razón. El señor Osambela acaba de pedirme tu mano para su hijo, asegurándome que esta, por tus fingimientos y reserva, para mí inesperada pretensión, se concertó contigo. Díme, es cierto?

La tez blanquísima de María Isabel se había cubierto de manchas encarnadas. Titubearon sus labios, y al cabo, rompieron á hablar á borbotones.

—Mamá, hace más de ocho meses que Perico y yo nos queremos muchísimo; ni un solo día hemos dejado de vernos ó escribirnos. Innumerables veces me has sorprendido haciéndole señas, y solías reprenderme y darme sofiones, cual si estuviera cometiendo un delito. No sé cómo explicarlo; pero la verdad es que, después de cada riña, le quería más. Te quejas porque nada te he dicho? Cómo te lo había de decir? cuándo me has facilitado una

Digitized by Google

confidencia? Hubiera deseado acercarme á ti; vaciarte mi pecho. Me tratabas con cariño, con mucho cariño, sí; pero haciéndome comprender siempre que eres la *madre*, en el sentido de persona puesta sobre los hijos. Tu voluntad era la soberana; la mía, ah, la mía!..... Demostrabas repugnancia á mis relaciones. Significarte que iban de veras y encender el infierno en ésta casa, todo uno. Pasaban y pasaban los días; yo, encaprichándome cada vez más, queriéndole.....

—María Isabel,—interrumpió su madre con voz firme—, no te pregunto por qué obras mal. Estás conforme con la pretensión del señor Osambela?

—Las cosas han llegado á un punto!..... sí.

D.ª María se llevó la mano al pecho, y sus dedos hicieron crujir la seda del vestido. Don Juan Miguel le dirigió una mirada que, con el vivo comentario del gesto de hombros y brazos, decía: «ahí lo tiene usted». Ella irguió la cabeza, y mostrando por primera vez entonces altivez en la postura, modales y entonación de voz, dijo:

—Yo no quiero que mi hija D.ª María Isabel de Ugarte contraiga matrimonio con Pedro Osambela.

Parecióle á D. Juan Miguel que acababa de recibir un latigazo en la cara. Brincando se puso de pie, y haciendo añicos toda su compostura, gritó con voz áspera.

—No basta, señora mía, que usted no quiera. Vivimos en la España del siglo XIX, don-

Digitized by Google

de existen leyes protectoras de la dignidad del hombre y de los derechos del ciudadano. Los hijos no son yá esclavos de sus padres, ni juguete de sus preocupaciones, ni víctimas de su orgullo injustificable. Sepa usted que mi hijo D. Pedro Osambela y Erdózain, licenciado en Medicina y Cirugía tiene capacidad jurídica para casarse con la mismísima duquesa de Osuna. Ya no hay castas, ni más jerarquía que la de la honradez. En cuanto á ésta señorita, es de edad competente y para nada necesita del consentimiento de usted. Le basta solicitar su consejo, y una vez efectuada esta pamema legal, se casará, si gusta, con mi hijo, aunque se desmayen de asco usted y los doce caballeros de la Tabla Redonda. Y en el seno de una honrada y modesta familia, que por su laboriosidad, inteligencia y hombría de bien se ha ido elevando, á la par que otras encopetadas y orgullosas se hundían, será tan feliz y tan señora como si la rodearan escudos y blasones! Rechaza usted á mi hijo, á un hombre de carrera que podría aspirár á brillantes enlaces y habrá de contentarse con las prendas personales, que son muchas, de la señorita elegida por sólo los impulsos del corazón! Lo rechaza usted desdeñosamente! ah! yo le reto á que me aduzca un motivo que no se derive de huecas pretensiones!

Á medida que D. Juan Miguel, perdiendo la serenidad, se desbocaba por el campo de las inconveniencias y de la grosería, afianzábase más y más su interlocutora en la mo-

Digitized by Google

mentánea represión de sus penas, hasta el punto de que, cuando aquél pronunció las últimas palabras de su arrebatada embestida, la impasibilidad de ella era absoluta y pudo replicarle sosegadamente:

—Repórtese, señor mío; estoy en mi casa, pero no he de propasarme á disputar con usted. No acostumbro alternar con personas que faltan á los respetos que yo les guardo; desde hoy en adelante me comunicaré con usted por escrito. Me valí de la frase «no quiero», para marcar mi absoluta oposición á ese matrimonio. Que hay medios legales de desatenderla..... ni lo niego, ni pretendo, locamente, abolirlos; servirán para que se haga más patente mi oposición. En cuanto á los motivos.....

—Dígalos usted, señora, dígalos sin miramientos. Sáquenos á plaza el pasmo, el asombro de sus ascendientes al.....

—Mayor fuera, cien veces, el que experimentarían los de usted al tener noticia de la boda. Iba á decir que ninguna obligación me apremia á declararlos. Con todo, media alguno muy principal, cuya enunciación no puede usted atribuir á propósitos de humillarle. Soy madre católica; mi deber no me consiente entregar mi hija á un liberal, á un hombre que en materia de religión alardea de las más infames ideas, las cuales propaga en los periódicos, valiéndose de seudónimos que no le ocultan. Esas ideas, de público se sabe, han sido causa de disgustos entre ustedes. Cómo ha de rechazar usted un motivo que se ajusta á su propio sentir?

Digitized by Google

—¡Calumnias, embustes de viejas que de *Padrenuestro* á *Avemaría* le arrancan una tira de pellejo al prójimo! Teníamos yá obispos de levita, ahora los vamos á tener de miriñaque y papalina! He aquí declarado hereje á mi hijo por quien ni siquiera es sacristán de la parroquia. ¡Lástima que no vivamos en aquellos felices tiempos! qué bien vendría la Inquisición para desembarazarse de novios importunos! Ha cambiado usted de táctica; oculta usted los verdaderos motivos que son un escarnio al común de los mártires y pone otros por delante, con ánimo de soliviantar contra nosotros á toda la facciosina! Mal recurso, mal recurso: el gran partido liberal, en masa, se pondrá de nuestra parte.

Al decir éstas palabras D. Juan Miguel se sintió reconfortado por un sentimiento de inmenso orgullo: del orgullo de la dominación. Sonaban en sus oídos los rotos eslabones de la esclavitud y veía á los antiguos siervos penetrar en los palacios de los vencidos señores, y á su vez, por justa venganza, escarnecerlos. Otorgábase el título de heroe de la emancipación social, detenida, momentáneamente, por el mónstruo del orgullo nobiliario: fantasma dificultoso de herir. Mas nuevo Jacob, lo asía y soterraba, bañando su frente húmeda de sudor plebeyo, en los resplandores de aquella grandiosa visión progresista.

D.ª María notó ciertos signos externos de cómico endiosamiento, y á su pesar, lacia sonrisa le entreabrió los labios.

—Es muy enojoso prolongar ésta entrevis-

Digitized by Google

ta. Usted sabe mi resolución. Use de cuantos medios le conceda la ley.

Volviéndose hacia María Isabel, añadió:

—Yo también usaré de los derechos que me corresponden.

Sus derechos! acaso tenía alguno? D. Juan Miguel estuvo tentado á cantarle que ni aun la camisa que llevaba puesta era suya. Iba á verla caer revolcándose en el polvo de la miseria! Su mala voluntad, empero, venció á su cólera; esa puñalada la reservaba para otras manos que herirían más hondamente. Tomó el sombrero y se encaminó á la puerta, exclamando con tono amenazador:

—Acaso el que sale despedido como criado, volverá con las ínfulas de dueño! Mis propósitos eran pacíficos, conciliadores: sólo han servido para aumentar la soberbia de quien la derrama por todos sus poros como un veneno. Queréis guerra? pues la habrá, sin cuartel. Chocarán el puchero y la olla: el puchero se hará pedazos, que yo, soy de hierro, badajo!

Y salió bufando por la antesala.

Las piernas de D.ª María flaqueaban, y hubo de apoyarse en una butaca. María Isabel acudió á sostenerla, pero ella se irguió altivamente y señalando la puerta con mano sacudida por convulsión nerviosa, gritó:

—Mala hija! Vete; ese hombre que acaba de salir será tu castigo.

María Isabel, acobardada por tan imperiosa intimación, se retiró sin volver la espalda, cabizbaja. Entonces entró Mario; su rostro denotaba inquieta curiosidad. El corazón de doña

Digitized by Google

María se agitó con tumultuosos movimientos; casi exánime cayó sobre el pecho de su hijo. Intenso hipo contrajo su garganta con tamaña violencia, que parecía como que su respiración iba á paralizarse. Sobrevino la espiración después de larga pausa, ruidosa y anhelante, y á la vez profundos sollozos y raudales de lágrimas.

Digitized by Google

IX.

CHISPAZOS EN EL AGUA.

Casildo Zazpe, alias *Cuadrau,* apoyado el trasero contra la pared de su casa, inclinado el busto hacia adelante y extendidas las piernas con abertura de compás, ocultas las manos en la faja y la boina echada sobre los ojos, recibía los pálidos rayos que con intermitencia bajaban desde el sol á la charcosa tierra, abriéndose penosamente camino por entre las grisientas nubes.

De todas las bocacalles iban saliendo á la plaza caballos y yeguas de inculto, espeso y cazcarriento pelaje, que, al cabo, formaron una gran manada y tomaron el camino de la sierra tras los guiones provistos de enormes cencerros: pausados y tardos los reducidos á trabajar, saltarines y galopadores los aún indómitos potros.

Congregáronse, luego, las cabras, en torno del cachazudo y grave chivo, meneador de la esquila. Era de ver cómo, algunas, se encaramaban por las paredes, codiciosas de roer las plantas parásitas que las tapizaban y mordiscar las tiernas ramitas que asomaban por encima de los bardales; otras, después de gallear

Digitized by Google

algunos instantes, arremetían á triscar sus cuernos, forcejeaban con la cabeza baja, y luego, de pronto, se alzaban sobre las patas traseras, manteniéndose, mútuamente, en equilibrio, para separarse, después de varias oscilaciones, dando brincos y balidos.

Resonó por las esquinas el grito prolongado y á boca llena de «*beyak!*» El boyerizo, firme sobre sus piernas engrosadas por los *mantarres* de las abarcas que recubrían el pantalón hasta las rodillas, vestido de burdo *capusay* color chocolate, apoyándose en el largo y nudoso palo, se detenía algún espacio y lanzaba, de nuevo, su grito «*beyak!*», lenta y monotonamente ondulado. Acudían, mansamente, á través de los barrizales, los bueyes y vacas, mosqueándose el vientre con la cola; y sus mugidos obscurecían el metálico rumor del cencerro.

Cuadrau contemplaba con distraídos ojos la reunión y marcha de los ganados, propiedad de los vecinos. Tenía el ceño fruncido y la expresión del rostro acibarada.

—En qué piensas, mocé?—preguntó una voz femenina.

Y un revés de mano, por detrás, le lanzó la boina al arroyo.

—Celidonia, me chanfutro en tus gromas. May comido las tripas toda la noche, y tengo amarga la boca.

Celedonia, riyéndose, le tiró tres ó cuatro pescozones.

—Tati quieta, ó te rompo los morros duna guantada! Te repito que tengo mal temple.

Digitized by Google

Refunfuñando, recogió del suelo la boina, limpió el barro que la tiznaba con la manga de la blusa, y se secó las manos, restregándoselas contra su espeso cabello, castaño y ensortijado.

—Pues eso es lo que me puede, cacho! verte con esa cara de vinagre. Si páices un apaga velas, aus!

—Que páizca; y qué?

—Toma! pues lo siento. Antes no eras lo mesmo: panderico de bodas.

—Antes, antes.....

—Y aura el enterrador. Lo que puede una mueta, Casildico!

—Qué mueta ni qué melones, Celidonia!

—Négalo, condenau; te páice que los demás semos tontos? Andas bebiendo á morro abierto, el aire, tras de la Josefa Antonia. Pero siempre te sopla bochorno.

—Tú qué sabes, otra?

—Toma! á la vista está. El cierzo no atufa.

—La verdá!..... me está dando cada desprecio! Si fuera hombre, páura ya lo había vulcau.

—La culpa us tenéis vosotros, sonaja!

—Quiénes?

—Los mozos. Cuando la veis, se us cae la baba, cacho! Josefa Antonia por aquí, Josefa Antonia por allá, que si fué, que si víno. Y dale con lo de guapa, y dale con lo de resalada, y con sacala á bailar en toos los toques. ¡Claro, se le ha llenau daire la calabaza! mentira páice lo tontos que sois.

Digitized by Google

—No maspes, Celidonia; lo de guapa y resalada naide se lo puede quital.

—Eso!..... valiente pavota! Más sosa que un costal de patatas. Ni hablal castellano sabe.

—Á que le tienes tu cachico de invidia, Celidonia? cuánto te juegas?

—Yo invidia, yo! pa eso se repeina la hija de mi madre,—exclamó hecha una sierpe Celedonia—. Invidia! de qué? Tántos dineros tiene mi padre como el suyo, y si á ella le sobran, á mí tampoco me faltan mocés de lo bueno que me cortejen. Porra, allá viene, plaza abajo, tras de los cutos, á escobazos! Miála cómo se chapotea por el barro, descalza! Aus, lo mesmo anda la Reina: qué maja!

Casildo dirigió sus ojillos grises hacia el punto indicado, y dijo:

—No es, ni con cien leguas, habladora! Es la Francisca, la criada del boticario.

—Vaya, caella se le cairían los anillos por hacel lo mesmo! Te digo una cosa.

—Cuála?

—Que pierdes el tiempo, sin remedio, y es lo pior. Me páice que no deja dabel en el pueblo quien se coma la cebada que buscas.

—Calla, mal pensada! José Martín, el de Goenaga, la pretende pa casarse, como yo, que tamién me casaría á gusto. Pero á él le luce el mesmo pelo camí. Más le vale, que sinó!.....

—Claro!

—Qué ices?

—Lo que oyes: claro!

—No me vengas con retintines, tengamos

Digitized by Google

la fiesta en paz. Mira, hoy estoy de humor pa deslomal al mesmo lucerico del alba!

—Y si te escuece?

—Que me escuezga.

—A tú y á Martín os luci el mesmo pelo porque sois del mesmo pelaje. Oléis á femo.

—Otra! y ella, á qué güele?

—Á femo tamién, quió. Mas yá sa cansau, y aura busca la colonia; por eso se frota con el señorico.

—Repuño! Qué señorico es ese?

—Toma! D. Mario! quién ha de ser? No pasa una vez delante de la casa de Josefa Antonia, sin entral á vela. Y cudiau si pasa veces! que si voy de caza, que si voy de pesca, que si á pintal monas! Aus! ni los gorriones al trigo.

—D. Mario va de costumbre, porque es muy llano y le gusta hablal con los probes.

Celedonia lanzó una carcajada estridente, en la cual puso la mayor expresión que supo de burla é incredulidad.

—Entonces semos muy ricos nosotros, porcaquí no mete las patas. Qui agudo eres, Casildo: has nacido pa obispo. Creí que me dirías que iba por la agüela ciega.

—Y piensas.....

—Pues no! entre santa y santo, cál y canto. Por muy santurrón que sea D. Mario, dejará de gustale. Yá más á más con éstas, capenas las rempujas, ya se están caendo. Buenas son, buenas!

Tomando tono de zumba, continuó:

—Pero igo mal, porra! Ca andará por ca-

Digitized by Google

sarse, como tú y José Martín: quiós, no sus ha salido mala parte contraria! Secano contra regadío.

Tornó á reirse con la misma expresión de antes.

—¡Callarás, lengua de víbora, mala perra? gritó desde el fondo del tugurio Aquilino—. Más te valía sacar los cutos fuera, que es láura.

Celedonia se retiró, y *Cuadrau,* cabizbajo, salió á la carretera. La piara de los cerdos, inmensa y gruñidora, iba acudiendo á la plaza. Los pastorcillos, tres ó cuatro mozalbetes desarrapados, corrían de aquí acullá, procurando formar el hato. Abríanse las puertas de las casas, y á puro empujones y latigazos, lograban las mujeres sacar los puercos, que luego se paraban, formando racimo, á hociquear la madera y gruñir destempladamente. Cuando perdían la esperanza de que les abrieran, se esparcían por calles y plazuelas, burlando, con quiebros y huidas, los esfuerzos de sus relanzadoras. Y era su pérfida habilidad rematada, para poner entre éstas y ellos, de por medio, los lodazales más profundos y negros, obligándoles á dar rodeos en busca de orillas y vados de piedras sueltas, so pena de enfangarse hasta las corvas. Y si la persecutora, salvando á tuertas ó á derechas el obstáculo se les iba encima, agazapábanse, y después de dos ó tres salidas falsas, arrancaban á escape al sesgo, pregonando sus cuitas con penetrantes gruñidos, mientras aquélla, harta de remangarse las sayas y hacer equilibrios, se lanzaba colérica lodo adentro, tirándoles piedras.

Digitized by Google

Reunida, por fin, la piara, salió á trote gorrinero, carretera abajo, hacia Aralar.

El mismo camino traía, es decir, el de la estación, José Miguel, con su cartera colgada del hombro, y tres ó cuatro periódicos y otras tantas cartas en la mano.

Saludáronse él y *Cuadrau* afectuosamente.

—Casildo, hazme el favor de subirle ésta carta al Maistro; para llevar enseguida éstos pliegos al Ayuntamiento me han dicido y no tengo tiempo que sobrar.

Tomó Casildo la carta y se encaminó á un caserón destartalado de la plaza. José Miguel prosiguió su recorrido con la más brava cachaza del mundo.

En medio de una sala vastísima, capaz de contener triple número de niños, fría y de mal repartidas luces, donde los bancos y mesas cojos sobrepujaban á los cabales, el maestro D. Bernardino, embozado en su capa andaluza, pasaba lista y apuraba la colilla. Los chicos, repartidos en secciones, junto á la pared cubierta de dislacerados mapas y mugrientos cartones de silabarios, respondían «presente!», divirtiéndose en gritar más de lo preciso y mudar el timbre natural de la voz.

El maestro dió tres palmadas, y los muchachos, rompiendo las secciones, se extendieron delante de él en hileras y de tres en fondo. D. Bernardino fué registrándoles los bolsillos, y cuando encontraba mendrugos de pan, los arrojaba á un rincón; pero si eran nueces, avellanas, castañas ó manzanas, las retenía en las amplias faltriqueras de su americana.

Digitized by Google

—Os he prohibido cincuenta mil veces comer en la escuela: ésta no es la pocilga, granujas.

Cincuenta ó sesenta pares de ojos estaban fijos en la cara verdi-negra del maestro, larga y escuálida, mal afeitada, de entrecano bigote, cara de sargento retirado de la guardia civil. Aquellos ojos azules, pardos, castaños, negros, de mirada viva é inteligente los más, y de expresión traviesa todos, decían: «Lo que tú quisieras es que nosotros trajésemos perniles; por si nos descuidamos en traer algo que valga, no nos registras más amenudo».

Sufrió una violenta tanda de tos D. Bernardino, escupió á un pañuelo de hierbas tan arrugado y sucio que parecía un pingo, y con voz, aún anhelosa, dijo:

—Hasta ahora os he pedido el anillo una vez á la semana. Desde hoy, os lo pediré dos veces, y no á día fijo, porque ya sé lo que hacéis, bribones. Andáis ladrando bascuence seis días, y el séptimo aguzáis el oído para encajárselo al más descuidado. Es una vergüenza lo que pasa en este pueblo; nadie habla castellano, y ninguno de vosotros es capaz de enhebrar media docena de palabras sin un despropósito. Luego viene el señor Inspector y me abronca. Mirad, los chicos de Irurzun, á tres ó cuatro leguas de aquí, han olvidado el guirigay. Vosotros no podréis ir á ninguna parte civilizada, sin que se os ría la gente y os llame papanatas. Quién tiene el anillo? Hoy hace frío y no le sentarán mal media docena de vergazos.

Digitized by Google

Los chicos rompieron filas y formaron corro alrededor del maestro.

Éste repitió la pregunta. Un cuchicheo recorrió susurrando los grupos de los muchachuelos, y cierta sonrisa burlona, acentuada por la expresión de crueldad inconsciente propia de los pocos años, animó aquellas infantiles caras de atezados cutis, mocosas narices y broncas é incultas cabelleras. Don Bernardino siguió la dirección de las miradas y dió con Martinico.

Éste, ocultas las manos dentro de los bolsillos, tiritando, pálido, encajonada su cabeza entre la doble joroba y restregándose los piés manchados de lodo, levantaba sus ojos descoloridos y tristes, cuyo párpado inferior henchían las lágrimas próximas á correr. Sus labios abiertos temblaban, y la distancia de la boca á la nariz, por la actitud suplicante de la cabeza, parecía mayor y redondeaba la expresión lela de su rostro.

¡Cuán amarga bullía la hiel de D. Bernardino! Contemplábase, á si propio, enfermo de una lesión pulmonar incurable, atribuída por él mismo al clima húmedo y frío. Ah! la suerte no le había sido amable. Hijo de pobrísimos labradores, desde su mísero villorrio del Pirineo, de once años, pasó á Pamplona á servir de mancebo ó *aprendiz* de comercio. Un pariente cura que en la capital vivía, notando su despejo, lo tomó á cama y mesa y se comprometió á sufragarle los estudios de gramática. Muerto el sacerdote, Bernardino colgó los manteos, siguiendo la carrera de maestro,

Digitized by Google

á costa de infinitas privaciones. Después cayó quinto. En el ejército hubiese tenido porvenir si su carácter atrabiliario y altivo no le perjudicara. Con los inferiores era duro, con los superiores tieso: defecto el segundo insubsanable y peligroso el primero, porque los subalternos ascienden. Dominábale la pasión de la lectura, incubada por la ebullición de ideas que produjo la septembrina. Combinóse la semi-ignorancia del dómine, con la semi-ciencia del lector atropellado de obras medianas y heterogéneas.

Como nunca tomó libro que le hablase de su tierra, disipóse el sabor de la patria nativa. La patria de sus amores era la patria política, la que él halló enaltecida y celebrada por sus autores favoritos. Era la suya de las almas modeladas por la guerra de la Independencia, madre verdadera del unitarismo español. Profesaba al regionalismo odio de jacobino, y entre todas las manifestaciones de la vida local ganaban la palma de sus antipatías los idiomas. Singularmente detestaba al bascuence, recordando, acaso, las burlas que le valió cuando comenzaba á chapurrar el castellano que hoy, con su criterio de maestro de escuela, estimaba ser la lengua más sonora, majestuosa, rica y perfecta del orbe. Su execración al bascuence fermentaba con el furor del renegado, del parricida. Aunque montañés, por sugestión literaria le entusiasmaban los horizontes despejados, las llanuras inmensas, el cielo azul, el sol radiante y los demás lugares comunes de las bellezas de España. Tras de

Digitized by Google

mucho rodar, gracias á las recomendaciones del general en jefe de quien había sido asistente, á falta de cosa mejor, logró obtener el cargo de maestro municipal de Urgain, donde vejetaba con sueldo mezquino, echando pestes del paisaje, del paisanaje y del celaje, agriado su carácter desapacible y vidrioso, ulcerado su corazón, poco sensible, de suyo, por decepciones de carrera, desventuras de familia y dolencias físicas. De los chicos entregados á su férula, no veía sino los defectos. Ellos y él servíanse de mutuo tormento.

D. Bernardino miró torvamente á Martinico, sin que la compasión le oprimiese el pecho ante aquel sér deforme, triplemente herido por la escrófula, el raquitismo y la miseria. La debilidad del niño, el desamparo del mendigo, la fealdad del contrahecho que la mano torturadora de la desdicha le ponía debajo de las plantas, era cebo á la ruindad de sus sentimientos, á la cobardía de su ánimo, á la amargura de sus afectos y á la dureza de sus entrañas.

Con acento irónico, exclamó:

—Continúas abonado al anillo, don Tortuga, señor Sapo! Tres semanas hace que acudes á la escuela, no por amor á las letras, sino á la ración de la alcaldía, y otras tantas lo ganaste. Ya te quitaré las ganas de reincidir, bribonzuelo, ratero! Á ver, dámelo; vamos, pronto, que no hay tiempo de sobra.

Martinico, lívido, tendió la mano con el anillo; dos lagrimones resbalaron por sus macilentas mejillas.

Digitized by Google

—Como tú hacen los perros; antes de que les toque la piedra, ladran y cojean. No malgastes las lágrimas: te han de hacer falta pronto.

Martinico, maquinalmente, se había quedado en la misma postura. El maestro le sacudió un palmetazo con la regla, que le hizo retirar la mano y esconderla.

Levantó D. Bernardino el anillo á lo alto, y dijo:

—He aquí la joya que guarda la boca de éste lagarto.

Los chicos se riyeron pateando de gusto.

—Silencio, canalla; de lo contrario, os reparto leña también. Me llamo Balda y..... baldo. Vamos á ver, Sr. D. Martín Zuricalday—¡vaya un apellido, señores!—quién te entregó ese anillo?

—Aanterooo.

La emoción le trababa más la lengua; con dificultad podía articular.

—Quiéres un vaso de agua con azucarillo? La cosa tiene doble chiste: ser tartamudo y hablar bascuence! Antero; Antero, y qué más?

—Zuu..... Zuubel..... Zuubeldiía.

—Antero Zubeldía; valiente pieza! Cuándo?

—Aayer.

—De modo que, como de costumbre, contra mis órdenes reiteradas, hablaste bascuence en la calle?

—No señor, no señor. Haablar casteellaano yo; di..... didicir yo *orma* een vez dee paared; zas! me ha dadoo aanillo.

—Antero Zubeldía!

Digitized by Google

—Señor!

—Es cierto lo que dice Zuricalday?

—Sí señor. En la fuente le dí el anillo. Nos estaba diciendo que fuésemos á la huerta de Gortari á robar nueces; que él ya subiría por encima de la *orma*. Yo entonces le dijé: Martinico, hablar en bascuence has hecho: y le dí anillo.

—Bien, bien; Martinico se encontró con la horma de su zapato, aunque no los usa. Cuida de que á ti no te suceda lo propio. Desde hoy, el último y el penúltimo que tengan el anillo serán castigados. Martín, saca las manos, junta los dedos.

—Yo queerer sooolo aandar; pa qué veenir esoos coonmigo? Yo soolo mejor; sieempree detraas de mí, queriiendo daar aanillo andaan. Yo noo saaber *orma* casteellaano óó demoniiios si ser. Yo caastellanoo hablar hiice.

—Para que aprendas lo que es castellano y lo que es gringo, voy á activarte la circulación de la sangre. Tu lengua de estropajo y tu idioma corren parejas. Lo dicho, dicho; saca las manos y junta los dedos.

Obedeció, contra toda su voluntad, Martinico, y el maestro comenzó á descargarle secos golpes con la regla de cuadradillo. Gritaba el muchacho y retiraba las manos; entonces el maestro le daba fuertes tirones de las orejas y del pelo, levantándole á pulso por el asidero de aquéllas. Goteaban yá sangre las uñas, y no hubo medio de que sacase, nuevamente, las manos de los bolsillos.

—Granuja! tunante! desobediente! terco!

Digitized by Google

Piénsas que tus gritos disminuirán la ración? Vaya que es lindo el hocico que pones! Tuerces la boca de un lado solo. Tóma! para que la tuerzas del otro y haya simetría!

Le pegó un terrible bofetón en la mejilla izquierda, que le volvió la cara. En seguida descolgó las correas, y blandiéndolas un momento, le tiró el primer azote; silbaron aquéllas y se enroscaron alrededor de las flacas pantorrillas del muchacho é imprimieron lívidas huellas en la amoratada piel; luégo, cayeron sobre sus muslos, trasero y espalda. Martinico lanzaba gritos desaforados, atronadores berridos. Los demás chicos se reían.

—Cálla, condenado! parece que están matando un puerco. Cálla, te digo! cuanto más grites, peor. Si recibes media docena sin chistar, se acaba la fiesta. Uno, dos; graznido al canto! cuenta nueva. Uno, dos, tres..... imposible. Tóma! éste, éste y éste: hasta que se te raje la campanilla.

Enfurecido por los lloros y gritos, D. Bernardino se fué encarnizando y menudeó sus golpes con bárbara insistencia: tiró la correa y comenzó á puñadas, pescozones y puntapiés, asestados en todas las partes del cuerpo de Martinico, á quien acorraló contra la pared. El infeliz ya no lloraba, gemía; sus quejidos convulsivos hacían trepidar su deforme tronco; la respiración, perturbada por los golpes que habían caído sobre su pecho y espalda, era estertorosa; sangre de los dientes y narices enrojecía la pechera de su harapienta camisa, y en la piel de su cabeza y piernas aparecían

Digitized by Google

rasguños y cardenales. Los chicos, atemorizados y yá compasivos, se formaron en secciones, guardando el más profundo silencio. La escuela parecía un gallinero rondado por el gavilán.

Cuadrau, impensadamente espectador del final de la escena, se adelantó con la carta, desde la puerta donde estuvo recostado y mirando. Al oir los pasos, volvió D. Bernardino la cara, sin lograr reprimir un movimiento de contrariedad y sobresalto.

—Qué es eso? quién es? qué le ocurre?

—Señor máistro, aquí subo una carta pa usté.

—Bueno, gracias. Otra vez llame usted en la puerta antes de entrar.

Cuadrau clavó sus ojillos grises, burlones y atrevidos, en la cara fosca del maestro, y dijo:

—Usté ispense; yo no estoy acostumbrau á estas fatadas.

É hizo como que se marchaba; pero deteniéndose, añadió:

—Por hablal bascuenz le ha pegau usté la tocata á Martinico? Probe crío!

—Le pegué por desobediencia contumaz, y para que aprenda la que le conviene y está mandado:—replicó secamente D. Bernardino.

Cuadrau alzó los hombros con desdén, y se acercó al rincón donde Martinico, tendido por el suelo, dobladas las piernas y vuelta la cara á la pared que le servía de apoyo, gemía convulsivamente.

—Tóma, probico; tóma ésta ochena; no llores.

Digitized by Google

La compasión ennoblecía á sus ojos, de ordinario, procaces, y en su voz ruda vibraba la nota tierna de la piedad. El jorobadito recompensó con triste mirada de agradecimiento, la limosna. Pero removidas sus penas por aquel inesperado rasgo de conmiseración, rompió á llorar estrepitosamente; pegado el cuerpo á la pared, sacudido por nerviosos estremecimientos, ya no tuvo ánimo ni gusto para abrir su mano de mendigo.

Cuadrau le metió la moneda en el bolsillo del desgarrado chaleco. Vió las manchas de sangre, y al incorporarse, exclamó con voz que llenó la silenciosa escuela:

—Rediós! á un hermanico mío habían de venir á pegale porque hablaba la lengua que Dios le puso en la boca! La suya se la habían de comel los perros al máistro!

Y encarándose con los niños, prosiguió:

—Pa ésto vus traen á la escuela vuestros padres? Montañeses habían de ser! Falsos, más de falsos! Mandrias, sangre de limaco!

Y salió del local luciendo en los ojos el fuego que le dictó aquella acusación de cobardía, y atestiguando su indignación con tremendo portazo.

Cuando llegó á casa, Celedonia estaba con un gran cesto de ropa sobre la cabeza.

—Aunde vas, quiá, al rio?

—No; que trai el agua muy puerca, por las lluvias. Ma voy más lejos, á ise regacho que no sé cómo demonio le llaman, *Bergieta* ó *Turgieta*.....

—Ya sé onde es.

Digitized by Google

—Quiéres venil? te divertirás con las mozas que están lavando..... Anda, salau.

Celedonia recalcó éstas palabras con una mirada muy cariñosa.

—Ya te ije que no estoy pa gromas. Vete sola. Adiós.

Los dos hermanos se separaron. Celedonia salió del pueblo, y junto al calvario tomó la senda que va por medio de las heredades y luego, torciendo repentinamente, se encarama cuesta arriba. Las suaves ondulaciones del terreno, vestidas de corpulentos robles, gradualmente se alzan á mansas colinas, cuyas faldas trazan sinuosa y angosta torrentera, donde discurren, salvando islotes de cimbreantes juncos y desmayados sauces, clarísimas aguas, que aquí prenden tocados de brillantes por las sueltas guedejas de las plantas acuáticas, y allá bordan con espumosa plata las playuelas de guijas azuladas.

Celedonia caminaba senda arriba. Á la derecha ahondábase la encañada. El ambiente, frío y sereno, cuantas resonancias le enviaban los ecos, devolvía: campanilleo de rebaños, murmurios de agua, gotear de rocío. Por entre las ramas filtraba el sol, á punto yá de enseñorearse del cielo, sus áureos resplandores. Los vahos de la empapada tierra, tendidos como pardo celaje sobre el bosque, disolvíanse en tenues gasas, cuyos toques de fuego, al remontarse, palidecían, concluyendo la viva coloración azul del firmamento por absorber los matices pajizos de los ligeros copos.

Al pisar de Celedonia crujían las bellotas

Digitized by Google

caídas. Caminaba con mucho garbo, apartándose, según podía, de los baches del suelo, removido por las carretas y el ganado. Sobre la colina más alta, se bifurcaba la senda. Celedonia tomó la agria pendiente del ramal derecho, cuesta abajo. Era el suelo pedregoso, y á causa de la humedad, resbaladizo. Celedonia, guardando dificultosamente el equilibrio, agarrándose á las matas que le pinchaban las manos, descendía lentamente. Á cada paso se le iba el pie por el corrimiento de alguna piedra. Paralelamente, pero por el centro del riachuelo, con agua hasta la rodilla, avanzaba otra moza, llevando una gran canasta de ropa blanca sobre la cabeza.

—Sonaja!—murmuró Celedonia—, esas descalzotas donde quiera se meten! Estará rica lagua dimpués de lo ca nevau. Así todo, ella viene guapamente, y yo aquí me voy á deslomar. Peseta! si es la Josefa Antonia! Ojalá hubiese venido Casildo! Osús! por poco me escuaderno; mai manchau de lodo hasta la chaqueta. La Josefa Antonia se ríe de velme pegar la morrada. Aguarte, no irás por penitencia á Roma.....

La torrentera, en aquella parte, se ensanchaba hasta formar un diminuto vallecito. Á derecha é izquierda, las laderas de las colinas ostentaban la opulencia de sus robledales, cuyo extendido ramaje tendía umbrosa bóveda sobre el agua, tachonada de lentejuelas de oro por el sol, y tan diáfana, que hasta las menudísimas piedrecitas blancas del fondo se distinguían. Tapiaba el valle el gris acantila-

Digitized by Google

do de una peña, á la que ceñían mural corona los puntiagudos peñascos que colgaban sobre el abismo obscuros festones de hiedra. Detrás recortaban el puro azul del cielo las crestas nevadas de la sierra, resplandeciendo con irisados centelleos. Tres ó cuatro arroyos caían desde la peña sobre las musgosas rocas á granel tendidas por el llano, quebrándose en chorros saltadores, diluyéndose en sutilísima pulverización, á modo de neblina, donde la luz, juguetona, cuajaba reflejos de plata mate, nacarados orientes de perlas y vivas chispas de oro; luego se aquietaban en las amplias copas que les tendía el granito, y al rebasar sus bordes, perdida la braveza, proseguían entre guijarros, hasta que otros arroyos confluentes, hijos de las nemorosas colinas, les abrían el sosegado pecho.

De aquel paraje de *Iturbegieta*, tan propiamente así denominado, no consistía la preclara hermosura, ni en su apacible reconditez, ni en el contraste entre las áridas peñas y las verdes lomas con sus rígidos ángulos y suaves curvas, ni en la sombra misteriosa de la selva centenaria, aun cuando la primavera, al esconder piadores nidos entre los árboles, dejase caer de su canastillo perfumadas violetas, presumidas margaritas y ruborosas fresas; pues á éstos rasgos y primores aventajaba el agua que de todas partes fluía, durmiéndose aquí como un lago, borbollando ahí como un torrente, ensanchándose, más lejos, como desceñida cabellera, variando constantemente sus matices, verdosos en los remansos, acerados

Digitized by Google

junto á las peñas, negros sobre las losas, opacos bajo los árboles, vivos bajo el limpio cielo, con todos los fulgores del zafiro y del oro. Los timbres del agua estrepitosa eran infinitos. Sonaba la caída de los arroyos sobre los peñascales como el sordo estruendo de lejano cañoneo, seguido de tumultuante hervorear; las aguas profundas mugían monotonamente, sin obscurecer el chapoteo de las orillas, donde al cuchichear de las ondas replicaban susurrantes risas, cuya impresión alegre venían á desvanecer otros sones gimientes y melancólicos que parecían ecos de violas, flautas y óboes. Tintineaba el goteo de las rocas, escarchando con argentinas salpicaduras las llenas y graves vibraciones de cristal exhaladas por la bullidora corriente.

No eran ondinas los seres que encontró Celedonia y turbaban con su parlería la canción mágica de Loreley, sino lavanderas locuaces. Mejor que el vestir y el hablar, denotaba la oriundez de ellas su esquivez al agua; pues las hijas de tierra adentro, nabarras ó forasteras, mostraban la castiza repugnancia á la mojadura que todo español de secano experimenta, limitándose á hundir la muñeca en la fría corriente, mientras las montañesas bascongadas, hechas á la perpetua humedad de sus valles, no se encogían por darles largo *remojo* á las piernas.

Celedonia se encaminó á la orilla donde lavaban varias mujeres, esposas é hijas de guardias civiles, carabineros y empleados subalternos del ferrocarril. Josefa Antonia se quedó

Digitized by Google

en medio del rio, con sus paisanas, remangadas hasta encima de la rodilla unas, y otras modestamente cubiertas hasta los piés por las sayas.

Josefa Antonia dejó la canasta sobre una de las grandes piedras que para golpear la ropa y escorrerla había por allí diseminadas, y saludó á sus conocidas, entre las que se contaba María Cruz, la criada del café. Ésta interrumpió su faena, y restregándose la mejilla con el anverso de la muñeca, por estar empapadas de jabón sus manos, dijo en bascuence:

—Bien venida, Josepantoñi: traes mucha ropa. Yo estoy desde el amanecer, pero acabaré pronto la tarea. Qué fresca estaba la mañana! Allá veo á la Chelidoni.

—Déjala! si supieras cuánto me molesta su hermano; me persigue de continuo.

—Le voy á tentar un poco. Nos harán reir sus descaros.

—Más vale no meterse con ella; ya sabes la lengua que tiene.

—Pues por eso, mujer.

Y sin hacer caso á su compañera, Mari Cruch interpeló á Celedonia valiéndose del idioma castellano.

—Chica, vente por aquí! Te haremos sitio; verás qué bien te errefrescas.

—No necesito refrescarme. Nenguna parte del cuerpo se me abrasa. No toas pueden icir lo mesmo, cay quienes están echando chispas como el fogón y sarriman á ellas las gentes pa calentarsen.

Las «carabineras» y «civilas» se hicieron

Digitized by Google

cargo de la malicia al momento, aunque ignorando el sobrescrito de ella, y la celebraron. Las bascongadas, por su parte, riyeron la materialidad de las expresiones, el desgaire del gesto y la suelta articulación de las palabras.

—Qué lengua tan lista tiene—decían—; parece un rayo; jamás se quedará sin contestar. Da gusto oir lo deprisa que habla.

—Vente, pues, aquí, mujer—prosiguió Mari Cruch—; si no nesesitas pa calor, nunca venir mal pa limpiesa.

—Esu es pa las que tienen mugre; que la hija de mi madre es tacica de plata que no va á la gambella de las cazuelas,—replicó Celedonia, llena del legítimo orgullo de quien se lava la cara de ocho á ocho, las manos al fregar y los piés cuando el médico receta pediluvios.

El contraste entre la ruda entonación aragonesa de la una y el meloso ceceo guipuzcoano de la otra, era tan marcado como el timbre de la voz, grave en la garganta de Mari Cruch, agudo en la de Celedonia.

—Yo no me pensaría que eras tú clase de tasa de plata, sino de gata, por el miedo que tienes á lagua.

—Baraja! te páice á tú ca mí me da la rial gana de enseñal esas piernazas de morcilla que lucis ahí con tan poca vergüenza? Lo pior es que no hay dengún pez de calzones que muerda el anzuelo. Aus, quiá! ya puedes bajal el telón, que está el treato sin gente.

Las pullas de Celedonia obtuvieron carcajadas y chillidos aprobatorios. Una pobre «ca-

Digitized by Google

rabinera» que lavaba dos ó tres camisas de hombre, vestida con el amarillo refajo de las castellanas y que había traído consigo una criatura de pecho, la cual, acostada en el suelo, no cesaba de gimotear y mover los brazos por entre el mantón que le servía de cama y abrigo, exclamó:

—Para salada, la Celedonia; cómo se conoce que es hija de otra tierra! Á todas las que están ahí encharcadas como las ranas, las envuelve y apabulla.

Celedonia, aldas en cinta, volcó sobre la orilla la canasta y se arrodilló, en disposición de comenzar la faena.

Mari Cruch, aunque algo le escoció la salida de la moza, iba á continuar sus provocaciones. Josefa Antonia, sumamente azorada, le dijo á media voz:

—Por la Virgen Santísima, Mari Cruch, déjala en paz. Nos dirá mil picardías, y aquellas mujeres bailarán sobre nuestras espaldas.

Mari Cruch, que tenía sangre sardinera en las venas, y que, á poder valerse del bascuence, no habría cedido sin bizarra defensa el campo á su competidora, hizo un gesto de resignada condescendencia. Pescó el ojo avizor de Celedonia la intervención de Josefa Antonia y la actitud disgustada de su amiga; pero equivocándose acerca de lo ocurrido, gritó:

—Vaya! no haiga miedo que marrime. Sería lástima que por velme cerca, se le caesen á álguna los anillos.

Comenzó á palear un mantel con la maza de madera, y á grito herido, taladrando los

Digitized by Google

oídos con el falsete, lanzó al aire una copla de jota:

«Aunque cudias de los cutos
Y vas al campo con ciemo
Dícenme que no te cumple
Nengún mozo jornalero.»

«Mas el hijo de mi madre
Nunca llorará por eso
Ca anteayer un campanario
Se cayó largo en el suelo.»

«Siempre ha sobrau el orgullo
Á quien cobra pocos censos;
No olvide la fantasiosa
Que Dios nos hizo de menos.»

«La puerta de tu corral
Abriste anoche corriendo;
Pensé que entrabas el buey.....
El que entró fué un caballero.»

«Tú que desprecias á un probe
Buscas de un rico el requiebro.
Y el rico, por divertirse,
De tu pajar come el pienso.»

Celedonia, vuelta la cara al grupo de las montañesas, como quien á alguna de ellas se dirige, después de cada copla, levantaba y movía la cabeza, en són de reto. Su voz aguda, de gaita pamplonesa, vibraba con agrios dejos de ironía y escarnio. Sus gritos de pla-

Digitized by Google

zuela difamadora, obtenían del eco servil, idéntica repetición que el sublime polifonismo de las corrientes y cascadas.

Todas las conversaciones habían cesado. Afilaban las lavanderas el oído para no perder ni una siquiera de las ponzoñosas alusiones. Á medida que éstas tomaban cuerpo y más derechamente se enderezaban al blanco, sucedían las carcajadas de aprobación á las sonrisas hipócritas. Las almas ruines se complacían en la pública afrenta del prójimo, y aun las que no lo eran, se substraían á la virtud de encerrar con llave esa malévola curiosidad, hociqueadora de agenas flaquezas, que es rasgo de la condición humana. Lo que á nadie, por chismoso y mal pensado que fuera, se le había ocurrido hasta entonces, sugeríanselo las coplas, que en ciertos ánimos sólo dejaron prendida la sospecha, pero en otros, más temerarios, lograron que sospechar y creer fuesen una misma cosa.

Rosita, la hija del *casillero* Chíes, mozuela desenvuelta, nacida y criada en el arroyo de Madrid, por tirarle de la lengua á Celedonia, y reir el escándalo, le gritó desde su puesto, ocho ó diez metros más abajo:

—Qué bonitas canciones canta usted hoy, Celedonia. Sabe usted lo mucho que he corrío; pues se lo aseguro á usted, en ninguna provincia oí esas coplas. Tienen remuchísima gracia. Las he de aprender cuando haya espacio. Serán canciones nabarras, verdá usted?

—Lo que cantan en Nabarra, nabarro es—replicó Celedonia, volviéndose hacia Rosita

Digitized by Google

con cara satisfecha, para indicarle cuánto se hallaba dispuesta á tomar las varas que le brindase.

Rosita, al tanto, añadió:

—Hija, ya me lo supongo. No es eso lo que deseaba decir, sino que serían canciones de su pueblo, sabe usted?

—La tonada, por de contau, es dallí, y aun parte de las coplas; pero cuando estoy de buen humor como hoy, pongo por caso, me salen nuevos versos de la boca con sólo abrila.

—Jesús, hija! es usted poetisa y todo? Pues eso tiene mucho mérito, sabe usted? Si digo yo que ésta Celedonia es la gracia andando! La verdad, no sé cómo hace usted para componer versos; de dónde saca esas ocurrencias, hija?

Rosita tendió el cuello, en actitud del que espera ver saltar el chorro de cieno.

—Ni yo mesma lo entiendo, tampoco. La tonada ayuda, y basta tener ojos en la cara y dicir lo cuna ve y lo que siente.

—Pues hija, sabe usted? en el pueblo habito, por mi desgracia, va para tres años, y no he visto las cosas que usted canta.

Introducida la mecha ardiendo dentro de la mina, la explosión se produjo inmediatamente. Celedonia, como gato á su presa, se abalanzó sobre las últimas palabras de la relamida y taimada Rosita.

—Cacho! si páice que la gente vive papando aire! Aunque les metan por los morros pan, tampoco saben mordelo. Andan por la mesma calle y toos los días han de tropezal en la

Digitized by Google

mesma piedra. Porra, la cebada sa había de vendel á onza! Pero hay quien tiene el ojo abierto y narices de perdiguero, y distingue y güele, de lejos; otros, hasta que están dientro del común no icen ¡cómo apesta! No falta moza del pueblo, no, de las que estripan terrones y echan el regaño en la pieza, á duna con los bueyes, la cual, digo, no tiniendo más dote cun par de cutos en la sierra, tuerce el hocico á quien es menos probe que ella, y le suelta un bufido cual si fuese un adifesio! Es que á las tales las auga la fantesía, porque alguno les hincha de viento la mollera. Andá, ya será con su cuenta y razón! Que tampoco faltan señorones, más tiesos quel pino, aficionaus á buscal gallinas mansas por los corrales. Y donde haiga agüelas ciegas, digo! Empués saldrán las resultas; que esas cargas se llevan pancia fuera. Bien impliau us estará, bien impliau; este rato us tengo lástima! Cáuna mastuerza come-máices la embobe un zorro viejo cansau de correr Madrí, mal me páice; pero todavía es más pior que los padres can de cudiar della, acordándosen del dicho «las hijas, de chicas se caen, de mozas se tienden», vayan de badaje y pongan la cubertera y tengan la vela. Á sabelo de onde saldrán los doblones pa comprar yuntas y otras cosas. Puah! sin vergüenzas, indecentes.....

Celedonia se había ido exaltando con sus propias palabras, como el bebedor se embriaga, apurando vasos, con el vino que á sí mismo se sirve. Las sospechas que su malicia le ofreciera, á título de armas ofensivas, pesaban

Digitized by Google

ahora sobre su inteligencia con la firmeza de la convicción. Capaz era de dejarse descuartizar por sostener la corporalidad de aquel fantasma. El noble amor fraterno, el despecho y algo de inconsciente envidia, echaban fuego á sus venas y enronquecían su garganta, constreñida por la cólera; sus manos temblaban sobre la ropa blanca, de la cual se escurría azulada agua de jabón.

Josepantoñi, aunque entendía poco el castellano, por estar en escena Celedonia y ser tan expresivos sus gestos, notó, desde las primeras palabras de las coplas, la intención de su cantora. Roja de vergüenza, aguantó la primera andanada, bajando los suyos, llenos de lágrimas, ante los ojos maliciosos, burlones ó compasivos de las lavanderas, impresionadas por distintos afectos.

—Ah Mari Cruch! mira lo que me traen tus bromas,—murmuró en tono de reproche.

—Quiéres que la haga callar? verás cuán pronto.

—De ninguna manera; resultará el grave escándalo que ella busca. Me haré la desentendida.

—No podrás; sus descaros subirán de punto, y conclúirá por nombrarte. Es mejor tapiarle la boca desde luego.

Rosita y Celedonia comenzaban, entonces, á tender la malla de su diálogo en torno de Josefa Antonia, perturbada, al mismo tiempo, por el deseo y el temor de escuchar sus palabras. ¡Con cuánta crudeza la grosera procacidad respondía á la insinuación ladina! Cuán

Digitized by Google

violento rompió el estallido de la difamación franca! Porque las señas equivalían al nombre; quién, si no ella, era nieta de una ciega? Por encima de su cabeza volaban las palabras injuriosas, chorreando cieno, que salpicaban á toda su familia; las manchas le quemaron, como si fuesen gotas de metal candente. Fácil era anonadar á la embustera; fácil..... si valiesen la razón y la verdad. Mas ésto requería expresarlas; atajar, con el tartamudeo de un idioma extraño, la locuacidad de quien se sirve del propio. Prefería callarse, sí; la prudencia lo aconsejaba. Tampoco era grato á su modestia entablar inmunda pelea y grita escandalosa. Pero su honra y la de los suyos caía al suelo, como un guiñapo, revuelto con la ropa sucia de una mozuela insolente. Su genio se encabritó al sentir las espuelas de las últimas injurias; en las venas de la montañesa pacífica hervoreó la añeja y pura sangre bascona, arrastrando en sus caldeadas ondas la suavidad ordinaria de su carácter. Comprendió que Celedonia se disponía, yá, á denostarle directamente; y dando cuatro brincos de cabra, saltó del centro del rio á la orilla.

—Qué andas, mala mujer, tánta imbusterías diciendo? Ya verás, si no callas.....

Quiso proseguir; le faltaron palabras, y se quedó con la boca abierta, articulando sílabas sueltas, alzado el blanco y fornido brazo, turgente el seno y crispados los dedos de los piés sobre los puntiagudos guijarros.

Celedonia se puso derecha instantáneamente. Apoyó las manos en las caderas, y con el

Digitized by Google

tono más irónicamente insultante que pudo, replicó:

—Miren la gatamusa, cómo se sacude el baste! cadía apriende algo nuevo, una! La verdá, Josefa Antonia, hastáura pensé que eras una chica honrada. El que no es cofrade, que no tome vela. Y haz el favor de no miralme á la cara dende hoy hasta que eches el último resuello, y sobre todo, de no llamalme mala mujer, por cas de saber ca honrada nadie me gana, pues yo no tengo alcagüetes en casa, ni meto en mi cuadra á nengún señorico. Probe de tí si güelves á prenunciar esa palabra; tai darrancar de raiz el moño!

—Tú errancar moño á mí? Fácil decir es..... mala mujer, mentirosa, falsa.....

—Yo falsa, yo? Cascajo! es cuanto me quedaba coir. No el moño, sino los ojos, los hígados te voy á sacar.

Celedonia, pálida de ira, trémulos los labios, prietos los dientes con tal violencia que, las abultadas mandíbulas como que iban á desgarrar la estirada piel de las mejillas parecía, hinchadas las venas del cuello, se tiró, con la agilidad del gato, al rostro de Josepantoñi, la cual le hizo errar el golpe con una bofetada. Pero Celedonia, cuya condición bravía le impulsaba á causar el mayor daño posible, arremetió, de nuevo, y aunque no logró tocar los ojos de su adversaria, le clavó las uñas en mitad del rostro. Gritó, de dolor, Josepantoñi, y como era mucho más alta y forzuda que la otra, la agarró por los hombros y, con ímpetu incontrastable, la lanzó al suelo como una pelota.

Digitized by Google

Cayó Celedonia de bruces, lastimándose la cara y manos con los cantos. Quiso incorporarse, y aun á tientas anduvo buscando piedras que arrojar; sobrábale valor para no retroceder ni ante una bayoneta. Pero Josepantoñi que observó sus movimientos, la aprisionó por las muñecas, y como al forcejear Celedonia cayese de espaldas, la metió, á la rastra, en el rio, sin hacer caso de sus chillidos, y le dió chapuz varias veces, gritando en bascuence:

—El perro rabioso huye del agua.

Y dejándola medio atontada y transida de frío, se reunió á sus paisanas, que la recibieron con vítores y risas de enhorabuena. Josepantoñi no se estimaba merecedora de aplausos, sino digna de lástima: que aquella pelea pública, le repugnaba y avergonzaba sobremanera, como acción indecorosa, que la ponía al nivel de cierta gentuza soez y pendenciera, que no se estilaba ni en su casa ni en su pueblo. Sentóse sobre una piedra, y comenzó á llorar copiosamente, tiñéndose sus lágrimas en la abundante sangre que manaba de sus dislaceradas mejillas, donde sentía impreso un sello de envilecimiento.

Miéntras, Celedonia, á quien circuían Rosita y otras forasteras, cansaba los oídos con sus roncos improperios y amenazas. El toque ridículo de su derrota la sacaba de quicio. Hubiera preferido, ¡mil veces! una navajada en la ingle, de las que los mozos de su lugar se asestan en riñas sin motivo, á la befa de verse remojada como un trapo. En cuanto á reanudar la pelea, ni por mientes; el baño, y

Digitized by Google

baño de agua que manaba de las nevosas cumbres, produjo efecto sedante. El frío ambiente de diciembre sobre la ropa empapada, le hacía tiritar. Deseaba mudarse cuanto antes, quitarse la camisa chorreante que se le pegaba al cuerpo, las medias encharcadas dentro de las botinas. No faltaría ocasión, sabiéndola aprovechar, de obtener cumplida venganza.

Josepantoñi, temerosa de que se reprodujese la riña, viendo terminado el quehacer de Mari Cruch, resolvió retirarse y dejar interrumpido el suyo, hasta otro día más bonancible. Cuando las dos amigas iban subiendo el repecho, cargadas con sus canastas, Celedonia que las divisó, y á la sazón estaba bebiendo, contra su costumbre, un trago de vino que para reconfortarla le ofrecieron las «civilas», exclamó meneando el puño.

—Cúrtite, ladrona! en to el pueblo se irá esta noche que estás apañada con D. Mario, y ésto es lo que yo quería.

Digitized by Google

X.

NUEVOS MOTIVOS PARA EL ARIA DE "LA CALUMNIA"

Por de pronto, á Celedonia, le salieron fallidos sus cálculos. Hablóse, durante la tarde y el día siguiente, de la riña; pero como la honradez de Josepantoñi y los suyos á nadie era dudosa, ni tampoco la formalidad y cristiana conducta de Mario, las procacidades de Celedonia únicamente sirvieron para que la pública opinión ratificase el fallo de «lengua viperina», contra ella pronunciado de tiempo atrás: las semillas, si caen en terreno estéril, no arraigan. El baño, eso sí, fué de todos muy reído, y Celedonia, al llenar su herrada, hubo de tragar chanzas y burlas que le desollaron lengua, boca y estómago.

Además, otro suceso más granado que acaeció la tarde de la riña, soliviantaba el mortecino espíritu de los urgaineses y era fábula de la villa: la boda de *Chaparrico*—como llamaban al médico—con la de *Jaunena*. Ello es que, rápida cual el rayo, corrió la noticia de que el Juez municipal se acababa de presentar en *Jauregiberri* y requerir á la señora de Ugarte diese el consejo que su hija María Isa-

Digitized by Google

bel solicitaba, no sin impetrar mil perdones, pues el pobre hombre era inquilino y terrateniente de D.ª María. Este trámite, cuya necesidad ignoraban las gentes, fuera de media docena de personas, por primera vez, acaso, seguido en el pueblo, suministraba materia á los más absurdos y descabellados comentarios, Quién decía que, cuando menos se esperase, meterían á la señora en la cárcel por desobediencia á la autoridad; quién que el juez, deudor al escribano de veinte mil reales, mediante la remisión de la deuda, se había prestado á amedrentarla; otros, enhebrando rumores misteriosamente difundidos, auguraban notables novedades futuras: la propiedad de *Jauregiberri* transferida al escribano, D.ª María y su hijo lanzados de la casa nativa, María Isabel y Perico dueños de ella, y una final reconciliación y arreglo, gracias al matrimonio de Mario y Robustiana. Urgain se había puesto á la altura del salón de conferencias cuando hay crisis; tertulias, grupos, cabildeos, sonrisas del que está en autos, estupefacción de los que no están, exclamaciones incrédulas, circunspectos meneos de cabeza, insinuaciones, juicios temerarios, conjeturas cautelosas: todo ésto hervoreaba con el confuso trasiego de noticias á que Urgain, cuerpo y alma, se dedicaba. La importancia de Osambela crecía por momentos. ¡Lo que vale la amistad de los que mandan en Madrid y Pamplona! nadie, ni aun los Ugartes, podían atajar su omnipotencia. Pues si á los grandes hollaba con tánto desparpajo, qué no les haría á los pequeños?

Digitized by Google

La filosofía práctica del pueblo marcaba éstos grados.

Hondas preocupaciones atenaceaban á Mario. Apenas se enteró del doble objeto de la visita de D. Juan Miguel, comprendió que la catástrofe de su casa era inminente. El nuevo acreedor, al adquirir su crédito, principalmente perseguía el fin de vengarse y arruinar á la familia, dique de su avasallador caciquismo. Estos móviles los distinguía Mario con perfecta claridad. Por otra parte, el negocio era redondo! la venganza y el interés se enlazaban. Solamente el monte *Ataungo-bidea* valdría tres veces más que la cantidad tomada á préstamo en cuanto se abriese camino de acarreo al ferrocarril. Cierto es que intentó construirlo, allegando recursos con la corta, mejor dicho, tala del cuartel forestal cercano á la vega: pero la quiebra de la compañía bilbaina desbarató los planes formados, causándole perjuicios, dada su situación, enormes. Debió de insistir y buscar dinero; pero desmayó su ánimo y quedaron las cosas como estaban. ¡Cuánto deploraba, ahora, su falta de ánimo! Urgía el tiempo y difícilmente se vislumbraba remedio. La boda de María Isabel agravaba la situación, descartando todos los términos de avenencia. D. Juan Miguel, al acrecer el caudal de sus rencores, adquiría, conjuntamente, pretexto ó motivo de intervenir en los asuntos de la familia. Ocupaba una posición inexpugnable. Mario resolvió buscar dinero á cualquier precio, ofreciendo nueva hipoteca en sustitución de la que se cancelase. Escapar

Digitized by Google

de las garras del notario era lo primero. Buscó á una discreta persona que negociase el préstamo con el opulentísimo americano don Santiago. Después, Dios diría.

Opinaba Mario que el más perfecto calmante de las inquietudes morales, lo suministra el cansancio del cuerpo y los placeres campestres. Escopeta al hombro, y álbum, lápiz ó caja de pinturas en el bolsillo, por bosques y cerros, ahora subo y después bajo, aquí disparando contra la tímida liebre, allí contra la sabrosa becada, más lejos contra la inquieta ardilla, ora dibujando ó pintando árida roca, gigantesco centinela sobre un manto de bruma tendido á sus piés, ora la grave actitud del pastor en la negra colina, sobre el fondo claro del horizonte crepuscular, distraía la imaginación y anestesiaba las penas.

Á la ida ó vuelta, según la hora, nunca dejaba de saludar á sus buenos amigos de Ermitaldea. El dueño, Juan Bautista Oyarbide, era labrador rico, entre los de su clase; sus tierras y casa habían pertenecido á los señores de Ugarte, de quienes la familia de él venía siendo terrateniente por tiempo inmemorial. Su inteligencia, aunque inculta, era despejada; su honradez, cabal; muchos le pedían consejos, y los daba buenos. Ejercía bastante influencia sobre los labradores de la villa. Su carácter bondadoso estaba siempre dispuesto á hacer favores. Su genio alegre le iluminaba con perpétua sonrisa la cara, rubicunda y barbilampiña. Se dedicaba poco, personalmente, á la labranza. Por sus pasos contados llegó á

Digitized by Google

convertirse en modesto tratante de ganado que él, casi todo, criaba. Otros, con menos onzas de oro, habrían ajustado peones, procurando mayor vagar á su familia. Juan Bautista solía decir que su casa no echaba otros humos que los de la chimenea. Su hija Josepantoñi en nada se diferenciaba de las demás labradoras; traía el agua, iba á lavar al rio, hacía oficios de boyeriza, arando la tierra y acarreando leña del monte, y acompañada por sus dos hermanos, volvía terrones con las layas y segaba trigo con la hoz. Los bien surtidos roperos y aparadores de la casa, cantaban el bienestar efectivo de la familia. Llegaba el día de fiesta, y todos vestían ropa flamante, y aun la de diario distinguíase por el aseo y pulcritud; que la eximia pulcritud de su madre les había infundido repugnancia á las manchas, rasgones y petachos.

Donde campaban á sus anchas los gustos de la madre, era en la limpieza de casa, obtenida, con insistencia maniática, á fuerza de indormible vigilancia y á pesar de los animales, instrumentos y operaciones de la labranza. Siempre escoba y trapo en mano, remangada hasta la sangría, luciendo los blanquísimos y gruesos brazos, la hacendosa mujer se entregaba ahincadamente á la perpétua eliminación del estiércol, barro y polvo que empañasen la reluciente tersura que, con arreglo á ordenanza, debía resplandecer en muebles y suelos. Fulguraban la espetera, vasos, platos y herradas; las tablas del entarimado competían, á puro de lustrosas, con los espejos.

Digitized by Google

Eran cómicas la angustia de Catalina, cuando entraba alguno manchado de barro y la imperiosidad con que le gritaba, como fuese de la clase labradora: «quítese usted los zapatos! deje usted las alpargatas!» y la prisa que se daba á borrar las huellas del invasor maldecido. Los mayores disgustos le provenían de las losas del zaguán, paso obligado á la cuadra. Soportaba cierto grado de inevitable ensuciamiento, á reserva de verter de cuando en cuando un pozador de agua y aplicar media docena de vigorosos escobazos que arrastraban toda la inmundicia.

Durante la última emigración de la familia Ugarte, Juan Bautista Oyarbide estuvo al cuidado de los bienes; naturalmente, éstos servicios acrecieron el acervo de afectuosas relaciones que un secular inquilinato había formado entre los entonados señores y los humildes terratenientes. D.ª María, por su padecimiento crónico del corazón, no podía dar largos paseos; muchas tardes de buen tiempo llegábase hasta Ermitaldea y tomaba chocolate y leche. En cuanto á su hijo, era visitante diario, ó poco menos. Tratábanle con la más afable llaneza, pero sin propasarse á inconvenientes familiaridades; los bascongados, de suyo, son respetuosos. Mario había correteado, de niño, innumerables veces por los desvanes de Ermitaldea y las eras próximas á la casa, con libertad de traje y diversiones que no le consentían en la propia. Estos agradables recuerdos de la niñez influían sobre los afectos del hombre, sumándose á los demás motivos de sim-

Digitized by Google

patizar, que eran reclamos de su ánimo. La abuela ciega, Madalen, continuó tuteándole, como de rapaz, y él y Ambrosio, el hijo mayor, á quien llevaba cuatro ó cinco años, se tuteaban mutuamente.

Mario saboreaba la honradez y la rústica poesía de aquel hogar feliz. Opinaba que las instituciones y costumbres, el lenguaje nativo y las tendencias étnicas naturales que semejantes ejemplares de clase popular producen, se habían de conservar y defender. Su amor á la alma tierra euskara, templábase en los cuadros familiares que veía. Tomaba cuerpo ante sus ojos, la imagen de un pueblo creyente, sencillo, bondadoso, roído por el Tiempo y arrojado á las altas cumbres de las montañas, circuído por desbordados mares, cuyas aguas con impasible é ineluctable progresión, crecen, avanzan, suben, se extienden, sin retroceder nunca un palmo, ni rebajar su nivel nunca, fatales como el curso de las estrellas y la sucesión de los siglos, hasta anegar, disolver y sumergirlo todo bajo una desolada uniformidad.

Los días siguientes á la riña de Josepantoñi y Celedonia, Mario, que nada supo de este suceso, observó señales de disgusto y retraimiento en Ermitaldea; pero como le decían que Josepantoñi se había acostado, á su enfermedad achacó la leve displicencia de los padres y hermanos.

Al verla volver del rio con la cara ensangrentada y saber el motivo de la riña, la familia experimentó grave disgusto. Nunca le había asaltado el recelo de que almas rui-

Digitized by Google

nes echasen á mala parte las inocentes visitas de Mario, siempre delante de testigos, circunscriptas á conversaciones generales, cuando más esmaltadas con requiebros y chicoleos de carretilla, de los que la singular belleza de la muchacha, dondequiera y de quienquiera obtenía.

Mas ya que las murmuraciones prendían al cebo, aunque puesto por persona de poco aprecio, la conservación de la buena fama requería, acaso, variar la conducta. El remedio era violento; porqué habían de herir, sin asomo de razón, la delicadeza de D. Mario? Demandarle la cesación ó disminución de las visitas, equivaldría, tal vez, á dar cuerpo al fantasma de los pocos y mal conceptuados murmuradores. En cambio, notoriamente convenía evitar las directas y desagradables explicaciones que el rostro herido de Josepantoñi había de suscitar con D. Mario, cuya pesadumbre y aflicción propias no era cosa de aumentar, comunicándole la noticia de que lenguas inverecundas y temerarias lo zarandeaban. La inepta calumnia, en resumidas cuentas, manaba de una fuente única y corría por el arroyo del desprecio público. Lo más discreto, pues, era, seguir como siempre y mantener erguida la cabeza. Adoptada ésta resolución, se desvanecieron la frialdad y esquivez de los padres y reanudó la hija su vida ordinaria, sin señales yá en la cara, pero mustia y pálida, y lo que llamó más la atención de Mario, sin arte para poner sobre el pie de antes, el trato que con él sostenía.

Digitized by Google

Ni ella misma acertaba á darse cuenta exacta de su encogimiento. Paulatinamente se había ido habituando á las visitas de Mario; cuando daba marro, le molestaba cierta inconsciente contrariedad. En cambio, doblábase el gusto de volverlo á ver. Apenas si cambiaban unas cuantas frases ambos jóvenes. Mientras él departía amigablemente con los padres y la abuela, ella apuraba los quehaceres domésticos y solía detenerse, de vez en cuando, á escuchar, sonriendo, su voz grave y harmoniosa. Frecuentemente todo quedaba reducido á un breve saludo, cuando ella y sus hermanos Ambrosio y Esteban, regresaban del campo al obscurecer, hora de la retirada de D. Mario. Éste se entretuvo, durante cierto tiempo, en tomar á Josepantoñi por modelo de sus trabajillos de álbum y caballete. Entonces fué algo más íntimo y familiar el comercio de ambos jóvenes. Mario le regaló el cuadrito mejor acabado, que la muchacha colgó á la cabecera de la cama, recreándose al contemplar su imagen, bizarramente plantada delante de los uncidos bueyes acarreadores de maíz, con la pértiga extendida sobre ellos. Mario, cuya disposición pictórica era notable, usó de inspirado pincel para trasladar al lienzo la tierra parda, las doradas mazorcas, los rojizos bueyes, los lejos brumosos, el melancólico poniente otoñal y la gallarda moza con su grave gesto de boyeriza, robusta y fornida cual brote de cepa burundesa, pero afinada y agraciada por la sal costeña de su madre, y amansada por la suavidad de Guipuzcoa.

Digitized by Google

La familia entera de Oyarbide tenía puesto en Mario el centro de su cariño. Como á hijo de la casa de Ugarte respetábanle mucho; pero como á persona particular le querían de veras. La afabilidad de su caracter, la sencillez inalterable de su trato, la rectitud de su juicio, mil pequeños favores diarios—consejos, recomendaciones, noticias de valor práctico—, y el agrado de su conversación le habían hecho señor de almas y voluntades. Los negocios árduos se le consultaban; y con fruto.

De igual modo que la esponja embebe y absorbe el agua que la rodea, el corazón de Josefa Antonia, sin ella advertirlo, se fué saturando de los afectos favorables á Mario que reinaban en el medio ambiente, doblándose la fuerza de los propios. Cuando Celedonia, brutalmente, exprimió la esponja: al ver que las nítidas gotas se convertían en fango, á la indignación por el insulto y la calumnia, siguieron la congoja del pudor herido, del secreto violado, la vergüenza de la desnudez pública. ¡Cosa singular! las groseras imputaciones de la mozuela no eran todo mentira; un arma, sutil como aguja de finísimo acero, le había pinchado recóndita entraña, cuya sensibilidad, repentinamente, le pasmaba. Cómo pudieron divisar los ajenos lo que estaba oculto á sus ojos? No es que ahora viese claro, no. Rasgóse la venda, pero las pupilas, hechas á cerradas tinieblas, comenzaban á vislumbrar bultos y fulgores. Su sér vibraba con impensadas tristezas. Cuándo, si no entonces, le había amargado el temor de que su trato con Mario

Digitized by Google

terminase inopinadamente, pues entre ella y él no existían, ni existir podían, lazos que perpetuasen el trato? Porqué comenzaba á cavilar sobre el punto de que los Ugartes eran la gente más ilustre de aquellas montañas, y ella humilde moza labradora? Harta estaba de saberlo y aceptarlo como hecho natural, semejante á la altura de San Donato y las nieves de Urbasa. Porqué, pues, ahora le encogía el corazón desigualdad que antes contemplara impasible? Iba perdiendo el antiguo equilibrio. Desorientábanse sus ideas, alterábanse sus sentimientos. Revolvían su corazón y su mente nuevo mundo de gustos y deseos, caótico, sin forma ni color, grandiosamente triste, en cuya obscuridad, oculto, recitaba siniestras letanías lo imposible. Antes volvía del campo satisfecha, con un nido de ruiseñores en el alma, y se ponía á las más rústicas faenas, sin juzgarse por ello humillada. Ahora arrojaba al rincón las layas como quien suelta un peso denigrante, y se avergonzaba de sus piés descalzos. Una tarde, movida de súbita rabia, hizo añicos su retrato de boyeriza, por el que fué pareja digna del boyatero de Theócrito.

Cuantas veces recordaba que su nombre había sonado unido al de D. Mario, se inflamaban sus mejillas y se henchían de lágrimas sus ojos. Y no acertaba ella á explicarse ésta coexistencia de la vergüenza y la pena. Sus sentimientos eran tan complejos, como inhábil y embrionaria la facultad de analizarlos. Y se enfurecía contra sí misma porque llegó á percibir claramente que entre la complicada

Digitized by Google

malla de sus afectos, serpeaba el bochornoso pesar de que fuese mentira la calumnia de Celedonia.

Por mas que lo procurase, Josepantoñi no acertaba yá á componerse una actitud natural delante de Mario. Recelaba que hubiese llegado á sus oídos la riña. Inventaba quehacer fuera de la cocina, hacía viajes largos á la fuente, volvía del campo casi de noche. Mario notó la mudanza, y la embromaba con José Martín, el acechador incansable de ocasiones para ver y hablar á la muchacha.

Acababa la buena de Catalina de verter un pozador de agua por las losas del zaguán, cuando, escopeta al hombro, entró Mario.

—Ola, andrea!—exclamó riyéndose—, siempre lo mismo. Merece usted premio por la constancia. Con malos enemigos se las há usted.

—Si parece que les complace meterse por los charcos. Tenía la entrada limpia como un espejo, y llegó ese moscardón de José Martín con lodo hasta los tobillos; le mandé descalzarse, y no quiso. Dijo que hace frío. Habráse visto! tendrá miedo de resfriarse la damisela! Me ha puesto la entrada perdida; es un asco. Jesús! Jesús!

Juan Bautista y Madalen se hallaban sentados en la cocina, cerca del fuego. Él leía una carta. La abuela, disformemente obesa, con las manos sobre las rodillas, tenía vuelta la cabeza en dirección á la ventana. Sus pupilas inertes, heridas por la amaurosis, reflejaban los pálidos rayos del sol.

—Quiéto, Juan Bautista! no se levante us-

Digitized by Google

ted, hombre! Felices, Madalen; tan buena, eh?

—Sí, á Dios gracias. Me he acostumbrado á permanecer inmóvil y á obscuras..... así convendrá. D.ª María, la hermana? tú, no hay que preguntar.

—Buenos, todos. He cogido la escopeta para esperar liebres. Se han visto algunas en el término de Oyanederra, al pie de Urbasa. Aún es algo temprano.

—Por allí ha ido la chica con la carreta, á traer leña.

—Con sus hermanos?

—Sola. Esteban y Ambrosio están en Alsasua, con ganado.

—Mal hecho; la tarde es muy corta, y el camino solitario. El cabo de la guardia civil acaba de decirme que se han escapado de la cárcel de Salvatierra algunos presos por delitos graves, que eran conducidos á Vitoria. Lo natural es que se corran por éstas montañas, buscando la huída á Francia.

—Maldita casualidad!

—No alarmarse. Yo recorreré el camino que Josepantoñi ha de traer. Habrá ido á Ezponaundi?

—Sí,—contestó Juan Bautista—doblando una carta y guardándosela en el bolsillo.

—Allá voy yo! Negocios, eh? Alguna buena venta de ganados?

—Ca, negocios! Me escriben por las votaciones—dijo Juan Bautista, valiéndose entonces del idioma castellano—; me escribe presidente carlista de Plampona; que hagamos juerte á favor del carlista D. Cosme Barinaga,

Digitized by Google

que es hombre muy bonito, de tierras de Basaburua, de Saldias ó por ahí. Los liberales que quedarán rasamente.

—Sabe usted más que yo! Barinaga candidato carlista? No está mal escogido; es muy rico, de gran parentela, liberal en su mayor parte. Carlista poco significado; de abolengo, más que de opinión.

—Nosotros, camus dacer, pues, D. Mario?

—Estarse quietos, quesas politicas no son más quimbusterías pa que erriña la gente—contestó Catalina desde la puerta, mientras se calzaba en chancletas las alpargatas.

—Tiene razón la andrea; pienso ver los toros desde el balcón. Y eso que hay un tercer candidato (pues supongo que los liberales pondrán el suyo) que es de todo mi gusto, por su persona é ideas; D. Enrique de Zubieta, baztanés.

—Ése, pues, de cuálos es?

—De un partido en ciernes, católico y fuerista, nada más, euskaro por otro nombre. Los disgustos de casa, entre otras razones, me vedan tomar parte. Las elecciones serán reñidas.

—Pues si usted no se mete—replicó Juan Bautista, usando el idioma bascongado—, yo tampoco. Los tales carlistas y los tales liberales me pudren la sangre; dijo la sartén al cazo.....

Rechinó la puerta del zaguán, abrióse de golpe resonando sordamente sus hojas con el choque de lomos y grupas de animales corpulentos y orondos, chirriaron las losas bajo las pezuñas, que resbalaban sobre ellas, y penetrantes gruñidos formaron destemplado con-

Digitized by Google

cierto. Catalina agarró la escoba, despidió con un sacudimiento de piés las alpargatas, y salió afuera, gritando:

—Los cerdos! Cómo han entrado, malditos? vienen de revolcarse; todo me lo van á manchar. Ni un minuto ha de durar el aseo de ésta casa! Jesús, Jesús!

Mario se sonrió plácidamente, á cuya sonrisa contestó otra de Juan Bautista.

—Váyale usted con elecciones á ésa! En el mundo no hay otra cosa importante, si no es tener limpio el suelo. Hija de artesano, no acaba de enterarse de lo que es una vivienda de labradores. Dice que los nabarros somos mucho más sucios que los guipuzcoanos. Á veces pienso que se ha vuelto maniática. Cuando mi pobre madre gozaba de cabal salud, las disputas se sucedían sin cesar, sobre si estaban ó no limpias las cosas. Los únicos disgustos que hemos visto en la familia, procedieron del jabón y el estropajo.

—Cada uno tenemos nuestras rarezas, Bautista; Catalina vale su peso de oro.

—Guipuzcoana, loca!—murmuró Madalen, poniendo cara adusta al recordar las pasadas querellas.

Mario se despidió y tomó el camino de Ezponaundi. La tarde, más que de diciembre, parecía de octubre, con su tibio vientecillo sur, el sol próximo al ocaso que difundía pálidas tintas de oro por occidente, y el cielo lácteo saturado de vapores que emborronaban las formas de las montañas lejanas.

Por el camino carretil que atraviesa las he-

Digitized by Google

redades, avanzaba pausadamente un punto negro.—Debe de ser la carreta de Josepantoñi —pensó—; me voy directamente á Arpea; de lo contrario, con el pequeño rodeo de Ezponaundi y la conversación, se me hará tarde.

Salióse del camino y torció á la derecha por entre los sembrados, hasta llegar á las vertientes de Urbasa, por donde el bosque suavemente declina al llano, formando una lengua de espesura, que con su braveza ennoblece la monotona sucesión de campos de trigo. Sentóse Mario á orillas del ribazo, oculto entre matorrales y puestos los ojos en los linderos del bosque. El pardo crepúsculo se iba retirando lentamente ante la noche coronada de luceros.

Tres liebres, dando saltitos, llegaron al raso y con muchos rodeos se aproximaron á la heredad vecina, cebándose con un gran brinco.

—Glotonas! cómo os hartáis de tiernos tallos. Una, según el rojizo pelaje, es hembra; también la otra..... el tercero es un lebrón; soberbia pieza! Será libertino..... á éstas horas y por éstos andurriales, se pasea con dos damas.

El lebrón, de pronto, se estremeció; alzóse sobre las patas traseras y volvió la cabeza empiñando las orejas y luciendo el blanco peto, cuyo jadeo delataban las patas delanteras dobladas.

—Se alarmó su señoría; porqué? Todo está tranquilo—pensó Mario, echándose la escopeta á la cara.

Brilló el fogonazo y cayó de bruces la liebre, rodando tres ó cuatro pasos con la pechera

Digitized by Google

ensangrentada. Al mismo tiempo, dos gritos de mujer, agudos, aunque bastante apagados por la distancia, resonaron.

Mario se detuvo y aguzó el oído; no tardó en percibir otro tercero, aún más angustioso, y hasta se le figuró entender la palabra—*Niganá!* («á mí!»).

—Diablo! piden auxilio. Alguna desgracia ocurre.

Abandonando la liebre, que aún se estremecía, y cargando, por cautela, su hermosa escopeta de repetición con cartuchos de bala, se fué, corriendo por el bosque, á Ezponaundi. Nuevos gritos, no ya de espanto, sino de dolor, le picaron espuela.

En el centro de anchuroso raso, circuído de montones de leña apilada, se veía una carreta de bueyes. Veinte ó treinta pasos más adelante, Josefa Antonia, caída en el suelo, forcejeaba desesperadamente, gritando, por desasirse de un hombre que, echado sobre ella, procuraba sujetarle los brazos y piernas. Junto al grupo, otro hombre andrajoso, asistía, con risa desalmada, á las peripecias de la lucha.

—Vaya un temple de moza!—dijo—; me parece que solo no puedes achantarla. Cualquiera le mete mano, como no sea á gusto de ella. Te ayudo, ó no?

—Déjame, Patas;—replicó el que forcejeaba—; vergüenza que una mujer tendría más fuerzas que un hombre.

Blasfemando horriblemente, gritó:

—Quiéta, ó te hago la del *Sacamantecas,* retorciéndote el traga alubias.

Digitized by Google

Crujieron las ramas secas, y volvió la cabeza el mirón.

—Peinero—exclamó—; se nos echa gente encima.

Mario apareció gritando:

—Bandidos, canallas!

El Peinero se incorporó; su cara chorreaba sangre de arañazos y mordiscos; sacó de la faja un cachorrillo, y se fué hacia Mario. Éste apuntó é hizo fuego. El Peinero lanzó un grito y se llevó la mano al brazo derecho. El Patas, al notar que la escopeta le apuntaba á él, se dió á la fuga, internándose por la espesura, seguido del Peinero que iba tambaleándose.

Mario dió gracias á Dios. Á Josepantoñi, que con tal valor se había defendido, le acometió un síncope en cuanto vió que la socorrían. Roció su rostro con agua fresca Mario, y ella, al reconocer á su salvador, se ruborizó.

—Señor, usted aquí,—balbució turbada.

—Sí, yo te he sacado de las manos de esos bribones. Por poco, Josepantoñi, quedas perdida.

La vergüenza, el recuerdo del peligro la acongojaron; se echó á llorar convulsivamente.

—Ánimo, ánimo! Agradéceselo de todo corazón á la Virgen Santísima que te ha protegido. Á casa; es yá tarde.

Josepantoñi fué á ponerse de pie, pero un dolor agudísimo que partía de la cadera, corriéndose por el muslo izquierdo, le inmovilizó el miembro.

—Jesus! me es imposible andar. Al caer sobre éstas piedras me he estropeado.

Digitized by Google

—Ésta sí que es contrariedad ahora! Te habrás roto la pierna?

Comenzó á palpársela y movérsela en todas direcciones, á pesar de sus gritos.

—Claro es que no entiendo de éstas cosas; pero creo que el hueso está sano. Lo peor es que no puedes andar á pié. Te acostaré en la carreta y haré de boyatero. Verás cuánto me luzco!

Y se riyó bondadosamente.

—Diablo! está cargada de leña. Lo único que nos faltaba. Á éstas horas nadie queda en el campo, y es inútil contar con ayuda. Muy tarde se nos va á hacer!

Lucían los postreros resplandores del crepúsculo; un vientecillo serrano soplaba. Á Josepantoñi, tendida sobre la húmeda tierra, se le iba enfriando el sudor. Tanto por el enfriamiento como por la conmoción nerviosa, le castañeteaban los dientes. Á la vera del bosque había una chabola de leñadores. Mario, haciendo un esfuerzo violento, porque la muchacha era maciza, la tomó en brazos y se la llevó, sentándola junto á la pared y de espaldas á la puerta. En seguida se puso á descargar la carreta.

Cuando hubo concluído la faena, volvió á la chabola. En aquel mismo momento *Cuadrau*, que venía por el camino de Urgain, al ver á Mario se escondió entre los árboles.

—Cristo! el señoico! Á onde váise? Calla! éstos son los mesmos güeyes de la Josefa. Ya icía yo que no había güelto tovía. Yo, aspándome las tripas en el camino esperándola, pa

Digitized by Google

icile, por última vez, que si me quiere ó no! Que te comen la cebaa, Casildico!

Á paso de zorro se acercó á la chabola.

Mario halló á Josepantoñi más desconsolada que antes. De sus hermosos ojos salían, á raudales, las lágrimas.

—Nadie sepa lo que me ha sucedido! Me moriría de vergüenza.

—Nadie lo sabrá; diremos que te has caído. Tranquilízate, sosiégate, mujer. He descargado la carreta; con el morral te preparé almohada y con hojas secas, cama. Irás perfectamente, como una señora en su carruaje. El cochero será torpe, eso sí; nunca he manejado la pértiga. Me darás lecciones desde dentro, verdad? No seas boba; sécate las lágrimas. Ahora, la cosa es llevarte sin hacerte daño. He acercado la carreta á la chabola; quiero decir, el coche está á la puerta. Chica, pesas lo que un saco de pecados mortales. Échame los brazos al cuello, abrázame fuerte, como si fuere tu marido. Diré á la una, á las dos, á las tres, aupa! pon algo de tu parte.

Mario tomó asiento junto á Josefa Antonia para que más cómodamente le echara los brazos. Ella, sobrecogida por nuevo acceso de llanto, arrimó la cara afligida y ruborosa al pecho de su salvador, para ocultarla. Mario, cambiando el tono de broma por el acento cariñoso, le dijo al oído frases de consuelo. Ella separó la cara; sus ojos, fijos en Mario, resplandecían entre la negra cancela de sus pestañas largas, húmedas de lágrimas, como el sol tras un zarzal umbroso escarchado de ro-

Digitized by Google

cío. Su pecho turgente palpitaba con suave movimiento de arrulladora paloma. La flor de su alma se abría, bañada por los áureos rayos de las estrellas que el ramoso techo filtraba. Sus labios, con lengua trémula, relataban el espanto de la acometida, la angustia de la soledad, el júbilo de la salvación, el agradecimiento imborrable y la dicha de ser deudora á él y no á otro hombre. Inconscientemente descubría su secreto. Y Mario escuchaba, atónito, la confesión ingénua, la revelación sincera de nunca sospechados sentimientos, brotando del corazón con la misma involuntariedad que fluye el manantial. La mujer que poco antes con valor varonil defendiera su honra, ahora la rendía sin requerimientos, ofreciéndola entera en el apasionado beso que sus labios pusieron sobre los de Mario al jurarle, por centésima vez, gratitud eterna.

Cuadrau, en el dintel de la puerta, observaba la escena con ojos fosforescentes. La conversación no la entendía; pero los gestos eran traducción elocuente de la lengua arcana. Sonó el beso y llevó la mano á la faja para empuñar el arma. La faja se le había desceñido y no la encontró. De su labio inferior, mordido, saltó un chorrillo de sangre. Mario, subyugado por la confidencia, iba cediendo á la seducción de la mujer hermosa. La embriaguez de la pasión física iba dominándole. Hasta entonces permaneció pasivo; pero sus manos, casi involuntariamente, acariciaban yá las formas hermosas de aquel cuerpo donde se habían quebrado todos los resortes de la

Digitized by Google

resistencia, á discreción caído en sus brazos. Como oleadas de savia ascendía desde recónditas entrañas la apetencia sexual propia de un organismo joven, vigoroso y sano. Josefa Antonia le agarró la muñeca y se la apretó apasionadamente. El contacto de su piel áspera y callosa, con nueva impresión material, le sugirió en momento decisivo, nuevas ideas que dieron tiempo á que se recobrara. Vió el abismo que la educación, los gustos y la clase social abría entre ellos! Estaba próximo á destruir la honra de una desdichada sin la excusa del amor! á causar un daño que su conciencia de cristiano y caballero le obligaría á reparar con desdoro de su nombre, con aumento de las aflicciones de su madre y el sacrificio de su propia ventura! Cómo! el paladín de ahora poco, se convertiría en el continuador del crimen frustrado de unos infames, sin más que substituir la fuerza por el abuso! No; él no era el tenorio de villorrio que entretiene sus ocios señoriles correteando tras de mozas rústicas! ni el libertino que friamente aprovecha la debilidad de una mujer honrada, cuya caída no la produce el desenfreno de sentidos viciosos, sino el impulso soberano de la ternura amorosa! Estas reflexiones cruzaron la mente de Mario con la vertiginez pasmosa del pensamiento en momentos de peligro. Invocó á la Virgen, fuente de toda pureza, y mediante un esfuerzo heróico de la voluntad, se puso de pie, tomó en brazos á Josepantoñi y la llevó á la carreta.

Cuadrau, sorprendido, en tres ó cuatro sal-

Digitized by Google

tos de tigre, llegó á los árboles. Tropezó su pie con un objeto duro; lo recogió; era la navaja! Sonaron metálicamente los muelles; la hoja descomunal brilló en la sombra. Vió á Mario con su para él preciosa carga. Titubeó unos instantes y cerró, de golpe, la navaja.—Por la hostia! lo mataré; pero cara á cara, como hombre!

Y echó á correr hacia Urgain. En el camino encontró á Juan Bautista y José Martín.

—Ola, Casildo!—exclamó el primero, deteniéndole—. De dónde vienes?

—De por ahi—replicó Casildo, sin indicar la dirección siquiera con un gesto.

—Pasaste por Ezponaundi?

—Sí; y qué?

—Nada, hombre; ocurría alguna novedad allí?

—No hai visto nenguna.

—Y á mi hija, á la Josepantoñi, la has visto, por si acaso?

—Á ésa, sí; los güeyes, que estaban solicos, me dijeron callí andaba.

—Alguna cosa, pues, si le habrá sucedido?

—Yo que botones sé! pregúnteselo usté á su agüela, que es ciega. Allá está como una zorra metidica en la caseta de leñadores con el señoico D. Mario. ¡Bien que se están quitando el frío los dos!

Y con voz de falsete, penetrante y ruda, cantó ésta copla de jota mientras Juan Bautista y José Martín se alejaban:

Cuando me pican las pulgas
No alboroto al vecindario,

Digitized by Google

Que llamaban á mi padre
Pedro Mátalas Callando.

Cuadrau, apenas llegó á su casa, llamó á Celedonia que estaba con José Miguel y otros parroquianos, haciéndola salir á la acera.

—Quiá! sabes que tenías razón?

—Toma no! y qué es ello?

—Que la Josefa Antonia está metía, pero metía hasta las cachas con el señoico!

—Lo ves, lo ves?—exclamó enfurecida Celedonia—no te lo icía yo, jomento.

—Se daban cada beso metidos en la chabola! Man llenau daguarrás las tripas, repuño! Qué besos tan ricos, Dios! Si me sale á la primera la navaja, lo vulco.

—Cálla, piazo de bestia. Te quieres dir á presidio? Navaja ni paño, ladrones! Ésta, ésta, que les ha de arrancal el cuero con carne y todo.

Celedonia sacó un palmo de lengua, afilada como bayoneta, trémula de rabia.

—La gatamusa! la montañuca imbustera y fengida! Hipocritona! Éstas son las buenas, éstas!

—Mientras tocaban la mandurria, la noche les ha echau el gorro. Aura mesmo, tardaus, iban su padre y José Martín á buscala, creendo que le habría sucedido algún percance.

—Si será sin vergüenza, casta al alcagüete de su padre le páice resuplida la ración.

—Onde corres, Celidonia?

—A recogel cuatro ó cinco amigas, pa que toas juntas la veamos volvel, dende la esquina de su casa. Con la pareja de la guardia civil la habían darrastrar al pueblo, bribonaza!

Digitized by Google

XI.

NOCHEBUENA.

El trámite legal del consejo solicitado por María Isabel, no alteró, aparentemente, las relaciones mutuas de los moradores de *Jauregiberri*, ni realmente los hábitos y costumbres de la casa. D.ª María recibió el golpe con impasibilidad de bronce; no hubo recriminaciones, ni quejas, ni lágrimas; aumentó la palidez de su rostro, encanecióse más su cabellera, borrándose las postreras hebras rubias de ella, y abstúvose de dirigir la palabra á su hija, aunque le contestaba siempre en tono natural, pero con términos tan ajustados al asunto, que destruían el cebo de diálogos largos y conversaciones tiradas. D.ª Rosita, la mayorazga, individuo de número de la tertulia, se maravillaba:—Quién lo dijera! á D.ª María no le importa un bledo semejante casorio!

Lanzaba el adjetivo «semejante» como un latigazo. D.ª Rosita consideraba la casa de Ugarte como á templo donde la raída nobleza de Urgain y cinco leguas á la redonda, recibía solemne culto, y además, como á ejecutoria donde constaba fehaciente el número de las personas que podían alternar entre sí, sin

Digitized by Google

desdoro. De suerte que, propiamente, á Perico Osambela lo equiparaba á callejero can que se cuela en el archivo, hociquea los papelotes, y cual de ruines piltrafas, se apodera de las más preciosas genealogías y las arrastra por el enfangado suelo.

D.ª Rosa de Altolaguirre y Zufiaurre, Labiano, Bengoechea, Zufiaurre otra vez y Ochoa de Zendoya, dueña de los palacios de cabo de armería de Ecay, Artieda y Yábar, era una señorita regordeta, vivaracha y colorada, cual si le hubiesen sopapeado los mofletes. La llamaban la mayorazga, por ser hija del difunto mayorazgo D. Ruperto que, sobre el tapete verde de los casinos pamploneses y los manteles blancos de las fondas, se jugó, comió y bebió los restos de un patrimonio que, aun á principios del siglo, se calificaba de corto. Á D.ª Rosita apenas si le dejó otra cosa que los tres destartalados caserones que llamaban palacios y algunas piezas de pan traer, que en junto, le componían una renta anual de cien á ciento veinte robos de trigo. Con ellos vivía en la agrietada casa nativa, gracias á la baratura de Urgain y á las limosnas disfrazadas de obsequios con que los de Ugarte le atendían siempre, y sobre todo los años que la piedra, ú otra calamidad, le cercenaba ó suprimía la renta.

Era la mayorazga más curiosa que Eva, y este defecto le descalzaba el coturno de su tiesura nobiliaria, induciéndole á tratar familiarmente á todos los plebeyos por inquirir las noticias del pueblo y traerlas y llevarlas. Nun-

Digitized by Google

ca dejaban de asomar, eso no, en su conversación, como rabillo de lagartija entre piedras de pared, ciertas frases que discretamente aludían á la desigualdad social de los interlocutores; un «los de nuestra clase», un «yo que soy señorita de verdad» ú otro recordatorio semejante, acompañado de su correspondiente meneo de cabeza. Mas como D.ª Rosita era servicial y bondadosa, de trato afable y liso, las consabidas frases se cargaban en la cuenta de las manías inofensivas, que son el capital de lo ridículo que muchas personas poseen.

Indemnizábase, ámpliamente, la mayorazga con el trato continuo de los Ugartes, cuyos salones únicamente recibían, á título de amigos de la casa, á quienes tuviesen escudo en la fachada. Allí redoraba, de nuevo, D.ª Rosita, el brillo aristocrático de su persona como el pájaro que en la copa del árbol sacude el barro del suelo que pringó sus alas. Al subir la monumental escalera del palacio, dilatábanse los pulmones de D.ª Rosita y le retozaba, suavemente, la vanidad, interesada en que perdurase el exclusivismo de D.ª María, hasta el extremo de que el mayor agravio que de ésta podría recibir la mayorazga sería que concediese la alternativa de tertuliano á cualquiera de las personas que ella, de continuo, trataba con la mayor llaneza. El orgullo personal lo había transferido D.ª Rosita á la casa de Ugarte, donde lo contemplaba enhiesto con recia intransigencia que no cabía atenuar sin traición. D.ª Rosa de Altolaguirre, Zufiaurre, Labiano, Bengoechea, Zufiaurre y Ochoa de

Digitized by Google

Zendoya se hubiese estimado realmente *capitis-disminuída* y equiparada al vulgo más soez el día que le dirigiese la palabra, por ejemplo, la cerera D.ª Obdulia, excelente amiga suya, por lo demás, bajo los artesonados techos de *Jauregiberri*.

Los rumores que Celedonia y sus amigas propalaban, llegaron pronto á oídos de doña Rosita. Al ir á misa se los insinuó D.ª Paca, mujer del organista Maíz. Al volver se los explanó D.ª Ambrosia, mujer del secretario de Ayuntamiento, y por la tarde se los confirmó D.ª Obdulia, que estiró la irreverencia hasta preguntar si D. Mario se proponía hacer bueno á su futuro cuñado, ó vengarse de María Isabel, demostrándole que, donde cabía el descendiente de Chaparro, una moza de labranza, capaz de llevar por sí sola toda la hacienda sin renteros intermediarios, era partido matrimonial ventajoso.

El genio de la mayorazga era demasiado vivo para oir ciertas cosas y permanecer quieta. Siendo Mario muchacho juicioso y amantísimo de su madre, suponerle dispuesto á casarse con una mocetona que arrancaba nabos y patatas y echaba fiemo con sus manos á las heredades y apenas si deletreaba las sílabas, por guapa que fuese, era tildarle de insensato y desnaturalizado. Pero al fin al fin, Mario era joven, la Josepantoñi sabrosa, aunque rústica, como un plato de fresas serranas, el trato continuo y el diablo las carga, y el hombre las dispara. Relaciones entre personas de tan desigual condición, ya era presumible lo que

Digitized by Google

darían de sí. Mejor era cortarlas, ó impedirlas, y en todo caso, atajar inverecundas hablillas. Tomó D.ª Rosita la dirección del palacio, y deseosa de evitar grandes disgustos, le dió á D.ª María uno de los que suelen los amigos.

La mayorazga, mientras saboreaba la taza de chocolate, que constituía el agasajo á sus frecuentes visitas vespertinas, aprovechando la soledad de D.ª María, como quien se propone demostrar la estupidez de la chismografía local, repitió la amañada versión que sobre la aventura del monte difundía la lengua calumniadora de Celedonia, perfilada y aderezada por la transmisión popular, sin omitir la frase procaz con que la autora de los rumores deslumbró á las comadres de la fuente:—Aura, pa disimular, icen que se le ha rompido la pata: semos tontas ú qué? Lo rompido, lo rompido..... naide se lo zurcirá.

D.ª María, sabedora por su hijo del atentado contra Josefa Antonia, pero callándoselo, desmintió con enérgica vehemencia esas voces. Mas apenas D.ª Rosita se fué, la energía y vehemencia cayeron como globo que se deshincha. La dignidad personal era uno de los sentimientos más vivos de su alma; su casa, escuela de respeto, donde todos los procederes se ajustaban á los cánones del decoro más escrupuloso y austero. Dar pretexto á que el vulgo manosee las personas, y olfatee los actos y comente las obras, vale tánto como caer del pedestal y perder la estimación pública que estriba en no ofrecer asidero á la murmuración y la maledicencia. Así como la muer-

Digitized by Google

te iguala las condiciones, el vicio, es decir, la inmoralidad de cualquier grado ó clase, las acanallan y envilecen. La respetabilidad mengua con la reputación. La común flaqueza humana es la carcoma insaciable del prestigio. La democracia más igualitaria es la del oprobio.

Las vicisitudes de los tiempos fueron despojando á los Ugartes de las preeminencias inherentes á la antigua organización político-social; pero retenían íntegras las que confiere el deporte personal, que son seguridad y confirmación de aquéllas. Abierta la brecha por María Isabel, tras de las murmuraciones con causa, penetraba la maledicencia calumniosa. Las moscas se posan sobre las pestilentes carroñas y liban mortíferos jugos que luego inoculan á los organismos sanos; el vulgo ruín se ceba en las úlceras morales y vénga su latente envidia con equiparaciones afrentosas. D.ª María sacaba la cuenta de las familias del pueblo polutas por alguna culpa ó acción indecorosa, y añadía á la lista el nombre de la suya propia: la altiva moneda de oro, mezclada yá con las de cobre, se tiznaba de roña y cardenillo.

Sumida en éstos pensamientos, D.ª María no oyó entrar á María Isabel, que se estuvo largo rato contemplándola impaciente, pero inmóvil y silenciosa. La lluvia azotaba los cristales.

D.ª María, por fin, levantó los ojos. La cérea amarillez de su rostro espantaba.

—Mamá—dijo María Isabel pasándose la

Digitized by Google

afilada mano por la gentil cabecita rubia—; es yá tarde. No hemos de ir, como todos los años, á repartir limosnas para que los pobres celebren la Nochebuena?

—Éste no es como todos los años. Pienso ir, mejor dicho, voy ahora mismo; pero sola; tú, en casa.

Pasmóle á María Isabel, no tanto la desabrida respuesta cuanto la voz que sacó su madre, diferente de la ordinaria, formada de dos timbres, uno muy agudo y chillón, el otro muy grave y profundo que sonaban, al par, sin fundirse; como dos madejas, blanca la una y negra la otra, que estuvieren sobrepuestas.

—Qué raro!—exclamó D.ª María—; hace un momento no estaba ronca. Me ha cogido el catarro de repente; por eso, sin duda, siento tan grande opresión en el pecho. Sin embargo, visitaré á los pobres. Llama á Joaquina.

María Isabel salió dando un portazo. Momentos después se presentó la doncella, y ama y criada salieron.

Iban recorriendo las fangosas calles, entrando en ciertas casas, según lista que llevaba D.ª María. Su tiesura y altivez desaparecían, como por ensalmo, apenas hablaba á los pobres. Daba generosamente, pero mayores que la dádiva, eran la dulzura y amabilidad de las frases, y el amor con que palpaba las miserias y procuraba aliviarlas: las monedas llevaban infundida alma de consuelo. Los menesterosos de Urgain solían decir, á guisa de refrán: «más queremos una peseta de D.ª María, que no un duro de otros». Dondequiera

Digitized by Google

que entraba le recibían caras respetuosas y agradecidas.

Cerca yá del anochecer penetró D.ª María en una desvencijada casuca, cuya mayor parte era ruina cubierta de vegetación parietaria, la cual, lejos de vestirla y ennoblecerla como á otras ruinas, semejaba horrenda lepra que le royese el grietoso frontis, cuyas paredes húmedas, cubiertas de manchones verduzcos, sobre todo en las combas de la fachada, provocaban el recuerdo de vientres exantematosos. El alero, de mucho vuelo, más agujereado que criba, con los salientes astillosos láciamente inclinados cual las orejas de animal rendido; el trozo de balcón que colgaba sobre la calle, rotos su antepecho y pasamano; sin marcos ni hojas las ventanas, á medio cerrar, con tablones carcomidos, los huecos; las vigas que asomaban las esponjosas cabezas por entre los dislocados ladrillos; los cachos de teja y montones de cascote esparcidos al pie de las paredes: el aspecto y los detalles todos de la casuca, parecían vaticinar un derrumbamiento próximo, una súbita barredura, por medio del viento y la lluvia, de aquella inmunda vivienda, orillada en la charca negruzca de lóbrega callejuela, donde el fango hasta la canícula no se secaba.

Tomó D.ª María la escalera—cuyos huecos de peldaños casi igualaban al número de los escalones—, desprovista de barandado. Crujía y retemblaba la rendijosa tarima. Salvados los peligros de la ascensión, atravesó un corredor estrecho y entró en la cocina.

Digitized by Google

El hogar lucía chisporroteadora fogata, gracias á los aprovechamientos vecinales; y ésta era la única atenuación de la honda miseria allí reinante. Sobre el aparador veíanse dos cazuelas de barro, una cuchara de madera, un trozo de *artopill* frío, y tres ó cuatro jícaras de loza con etiquetas manuscritas, cubiertas, las bocas, de papel estirado y grasiento, que á mil leguas olían á botica. Un escabel junto á la pared, descascarillada y ahumada, agotaba el menaje.

En un ángulo de la cocina veíase una cama de barco que el uso y la vejez casi del todo desencuadernaran, levantada sobre piedras que substituían á los piés, rotos y cojos. En la sima del jergón de hoja yacía sumido un bulto humano, cubierto de apestosos andrajos, visitado entonces, á la oscilante luz del candil, por el médico. Al quejido del enfermo contestaba ronco gruñir desde las espesas sombras del rincón opuesto.

Cuando reconoció á Perico, quiso D.ª María esquivarse silenciosamente, pero le cortó la intención su futuro yerno.

—Bien venida sea la providencia de los pobres—exclamó con voz aparatosa, descubriéndose respetuosamente—; dudo que haya sitio donde mejor empleo puedan hallar los sentimientos caritativos, aunque hayan de resultar tardíos para el nieto y contraproducentes para la abuela. Ésta sí que es miseria, señora!

Con leve inclinación de cabeza contestó D.ª María, y se acercó á la cama. Incorporado y apoyándose sobre la mugrienta almohada y

Digitized by Google

el fajo de yerba seca que la sostenía, pálido, húmeda la piel de sudor viscoso, encorvado hacia adelante y echados los brazos atrás, en la anhelosa postura del que experimenta mortal enrarecimiento del aire y procura beber la vida, la cual, aunque por todas partes le rodea, llega al pecho como las postreras gotas de estivo manantial, Martinico, jadeante, estertoroso, cerrados los ojos, transmitía al montón de harapos un movimiento ondulatorio con su flébil aleteo de pajarillo moribundo.

D.ª María, silenciosa, contempló largamente al enfermito; honda tristeza se enseñoreó de su faz mustia, mientras Perico, atusándose las patillas, daba rienda suelta á su frio dogmatismo.

—Todas las desgracias y todas las miserias, señora—y subrayaba siempre ceremoniosamente ésta palabra—; la miseria social sumándose á la miseria fisiológica; mejor dicho, ésta producida por aquélla. Dentro del estómago de éste pilluelo claman hambre cien generaciones de ascendientes famélicos, abortados por los siglos de barbarie y desigualdad social. Señora, se hace preciso considerar que éste niño es el supremo brote de una tribu que nunca comió según su apetito; que en mil años, acaso, no se asimiló cincuenta kilos de carne; su árbol genealógico se representaría gráficamente con ramificaciones de bocas abiertas; de aquí una continua depresión de la fuerza vital. Los antecedentes familiares y personales nos son perfectamente conocidos; la abuela, alcohólica; el padre, reenganchado

Digitized by Google

del ejército, sifilítico; la madre, uno de éstos pobres organismos montañeses, ayunos de pan, sol y vino, ó lo que es igual, señora, una odre de linfa. El descendiente, qué ha de ser? véase el ejemplar. Víctima del raquitismo, de la escrófula, de la osteomalacia; ni glóbulos rojos, ni fosfatos, ni nada; el mónstruo de la tuberculosis, agazapado en las vísceras y mucosas, aguardando; la tartamudez en la boca, el velo de la idiotez en el cerebro.

Perico se estiraba más y más las patillas, á medida que le entusiasmaban sus propias palabras. Inmóvil sobre la pierna izquierda, de cuando en cuando flexionaba la derecha con movimiento automático de resorte que se dispara. La voz se mantenía en el registro grave, con matidez doctoral. D.ª María, preocupada por sus pensamientos, apenas entendía las palabras que á sus oídos llegaban.

—Si éste sér se reprodujera, llegaría su descendencia á la degradación *non plus ultra* del organismo psico-físico. Felizmente, señora, la Naturaleza es muy sabia, é implacable y amorosa al mismo tiempo, los torbellinos de su eterna evolución arrastran á éstos *detritus*, á éstos guiñapos humanos, aun antes de que las exigencias sexuales asomen. Como si fuesen de poca monta los gérmenes morbosos que infectan á éste infeliz, la grandísima bruja de su abuela, le ha vertido el veneno del vicio: desde hace unas cuantas semanas había dado en la flor de emborracharle con aguardiente. El desenlace estalla por donde era de temer; por las vías respiratorias. Cayó enfer-

Digitized by Google

mo con un simple catarro, el cual, bien atendido y supuesta una constitución normal, no pasa á mayores; pero ha sobrevenido una bronquitis capilar, el terrible catarro sofocante de los antiguos, complicado, ¡es una friolera! con la bronco-neumonía. Y cómo no, si esa asquerosa borrachona tiene siempre abierta la ventana, y más cuanto más se sofoca el enfermo? Al venir yo, la cerré. Qué medicación, señora! Hemos entrado en el período de asfixia; Martinico se va por la posta. El Vicario estuvo yá y le administró la Extremaunción; en seguida se largó, alegando quehaceres. La verdad es que éstas casas pobres se le caen á uno encima. Cuando menos se piense, Martinico se ahogará como un pájaro. Cuanto antes, mejor, para excusar sufrimientos. No se perderá nada; tenía la inteligencia que basta para ejercer de pilluelo, y ácabe usted de contar: pobre diablo!

D.ª María, que había prestado atención á los detalles de la enfermedad, dijo, rectificando suavemente la despreciativa frase del joven Osambela:

—Pobre niño!

É inclinando el cuerpo hacia el enfermo, le llamó por su nombre.

Martinico abrió los ojos; los últimos fulgores de la fiebre pugnaban con las primeras sombras de la muerte. D.ª María, valiéndose de las entonaciones más cariñosas y de las terminaciones más infantiles de la lengua euskara, formada por Dios para susurrar ternezas y amores, le decía:

Digitized by Google

—Niño, niñito de mi corazón, pajarillo enfermito! sin duda sufres algún dolor grande. Dónde, querido? Te curarás pronto, sí, muy pronto, y correrás libre, detrás de mariposas de luz, con otros niños hermosísimos, y tú, aún serás más hermoso que ellos.

Martinico aguzaba el oído, pero á compás de las palabras de D.ª María, sus ojos y rostro daban señales de espanto. Habló—y era su voz un hilito temblón—y dijo con trémolos de miedo en la voz:

—Baa.....as.....cuencee; yo nooo..... yooo no ba.....bascuence; ment.....in..... imbustee diicen; yo ca.....aste.....llano; sí, caas.....tellanoo.

El niño cayó exánime, renegando de la lengua de su madre.

—Delira, verdad?—preguntó D.ª María, encarándose, involuntariamente, con Perico.

—Sí, delira. Mire usted cómo se apodera de la escena, á pasos de gigante, el envenenamiento anoxémico. Qué pulso tan miserable! el colapso cardiaco es inminente.

La respiración de Martinico era convulsiva; innumerables gotas de sudor bañaban la raíz de sus broncos cabellos y caían por la frente lívida; sus labios cárdenos temblaban.

—Ah, Juana Miguel!—exclamó D.ª María en bascuence y con tono de reproche—porqué no me avisó usted enseguida que enfermó Martinico?

Oyóse el ruido de una persona que se incorpora, y de la sombra más cerrada salió la abuela, de tez amarillenta y llena de arrugas, de mirar extraviado y fisonomía embrutecida. Su

Digitized by Google

toca, sucia de polvo y telarañas, dejaba libres mechones de canosas cerdas. Enorme bocio le desfiguraba el cuello con sus lácias redondeces de odre medio desinflada, sirviendo de remate á la repugnancia que provocaban sus ojos pitarrosos, su nariz mocosa y su boca cairelada de babas.

—Andrea! – gritó con voz rajante—me lo han muerto á palos, á coces. No se atreven conmigo porque soy bruja. Á él me lo rompieron por dentro; pero fuera se conoce. Cerdos! malditos!

Con mano crispada tiró brutalmente de la ropa de Martinico, puso al descubierto su pecho, y con los dedos de córneas uñas rasas fué señalando, uno por uno, los cardenales.

Clavó sus ojuelos en el rostro de Perico, y con expresión colérica que endureció y enronqueció aún más las inflexiones de su voz, prosiguió:

—Porqué no das parte, Chaparro? Á mí, si hablo, me mantearán, y á pedradas me echarán del pueblo. Ojalá fuese bruja! os había de chupar los ojos á todos! Te callas la denuncia porque somos pobres. Cerdo! maldito!

Sonrojóse Perico, y perdiendo su aplomo, contestó:

—Señora, ésta alcoholizada se empeña en atribuir la muerte de su nieto á una paliza que le pegó el maestro. Admito que se excediera, pero..... las causas son más profundas, son orgánicas.

Repuesto del todo, completó el pensamiento con su habitual pedantería:

Digitized by Google

—Éste desenlace nada tiene que ver con el traumatismo.

Juana Miguel se había aproximado á la cama del enfermito y le dirigía la palabra. Pasó sobre las roncas cuerdas de aquella garganta aguardentosa, una ráfaga de dulzura. De las entrañas de la mendiga abyecta ascendía el agua lustral de las lágrimas maternales.

—Martinico, Martinico, no te vayas. Pronto llega el buen tiempo y saldrás á coger nidos, á robar frutas y á perseguir mariposas verdaderas. Porqué te has de marchar adonde dicen que has de estar mejor? Ni aun en el cielo tendrás abuela. Quédate, Martinico; cada día he de ser yo más vieja y más pobre.

La congoja de Martinico era extrema. Silbaba su respiración; aleteaban las ventanas de su nariz; tendió los brazos y los echó al cuello de su abuela.

—*Amona! i.....ito naiz!* No, no peegar más, po.....poor Dios! Ba.....ascuence ha.....ay heecho; ya i.....cir caastellano; abueela, me me..... a.....ahogoo!

—Pareja extraña—dijo á media voz Perico; —se quieren con delirio. Ella lo maltrata amenudo y se lo come á besos cuando bien le viene. Reune esa mujer, en una pieza, las brutalidades de la tarasca y las ternezas de la madre más amorosa. El ladronzuelo la adora; por ella y para ella se había convertido en astuto gorrión de huertas y sembrados. Mire usted, señora, el cuadro! la abuela con su descomunal bocio parece un pelícano en actitud de proteger á su cría. Ésto se acaba. Yo me

Digitized by Google

marcho; cuando la ciencia es impotente, se retira sin presenciar la suprema derrota. Á los piés de usted, señora.

Saludó ceremoniosamente á D.ª María y salió de la cocina. Su andar pausado, á medida que se alejaba, fué acelerándose.

La asfixia del enfermito era inminente; caído sobre la almohada, abría sin cesar la boca y movía la cabeza de un lado á otro con desgarradora ansiedad. Juana Miguel, como una loba, se abalanzó á la ventana cerrada, y asestó tal puñetazo á las maderas que éstas cayeron á la calle.

—Cerdo! me lo quería ahogar.

Penetró el aire glacial de aquella Nochebuena. Del cielo nítido descendía una paz profunda y solemne. Á orillas de las pálidas nebulosas, y formando piélagos de luz, resplandecían los astros inflamados con sus luces áureas, argentinas, verdosas, rojizas que titilaban y parpadeaban en el sombrío firmamento.

El cuerpo de Martinico, resbalando hacia la derecha, quedó apoyado en la pared; la cabeza caída sobre el hombro. Jadeaba su pecho trabajosamente y con lentitud progresiva. Pronto sus movimientos fueron imperceptibles; pero vino á revelar que aún vivía, un gemido prolongado, angustioso, que fué enronqueciéndose rápidamente, hasta velarse por completo en un burbujeo de flemas. Después de un ligero estremecimiento que corrió por todos sus miembros, como la ondulación que á los trigos imprime la brisa, Martinico per-

Digitized by Google

maneció inmóvil. Sobre la cara del niño acababa la muerte de poner la máscara escuálida y rugosa del viejo.

El cuarto menguante de la luna asomó tras las crestas de Urbasa; su suave claridad acudía á recibir el alma de Martinico y vestirla de nívea túnica para que entrase en el cielo.

Juana Miguel permanecía aún más inmóvil que el muerto. Brillaban sus ojillos pardos bajo la ceniza de las revueltas cejas, fijos con intensa atención sobre la cara esmirriada de Martinico. La tristeza y enternecimiento iban desvaneciéndose; la indiferencia y estupidez les sucedían: la faz humana degeneraba en hocico de animal huraño. Movió los hombros, mascó palabras incoherentes y acabó por acurrucarse, canturriando. La abuela se había evaporado, como una personalidad fugaz y postiza: quedaba la borracha.

Entonces D.ª María cerró los ojos de Martinico, le sujetó la mandíbula inferior con su pañuelo de bolsillo, recogió la ropa tirada en un montón y lo amortajó con ella. Al sacudir la chaqueta para limpiarla, de uno de los bolsillos cayó, rodando por el suelo, un objeto metálico: era el anillo de la escuela.

Hincóse de rodillas D.ª María, rezó breves oraciones y salió, pisando quedo. Al atravesar la puerta volvió la cabeza. La palidez de Martinico, iluminada por la luna, era extraordinaria. En el marco de la ventana destacábase la figura záfia de Juana Miguel, que apoyando la mano izquierda sobre el alféizar é inclinando hacia atrás la cabeza, empinaba una bote-

Digitized by Google

lla y bebía gulosamente del gollete, sin cuidarse del muerto.

Por el centro de la villa era grande la algazara de las gentes que formando grupo recorrían las calles. Tocaban el pandero las mozas y bailaban unas con otras; arrastraban por el suelo los muchachos latas vacías de petróleo, lanzando gritos ensordecedores; cuadrillas de mozos con su mayoral al frente, portador de larguísima percha de donde pendían horcas de ajos, sartas de guindillas y pimentones, cestas de huevos, pescadas de bacalao y pollos, cantaban á coro, con acompañamiento de recios golpes sobre calderas, cacerolas, sartenes y almireces, ora en castellano, ora en bascuence, canciones de ritmo monotono.

Y al concluir la estrofa, llamaban á las puertas vecinas, y con voz estentórea gritaban:

—*Andria, kolaziua!* («Señora, la colación!»), y según fuese ésta, prorrumpían en vítores, silbidos ó carcajadas.

La alegría franca del pueblo aumentaba la tristeza de la señora de Ugarte, tristeza pasiva y en cierto modo difusa por todo su sér, y ahora enternecida por la muerte de Martinico. En el zaguán del palacio pasó rozándola Perico Osambela, que salía con el cuello de piel subido hasta los ojos, como quien procura ocultar la cara.

Apenas llegó al gabinete llamó á María Isabel. Ésta entró acompañada de Mario.

—Era lo único que me faltaba!—dijo con acento colérico, que su extraña voz bi-tonal ponía de bulto—. Metes al novio en casa apro-

Digitized by Google

vechándote de mis ausencias, y acaso, lo llevas á tu cuarto. Tánto te muerden las ganas de casarte que prescindes de la delicadeza? Ese proceder es vergonzoso.

María Isabel temblaba; reciamente combatían dentro de su pecho la confusión, la cólera y el respeto.

—Mamá, fué sin pensarlo. Pasó por ahí, por la calle y subió. Tú tienes la culpa, sólo tú. Bien sabes que deseaba ir contigo á visitar los pobres. Me rechazas de tu lado; soy una leprosa, y luego.....

—Á los ojos de los buenos hijos, los padres no tienen la culpa nunca. Querías venir conmigo para verle. Piensas que no te conozco? Pisar nosotras la calle, seguir él detrás como un perro, y comenzar tú á volver la cabeza como una loca, todo es uno. Mas propasarse á entrar aquí, es faltar á la vergüenza. Al fin Chaparro! qué ha de hacer esa gentuza? Portarse como lo que son, como unos gitanos. Tú les das alientos, y ellos me insultan y humillan. Imposible evitar que te cases; la ley te ampara; pero yo tomaré mis medidas y te reduciré estrictamente á lo que la ley te conceda. No quiero que ése hombre vuelva á poner sus plantas aquí; no quiero, sobre todo, que penetre á escondidas, cual si fuere tu amante. Lo prohibo; me oyes, me entiendes? Lo prohibo, no á título de madre, que tú desprecias. Lo prohibo porque soy la señora, porque estoy en mi casa.

—Mamá! eres una soberbia!

—Isabel, cállate! guarda el respeto debido!

Digitized by Google

—exclamó Mario aproximándose á su hermana con gestos suplicantes.

—Bastante tiempo callé. He resuelto que no me ahoguen las palabras que suben del pecho.

—Isabel, tu proceder.....

—No te metas en mis asuntos, Mario, como yo no me meto en los tuyos, harto más censurables y criticados. Digo, mamá, que eres una soberbia..... Esta casa no es tuya. Es mía, muy mía y de mi hermano. Tú la habitas por condescendencia nuestra y nada más. Vaya un modo de agradecerlo; qué infulas!

—Por Dios, María Isabel! refrénate! Tu deporte es cruel. Nada te exculpa!

—Anda, vete Mario! la Josepantoñi te aguarda con el caldero de castañas de Nochebuena.

—Qué dices, María Isabel?—preguntó doña María con voz tan ahogada que apenas sonaron sus palabras—. Intentas amedrentarme, sin duda. Te traeré el testamento de tu padre.

—Ese testamento es nulo. Bien enterada estoy. Mario y yo por haber nacido después de hecho lo rompimos. Fiada en él dejaste de hacer inventario y has perdido el usufructo; nada es tuyo, ni un hilo siquiera de la hacienda de Ugarte. Ni ésto, ni ésto.

María Isabel, fuera de sí, agitó repetidas veces delante de su madre el dedo índice de la mano izquierda, puesto el pulgar de la derecha sobre la rosada yema.

—Anda; despáchame ahora. Repite que me

Digitized by Google

lanzarás á la calle, si me caso. No basta maltratar á las gentes y empinarse sobre cien codos de orgullo; la cuestión es poder. Siendo dueños de todo, parecía que estábamos de limosna! Esta situación era yá insoportable!

Mario presenciaba ésta violenta escena sin conseguir cortarla ni encauzarla. Sus interrupciones eran desoídas y sus gestos y miradas coléricas no causaban efecto sobre su hermana.

—María Isabel, césa de hablar en plural; lejos de compartir tus sentimientos, los repruebo, abomino de ellos.....

—Buena hipocresía es la tuya! Ea, pues, hablo en nombre propio. Y repito.....

—Imposible que digas palabra de verdad—interrumpió con vehemencia D.ª María—. Mis enemigos, las gentes que constituirán tu nueva familia, la única que te quedará, pues yo, desde hoy, reniego de ti, te han sugerido esas ideas para humillarme y vencer mi resistencia..... Oh Dios mío, cabe que una madre caiga á los piés de una hija desnaturalizada? Mario, tú entiendes de éstas cosas; has estudiado Derecho. Habla, por Dios, habla, y pronto; confunde el atrevimiento, la insolencia y el mal corazón de tu hermana. Tápale la boca con la ley; defiéndeme, hijo mío! Dile que estoy en mi casa; que no vivo de la limosna que mis hijos me hacen, para escupírmela, luego, al rostro. Dile que Dios no ha desarmado mi autoridad rindiéndola al ludibrio de una hija ingrata. Jesús! te callas. Creo que voy á volverme loca.

Delante de Mario, con las manos palpitan-

Digitized by Google

tes hacia Dios levantadas, atisbaba D.ª María las señales de turbación y titubeo que aparecían en la cara de su hijo. Mario buscaba palabras que atenuasen la amargura de la realidad, sin obscurecerla del todo; que no confirmasen convicciones destinadas á irremisible desengaño, mas sin rasgar, de golpe, el velo de la ilusión; que acercasen el temor y dejaran visible la esperanza. Comprendía la inutilidad de mentir, y ansiaba hallar una mentira que ayudase la transición á la verdad odiosa. En la algidez de situaciones agudas, perseguía los miramientos de las situaciones tranquilas. Su empresa, por tanto, oscilaba entre lo difícil y lo imposible, á orillas de lo inútil. No hallando las frases que buscaba, permanecía callado, mas sin la tranquilidad que suele acompañar al silencio.

—Di algo, Mario, por Dios! Compadécete de tu pobre madre, vieja y enferma de muerte, rica antes y ahora pobre. Ni los últimos bocados de pan que coma he de poder llamar míos! Son cortas, sin duda, mis desventuras; urge declararme mendiga. Y por boca de María Isabel! Continúas callando. Ay! será verdad lo que de ti me contaron ésta misma tarde? Te has encaprichado ó entontecido con la chica de Ermitaldea? Eso sí, la Josefa Antonia es guapa, honrada! pero hasta ahora no se han conocido señoras de Ugarte diestras en layar y uncir los bueyes. Vístela de seda, ponle guantes, cálzala de charol, recógele las trenzas dentro de una capota francesa y verás aparecer la tarasca! Y no hay otro remedio;

Digitized by Google

porque abusar de su sencillez y de su buena fe y de su cariño, convirtiéndola en manceba, sería una canallada indigna de ti! Éstos son hijos míos? mentira parece! No tenéis rastro de decoro; cualquier persona os parece igual á vosotros. Por eso estorbo; y buscáis la manera de desembarazaros de mí.

—Por venir de tus labios,—exclamó Mario, y en su voz profunda tremolaban sollozos—hasta los cargos cruelmente injustos me suenan á caricias. No he escudriñado nunca ni tus derechos, ni los míos. Para ser dueña de casa y de las haciendas y mandar sobre mí, huelgan las leyes: basta que seas mi madre!

D.ª María dió un grito. Se llevó la mano al pecho, como si el grito le hubiese desgarrado algún órgano interno. Pero la expresión de sufrimiento de su rostro aparecía transfigurada por otra de júbilo entrañable, é irguiendo la cabeza, miró á su hija de arriba abajo, en actitud imponente de orgullo maternal, mientras Mario le cubría de besos la mano, fría y pálida como un trozo de mármol.

María Isabel bajó los ojos; comenzaba á enternecerse, no obstante su escasa sensibilidad. Pero la actitud de su hermano, que era el más elocuente de los reproches que á ella le podían dirigir, y sobre todo, cierta mirada, donde resplandecía mutuo amor intensísimo, que madre é hijo cruzaron, excitó su amor propio, acrecentó su despecho y hasta prendió llamaradas de rivalidad en vez de provocar sentimientos de emulación.

—Mario dirá lo que quiera; lo que le con-

Digitized by Google

venga. Pero éstos señores, que son los tres mejores abogados de Pamplona, dicen lo contrario. Mi hermano y yo somos los herederos; nuestro nacimiento anuló la disposición testamentaria de papá; el usufructo foral lo perdiste. Tóma, mamá, lee los dictámenes. Y tú también, Mario.

Y tendía las hojas de papel de barba, ampliamente marginadas, cubiertas de los garabatos que trazan las plumas sujetas á escribir mucho y deprisa.

D.ª María tomó uno de los dictámenes; Mario rehusó el que le ofrecía su hermana, y porque cayó al suelo junto á su pierna izquierda, lo apartó de sí con un violento puntapié.

D.ª María desdobló el dictamen; buscó la firma y á media voz, leyó:—Licenciado Ramón Arbelaiz»—. Volvió la hoja y comenzó la lectura, desde el encabezamiento.

El silencio era absoluto. De cuando en cuando lo interrumpía la levísima vibración que á las hojas comunicaba el temblor de la lectora. Á media tarea, hubo de interrumpirla por un golpe de tos. Se llevó el pañuelo á la boca y se limpió los labios. Desdobló, en seguida, el pañuelo, y aposta lo guardó en el bolsillo, para que Mario no viese las gotas de sangre que lo manchaban.

Leído el dictamen, se lo devolvió á María Isabel que notaba, no sin cierto temor, la descomposición de la cara de su madre. Luego, con voz muy lenta y aún más apagada, pero con acento de humildad serena y suave, que conmovía y sobrecogía, dijo:

Digitized by Google

—El señor Arbelaiz es hombre de saber y recta conciencia, bien acreditados en Nabarra. Hija mía, es verdad: no soy nadie aquí. Hijos míos, perdonadme el largo tiempo que os he usurpado vuestra hacienda: obraba de buena fe. Si tuviese medios, os restituiría..... Algún derecho, acaso, podría alegar sobre lo que resta, por título de dote. Sería inútil, porque nada sobrará; ni ésta casa ni el monte los podéis vender en su justo valor. D. Juan Miguel habrá de quedarse con ellos por el importe de la hipoteca. Puesto que vas á entrar en su familia, acuérdate, María Isabel, de tu hermano. Cabe un arreglo equitativo. La hacienda de Urgain vale mucho para quien tenga dinero de presente. Yo me iré á vivir á Bizcaya; en Ermua se salvaron algunos caseríos del naufragio de mi dote. Habitaré el menos viejo de ellos, gastando las rentas de los demás. Necesito poco. Hay que prepararse á morir bien. Soy yá vieja: me hallo muy quebrantada.

Una sonrisa, descolorida como el sol de invierno, vino á iluminar aquel triunfo de la resignación cristiana sobre la diamantina altivez. El pecho acongojado de Mario rompió en sollozos.

—Yo contigo, madre! Pero éstos son delirios; yo tengo aquí derechos, y lo mío.....

—Lo tuyo es mío, verdad? Pobrecillo, gracias. Quitándome yo de enmedio, te entenderás más fácilmente con el señor Osambela. No soy santo de su devoción.

—Madre, te juro.....

—Pst!—dijo D.ª María sin dejar de sonreir-

Digitized by Google

se, llevando el dedo índice á los labios—. Tampoco yo podría vivir sin ti. Cuando se haya casado tu hermana, nos marcharemos. Este pueblo me abruma yá. Dije que «en quitándome yo de enmedio», aludiendo al desvanecimiento de mis supuestos derechos. De enmedio, sí, me quitarán pronto ¡pero será la mano de un Señor más justo y bondadoso: Dios!

La palidez de su rostro era, en aquel momento, espantosa.

—Dejadme sola, ahora. Vuestra presencia, por distintos motivos, me conmueve demasiado, y las emociones fuertes me dañan, ya lo sabéis.

María Isabel salió del gabinete con la cabeza baja, sin mirar á su madre, no por desprecio, sino por vergüenza; Mario después de besarle con inmensa piedad la frente, que le dejó helados los labios.

Apenas cerraron la puerta, D.ª María se apoyó en el respaldo de una butaca para no caerse. Sentía vértigos y obnubilaciones. La boca, de pronto, se le llenó de sangre. Á poco perdió el conocimiento.

La habitación permanecía á obscuras, porque nadie se acordó de encender las luces. Fuera, la algazara arreciaba por momentos. Los cristales reverberaban las alegres llamas de las fogatas, é iluminaban el gabinete con claridad intermitente. En el techo pintábanse grotescas y movibles sombras, como de linterna mágica, producidas por los que bailaban alrededor de las hogueras. Resonaban latas,

Digitized by Google

chasqueaban panderos, redoblaban tambores y cacerolas, vibraban guitarras, gruñían gaitas, silbaban tibias, y las campanas de la torre parroquial, repicaban á vuelo el primer toque de la misa del gallo, compitiendo en estrépito con los gritos y relinchos de hombres, mujeres y niños, que aquí y allí, desgañitándose, voceaban, magullando el castellano:

Esta noché es Nochegüena,
Noché de poco dormir;
La Virgén está de parto
Á las docé ha de parir.

El júbilo popular centuplicó la desolación de D.ª María. Procurando taparse los oídos con sus yertos dedos, cayó de hinojos sobre el reclinatorio, hecha un mar de lágrimas. Cosa extraña! Ante sus ojos enardecidos se pintó, sin borrarse por largo tiempo, con la intensidad de verdadera alucinación, la imagen de Martinico muerto, y la de la abuela tendida al pie de la harapienta cama, durmiendo su borrachera.

Digitized by Google

XII.

CHAPARRADAS.

A medida que se aproximaba la época del matrimonio de Perico, peor cara fruncía don Juan Miguel á las conversaciones y alusiones tocantes al futuro suceso, burlándose despiadadamente de los amoríos del hijo y las prendas de la novia, salpimentadas las burlas con frases acerca de «la estupidez de ciertas gentes» y del «arte de ciertas personas para echarlo todo á perder» y de los «plazos que llegan trayendo á cuestas roscas de cordel de horca» y otros reproches, no por indeterminados, menos acerbos.

Y como la casa no pintaba trazas ni señales de los ordinarios preparativos de bodas, sobre todo cuando los novios han de habitarla, el bueno de Perico se exprimía la sesera, sin atinar á qué carta quedarse. Si recurría á las luces de Robus, ésta arrugaba el entrecejo, se tornaba cavilosa y no soltaba respuesta de provecho.

—Papá es un manojo de ortigas—exclamó Perico la tarde que recibió una carta de María Isabel, pidiéndole, por Dios, lo dispusiera todo para la hora misma en que finasen los tres meses de la ley—; quién se le acerca

Digitized by Google

y averigua lo que le pasa, mediante las preguntas que entre las gentes se usan? Cualquiera diría que le disgusta mi boda.....

— Ese cualquiera diría bien; y no se necesita ser licenciado, ni librepensador, siquiera, para enterarse de ello.

—Tú también te pones fosca apenas se habla del asunto. Por ti, acaso, me embarqué, y ahora..... Pero no riñamos; antes bien, ayúdame con tu diplomacia. Cuáles son las razones, los motivos de papá?

—Muchacho, te caes de un nido; sin ser lince, ni zahorí, los ve el cualquiera de autos. Precisamente ahora viene..... se lo preguntamos?

—Burlona del diablo; estoy temeroso del abordaje, y me brindas..... Deja rodar las cosas, hasta que naturalmente se paren.

Nada más que con verle echar la capa sobre la cama comprendió Robustiana que su padre venía impresionado por sucesos imprevistos y desagradables.

—Qué es ello, papá, algún disgusto?

—Badajo! las mujeres todo lo han de saber. Le atisban á uno la cara como si fuese barómetro, para husmear las menores mudanzas de genio. ¡Es mucha manía ésta, la de pasarse la vida espiando y preguntando!

Robus aguantó impávida la andanada; demasiado sabido tenía que una de las causas de la preferencia con que la distinguía su padre, eran las constantes muestras de interés que ella le daba, así como no perdonaba la indiferencia olímpica de Agustina.

Digitized by Google

—No me pica la curiosidad de lo que sea, papá, sino el hecho del disgusto mismo, por ver si cabe alivio.

—Aunque mucho dores la píldora, mandilona..... en fin, nada puedes. Depende de tu mano evitar que haya caído Sagasta? El marqués de Lacarra estaba en autos, porreta! Famoso lio se nos echa encima! Primero, elecciones de diputados provinciales; luégo, de diputados á Cortes! Buenos se van á poner los pueblos, buenos! De esta hecha, no quedan ni los rabos de los electores. Y esa infernal facciosina que levanta la cabeza!

Resonó el paso tardo y pesado de D.ª Gertrudis, y á poco entró en el cuarto, con la cara alegre y los ojos alerta.

—Uuy!—exclamó, llevándose al labio el índice—estáis celebrando cónclave, sin convocarnos ni á mí, ni á Agustinita, que por su genio bondadoso, americano, es la perlita de la casa, sin agravio de lo presente, que también es muy bueno, aunque no cañas de azucar. De todo ha de haber, vaya! La cara dificultosa de mi amadísimo Osambela, padre y marido modelo, me dice, á voces, que aquí se está tratando de aflojar el bolsillo. Oh! la economía es excelente cualidad, hijos y dueño de mi amoroso corazón! Pero hay ocasiones, sabe? en que ha de mostrarse esplendidez y rumbo: ésta es una de ellas. Uuy! se le ponen de punta los pelos del bigote á mi bondadosísimo Osambela. No ha de ser todo guardar, Jesús! El día en que la señorita de Ugarte podrá legalmente entregar su blanca y distinguidísi-

Digitized by Google

ma mano á mi Periquito, pupila de mis ojos, se acerca: llevo la cuenta, y puedo señalar el día fijo y hasta la hora. Aquí no hay ningún preparativo para recibir á María Isabel como corresponde; digo como corresponde: me entiendes, Osambela? María Isabel es una verdadera señorita, completa y cabal.....

—Eso decía de sí misma, en tiempos, la bruja de su madre. Me alegro de que manejes el *bota-fumeiro;* te harás simpática.

—Y decía bien. Porque la casa de Ugarte es de lo más florido de Nabarra, mal que les pese á los envidiosos, sabe? La boda con María Isabel es gran honra para nosotros y nos pone en riquísimo candelero; es un suceso imprevisto, fantástico, como quien dice, un sueño.....

—Es una burrada, badajo!—interrumpió gritando D. Juan Miguel—. Mientras vosotros os llenáis la sesera de aire, yo miro, escucho, veo, oigo, huelo y entiendo. El *run run* del pueblo, hinchado por la envidia, parece de rio salido de madre. El negocio, el suculento negocio de apropiarme por diez y siete mil duretes la hacienda de Ugarte, que vale seis veces más, requiere, préviamente, una demanda ante los Tribunales de justicia; con ella saldrán los lobos de la madriguera y me guardo yo las fincas por el importe raso del préstamo. Pero esos parentescos que tánto os encandilan, me ahogan la fiesta. Claro, al fin y al cabo D.ª María es mi consuegra, María Isabel mi nuera y D. Mario el cuñado de mi hijo, y yo una especie de Herodes, un explotador inícuo

Digitized by Google

de la desgracia que pisotea los respetos de familia. Apenas, á raíz del morrocotudo sofión que nos dió la ugartería, reclamé mis dineros, mis sacrosantos dineros, badajo! señalando quince días de término escueto, con las correspondientes conminaciones al dorso, el vecindario se me puso de uñas y hasta las piedras clamaron. Qué necesidad tenemos de éstos parentescos? Hacen odiosa una reclamación que es justicia seca. Al diablo lágrimas y sensiblerías; yo, el acreedor, martillo; ellos, el deudor, yunque, y porrazo limpio hasta que se hagan polvo. La boda se rompe, ó dejo de llamarme Juan Miguel Osambela, de la casa infanzona de *Chaparro!*

El notario, de pié en medio del cuarto, manoteaba y gritaba como energúmeno, con su cara espinosa y su mirar airado, dirigido, á guisa de puñal, hacia Perico y Robustiana. D.ª Gertrudis, que no estaba en autos ni entendió otras palabras que las últimas, se quedó atónita.

—Conque no se hará la boda? Bien me lo temía al notar la falta de preparativos. Uuy! María Isabel es una señorita demasiado decente para nosotros.

Afligidísima y desilusionada se fué á renovar el agua del canario.

Robustiana dirigió á Perico una mirada que decía «lo entiendes ahora?». D. Juan Miguel la sorprendió, y tomó pie para enfadarse de nuevo.

—Conspiraciones, inteligencias, complotes, eh? Los hermanitos se llevan bien; el objeto

Digitized by Google

es contrariar al padre. Con esos noviazgos de presente y futuro que os traéis, espanzurrásteis la breva que yo me iba á chupar. Lástima de idea!

—Pues si la idea era buena—replicó amoscada Robus—, conste que yo la tuve; que es mía, y muy mía; tánto, papa,—añadió sonriéndose á la fuerza para atenuar la acritud de su tono—, que si el negocio cuaja, de justicia me deberá usted el corretaje.

—Tuya fué la idea, verdad, y en cueros era excelente; pero vestida de María Isabel, porreta! Volvamos al grano: qué tramáis entre los dos?

—Absolutamente nada, papá; Perico me preguntó, no há mucho, cuál era la causa del inesperado desvío de usted tocante al matrimonio, y ahora le indiqué, con los ojos, que bien podía verla.

—Las gentes me arrancan el pellejo á tiras; dicen que á cualquiera, menos á mí, le caería bien plantar en la calle á los Ugartes; que soy un desalmado, un infame.....

—Vistas las cosas desde fuera, juzgando por impresión, como juzgan las gentes, parece, á la verdad, duro.....

—Badajo! no me he quejado, todavía, una sola vez, de las murmuraciones, hablillas y críticas del pueblo, sin que hayas salido tú, con rodeos ó sin ellos, franca ó solapadamente, á darles la razón á los desolladores. Rebadajo! te veo los naipes. Pretendes que ejecute el mayor de los disparates, dando á las fincas poco menos de su valor verdadero, y sacando

Digitized by Google

al aire cara de generoso; en una palabra, que me ahoguen las mieles. Con ánimo de hacernos simpáticos á los palacianos, y ver de cazar, ó pescar, á ese Mario de Dios! Mal camino, porreta, mal camino; á D. Mario le gusta la carne blanca, y tú le brindas cordobán y huesos. Le dió por la democracia, por la gente de azada y pértiga. Según se corre por ahí, con visos de verdad, á la Josepantoñi de Ermitaldea, la tiene preñada hasta la barba. Chica, la competencia que te hace la destripaterrones es desastrosa!

La cólera y el despecho serpentearon, como relámpago, por los ojos de Robustiana; sus mejillas, sucesivamente, se ruborizaron y palidecieron. Procuró aparentar indiferencia y soltó una carcajada nerviosa.

—Amaina el temporal que trajo usted de fuera! le vienen ganas de bromas; me alegro. ¡Que yo pretendo cazar ó pescar á D. Mario! la ocurrencia es chistosa. Pero lo otro..... ahora lo oigo por vez primera. Ya se ve; apenas salimos de casa, ni hablamos con alma viviente..... y la criada es tan lela..... nunca sabe nada! estúpida! Con que á ver..... decía usted, que entre la Josepantoñi y D. Mario ocurrió algún gatuperio..... pobre chica! tan guapa! Hará una hermosa nodriza de casa grande en Pamplona, ó mejor en Madrid; se la recomienda usted al marqués..... Por supuesto, no habrá palabra de verdad.....

—Vaya si la hay! es la comidilla del pueblo. Andaban muy espesos, hace tiempo, según el bulto de los acontecimientos, y tan engolo-

Digitized by Google

sinados, que las horas eran para ellos minutos. Una noche, hace seis ú ocho días, á lo sumo, jugaron un partido tan largo por esos barrancos, *more primitivo,* en el bosque, como nuestros primeros padres, que los de la doncella, —ja, ja, ja, cuánta envidia ó caridad habrá ahora entre sus compañeras la Hijas de María! —los padres de la chica, como digo, se alarmaron y salieron á buscarla. Fué una vuelta triunfal! D. Mario, pértiga en mano, guiando la carreta; ella, acostada dentro, sobre mullidos sacos de hoja, perjurando y clamando que se le había roto algo, la pata, por ejemplo, y el padre detrás, con la vela apagada, y á ambos lados del camino, entre el Calvario y la casa paterna, la mar de mujeres, riyendo las verduras y frescuras de la condenada Celedonia, la hija de Zazpe. El padre, tardano, pero seguro, reprobó la fechoría de su señor y amigo, en vez de honrarse con ella, como hicieran sus abuelos, y prohibió á D. Mario que huelle las losas de la cocina. En Ermitaldea, las grescas y disgustos no cesan, y la chica continúa encerrada á cal y canto, guardando el bombo. Te birlaron el novio, mandilona; los paños calientes son inútiles.

—Papá, es broma demasiado fuerte la que me da usted atribuyéndome semejantes propósitos..... ¡Poco que nos hemos burlado, mi hermana y yo, del tal D. Mario! se olvidó usted de los motes que le pusimos?

—Perfectamente, chica; serán suspicacias de viejo, de escribano..... El temblorcillo de tu voz canta enfados; no riñamos por ésto, que

Digitized by Google

ni me va, ni me viene, porro! Otros motivos me arrancan los hígados y se los echan á los perros.

—Acabáramos! la caída de Sagasta es pleito de menor cuantía.

—Á que no adivinas lo que acaba de decirme el macho de D. Santiago? Se me acerca con gran misterio y me pregunta:—«Puede usted actuar de notario en causa propia?»—«No entiendo.....»—«Á eso voy; D. Mario me pide en préstamo veinte mil duros, hipotecándome sus bienes en cuanto con los veinte mil le pague á usted, que es acreedor primero. Y si usted puede redactarse la escritura, de un tiro dos pajáros: honorarios gordos, recobre de capitales.....»—Y me dió con el bastón en la tripa, y lanzó por su boca cuatro inciviles onomatopeyas, y me gritó: «Potroso, potroso, que te mato!».—«Oiga usted, D. Santiago; ¿ha decidido prestarle á D. Mario esos duros.....»—«Ya lo creo, hombre; no pagará, y guapamente se me quedará mío el palacio mecor de estas comarcas.»—D. Santiago se marchó pavoneándose, más hinchado que un globo. Badajo! nos vemos á la parte de afuera! Aunque la herencia está *pro indiviso* y valiéndonos de María Isabel, si es dócil, podremos provocar incidentes sin cuento, y entorpecer la marcha del negocio, éste acabará por hacerse, y el bisonte americano nos birlará el bocadico. Con María Isabel apechugaba yo si entrábamos á ser dueños de su hacienda, á modo de compensación por el perjuicio..... pero ahora, á són seco! Claro es que soy hom-

Digitized by Google

bre capaz de discurrir combinaciones que me traigan al bolsillo la parte de la novia; con todo..... Muchacho, cásate, en mal hora, y no cuentes conmigo; me cierro á la banda; doy cien nudos al bolsillo, y trescientas vueltas á la llave de casa; busca habitación, ahórcate! Por vida de ese D. Santiago y de estas consideraciones del parentesco sin emparentar! Días hace que debiera favorecerme la quieta y pacífica posesión de dueño! Robustianita, discurre, hija; exprime el caletre é inventa una diablura; desembarázame del americano; espanta á ese cuervo y pide lo que quieras..... y sea razonable—añadió con prudente atenuación, al cabo de un rato.

Robustiana, arrugado el entrecejo, los labios prietos y los ojos fijos, se callaba por no interrumpir sus meditaciones. Perico se tiraba de las patillas, atosigado con las palabras de su padre, que le desengañaban y desencantaban.

—Cinco mil realejos son lastre suficiente para lanzarse á padre de familia? usted, hombre práctico, así lo estima?—preguntó, clavando una mala mirada en el rostro de D. Juan Miguel.

Este se encogió de hombros y le volvió la espalda. Robustiana hizo un gesto rápido á su hermano, que iba á replicar ásperamente, y carraspeó para llamar la atención de su padre.

—Sale la charada?

El notario se puso á caballo en una silla, cruzó los brazos sobre el respaldo y levantó los ojos con curiosidad manifiesta.

Digitized by Google

—D. Santiago tendrá algún defecto?

—De mayor discreción dieras muestras preguntando si tiene alguna cualidad.

—Hablo de defectos salientes, notables, dominantes. Amor al dinero.....

—Porreta, éste es virtud!

—Y no sirve para el caso. Vanidad, deseo de figurar, de lustrearse la ropa, de darse tono, comezón de mangoneo.....

—En grado superlativo, chica! D. Santiago anhela y suspira por ser alcalde del pueblo, como cualquier Pachico Zudaire ú otro lechonero análogo. Su vanidad excede, con mucho, á su codicia. Dinero le sobra; ese tio es inmensamente rico, y busca lo que le falta: importancia, ínfulas, señorío!

—Perfectamente, nuestro es. ¡D. Mario, te quedas *in albis!*

—Maldito si veo la cosa.

—Hágalo usted diputado provincial.

—Demonio!

—El comité liberal le pedía á usted, no há mucho, un hombre. El miedo á los carcas ahuyenta candidatos. Ningún cristiano se presta á correr el temporal deshecho de las próximas elecciones, según parece.

—Pedíanme un hombre, y darles un leño?

—Figura de hombre tiene. Qué importa? el diputado saliente es otro alcornoque: que el uno sea de los viveros de Ulzama, y el otro de los de la Borunda, pata. Ni los porteros notarán la substitución.

—Chica, la idea es diabólica, femenina. Don Santiago, por salir diputado, se deja cortar un

Digitized by Google

remo. Nos abre el bolsón; los proyectiles de oro cazan muchos vencejos electorales. El comité pamplonés está de vacío; ni candidatos, ni esperanzas de encontrar uno. Á los montañeses les halaga que sea persona de la tierra el favorecido; gracias á las peluconas cabe que tumbemos á la facciosina tripa arriba. ¡Tendrá que ver la primera sesión en que D. Santiago abra la navajita, y le tosa y escupa á un compañero el consabido: «que te mato, que te mato».

—Manos á la obra, padre. Lo primero, á tentar al americano con el *tibi dabo*.

—Venga la pañosa. No vuelvo á casa si no es con el palmo de narices de D. Mario en el bolsillo.

—Ves como todo se arregla en el mundo?—preguntó Robustiana á Perico, en cuanto hubo salido D. Juan Miguel del cuarto.

—Qué me importa á mí, que el americano-te suelte ó no suelte los duros—replicó airado; —qué papá realice ó no un negocio inícuo, de usurero desalmado, vengándose, al mismo tiempo, de una familia á quien detesta? Mi asunto, mi asunto! Ahora sale por el registro de las negativas, cuando me ata y aprisiona el compromiso de casarme. Lindo porvenir! Padre avaro, por naturaleza y cálculo; mujer pobre y sueldo corto! Pero yo también estudiaré mis derechos, y si alguno me asiste.....

—Calla, y no desbarres! Al decir que todo en el mundo se arregla me acordaba de ti. Nadie está obligado á cumplir lo imposible. Los tiempos se mudan, tonto, y con ellos las

Digitized by Google

voluntades. Si estuvieses muy muy enamorado, sería otra cosa. Franqueza, muchacho; cuánto quieres á María Isabel? ésto? un poquito más? hasta aquí arriba?

Robustiana, riyéndose á compás de sus preguntas, fué recorriendo con el dedo pulgar de la mano derecha desde la primera falange del índice de la izquierda hasta la muñeca.

—Comencé tonteando, bien lo sabes; poco á poco le he tomado ley, y la quiero..... bastante, como se quiere á las mujeres cuando no se está perdidamente enamorado de ellas. Hay base para un matrimonio feliz; sin embargo, mentiría si ocultase que fuiste tú quien me llevó al capítulo de la boda. Á mí en la vida se me hubiera ocurrido leerlo espontáneamente! Tú sabrás porqué me sugeriste ese disparate..... Y ahora.....

—Ahora—exclamó Robustiana, pugnando por velar en sus ojos cierta expresión maligna—, deshago el entuerto. Las cuentas no salen. La determinación de papá es de las imprevistas: «contigo pan y cebolla» es refrán archirromántico mandado recoger en estos tiempos prosáicos, donde vivir cuesta un ojo de la cara. Periquito, oye: escribes una carta... psé, cuatro líneas; las culpas sobre la espalda del padre, y *laus deo*. Con todo ello harás una obra de caridad; según dices tú mismo, las penas y disgustos abreviaban la vida de la infanzona; temías que una emoción fuerte y desagradable, la de la celebración de la boda, verbi gracia, provocase la ruptura de su aneurisma, como estuvo á punto de suceder por

Digitized by Google

Nochebuena, cuando le disparó el metrallazo de la herencia. Á propósito; sabes que la tal María Isabel dió entonces pruebas de ser una desalmada?

—Nuestra fué la culpa, mujer!

—Bueno; pero nosotros no somos hijos, hombre! Perra es la casta de la novia!

—De suerte que tú me aconsejas, sin rebozo, el rompimiento? Dime, con qué cara salgo yo á las calles de Urgain los primeros días?

—Bah! esos primeros días se pasan fuera: en Madrid, por ejemplo. Porqué no terminas tu doctorado? seis ú ocho meses dan mucho margen al olvido..... Entretanto, les venden la hacienda y se van del pueblo.

—Ah, si papá entrase por el aro! Madrid, después de esta montaraz encerrona, es la gloria, como lo oyes, chica, la gloria! El titulejo de doctor me halaga, ya lo sabes. Se trata de aprobar una sola asignatura. El maldito González Somoza me dió suspenso porque peroraba en los clubs republicanos, escribía en *La Igualdad* y traduje un opúsculo del materialista Büchner. La única mancha en mi expediente. Una coz de ultramontano histérico, afrenta y excepción de la gloriosa Facultad de San Carlos!

—Papá querrá; no ha de querer? lo que le molesta y contraría es el matrimonio.

—Lo pensaré. Adiós; es tarde. Voy á hacer un par de visitas, antes de la cena. El albéitar cayó enfermo con una neumonía caseosa; le cuesta la pelleta. Un carca menos: que se vaya á poner herraduras al cielo!

Digitized by Google

Robustiana siguió con la vista á Perico hasta que salió del cuarto. Su mirada era despreciativa, propia del desprecio intenso que á los caracteres firmes y enérgicos les produce la debilidad y volubilidad ajenas. Oh! ella sí que sabía querer, proponerse un fin y perseguirlo sin tregua ni escrúpulos! Había heredado el temperamento férreo de su padre, perfeccionándolo con el arte del disimulo, que el notario hacía gala de ignorar y menospreciar, es decir, limpiándolo de la herrumbre que en él depositaba la brutalidad del carácter. Los otros hermanos eran dulzones y blandos, como la madre; capaces, á lo sumo, de resistencias pasivas sin constancia, y de repentinas llamaradas sin duración. Pero ella nunca desistía de sus propósitos, sino es por los dictados de su propia inteligencia, ó los impulsos de su propia pasión. Era ejemplar sobresaliente de voluntad autónoma, en todo el rigor de la palabra, donde se quiebran las influencias y movimientos exteriores. La tenacidad de sus proyectos, la hábil elección de sus medios, la copia abundante de sus recursos, y singularmente, ese misterioso influjo que la voluntad viva, desde las entrañas del sér, irradia de continuo sobre las voluntades mortecinas que con ella se ponen en contacto ó con ella luchan, hasta dominarlas, estableció el predominio de Robustiana sobre sus amiguitas de la escuela, y después sobre su familia. Tardara más ó tardara menos, Robustiana concluía por convertirse en centro y motor de las personas que le rodeaban, dentro y fuera del hogar.

Digitized by Google

Aunque su imaginación era poco soñadora, y la complexión de su carácter, prosáico y positivista de suyo, mayor número de rasgos varoniles que femeninos lucía, no por ésto el sexo dejaba de ser factor principalísimo de la vida de Robustiana, induciéndole á estudiar y resolver, á su modo, el problema del matrimonio, eternamente propuesto en el encerado de las mujeres. Y he aquí cómo Robus denotaba que nunca la mujer puede dejar de serlo. Porque su espíritu calculador, enemigo de ficciones, guióla al camino que le habrían señalado las tendencias más románticas, si ella fuere capaz de abrigarlas. Sabíase rica, y daba por colmado un deseo que, de ser pobre, estimara superior á todos. Qué echaba de menos? precisamente lo que era imposible adquirir mediante el dinero: la respetabilidad de un apellido, cuyo ruín origen, por mil detalles de poco momento, vislumbraba ella estar menospreciado aun de las gentes más humildes de la villa.

Robustiana era vanidosa? De ninguna manera; ésta ridícula debilidad pocas veces se casa con caracteres bien templados como el suyo. Movíala el instinto de dominación, el anhelo de imponerse y asegurar su imperio: faltábale el instrumento y discurría el modo de procurárselo. Tomaba en cuenta las preocupaciones ajenas, y para reinar, quería matarlas, siguiendo el hilo de ellas. Mas su orgullo, después de todo, era de casta plebeya; odiaba el mote y recuerdo de *Chaparro*, siéndole imposible subir á ese pináculo del desdén aristo-

Digitized by Google

crático, donde el orgullo verdadero levanta la estimación propia sobre el desprecio á los demás.

El notario, que era sagaz, había visto hasta el fondo del alma de Robustiana, cuando le dijo, por segunda vez, que ella tenía puestos los ojos en Mario. La querencia era añeja: de niños, reuníanse ambos, formando asamblea con otros, á jugar. Llamábanle á ella sus compañeros la *Chaparrica,* y Mario, gravemente, Tiana. Y así como otras hijas de casas con cierto tinte nobiliario, apénas la admitían en su corro, y le encomendaban, al jugar, los papeles más subalternos, *Marico* se la llevaba siempre á su cuadrilla y la trataba con más afecto y llaneza que á las del guardia de corps y á las sobrinas del mayorazgo, las cuales se consumían de envidia, mordisqueándose las uñas. Y aunque al repasar éstas escenas infantiles, años más tarde, D. Juan Miguel, invariablemente malévolo, solía explicar el deporte de Mario achacándoselo á orgullo refinado que no distinguía de colores entre los niños que no pertenecían á idéntica casta, guardó el corazón de Robustiana cierto perfume de gratitud y amable recuerdo. Esta simpatía, sumada á la que las prendas personales del mozo daban de sí, y á la absoluta carencia de *partidos* matrimoniales halagüeños, y á las dificultades de la empresa, la cual, á priori, los más hubiesen calificado de quimérica, interesaron vivamente el amor propio de Robustiana, pintándole la boda con Mario como blanco digno de sus mañosas trazas.

Digitized by Google

Descontada tenía, por improbable, la feliz ocurrencia de que Mario fuese á enamorarse de ella, espontáneamente. Juzgaba que éstos enamoramientos repentinos eran embelecos novelescos y poéticos. El trato, el frecuente contacto era el solo arbitrio cuya eficacia le acreditaba la experiencia de la vida real, para ganar la voluntad de las personas. Pero, cómo establecerle? Durante muchísimo tiempo se preocupó inútilmente, buscando el cómo. Primer rayo de luz fueron los amoríos de Perico, que ella empolló solícitamente. La muerte de Lehoz le sugirió la idea de utilizarlos. Con rapidez asombrosa formó el plan; el intríngulis consistía en entrelazar dos hechos independientes: matrimonio de Perico, y adquisición de los bienes de Ugarte. El padre, por codicia, se avendría á ésta; pero no rechazaría, al mismo tiempo, como episodio embarazoso é inútil, la boda? Este escollo, hábilmente lo salvó trabando solidaridad entre los sentimientos vanidosos del *Chaparro* ascendido á personaje, y los instintos dominadores del cacique. D.ª María era orgullosa en extremo; pero este mismo orgullo le induciría á soportar un hecho que, supuestos los términos de avenencia con que le brindarían, salvaba á la familia del supremo bochorno y de la humillación suprema. Aun cuando el orgullo, como aconteció, se sobrepusiera al interés y conveniencia, todavía quedaba ancho margen á Robustiana para captarse las simpatías de Mario, siendo amigable componedora entre los herederos de Ugarte y el omnipotente acreedor. Cuanto

Digitized by Google

más apretase éste, mejor vista sería la mano que evitara la estrangulación. Semejante castillo, piedra á piedra levantado, á última hora se derrumbaba, no, ciertamente, por la oposición de D. Juan Miguel á la boda de Perico, que ella tenía medios de contrarrestar, sino por la profunda herida que los amores de Mario y Josepantoñi le causaron, tan presto abierta como enconada por el despecho, el desengaño y la humillación!

Marmórea impasibilidad de rostro opuso á la noticia. Retuvo las lágrimas, apagó el relámpago de los ojos, suavizó, fingiendo indiferencia, las vibraciones de la voz. Pero dentro, ah! dentro hervoreaban las pasiones, no con el fuego de los celos, que éste lo enciende el amor, sino con las llamas de la venganza. Impedir la boda de Perico, humillar, de nuevo, á los de Ugarte, con el sofión público del desistimiento, después de haberlos humillado con el de la insistencia, y echar las reivindicaciones del padre por el despeñadero de sus procederes brutales, constituían, ahora, el novísimo plan de Robustiana. ¡Importuno entrometimiento el de D. Santiago! se lograría eliminarlo? Pesando las probabilidades y recreándose en futuros daños, transcurría veloz el tiempo.

D. Juan Miguel volvió sin que su hija se diese cuenta.

—Albricias!—voceó estentóreamente despues de un largo silencio dedicado á estudiar la fisonomía de Robus, la cual se estremeció sobresaltada—; el cepo de las elecciones apri-

Digitized by Google

sionó las patas del americanote, y acaba de escribirle á D. Mario, bajo mi dicta, zafándose del semicompromiso. Que busque su madre gallega! Y tú, prenda, porqué esa cara de matemático despejando incógnitas?

—Porque reflexiono acerca de la conveniencia, por usted demostrada, de que Perico no haga la bobería de casarse con María Isabel. Albricias, digo yo por mi parte, he descubierto el remedio de sanar á Perico.

El notario se riyó sonoramente, y acercándose á Robustiana, le pellizcó el brazo. Don Juan Miguel no sabía besar.

Digitized by Google

XIII.

EL DIABLO EN URGAIN.

Al pacífico, y más que pacífico, amodorrado pueblo, llegó el diablo cierto día del inconstante febrerillo, bajo la forma, esencialmente moderna, de una doble distribución postal de papelitos blancos, los cuales, de las manazas callosas de José Miguel Loipea, rostrituerto por tan extraordinaria faena, pasaron á las de los urgaineses, cuya inmensa mayoría, durante el año, no había tenido que habérselas con el cartero.

Eran los tales papelitos unas circulares impresas, donde el Comité liberal de Pamplona, y la Junta regional carlista, presentaban, respectivamente, valiéndose del *argot* de sus correspondientes partidos, las candidaturas á diputados forales y provinciales de los señores D. Santiago Gastaminza é Irurzun y D. Cosme de Barinaga y Aldasoro.

Si á éstos papelitos, el viento reinante los hubiese arrancado de las callosas manazas de Loipea, con caprichosos revuelos de blancas mariposas se habrían esparcido por el ámbito de la villa, siendo recreo de los ojos. Pero en verdad, aquellos papeles blancos eran como

Digitized by Google

la tercera plaga de Egipto; y á poco de repartidos, pudo repetirse el versículo de la Biblia: «Y Aarón, teniendo la vara, extendió la ma»no; é hirió el polvo de la tierra, y hubo cí»nifes en los hombres y en las bestias: todo »el polvo de la tierra se convirtió en cínifes »por todo el territorio de Egipto.»

Los cínifes electorales, con sus trompetillas sonoras, enloquecieron á los urgaineses. Levantándoles gruesos habones, les inocularon virus rábicos que transformaban los ánimos pacíficos é inertes en activos y pendencieros. Ardió la pasión política. Los corros obstruían las aceras al anochecer, y cuando estaba lluvioso el tiempo, los zaguanes. Al regreso del campo se agrupaban los labradores, no al azar, como antes, pues todos, ya que no amigos, eran compañeros, sino según las afinidades de la personal opinión. Agrupamiento que se extendió, pronto, á las tabernas, despojadas de su carácter neutral, con grave disgusto de los taberneros, obligados, también, á darse á bando, después de contar el número de parroquianos adscritos á cada partido, y perdiendo *ipso facto* los del contrario. Las mujeres, vehementes y parlanchinas, mientras la herrada, al caño de la fuente, rebosaba, eran prolijas comentadoras de las incidencias mil de la campaña electoral, haciendo cruel rechifla de las maniobras, amenudo indecorosas, de los adversarios y preludiando la victoria de la parcialidad simpática con picantes jactancias, cebo de chillonas disputas.

De cuando en cuando, por si la efervescen-

Digitized by Google

cia se mitigaba, paquetes de diarios pamploneses, de *La Trinchera Navarra,* de *El Centinela Liberal* caían sobre Urgain, exacerbándose las rencillas y avivándose los entusiasmos con la vil prosa de ignaros é impudentes periodistas, repleta de embustes, sofismas, patrañas y groserías, capaces de desacreditar, por sí solas, á la causa más noble y santa, y de encasillar en la *masa neutra* á toda persona decente desapasionada; prosa donde reptaban, como víboras, las calumnias y aullaban, como lobos, los insultos y una mota de razonamiento se diluía en océanos de improperios personales.

También trajo el correo, á deshora, cuando los trabajos electorales iban muy adelante, otra circular que ponderaba la Religión, la historia de Nabarra, la necesidad de unirse para conservar los fueros existentes y reconquistar los antiguos y las tachas y máculas de los partidos contendientes (con mayor franqueza que habilidad expuestas), escrita en bascuence, para que todo lo de ella fuese desusado y estrafalario. Pues aunque la tal circular decía cosas y pulsaba cuerdas que, dentro, *muy hondo,* y recubiertas por capas estratificadas de opiniones y sentimientos políticos al uso, bullían y sonaban, con todo, las notables circunstancias de repudiar la filiación liberal y la carlista el candidato D. Enrique de Zubieta, y venir redactada en lengua euskara, no totalmente inteligible á los rústicos, por sus términos de dialectos distintos del urgainés, y sus vocablos técnicos, científicamente com-

Digitized by Google

puestos sobre las aras del casticismo, antojóseles á muchos síntomas agudos de extravagante chifladura, sobre todo á las *personas ilustradas* de la villa. Mas apenas se divulgó la noticia de que D. Mario miraba con buenos ojos al tercer candidato, *ad cautelam* adoptaron los partidos idéntica táctica: afirmar los carlistas que D. Enrique de Zubieta era liberal, y los liberales que carlista: medio infalible de concitarle la animadversión común, ó á lo menos, la indiferencia del mayor número.

Por aquellos días dió su vueltecita de propaganda el fraile Aguinaga, el «Padre Trabuco Urnas», contra quien *El Centinela Liberal* disparó un artículo, llamándole «teja vana», «cucaracha conventual», «esqueleto rumiante», «tœnia facciosa», «avechucho tenebroso» y «gorrón sempiterno». Alojóse en casa del organista Maíz, con asombro y admiración de todos, habituados á verle apearse siempre en *Jauregiberri*. El fraile removió cielo y tierra; recorrió las casas; exhortó á éstos, amenazó á aquéllos, increpó á los demás, arrojando leña á la hoguera carlista y logrando que se liase el manteo á la cabeza D. Abdón, el teniente del Párroco, algo retraído por respeto al superior, que era hombre pacífico, bondadosísimo, ejemplar dentro de la iglesia, pero fuera de ella «blandengue y con vistas á la mesticería», según el férreo parecer del exclaustrado, cuya última y más sonada hazaña fué subirse al púlpito el domingo, y glosar, comentar y explanar, á su modo, sin las restricciones y salvedades del original, el capítulo cuarto de *El*

Digitized by Google

Liberalismo es pecado, ponderando la pravedad liberal por encima de la de los blasfemos, ladrones, adúlteros y homicidas; tronando desaforadamente contra los liberales que rezan el rosario, confiesan y comulgan amenudo, y oyen misa diaria, peores, mil veces, que los mónstruos de la *Comuné,* y contra aquellos católicos, si por ventura los hubiese en la villa, que sin tacha, olor ni sabor aparentes de liberalismo, bajo frívolos, ridículos y aun estúpidos pretextos, se apartan del único partido capaz de derramar la sangre y vaciar la bolsa en defensa de la Iglesia y de España. «Os he de precaver y prevenir, hijos míos—voceó al terminar fray Ramón—, contra la treta novísima inventada por el enemigo del linaje humano, la cual, aún conserva el calor de los infiernos donde la amasaron los demonios. Me refiero á esas invocaciones á la paz, á la prudencia, que en todas partes resuenan, robustecidas, al parecer, con palabras evangélicas, desviadas de su recto sentido. No, mil veces no; Dios N. S. reprueba y abomina esa unión de los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, y quiere que vivan separados entre sí, como lo estarán el día tremendo y vengador del universal juicio. Esa unión tan decantada, no es unión; es pestilente confusión, repugnante mezcla, nefanda Babel, sacrílego contubernio que clama al cielo. La Verdad vino á sembrar la desunión entre los hombres. ¡Rompan el padre con el hijo, el esposo con la esposa, los hermanos entre sí, por amor á la Verdad! sea cada hogar un campo de batalla,

Digitized by Google

cada familia un lugar de clamores, donde la Verdad se afirme y defienda. De esta suerte, y no de otra, seréis aceptos á los ojos de Dios.»

Este sermón explotó como cartucho de dinamita. Exaltóse, hasta el delirio, el entusiasmo carlista, y hasta el paroxismo el furor liberal. D. Juan Miguel se estimó aludido personalmente, y perdió los estribos. Cuidó de que su hijo dirigiese un comunicado á *El Centinela Liberal,* bajo del seudónimo de «Un amigo del sosiego público», refiriendo, con los más vivos colores, el sermón del Padre Aguinaga, á quien atribuyó, pérfidamente, palabras que no dijo contra el rey Alfonso, é incitó al cabo de la guardia civil á que denunciase el hecho al gobernador de la provincia. El comunicado y la denuncia produjeron efecto. Formóse sumario, y á los pocos días se dictó contra el Padre Aguinaga mandamiento de prisión. Protestó el fraile con entereza, y al salir de casa del organista, exclamó: «Bendito sea Dios que me escoge para instrumento de tan grandes cosas! En mi persona humildísima huellan los liberales el sagrado carácter sacerdotal y la augusta representación del Rey. No necesita de otra espuela la gran comunión monárquico-católica; sobra, yá, la propaganda: segura es la victoria, como impidamos los chanchullos de los negros». Custodiado por la pareja marchó á la estación; medio pueblo le seguía, aclamándole. Al partir el tren hubo varios gritos de ¡Viva Carlos VII! Por la noche una cuadrilla de mozos apedreó los cristales del escribano.

Digitized by Google

También á D. Juan Miguel le agradaba el feo cariz de las cosas. «Badajo! á tuertas ó á derechas, hemos de ganar la elección.» Para usar medios violentos, convenía mucho que los contrarios se saliesen de las vías legales y de los procedimientos correctos; mientras se moviesen dentro del círculo estricto de las leyes, faltaría pretexto de violar éstas en provecho propio, imponiéndose cierta especie de pudor legal, favorable, más que á nadie, al mayor número, á los carlistas. La pedrea y los vivas sirvieron de pretexto para incoar numerosas causas criminales; ocasión de torcer voluntades con las ofertas de sobreseimientos y absoluciones.

Acreditó, una vez más, D. Juan Miguel sus relevantes cualidades de elector y cacique, en todo linaje de marrullerías ducho. Dirigidos por él, los liberales de la comarca obtenían maravillosos resultados. Desahucios de inquilinos, reclamaciones de deudas, ofertas de préstamos en combinación con la anhelada ó temida remoción de expedientes administrativos, gracias al compadrazgo de las autoridades centrales y provinciales, iban decentando, aquí y allí, la homogénea y maciza masa del cuerpo electoral carlista. El comité pamplonés apretaba, y su periódico propendía á enfurecer á los adversarios para que cometiesen imprudencias. Por fin pudo D. Juan Miguel afirmar que en la comarca «tantos votos obtendrían ellos como los facciosos». Aspiraba á sobrepujarlos: pero cómo? Promediarlos era hazaña insigne, puesto que respetada su liber-

Digitized by Google

tad, los más de los electores votarían al candidato carlista «tan naturalmente como el alcornoque produce bollotas: así eran de brutos!»

D. Santiago, según previsión del notario, abrió la bolsa y cerró los ojos al gasto. Personalmente nada hacía, como no fuese tener cantina abierta en el café de *La Paz* y firmar, sin leerlas, innumerables cartas. Al café entraba todo el que quería hablar de «las votaciones» y tomarse la molestia de consumir lo que le apeteciese. Los días de mercado, especialmente, el despilfarro y el abuso eran enormes. D. Santiago se dedicaba á pasarles la mano por el lomo á los aldeanos, hartándoles de café, licores y puros. Comprometíanse, algunos, á su favor; pero los más de los concurrentes eran adversarios que desempeñaban, sin remilgos, el doble oficio de gorrones y espías. El notario, al obscurecer, daba su vuelta para enterarse y comunicar órdenes; pero entonces sólo constituían capítulo «los del puñadico», pues de estar presente persona sospechosa, él la echaba á la calle con brutales pullas y desvergonzadas interpelaciones.

«El puñadico», como llamaban los urgaineses á D. Juan Miguel y sus correligionarios, con frase aprendida de cierto periódico de Pamplona, lo constituían el estanquero y representante de la Arrendataria, Goñi; el maestro; el celador de caminos Arteaga; el juez municipal Iriarte; su alguacil el tamborilero Simón; el boticario joven Pedro Sangüesa, ó sea, el yerno del boticario antiguo Yaben; el pasiego Selaya, comerciante en telas; el pana-

Digitized by Google

dero y tabernero, Antonio Belza, y el secretario del Ayuntamiento, Lucas Elizalde, montañés de cara boba, ancha como un pandero, pero ladino y agudo: el brazo derecho del notario.

Desde el punto de vista político, el Elizalde era un tipo sumamente original. Á todas horas recordaba su empleo de capitán del primero de Nabarra, y alardeaba de finísimo carlista, jugándoselas con cualquiera á serlo; pero opinaba que convenía «dar cuerda á los liberales», para que se desprestigiasen, y «mientras el trono no estuviese vácuo», conservar la tranquilidad moral del país y arrancar cuantas tiras de influencia y empleos se pudiese, al Gobierno. Los carlistas militantes le aborrecían de muerte, porque lograba siempre que correligionarios de ellos votasen por los liberales; y cuanto mayores servicios prestaba á éstos, tanto más amenudo Elizalde repetía la especie de que era encarnizado y mortal enemigo de los negros.

El notario, embozado hasta las narices, porque la llovizna era de nieve, entró en el café. Varias voces le dieron la bienvenida.

—Aquí tenemos un gallo, si duro de pelar, aun más duro de coser. En días de mi vida he visto terquedad que le gane: ni castellanos ni bascuenses valen un pito siquiera. Le hemos dicho pa tomar una copa; la copa ya ha tomau, pero el voto á mi favor no suelta.

D. Juan Miguel dirigió su mirada escrutadora al personaje que D. Santiago le señalaba, y vió á un hombre enjuto, viejo, alto, barbi-

Digitized by Google

lampiño, que se sonreía plácidamente, con una copa de ron en la mano.

—Ola, Ramón María!—exclamó—. Es posible sea verdad lo que cuenta D. Santiago? Cómo es eso? Se presenta candidato un hijo del pueblo, un convecino, y usted, que es tan considerado, ha de votar al forastero? Esto no cabe; D. Santiago está de broma y quiso reirse de mí.

El aldeano se rascó la cabeza, echándose á un lado la boina. Su sonrisa era bondad pura, pero la expresión de la fisonomía revelaba firmeza.

—De contau, verda ya dice agora. Ya hay dicho á éstos señores, malamente que andan conmigo. Cualquier cosa que me piden, yo ya haré gustoso. Pero votar, señores, no puedo; mucho siento, pero.

El aldeano paseó su mirada, ni engañosa ni miedosa, por el rostro de los circunstantes.

—Ni Elizalde le convence!

—Ése, menos que nadie,—replicó el aldeano riyéndose—; mucho palique tiene, pero no sabemos por qué anda.

D. Juan Miguel instó, de nuevo, valiéndose del tono más persuasivo y amable que supo. Ramón María, contrariado por la insistencia, puso la cara seria, y sin inmutarse ni variar el timbre gangoso de la voz, replicó:

—Malamente andan conmigo, ya hay dicho. Yo carlista de toda la vida, carlista de la primera, con Zumalacarregui que serví, y agora votar haría por los liberales? No por cierto! Joven sin mudar, y viejo sí?

Digitized by Google

—Ni el Padre Santo le quita de la boca el sempiterno «malamente» y le exprime de la masa encefálica razón que lo valga, — dijo don Bernardino despreciativamente.

D. Juan Miguel iba amoscándose, pero refrenó el geniazo, y tomando asiento junto á Ramón María, y después de llenarle la segunda copa, que aceptó de buen talante, con un puro por añadidura, reanudó en voz baja la plática interrumpida, valiéndose del idioma euskaro. Escuchaba el montañés, inmóvil la cabeza sobre el amplio y descotado cuello de la camisa, y las manos encima de la rodilla derecha. La expresión de su rostro era de hostilidad á las palabras que él solo oía. Tanteóse el bolsillo D. Juan Miguel, mientras Ramón María, trocada la firmeza en asomos de zozobra, se quitaba la boina y guardaba el puro en el pliegue del orillo. De una cartera babosa de cuero salió una carta, y ambos interlocutores se aproximaron á los vidrios de la puerta, por donde penetraban los últimos resplandores del crepúsculo, las lívidas claridades de un cielo de nieve. Calóse el notario las antiparras y leyóle la carta á Ramón María, que la escuchaba como sentencia de muerte; y su cuerpo, en la penumbra, parecía más alto y enjuto, vestido de negra panilla, con chaqueta corta, chaleco mezquino que no llegaba á la cintura y á fuerza de tirones de la escatimada tela lograba abrocharse, pantalones anchos que dejaban al descubierto la piel lustrosa entre el tobillo y el pie, calzado de alpargata blanca. Leída la carta, el notario comenzó á gesticular

Digitized by Google

y manotear airadamente, adusta la faz y coléricos los ojos. El montañés, cabizbajo, no contestaba á las preguntas que el otro, al parecer, de cuando en cuando, le dirigía; su labio inferior temblaba convulsivamente, y hasta hubiesen jurado los mirones que una lágrima, gruesa y lenta, rodó desde el ojo derecho por la curtida piel del campesino. Hinchó la voz D. Juan Miguel; hizo un gesto de negación Ramón María, seguido de otro triste y desalentado, pronunció varias palabras y reiteró el anterior con mayor entereza. Luego levantó, á medias, la boina para saludar, y después de decir «*Gabón, jaunak*» con voz opaca, salió del café, titubeando como un hombre ebrio.

—Boticario!—preguntó el maestro, aprovechando la remisión de su tos para reirse—, de qué será la píldora que le ha metido en el gaznate D. Juan Miguel á ese indígena «malamente»?

—De rejalgar ó cosa parecida; ahora lo sabremos;—replicó Perico Sangüesa volviendo hacia el notario la cara risueña y curiosa.

—Señores, he intentado conquistarle á buenas, untándole de mostillo el pan, como á un niño, á puro de zalamerías y morisquetas: sermón perdido! Ramón María es faccioso, léase hebreo, inconvertible; y tiene cinco votos en casa, entre hijos y yernos! Visto que las margaritas no han de echarse á los puercos, y la pena al loco hace cuerdo, y el palo dúctil al carlista, me lancé á la vía de apremio, refrotándole el *mutur* con una carta de D. Serapio Dorreandía, de Alsasua, ordenándome

Digitized by Google

que *incontinenti* reclame al susodicho indígena la cantidad de catorce onzas de oro que es en deberle, con objeto de que, si no las paga, adopte él las providencias que yo le aconseje, vistas las prendas personales del sujeto y demás. Badajo, ni por esas! Le demostré que en mi mano está refrenar ó espolear á Dorreandía, mi amigo particular y político, obtener larga espera de él y hasta alguna ayudilla metálica de la generosidad de D. Santiago, ávido de favorecer á las gentes: como si le sirvieran chocolate á un muerto! Plantó el testuz en la raya del no, saliendo por el siguiente registro: «ustedes, fácilmente, me echarán á la calle y al hospital, y caerá nieve del cielo sobre mis canas, pero nunca obtendrán mi voto: antes que la hacienda es Dios, que á todos ha de juzgarnos. Una cosa únicamente me apena; mi pobre mujer es piedra de otra cantera, y cuando vea el embargo encima y la miseria segura, me afeará la conducta, llamándome terco y achacándome la ruina de la casa: por tanto se juntarán, en uno, contra mí, pobreza y recriminaciones. Dios sabe que ésto no es terquedad, sino conciencia y pundonor». Se marchó, dejándome colgado con éstas razones, peor dichas: qué se puede esperar de personas que ni siquiera son para sí?

La pasión política estalló como una granada de improperios, esparciendo insultos y palabrotas, aventajándoles á todos el pasiego Selaya.

El secretario Elizalde permanecía silencioso, sin que su cara de pasmarote denotara sus sentimientos internos.

Digitized by Google

—Diga usté algo!—le gritó Simón, harto de vomitar por su boca desportillada injurias rufianescas.

—Que los carlistas son los hombres más finos del mundo, los más decentes, desinteresados y constantes. Vean ustedes á ese pobre Udabe; yo, de contau, siempre me quitaré la boina delante de él con respeto. No hay partido en España, ni fuera, que sirva para descalzar al carlista: lástima que ande siempre á destiempo, empeñau en vendimiar uvas por mayo!

Estas palabras las pronunció Elizalde sin fuego, como quien trata de asuntos indiferentes, con sonrisa cuya sosez completaba la bobería de su cara; pero los ojillos, perdidos en la masa de la carota, chispeaban con luces de viva inteligencia.

—Badajo! las bromas de usted son reventantes. Los carlistas no merecen otros calificativos que el de grandísimos brutos y redomados hipócritas. Desde que han descubierto esa monserga de que el liberalismo es pecado, son absolutamente imposibles é insoportables. Antes propalaban el mismo embuste, pero el caso requería largos discursos, sartas de palabras..... ahora, ahora la maldita formuleja corre y vuela, pasa de mano en mano, como una perra chica, y hasta el más romo la entiende y el más desmemoriado la recuerda, sin despintársele jamás. Esa formuleja ahorra argumentos, pruebas y polémicas. El liberalismo es pecado, le erupta á usted el último de los palurdos, y sanseacabó: apele usted á Burgos! Digo que los facciosos son unos hipocritones,

Digitized by Google

porque no creen semejante paparrucha, ni se hacen ropa de ese género catalán, y están convencidos de que los liberales, supuestos herejes, somos tan buenos católicos como ellos. La prueba, quiéren ustedes la prueba? Á raíz de la guerra ocupó un batallón de cazadores la villa, donde permaneció un año entero. Pues sabéis cuál fué la conducta de esos facciosos y facciosas, apesar de que la sangre vertida estaba fresca y la corajina de la *deshecha* coleaba como una culebra venenosa? Casar á hijas y hermanas con los *guiris,* fomentando la natural querencia que á los pantalones coloraus demostraron las mozas, facciosas, asimismo, á machamartillo. Sobre el ejército liberal cayeron enjambre de moscas casanderas, chupándose los dedos por emparentar con herejes. Y no hubo señorita, ni *señorita-kasik,* ni criada, ni boyeriza que, á serle posible, no se resellase de sargenta, tenienta ó comandanta. Quiéren ustedes que se las enumere una por una? La primerita de todas, la Mamertita Maíz, la hija de ese energúmeno de D. Cayo, que no se contenta con menos que el restablecimiento del Santo Oficio, la cual se comió la más exquisita breva, el teniente coronel Rojas Pando; la Liboria Zubeldía, casó con el segundo comandante; la Eleuteria Irurita, con el capitán Rodero; la Paca Senosiain, la Josepachu Nuin, la Bernarda Echezarra con los tenientes Bardales, Garijo y Carvajal; la Trebucia Alzueta, con el sargento Limón, y la hija de Inocencio Dorrea y la de Ambrosio Isturiz y la de Juan Altube y la de Nemesio Garaco-

Digitized by Google

echea y la de..... doscientos más, sin contar, claro es, las mozallonas de trenzas colgando y piernas al aire, que por no poder pasar de la raya de «cabas», se iban por esos trigos y maizales de Dios á cometer pecado de liberalismo, ó cualquiera otro, más primitivo y sabroso. El ejército vencedor cayó, materialmente, prisionero de las nabarras, pues el cuento de Urgain fué el cuento de la provincia entera, y según tengo oído á persona competente, cuatro ó cinco mil mujeres se calaron el ros entonces. Aquello fué el delirio castrense! Buena limpia, señores, pero buena; colada fenomenal: que no hubo pieza ni arrapieza que los *guiris* no se llevasen de los pueblos en los morrales. Y no fueron pocas, tampoco, las que comieron el rancho de ambos ejércitos. Aquí en la villa, el único padre que se opuso al matrimonio de su hija con militar, fuí yo, Juan Miguel Osambela, sectario del liberalismo, peor, mil veces, que los ladrones, blasfemos y asesinos. Puah! hipocritones, farsantes, fariseos!

El notario, fiera en jaula, se paseaba á lo largo del café, lanzando á pulmón herido los trabucazos de sus frases, que el puñadico aplaudía. Y hubiese proseguido indefinidamente, á no cortarle los vuelos el estanquero Goñi con una pregunta del órden práctico, inspirada por sus deseos de irse á cenar.

—Á todo esto, qué noticias hay del distrito?

—Hombre, la lucha será horrorosa. La facciosina aprieta desesperadamente, porque mira el triunfo de un diputado provincial suyo

Digitized by Google

como preliminar indispensable del triunfo futuro de un diputado á Cortes. Las fuerzas se promedian, y á no ser que esos chiflados en bascuence retiren, á última hora, la candidatura de Zubieta y se unan á los carcas, de quienes son, por más que digan, flamantísimo retoño, el triunfo es nuestro, pues de algo sirve tener la sartén del mango y propósito firme de vencer, legal ó ilegalmente. Los liberales de Baztán preparan un golpe, y aquí daremos otro nosotros: golpe de maña ó de fuerza, según caigan las pesas, verdad, Elizalde?

La sonrisa del secretario era más boba que nunca; sus ojillos, en cambio, parecían dos diablos. Hablaba el castellano con la dificultad de construcción y elocución propia de quien no lo cursa, y por consiguiente, muy despacio.

—Yo, lo que ustedes manden: igual me da. He pensau una trampa muy bonita. Dos cosas necesito: agua de goma pa escribir, y buena comida pa los de la mesa, con botellas finas de licores, particularmente ron de Jamáica, que envíe D. Santiago. ¡No falte gorrín tostau! Haremos trampi-legal muy chula; escribiremos acta antes de comer, y firmaremos y todo, dejando blancos pa números y nombres, con achaque de estarse en la comida descansaus. Al último haremos escrutinio cuando los mesantes vean turbio; yo escribiré la verda con goma, echando polvos de salvadera encima, pa poner negras las letras. Después me quedaré solo, y con la manga de la chaqueta borraré aquéllo, y apuntaré la mayoría de votos á D. Santiago, dejando unos poquitos al otro.

Digitized by Google

Bizcos, de contau, se volverán los mesantes; pero firmas son triunfos.

—Bravo!—Vale usted un Potosí!—Ni Romero Robledo!—Usted debía de estar en el ministerio de la Gobernación!

Estas y otras frases, y apretones de mano y golpecitos en la espalda, denotaron el entusiasmo del puñadico.

—Yo, la verda, ojalá si ustedes querrían á la fuerza: tirar la urna por la ventana, ó asi. Antes se desacreditarían los liberales!

Sonó una general carcajada, y D. Santiago, llevándose la mano al bolsillo sacó la navajita y con andares de pato se aproximó á Elizalde, le tiró tres ó cuatro cuchilladas de mentirijillas, y entre risas y crepitaciones de labios, exclamó:

—Indino, que te mato, que te mato!

Disolvióse el puñadico. D. Juan Miguel y Perico Sangüesa recorrieron juntos, hasta la casa del segundo, un trecho de camino. Sobre el amplio impermeable gris del boticario rebotaban, con ruido seco, copos menudos de nieve congelada. Mientras se despedían, pasó junto á ellos un curita joven, terciado el manteo y remangada la sotana, brincando para salvar lodazales y charcos.

—Buenas noches, señores,—dijo con voz melíflua.

Y desapareció, á paso largo, por una callejuela.

—Acabamos nosotros y empiezan ellos, á su hora, á la hora de las lechuzas. Pero no os saldrá la cuenta, mandilones!

Digitized by Google

D. Abdón, el teniente de la parroquia, entraba momentos después en la sala del organista, amplísima y de alto techo, fría apesar del brasero, embaldosada, cuyas sombras á duras penas en breve circuito las disipaban los resplandores del quinqué de petróleo con pantalla de cartón y de la vela del tresillo á que jugaban el amo de la casa, el beneficiado D. Tomás, el cerero y D. Rafael el guardia de corps, que lo fué de Fernando VII y de don Carlos María Isidro. Otras personas, alrededor del brasero, fumaban y departían. Sobre el sofá de paja, un gigantón de broncas y canas cabellera y barba dormitaba.

La fisonomía vivaracha é inteligente de D. Abdón expresaba el ansia de comunicar noticias á los tresillistas, y comentarlas. D. Tomás, subidas las antiparras á la frente y el gorro de terciopelo caído sobre la oreja izquierda, chupando una tagarnina de las que consumen una caja de cerillas y convierten su extremo encendido en boca de trabuco naranjero, echaba al tapete verde, con acompañamiento de sonoras puñadas, triunfos y más triunfos, diciéndole, cada vez, á D. Rafael en són jactancioso:—Y ésta, y ésta.

—Demonche del cura! Su suerte es de tiñoso!—exclamó D. Rafael, levantando la mal humorada cabeza, de correctas facciones, ojos azules clarísimos, y luengos bigotes de plata que le comunicaban el aspecto de un guerrero galo, compañero de Vercingetorix.

—A cualquier cosa llama usted suerte, cónde! Habilidad, destreza, arte del naipe!

Digitized by Google

—Chamba, purísima chamba, polaina! Los triunfos parecen moscas y usted un cacho de queso. Pues si no fuera por la suerte, en los días de su vida me da usted el codillo de marras.

—Le faltaron á usted narices para oler la zancadilla, y cayó usted como un pipiolo, cónde! Luego dicen que es usted veterano: cadete, y contento.

—Y las volteretas de ésta noche, sin descrismarse? Lástima de volatinero! Y ese robar á mano llena? Váyase usted á la Bardena, polaina!

—Di lo que quieras; mías son las puestas.

D. Tomás, riyéndose y guiñando el ojo, volcó el platillo encima de sus fichas, se levantó, y encarándose con el recién venido, le dijo:

—Ahora, D. Abdón, somos todo orejas: habla. Las cuentas, luego.

—Las cuentas, ahora—replicó D. Rafael—: que yo me he de ir á casa de D.ª María. De lo contrario, habría revancha.

—Porqué se va usted, bocarrón de mis pecados? Quién le llama á la tertulia del mestizo?

—Mi lealtad, polaina! No dejo á mis amigos por nada del mundo; sobre todo, cuando les aflige la desgracia.

El veterano irguió el busto que los años encorvaban, y en sus ojos de franco y firme mirar se traslucieron la hidalguía de sus afectos y la bondadosa condición de su alma, la convicción arraigada de que la consecuencia y la fidelidad son las virtudes cardinales del caballero.

Digitized by Google

—Hagamos, pues, las cuentas,—añadió don Tomás, encogiéndose de hombros—. Cónde! sesenta y tres realitos: sabroso jornal.

—Cuarenta, á mal contar, salen del apolillado bolsillo de este indigno brigadier de los reales ejércitos, con más bigotes que rentas, y más créditos por pagas vencidas que años. Si el lancetazo á mi flaquísimo caudal engordara la exhausta faltriquera de usted; si con el fruto de sus rapiñas se comprase una sotana nueva, echando al femoral esa mugrienta y sebosa, luciente espetera de manchas y tiznes, que lleva usted encima, fuera tolerable el saqueo. Pero es usted un manirroto, polaina! Su hacienda entera—ay, y la mía!—, va á manos de los piojosos de esta villa, sin corte. Señor teólogo; un *casus conscientiæ:* aprovechan las limosnas con dinero ajeno?

—Cuando doy de lo que gano, digo siempre: «de parte de D. Rafael». Por eso le quieren á usted tánto en el pueblo.

D. Tomás se reía al decir estas palabras. Su risa suavizaba la expresión enérgica y terca de su rostro de campesino cerril. Y era su rostro, al reirse, trasunto fiel de su carácter, curiosa amalgama de genio batallador é inquieto, preocupaciones intratables, apasionamientos vehementísimos y espléndida generosidad de corazón, incapaz, no obstante las apariencias, de rencores y odios. Siendo el hombre que se expresaba con mayor acritud, era el que procedía con más blandura, y así lo acreditó durante la guerra, batiéndose como un

Digitized by Google

león contra los liberales en el campo, y protegiéndoles como un padre en el pueblo.

D. Abdón hablaba en voz baja al organista, cuya cara, cuadrada como su cuerpo, adusta de suyo, se aturbonaba más y más con las palabras del curita, puro garabato de gestos y manoteos.

—Venga usté, hombre!—gritó, impaciente, el organista increpando á D. Tomás, que no ponía punto á sus bromas con D. Rafael.

—Qué es ello? algo malo, según la cara de D. Cayo.

—Es imposible la lucha. El santuario lo llenan hombres del siglo. Los perros mudos dejan que el lobo éntre al redil é hinque los dientes á los inocentes corderillos. Faltan Matatías y sobran..... Figúrate, D. Tomás, que la llamada del señor Abad á Pamplona fué para ponerle de ropa de pascua porque no evitó el sermón del Padre Aguinaga. Y le dijo que muchos curas hablan de lo que no entienden y perturban las conciencias de sus feligreses con declamaciones extemporáneas acerca del liberalismo, censurando de liberales á los que disienten de ellos en materias puramente civiles..... en fin, la mar! Más le valiera haber protestado, pública y solemnemente, contra la perversa violación de la inmunidad eclesiástica! Da grima; estómagos agradecidos, y otra cosa peor. Ah! cuánta razón le asistía al insigne Obispo de Daulia, cuando le preguntaba al Obispo de Barcelona: qué calificativo merecen los Obispos que combaten al único partido católico de España?

Digitized by Google

Por los ojos del curita, negros y ardientes, salían chispas. D. Tomás, impávido, se sonreía:

—Cónde, quién hace caso? Adelante, y diga lo que quiera. Con nosotros no va nada, verdad, D. Rafael?

—Soy militar y repruebo la indisciplina. Quien manda, tiene razón. Polaina! ustedes, los curas, se las entiendan. Me voy á casa de D.ª María.

El veterano, atusándose los canos y larguísimos bigotes, salió de la sala despidiéndose afectuosamente de cuantos hallaba al paso. Las palabras de D. Abdón corrieron con la rapidez de la centella, reavivando los adormecidos corros, que prorrumpían en exclamaciones de sorpresa y acres censuras. Al cabo de un rato, los tertulianos, sin previo acuerdo, desarrollaban el tema de que los enemigos francos eran preferibles á los solapados, los ateos á los católico-liberales, y personalizando la cuestión, por vía de ejemplo, el escribano *Chaparro* á D. Mario de Ugarte; tema que mediante la reprobación de los «términos medios», «medias tintas», «componendas», «transigencias» y «blandinguerías anémicas», puso sobre el tapete, insensiblemente, este problema: cuál especie de pecadores da mayor número de condenados? Cada cual tiraba por el camino de sus antipatías personales, sirviendo de norte las antipatías políticas. D. Tomás, que era bromista, después de recorrer los grupos, impuso silencio á los discutidores con un gesto picaresco, y arrimándose al sofá, dió varias sacudidas al amodorrado gigantón:

—D. José Juaquín! D. José Juaquín!

Digitized by Google

Incorporóse el gigantón, echó al suelo las piernas y se restregó los ojos, y se atusó las barbazas, exhibiendo una faz noblota y ruda, que sin valerse de palabras, preguntaba.

—Queremos saber, y aquí se disputa mucho sobre el punto, de qué están llenos los infiernos?

—De beatos!—replicó D. José Joaquín con voz de obús, que hizo crujir los cristales y retemblar las paredes de la habitación.

Apuntaron la salida en el capítulo de las «cosas de D. José Joaquín» y riyéronse, de mejor ó peor gana, los contertulios, sobresaliendo D. Tomás, que se apretaba los ijares con las manos. El organista no admitía bromas de este saborete, y hecho un erizo, replicó:

—Ah D. José Juaquín! Si no supiésemos quién es usted, oleríanos á resabiado de maldito liberalismo. Siempre están manando de esa boca cuchufletas á la moderna. Lo horrendo es que ideas análogas corren, de veras, por nuestro partido, con aprobación y simpatías de arriba.

D. José Joaquín, que se disponía á tenderse sobre el sofá, suspendió su acción y se puso de pie, rebasando el nivel de los demás, como la torre de la iglesia se alza sobre las casas del pueblo.

—Cojos y mancos, D. Cayo! Hablo con formalidad, y como yo hablaban los antiguos. De labios de su señor padre habría usted aprendido, como yo de los del mío, el rancio adagio: «*Otoitzlearen atean—ez utzi garia kalean*», que los castellanos expresan diciendo: «Á las puertas del rezador—no pongas tu trigo al

Digitized by Google

sol». Dos horas y media hace que estamos juntos, y durante ellas, aunque hemos comenzado por rezar el rosario, con pretexto de las votaciones no se ha hecho otra cosa si no es morder, fustigar, despellejar y escarnecer al prójimo. Miserias mamantonas y miserias ochentonas salen en rebaño á la vergüenza pública. Cojos y mancos! Vaya unas lenguas: tijeras, navajas, leznas, barrenos y formones, manejadas por el mismísimo demonio. Estamos estropeando la más hermosa de las causas con intempestivas, monomaniáticas y continuas alegaciones de religión. La religión, señores, es cosa hermosísima, y la política, aun siendo buena, es fea, y braman de verse juntas. Nada de lo que hacemos y hemos de hacer para salir victoriosos, lo quiere, ni aun lo permite la religión que, á destiempo, invocamos. Ella procura la paz, y nosotros la guerra; ella perdona, y nosotros odiamos; ella busca mártires, y nosotros voluntarios que metan la bayoneta hasta el cubo. Nos ponemos en ridículo y nos llaman fariseos los liberales. Hay ilusos, ó bribones, que quieren convertir al partido en una cofradía piadosa. Y este sacar las cosas de quicio y meter al burro en misa, produce ¡y cómo no! sus naturales consecuencias. El partido hoy es una babilonia de confusas voces, distintas lenguas, ensordecedor vocerío, insultos ébrios, donde á cualquiera, sin más ni menos, le llaman liberal, mestizo ó arriano y lo echan al desprecio de los leales. Nadie se entiende, y atizan la zambra bochornosa esos granujas, esos hambrones

Digitized by Google

de periodistas que buscan, no el reinado social de Jesucristo, como dicen, sino el reinado metálico y judáico de la subscripción pesetera. Mancos y cojos, señores! soy yo realista á la antigua, y aunque el Rey fuese Juliano el Apóstata, le seguiría, claro es, sin obedecerle cuando me mandara algo contra la fe y las buenas costumbres, porque á la vez soy cristiano viejo, y mis primogenitores ensartaron más moros que canas blanquean mi cabeza: pero sin contrariarle, desobedecerle ni desacatarle á diario, á cada triquitraque, por fútiles motivos, por celos de mujerzuelas, por ruines envidias, por quién ha de ser representante suyo y mandar y humillar á los demás. Quieren algunos que el rey sea un santo, un San Luis, un San Fernando: bueno fuera, pero de éstos caen pocos en libra. Se enfurecen porque el Rey baila: estúpidos, los reyes bailarán siempre. Esto concluirá cuando el Rey se harte: ojalá fuese mañana! Y aunque el palo caiga sobre mí, ó sobre mis más íntimos amigos, le aplaudiré: porque el Rey es el Rey.

De esta manera hablaba, con voz resonante y áspera franqueza nabarra, D. José Joaquín de Lecea, hidalgo burundés y propietario arruinado por las guerras civiles, individuo de la Diputación carlista y diputado á Cortes dos veces, el año 54 y el 69, célebre en el Congreso por su corpulencia, desaliño de traje, voz estentórea, y cierta natural elocuencia, silvestre y cruda, que brotaba de un corazón sano, de una alma recta, al protestar briosamente contra las iniquidades y atropellos septembrinos.

Digitized by Google

D. Abdón, durante la perorata de D. José Joaquín, hecho un azogue, la cara color cresta de gallo, acechaba el punto final, ya que su vocecilla melíflua y atiplada no le consentía interrumpirle con éxito. D. Tomás le tiraba de la sotana: «Déjale, D. Abdón; son cosas suyas; no la armemos, por Dios: al grano». Pero D. Abdón le habría desatendido, á no resonar como un cañonazo la pregunta palpitante:

—Es cierto, señores, según me avisan de Pamplona, que perdemos la elección?

El organista salió disparado, exhibiendo cartas de la Junta regional.

—La situación es grave, pero no desesperada. Alguna ventaja numérica llevamos, la cual conservaremos siempre que, á última hora, la nueva ralea mestiza, los del bascuence, fueristas á secas, según ellos, y liberales enmascarados, según yo, porque son liberales todos los que hablan de libertad, aunque la apelliden foral, retiren la candidatura de Zubieta y voten al candidato del infierno. Los negros se valen de todas sus malas armas: dinero á tutiplén, é influencia oficial sin escrúpulos; pero nuestra gente, ah! nuestra gente es honrada y no se doblega. Aquí en el pueblo, les llevaremos doscientos votos de ventaja.

—Son pocos, cojos y mancos!

—Son muchos, cuerno! Hay numerosos individuos débiles de carácter, enemigos de cuestiones y compromisos, que adoptan la cómoda postura de D. Mario, de no meterse en nada. Ahí está, sin ir más lejos, el bueno de Oyarbide, el de Ermitaldea, que siempre fué

Digitized by Google

de los nuestros y arrastra á una porción de labradores; ahora se abstiene y sirve de pretexto á los cobardes. Da asco. Ah! cuanto daño nos está causando el de *Jaunena!*

—Al que no se mete, precisamente por eso, porque es egoista y flaco, guerra sin cuartel, cónde! El que no está conmigo, está contra mí.

—Bien dicho—añadió D. Abdón—, guerra de exterminio. Ó con Dios ó con el demonio. Y no andarse por las ramas, eh, señores? Acordaos del áureo, del maravilloso opúsculo, que siempre llevo conmigo y me sé de memoria: luz, guía y aun casi diré evangelio del católico verdadero, intransigente contra todo y todos, íntegro!

D. Abdón exhibía un librito que, al salir de la faltriquera, apestaba á tabaco y olía á incienso, gritando entusiasmado:

—Señores, los tiros al artillero!

Retiráronse los dos curas y quedó la tertulia rumiando y glosando consigna tan de su gusto, mientras D. José Joaquín roncaba sin cuidarse de la efervescencia reinante.

La blanquísima nieve de San Donato, á la luz discontinua de la luna, chispeaba como un diamante. De las pardas nubes, impelidas por el sudeste, escapábanse argentados copos que, con vuelos de mariposa, sumíanse dentro de las chimeneas, extendíanse sobre los tejados y torbellineaban en las fangosas callejuelas, semejantes á las papeletas electorales que invadieron á Urgain, escapándose, no de las callosas manazas de Loipea, sino, realmente, de las negrísimas garras del demonio de la política.

Digitized by Google

XIV.

COLEADAS DEL DIABLO.

Al café de *La Paz*, cuartel general del «puñadico», le hacía competencia la taberna de Aquilino Zazpe, centro popular muy activo de los carlistas. Aquilino, como todos los jornaleros de la tierra baja, donde el carlismo es opinión radicalmente democrática, con puntos y ribetes socialistas, era acérrimo partidario de D. Carlos y, con él á una, los miembros de su familia. Casildo, de adornarle alguna instrucción, habría hecho brillante carrera durante la guerra civil, porque su valor rayó, varias veces, en lo heróico, dentro de aquella reunión de valientes que se llamó el batallón de Radica; mas siempre permaneció en la categoría de aquellos voluntarios que, con el brazo arremangado, cargaban á la bayoneta contra triples fuerzas enemigas, y se apoderaban de los cañones tomándolos por la boca. Su fama hazañosa le aseguró gran influencia sobre los mozos de Urgain: era, por tanto, óptimo agente electoral.

El organista, que con el teniente de la parroquia sostenía el peso de la elección, diariamente daba una vuelta por la taberna á co-

Digitized by Google

municar órdenes, enterarse de las noticias y echar su párrafo con la Celedonia, cuyas frescuras y agudezas le divertían sobremanera. Y al par que con ella hablaba, le ponía en autos de historias, comúnmente rancias, que servían para mortificar ó abroncar á los adversarios, al verterlas, luego, la desenfrenada lengua de la forastera al caño de la fuente ó á la piedra del rio.

El organista solía pagar vasos de vino y copas de aguardiente á los parroquianos, y después, pretextando calentarse, se sentaba al fogón, en el fondo del tugurio, lejos de la concurrencia alborotadora. Y allí eran sus coloquios con Celedonia, la cual pocas veces dejaba de malherir á la Josepantoñi y los suyos, con visible contentamiento de D. Cayo, animado de franca antipatía contra los de Ermitaldea por causa de las elecciones.

—Sabe usté la gran noveá que tenemos?

—Chica, á eso vengo precisamente, á saber novedades.

—Pues que san dejau, cacho! la vergüenza, quiero icir, los papeles y fengimientos de vergüenza cacían, pa engañal á los bobos. Camí, á la hija de mi madre, no me han metido la patata. D. Mario entra en la casa, toos los días, como endenantes. Aus! aura será la boda; icen que lan tráido á la mueta un sombrerico de París. Icen, asimesmo, que sale yá á la juente, no á la del pueblo, sinó á lautra, la que está como se va páncia Estella, junto al Calvario. Cojea, pero anda, y se la desinflau el flemón.

Digitized by Google

Riyóse el organista, y volvió la cabeza porque en la claridad de la pared se pintaba la sombra rechoncha de Aquilino.

—Ya le hay dicho á usté, señor D. Cayo, que no haga pizca de caso á ésta mala perra, —dijo Aquilino con rostro indignado y respiración anhelosa—. Usté, que es hombre de güena concencia, como yo, ha de desprecial las habladurías y mentiras. Si metemos la mano debajo de la ceniza de éstos cuentos, la sacaremos untada de basura. Lo pior es que lan echau mis hijos. ¡Rabia me da, Virgenica de Ujél

Rabia le produjeron estas palabras á Celedonia.

—Peseta, padre! á usté le pasa lo caquél que, siendo burro ciego, por querer andar sobre lo enjuto, siempre se metía drento del barrizal. Páice usté un crío recién nacido, cacho! sin malicia nenguna, creendo que cualquier adifesio es un Santo Cristo. Güena está la Josefa Antonia; en la cesta de los melones cataus can surtido podre.

Á Aquilino le enfurecieron más éstas palabras, y se aproximó á Celedonia con gestos amenazadores, exhalando las notas mas chillonas de su voz:

—Embustera, endina, culebra del rastrojal! Ya toí lo que icías lautra tarde, cuando hablabas con la Rosica Chíes: que todo eran feguraciones de tu fantesía y sospechas del güen olfato.

—¡Aus, padre! Y lo que vió Casildico en la chabola, tamién eran pantasmas?

Digitized by Google

—Casildico no vió nada, ni le creo cuando habla de ésto; porque tú las embarullau la sesera, y ve lo que piensa. Interin, esa probe familia no pasa día güeno, aspada de vergüenza. La honra vale más que los intereses, y hasta la vida se pierde por ganala. Usté, D. Cayo, que es hombre de bien, debe icir que yo, el padre mesmo de la Celidonia, digo que el cuento de la Josefa Antonia con el señorico D. Mario, es pura mentira désta condenada, y así se lo hago sabel, dende aer, á cuantos ponen las patas en la taberna. Pero ésto es poco, Virgen Santísima! El domingo tas dir á Ermitaldea á confesar tu delito y pediles perdón, casí lo manda la dotrina á los güenos cristianos, y así quiero yo que se haga, porque soy hombre honrau. Y de igual manera quel amo paga los perjuicios de sus caballerías en el campo, el padre ha de remediar los chandríos de los hijos.

Celedonia, de un salto gatuno se puso de pie, y sin inmutarse ante la faz airada de su padre, se le cuadró galleando.

—Yo mai dir allí, yo? Diga usté, padre, llevaré el abanico pa quitales el sofoco?—preguntó, insolente y burlona.

Con los brazos en jarras dió un paseíto delante del fogón, y luego fué á sentarse junto á D. Cayo, añadiendo en tono despreciativo:

—Daría mi dote por saber quién es el guapo que me obliga á abajarme, ni aun delante del sunsuncorda!

Pronto obtuvo la respuesta; porque Aquilino, venciendo la pesadez de su cuerpo, se aba-

Digitized by Google

lanzó sobre un fajo de leña, tendido en el rincón de la cocina, y tomando una estaca, después de blandirla, descargó un buen porrazo sobre la espalda de Celedonia.

—Ésta, ésta, y las zarpas que te arrastrarán del moño, condenada!

Á no interponerse D. Cayo, continúa el vapuleo. Celedonia, pálida, apretados los dientes, cuajados en injurias y rencores los ojos, respiraba angustiosamente; por fin, cuando parecía se iba á caer desmayada por la dificultad de respirar, se desató el botón y rompió en llanto, convulsivo al principio y luego entrecortado de frases:

—Por icir la verdá!—El mundo es de las fengidas!—Aunque maspen no hay dir!

Más que las reflexiones de D. Cayo calmaron á Zazpe las lágrimas de Celedonia, que se refugió en un rincón como gata acosada, llenando el espacio de ayes y suspiros.

—Guárdeme Dios—decía el organista al yá aplacado padre—, de poner en duda la honradez de la Josepantoñi. Pero de ésto á suponer que el hecho sea imposible, ni aun improbable, supuesto el continuo trato y juventud de las personas, median muchas horas de camino.

Cruzó las piernas, ajustóse el lazo de la corbata, y bajando un poquito la voz, después de mirar de reojo á Celedonia, prosiguió:

—Además hay familias..... así..... cómo lo diré?..... á quien les sucede ciertas cosas, no una vez, sino varias..... familias de mal naipe..... porque lo malo es empezar.....

Los desahogos del dolor de Celedonia eran

Digitized by Google

menos bulliciosos que antes. El organista movió de derecha á izquierda la cabeza, en actitud de quien observa si le escuchan, y bajó nuevamente la voz, aunque no tánto cuanto fuera necesario para que la afligida moza cesase de oirla.

—Los viejos, pschél somos costal de cuentos antiguos..... ustedes, como forasteros, ignoran muchas cosas del pueblo..... en fin, á usted, que es hombre de recta conciencia y no ha de hacer mal uso, se le puede contar lo que, en honor de la verdad, pocas personas recuerdan ó saben ahora. Pero chitón, eh? Se lo cuento para que no tome usted tan á pechos las cosas, y se evite disgustos..... La abuela de Josepantoñi, la ciega, fué allá en sus tiempos, anteriores á los míos, pero lo he oido referir, una guapa chica, no comparable á la nieta, eh? que ésta procede del cruce de Oyarzun, pero de buen ver. Servía de criada en casa de Ezpelosin, el guardia de corps, cuyo hermano, llamado Vicente, llevaba sobre los huesos la piel de Barrabás. La Madalen era tiernecita; diez y siete años y blanda de corazón. Vicente contaba diez y nueve, y salió goloso de faldas, aún más que su hermano don Rafael, que es cuanto hay que decir..... en fin, hubo gatuperio, y gatuperio gordo. Dotaron á Madalen, y se casó con Pedro Fermín Oyarbide, padre de nuestro Juan Bautista y hombre que siempre demostró aversión á pagar primicias y, como se vió, también á cobrarlas. ¡Miserias, las ha habido y habrá! y ántes más que ahora, porque las Hijas de María han puesto

Digitized by Google

candado á muchos ventanos: es un bien incalculable el que causan éstas congregaciones, creando una especie de espíritu de cuerpo entre las muchachas é interesando su amor propio en que ninguna levante la bandera de parlamento. Pero ántes, ántes..... ha reparado usted cuántos apellidos de santos hay en el pueblo? pues todos ellos son hijos de la luna. Vuela el tiempo, y se borran las miserias, y los jóvenes hacen de las suyas ignorando las picardías de sus padres ó abuelos, á menos que no salga algún maldito viejo memorioso que tire de la manta..... Je, je, je! Chitón, amigo Aquilino.

Miró de soslayo el organista á Celedonia, que no resollaba. Notó el brillo de sus ojos, secos yá completamente, y despidiéndose de padre é hija, se retiró al punto que el reloj cantaba las siete de la tarde.

Las casas de los pueblos chicos son transparentes para la mirada alerta de la curiosidad vecinal. Husmear los asuntos de los convecinos y comentar sus actos, entretienen la ordinaria actividad de los cerebros de villorrio. La familia de Ermitaldea no vivía exenta de esta fiscalización, que es carga concejil forzosa, sobre todo cuando la malevolencia pinta un blanco á la curiosidad y la sazona con la pimienta del escándalo.

Eco del rumor público era Aquilino Zazpe al afirmar que la casa de Juan Bautista Oyarbide era teatro de abundantes disgustos. En esta parte acertaba el rumor público. Las frases de Casildo «está como una zorra, metidica

Digitized by Google

en la caseta de los leñadores con el señoico D. Mario. ¡Bien que se están quitando el frio los dos!», latigazo que cruzó el rostro del padre cuando iba á buscar á su hija la noche del suceso de Ezponaundi, renovando anteriores inculpaciones, suscitó, momentáneamente, sospechas que se disiparon con el encuentro de la carreta, donde abatida por vivos dolores físicos venía Josefa Antonia. El accidente del golpe explicaba la tardanza y se contraponía á la verosimilitud de la escena dibujada por *Cuadrau*. Al pasar delante del grupo de mujeres capitaneado por Celedonia, comprendió Juan Bautista que las miradas burlonas, cínicamente curiosas, y las frases de doble sentido, preludiaban nuevas calumnias. Éstas comenzaron á correr de boca en boca desde el día siguiente, falseando con pérfidas interpretaciones los hechos más inocentes. Juan Bautista llamó á la famosa curandera de Leiza, dejándose guiar del recelo que los aldeanos experimentan contra la medicina oficial, y las malas lenguas afirmaron que el rechazar los servicios del médico, obedecía al temor de que Perico Osambela revelase la farsa de la luxación del hueso de la cadera, fingida con el propósito único de substraer á las miradas del público, durante un par de meses, «otra dolencia más embarazosa».

Pero donde la murmuración derrochaba perfiles, pinceladas y rasgos, era al reconstituir la escena de la chabola, que Casildo solía confirmar á medias palabras. Tan circunstanciados corrían los pormenores, que al ánimo

Digitized by Google

leal de Juan Bautista le repugnaba admitir fuesen totalmente hechizos. Sus despiertas sospechas iban tomando cuerpo por el mutismo y aflicción de Josefa Antonia, que lloraba mucho, y lloraba sin causa ó motivo aparente. Por fin, cierta tarde que Mario entró á preguntar noticias de ella, su padre, con desabridas maneras, le intimó que cesase las visitas, materia de escándalos y murmuraciones. Y otra tarde que Josefa Antonia sufrió un acceso repentino de llanto, tomando pie de él, Juan Bautista quiso apurar la verdad del caso. De las explicaciones exigidas y dadas, sacó la convicción de la inocencia de su hija y averiguó, entonces, el gran servicio que le había prestado Mario, librándola del poder de los criminales. Noticia fué la segunda que afligió á Juan Bautista, por estimarse hombre ingratísimo y temerario agraviador de la honradez ajena. Y se fué en seguida á *Jauregiberri*, y le pidió perdón á Mario, instándole para que, de nuevo, honrase la casa de Ermitaldea con sus visitas, y manifestándole perdurable gratitud.

Apenas sosegó sus temores y sospechas la evidencia de que su honra, ante los ojos de Dios, permanecía incólume, amargamente herido por la extrema credulidad de sus convecinos, levantó la abatida frente y resolvió devolver golpe por golpe. Uno contra muchos, fácilmente sucumbe. Exacerbaron más y más los ánimos las recriminaciones del ofendido, ofensor á su vez, y cuantos se agriaron por ellas, sistemáticamente dieron crédito á las es-

Digitized by Google

pecies que le cubrían de vilipendio y desempeñaron el papel de propaladores de ellas.

Juan Bautista era hombre pacífico. Sus propósitos de represalias hubiesen quedado, en su mayor parte, incumplidos, pasado el primer momento, á no azuzarle su mujer Catalina, de genio vehemente, que otras mujeres, bien ó mal intencionadas, según los casos, enconaban, repitiéndole las patrañas y embustes que corrían por los sumideros de Urgain.

Rara vez volvía Catalina de la fuente sin traer que contar, entre lágrimas y rabietas, el dicho de la zutana ó de la mengana. Á éstas aflictivas escenas seguían disputas, pues la pobre mujer, no sabiendo contra quien dar, daba contra todos, sin causa ni motivo; y por hallarse los genios muy vidriosos, surgían recios altercados, allí hasta entonces nunca oídos.

Instaba Juan Bautista á Catalina para que trajese el agua de la fuente sita en el camino del monte. Pero ella obedecía á la atormentadora curiosidad de ciertos enfermos que registran tratados de patología y anotan síntomas y se diagnostican á sí propios gravísimas é incurables enfermedades. Apenas pudo tenerse de pie Josefa Antonia, le prescribió su padre el servicio de aguadora: pero recayó la muchacha por las prematuras fatigas, y hubo de volver la madre á traer agua fresca y noticias escaldantes.

Como sucedió á la primeras de cambio y se vió la tarde que la buena mujer entró en la cocina pegando tremendo portazo, sin cuidar-

Digitized by Google

se de los rastros de lodo que imprimió sobre el pulcrísimo suelo, por no calzarse las alpargatas que en el zaguán dejó dispuestas, coléricos los ojos, encendidas las mejillas, pálidos y parpadeantes los labios. Dejó la herrada, con un golpe seco, sobre el aparador. Su marido volvió la cabeza, barruntando tormenta; Josepantoñi levantó sus hermosísimos ojos garzos, lánguidos y melancólicos; Madalen, al fuego junto á su nieta, cesó de recorrer las cuentas del rosario.

Reinó profundo silencio, pronto interrumpido por la vertiginosa palabra de Catalina, sin que los estallidos de la cólera rajasen, del todo, las melosas cadencias oyarzunesas.

—Me acaban de decir, ah! no os lo figuraréis..... la Matiesa, la de Zubillaga, que han compuesto canciones contra nosotros y las cantan los mozos..... ¡aceite hirviendo les echaría por las gargantas! Esta vez no será mentira, al par de lo que inventaron contra ésa, me lo dice el corazón. Esta vez será verdad, ¡malditos! Dicen las coplas que usted, madre.....

Se acercó á Madalen, plantándose frente á ella, y acercándole su cara, de suerte que se fundían los alientos:

—Que usted, cuando moza, estuvo de criada en casa de Ezpelosin y tuvo un hijo del señorito; que entonces la vista de usted era clara y pudo contar las onzas que le dieron para tapar el boquete de su honra; que con esas onzas compró marido que aceptase para sí las obras de otros, y que con esas onzas levantaron esta casa, que nos cubre como las

Digitized by Google

sábanas de una mala mujer. Es cierto? Dicen verdad? hable usted! Me lo está gritando no sé qué boca dentro del pecho! Usted había de ser quien al cabo de cincuenta años nos manchara de vergüenza á todos! Porqué anduvo usted tan descuidada? porqué le hizo caso á un señorito que no había de casarse? porqué tenía usted tan poco juicio? porqué ha vivido tántos años? ¡Ojalá se hubiese usted muerto en el parto!

Catalina, frenética, iba á concluir, acaso, por pegar á la abuela, cuya cara lívida y jazpeada de manchones cárdenos, revelaba asombro y tristeza. Los rayos del sol jugueteaban sobre sus ojos inmóviles, donde subía lento el nivel de las lágrimas.

—Jesús bendito!—murmuraba con entonación lastimera—; quién saca, á deshora, éstos cuentos tan viejos?

Sus dedos, gruesos y torpes, comenzaron á recorrer convulsivamente las cuentas del rosario.

Josepantoñi, cabizbaja y las manos al rostro, pugnaba por ocultar el rubor de sus mejillas. La afrenta de la abuela, hasta entonces centro de veneración por el doble prestigio de la ancianidad real y de las virtudes supuestas, llevada á cabo con sangriento desacato, opuesto á los hábitos familiares, disonaba tánto en los oídos de la muchacha cuanto una blasfemia dentro del santuario. Atentamente, por entre las rendijas de los dedos, observaba la fisonomía de su abuela. Contaba las gotitas de sudor sobre la pálida frente, los mancho-

Digitized by Google

nes rojizos de la piel, el temblor de las manos que hacía castañetear las cuentas del rosario, el rapidísimo aleteo de los párpados que, al cabo, con su presión, produjeron escurrimiento de las lágrimas: lágrimas de viejo, tardas, frías, destiladas por árida entraña, amargas como el ajenjo del desierto. Josepantoñi, silenciosamente, con las suyas acompañó aquellas lágrimas.

Catalina triunfaba del abatimiento de la anciana, confesa por su silencio, y comenzó la disputa entre la mujer que denostaba á su suegra y el marido que, atajándola, defendía á su atribulada madre. La disputa se eternizó, complicándose y desviándose con la recriminación de esos fútiles agravios que ni en las familias mejor avenidas faltan totalmente; los cuales, no habiendo causado á su tiempo disgustos de monta, venían ahora á producirlos por el distinto estado de ánimo de los contendientes. Por último, Juan Bautista cortó la reyerta imponiendo su autoridad marital, que selló los labios de Catalina y abrió las fuentes de sus ojos. La tristeza sucedió á la cólera. Dos ó tres horas después, cuando entró José Martín, al volver del monte, nada de particular reparó en sus amigos: verdad es que José Martín, de bueno, tenía todo, y de lince, ni algo.

Cuanto peores cosas sonaban contra los de Ermitaldea y más relaciones de éstos se interrumpían, mayor empeño demostraba José Martín por acreditar la fina inalterabilidad de sus sentimientos. Menudeaban sus visitas hasta el punto de ser casi diarias: brindábale oca-

Digitized by Google

sión el ir y venir á sus heredades, sitas en las cercanías de la casa. Acogíanle con gusto y agradecimiento, y él servíales de consuelo, no ciertamente por sus palabras, pues José Martín era taciturno, de suyo, y estaba, además, cohibido, sino por el afecto que les demostraba. Sentábase sobre la mesa, extendía las largas piernas, y sin pronunciar, apenas, otras palabras que el saludo de entrada y salida, replicaba monosilábicamente á las preguntas, oía la conversación, fumaba su pipa, y dirigía, de cuando en cuando, amorosas miradas á Josefa Antonia, poniéndose en seguida muy colorado y bajando los ojos si ella, casualmente, le miraba también.

José Martín llevaba un proyecto fijo clavado en medio del entrecejo. Pero le faltaba ánimo para realizarlo, y ocasión oportuna. Quería casarse con Josepantoñi. Pero quién se casa, sin entenderse antes con la novia? Aquí comenzaban los apuros de José Martín: en el busilis de la declaración, precisamente. Ni ella daba pie, ni él se lo tomaba, ni parecía capaz de tomárselo, porque la idea de tocar el punto le ponía carne de gallina y le sumía las palabras en las más hondas simas de la garganta. Josepantoñi no salía de casa ni estaba sola un momento: dificultad sobre dificultad.

José Martín, heredero de la casa Zubizar, era el labrador más rico del pueblo, y yerno á todos *apetecible*. Su predilección por Josepantoñi contribuía á exacerbar la enemiga contra ésta: la envidia es madre fecunda de antipatías. Nunca temió la oposición de los padres;

Digitized by Google

pero ahora, cuando muchos les volvían la cara y ellos rehuían el trato de muchos, se le figuraba que aun sería mejor quisto, y que la gratitud avivaría la nota de amistad pura, única que hasta entonces diera de sí el trato de la muchacha.

Curóse, del todo, Josepantoñi y reanudó sus faenas habituales. Al obscurecer iba por agua, no á la fuente del pueblo, sino á *Bekoiturri,* manantial camino de la sierra, sito en el fondo de una hondonada. Acechó los viajes José Martín, y sobreponiéndose á la cortedad de su genio, una tarde se avistó con ella.

Corría el agua del charlador arroyo por el centro de la húmeda pradera, donde revolaban las mariposas. Los negros matorrales de las márgenes prendían con florecillas blancas sus revueltas é incultas cabelleras de gitanas. El viento movía blandamente las tiernas hojas de los sauces; los chopos, parecidos á rígidas lanzas, rayaban el carmíneo crepúsculo. Por el portillo del grisiento anfiteatro de colinitas arcillosas, divisábanse el fresco verdor del trigo y las amarillas flores de los nabares.

Desde la cimbreante rama del sauce, un ruiseñor tempranero, derecho el cuerpo, colgantes las alas y erguida la cola, enviaba sus melancólicos gorjeos y suavísimos trinos á las crecientes sombras estrelladas.

Josepantoñi inmóvil, suspensa, por primera vez entendía la pasión amorosa del canto, hasta entonces oído y no escuchado, sus apremiantes llamamientos, sus quejas lastimeras, sus encendidas ansias, su loca alegría: la ma-

Digitized by Google

ravilla de las estrofas, susurro de flores ahora, luego lluvia de perlas sobre bandejas de plata. Y si le recordaban sueños imposibles y dolores amargos, también le hablaban de la virtud soberana de la vida, que muda los anhelos y aplaca las penas. Sensación nueva, que completaban, la tarde con sus arreboles, las plantas con sus matices, las aguas con su fluir continuo y con su resplandor el lucero.

Sonaron pisadas cerca, y Josepantoñi se estremeció. La aventura del monte la había vuelto asustadiza. José Martín estaba á su lado.

—Qué bien canta el ruiseñor!—exclamó, seca la boca y desmayados sus propósitos, por decir algo—. Si te gusta, te lo cazaré. Tengo alguna habilidad; no sería el primero.

—¡Oh, no, pobrecillo! Viva libre, como Dios lo crió.

Callóse José Martín, luchando con su encogimiento.

—Ves? oir nuestras voces y volar á los matorrales más lejanos, todo fué uno. Anda, ponme la herrada.

José Martín colocó sus manos encima, no para levantarla, sino para impedir que Josepantoñi la moviese de la piedra. En seguida, apelando á todo su valor, balbuciente la lengua y encarnado el rostro:

—Josepantoñi—dijo—, he venido por verte.

Ella se sonriyó con amable expresión.

—Es poco, sin duda, lo que me ves en casa? Y para verme te desvías del camino, pudiendo hartarte á menos coste? Ah, tonto!

Éstas palabras, dichas sin asomo de ironía,

Digitized by Google

con ingenuidad perfecta y sin cesar de sonreirse, desconcertaron, empero, á José Martín. Agarró la herrada y la puso sobre la cabeza de la muchacha, sin atreverse á mirarla. Echaron á andar, ella delante, y subieron la cuestecita sin desplegar los labios. Él contaba los pasos, y formaba el irrevocable propósito de reanudar la conversación y enderezarla á sus fines en cuanto llegaran arriba. Desde allí, á un tiro de escopeta, se divisaba Ermitaldea, blanca entre los verdes castaños, y más lejos, el juego de pelota y las primeras casas del pueblo.

José Martín cumplió consigo mismo, á costa de sudores y azoramientos. Situóse á la izquierda de Josepantoñi, acortando el paso, y deteniéndose, por fin. Ella, igualmente, se detuvo. José Martín extendió el brazo y señaló un punto próximo á Ermitaldea. Su mano temblaba.

—Nuestras eras están juntas, tocándose. Con las dos, fácilmente se puede hacer una sola, donde trillar vuestro trigo y el mío. Te acuerdas cuánto trabajamos durante el verano? Qué valiente eres! Tus hermanos, alguna vez, descansan; tú estás siempre sobre el trillo, arreando al ganado, ó con la zaranda cribando la miés. No á las mujeres, sino á muchos hombres, les aventaja tu resistencia y remango. ¡Cuánta abundancia y orden habrá en la casa de que seas dueña! Si de mi voluntad dependiera, listos se irían los años por llegar á los días de las parvas. Siempre disfruto viéndote, pero entonces se dobla mi gusto. A

Digitized by Google

tu era y la mía las separa una banda de yerba, que ajan las pisadas, el polvo y el sol. Pronto se borra; sin embargo, nunca pones los piés en mi era: parece que hay entre ellas un foso ancho. Porqué no has de trabajar en la mía? Cosa más fácil! Yo hago las labores con criados, y ninguno de los que me acompañan mira lo mío como suyo. Esta idea me entristece.

La voz de José Martín era grave, ligeramente trémula. Josepantoñi á las primeras palabras levantó, sorprendida, los ojos, porque no entendía el alcance de aquellas frases que parecieron, momentáneamente, no venir á cuento; luego las siguientes le obligaron á bajarlos, ocultando la mirada detrás de las negras pestañas.

—Si de verdad deseas que en tu era haya quien mire como suyos tus bienes y se complazca en ellos, cásate. Nadie como la mujer conserva y vigila. José Martín, yá llegó tu tiempo, y antes de que se pase, aprovéchalo. Labrador rico cual tú, no está bien sin esposa. En Urgain hay varias muchachas que, aunque más pobres, te convienen por su honradez y el cariño que te han de tomar. Todas se estimarían felices con tu preferencia. Y si buscas cosa mejor, los pueblos del valle te lo darán.

Josepantoñi, al concluir, volvió á poner sus ojos sobre José Martín, dirigiéndole una mirada donde la más ingénua amistad sonreía.

—En Urgain—prosiguió el mozo, animándose—y en los pueblos vecinos, hay mucha-

Digitized by Google

chas buenas y guapas, que podrán convenir á otros. Todas me sobran; para mí, aquí y allá, dentro y fuera, Josepantoñi, sólo hay una! Una, me entiendes, verdad?

La cara de Josepantoñi, sin palabras, le contestó afirmativamente. Sí, le entendía, de pronto, sin preparación alguna. ¡Había vivido tan lejos, hasta entonces, del círculo donde se movían los afectos de José Martín! Nunca se paró á escudriñar el verdadero alcance de las asiduidades del mozo, apesar de las bromas que, amenudo, le daban amigos y parientes! Ni José Martin, tampoco, hacía nada por insinuarse; mostrábase afable, cariñoso, pero circunspecto, taciturno más bien. Hablaban, acaso, sus ojos, prendidos al rostro de ella; denunciábanle, acaso, los chispazos que brotaban de la habitual languidez de la mirada, cuando ella le dirigía palabras afectuosas; pero ella no se cuidaba de las miradas de él, absorta en la inconsciente saturación de otros ensueños.

Josepantoñi inclinó la cabeza sobre el pecho, que aleteaba. Estimaba á José Martín, y le dolía afligirle con un desengaño.

El largo silencio del mozo, su perenne taciturnidad soltaban, ahora, abundante vena de palabras.

—Hace tiempo, mucho tiempo que me proponía hablarte, Josepantoñi, y decirte que te quiero. Que á mi dormir y despertar acompaña el deseo de tomarte por esposa. No me atrevía y hoy, sin saber cómo ni porqué, me atrevo. Está subido el corazón á mis labios, y

Digitized by Google

habla sin permiso mío. Atiéndele, Josepantoñi, que dice verdades. Nada te faltará, aunque más mereces; ni cariño, cariño viejo que no se muda, ni casa y hacienda donde seas dueña y mandes á tu antojo. Soy solo: llevóse Dios á mis padres, que pudieran mandarme. Casáronse mis hermanas, y dotélas según el testamento que me nombró heredero: nada tienen que ver conmigo, fuera del cariño y de los sucesos adversos que pueda yo remediar con mi mano, para ellas siempre abierta. La casa de Zubizar no tiene deudas. Soy libre como el rey. Quinientos robos anuales de trigo cosecho; y en proporción patatas, alubias, garbanzos y maíz. Á dos yuntas de bueyes y á cinco vacas con sus ternerillos les echo pienso, y los balidos de cincuenta ovejas alegran el monte donde corto mi leña y mi helecho. Con cerdos de casa nos mantenemos, y aun vendo diez ó doce en los mercados de la villa, Irurzun y Pamplona. Quiéres que te diga cuántas onzas ahorro al año? Ya las contarás cuando sean tuyas. Por muchas criaturas que vengan, no pasaremos apuros. Ignacio, el criado joven, cayó quinto há poco; en su lugar tomaré criada que traiga el agua y lleve la comida á los peones; además tenemos á la vieja Leocadia, que aun vale para guisar. He observado que eres mujer de buen gobierno. Cuando yo vaya al campo, tú me llevarás la comida, y comeremos juntos. No quiero que labres la tierra, sino que cuides de los hijos, de los criados, de la casa y de la ropa, y lo tengas todo limpio y ordenado, como tu ma-

Digitized by Google

dre; fuera de la época de las parvas, donde cada cual arrima el hombro, á la hora que el moverse del amo da prisa á los gañanes. Además que entonces querré verte, de nuevo, como te he visto tántas veces, con gloria de mis ojos, activa y animosa, cantando mejor que el ruiseñor de *Bekoiturri*, entre las pajas aventadas que brillan al sol!

Callóse el enamorado mozo, poco menos que exhausta, con éstos raptos, la vena de su facundia, próxima yá á sellar sus labios la taciturnidad montañesa. Josepantoñi nada replicaba, caída la cabeza sobre el pecho, ruborosas las mejillas. La embriaguez de José Martín desaparecía por momentos y se impregnaba de la tristeza de Josepantoñi, como si del alma de ésta pasase á la suya. Buscaba palabras, titubeaba. ¡Era tan delicado lo que le restaba añadir, sugerido por la actitud retraída de ella!

—Míra, Josepantoñi, á mis oídos han llegado las cosas..... las mentiras..... que contra ti corren..... Como hay Dios, no las creo; Josepantoñi, no las creo! Pero cuentan táles y táles cosas..... táles mentiras..... mil veces disputé é hice callar á los mozos! Pero..... en fin..... te hablo con el alma..... como en la hora de la muerte..... no te enojes!..... aunque fuesen verdad.....

Se le atragantaban las palabras, se le enzarzaba la lengua.

—No me importan!—gritó, por fin, pálido, hondamente emocionado—. Otros cierran los ojos por interés..... yo, porque te quiero!

Digitized by Google

El recuerdo de las calumnias estaba atormentando, hacía algunos instantes, á Josepantoñi; y al oir las palabras de José Martín, que admitían la hipótesis de su realidad, indefinible mezcla de sentimientos, congoja, cólera, sonrojo, indignación y gratitud hervoreó en su pecho.

—Soy honrada!—exclamó con voz firme y sinceridad perfecta y aun con derecho perfecto de afirmarlo, apesar del momentáneo deliquio que rindió su virtud á discreción de Mario, y que no olvidaba.

Resplandeció la fisonomía de José Martín, pero ella le atajó la palabra, diciéndole:

—Mientras viva guardaré aquí—y señalaba el corazón—tus palabras y tu cariño, hoy más que nunca honroso. Ahora no pienso en casarme.

Y se alejó rápidamente, camino de Ermitaldea, dejando suspenso á José Martín tan repentina marcha y la intensa mirada que le dirigió, y en la cual creyó notar cierta expresión nueva, más suave é íntima que la gratitud, endulzorándosele la pena causada por la negativa.

Gorjeaba el ruiseñor de *Bekoiturri*, y desde el cielo la limpia luz de las estrellas traía un sentimiento de esperanza.

Digitized by Google

XV.

SOMBRAS.

D. Juan Miguel, azuzado por Robustiana, entabló sus diligencias contra los de Ugarte, con la celeridad que permiten las leyes, sin levantar mano.

Mario sabía que la oposición legal era improcedente, y se abstuvo de intentarla. Hizo hincapié en el avalúo de los bienes, pero sin lograr cosa de provecho: los peritos se atuvieron al valor actual, inmediato, de las fincas, desentendiéndose del aumento que fácilmente le podría incorporar la construcción de los caminos de acarreo necesarios para la explotación forestal de *Ataungo-bidea;* como base del justiprecio de las casas, tomaron el valor ruín de la edificación urbana en Urgain. El avalúo resultó legal, y aun justo, con justicia farisáica, inícua. El negocio era yá óptimo, pero se aproximaba el instante de redondearlo, apurando las diligencias y exprimiendo las circunstancias. El acreedor, implacable y codicioso, se restregaba las manos.

Sonaba la hora de la ruina, precedida de edictos y subastas. El desahucio de la casa solariega, la caída desde pedestales seculares,

Digitized by Google

la desaparición por la honda sima del pueblo anónimo. Un poco de espuma sobre el verdoso abismo que se cierra, y luego..... nada: la inmensa extensión del mar sobre los náufragos.

Y junto á esta ruina, dominándola y achicándola con la tremenda proporción que aun las catástrofes guardan, otra más desgarradora, é igualmente irremediable: la gravedad de la lesión cardiaca de D.ª María estallando con violencia horrible, tras largos años de insidiosa marcha. Y para que todo fuese lamentable, el estallido, provocado por una violenta escena entre ella y María Isabel!

Cierta tarde bajó ésta de su cuarto, y poniendo delante de su madre una carta, con voz trémula de ira y despecho, dijo:

—Alégrese usted! Saque las colgaduras y adorne los balcones. ¡Ya no se empañará el limpio brillo de nuestro escudo de armas, ni padecerá nuestro orgullo de mendigos! Mas si usted se hincha de júbilo, repare que es á coste de mis lágrimas y de un bofetón estampado para siempre en mis mejillas. Oh! de no oponerse usted á mi boda, se hubiese verificado há tiempo. Qué perdíamos con ella? Tan poco vale la benevolencia del acreedor que, ahora, ignominiosamente, nos echará de casa? ¡Y usted es la mujer de juicio! yo la niña casquivana! Gócese usted en su obra. Sí, ésta halagüeña situación, es cosa suya, exclusivamente suya! Ay de mí! habré de vivir emparedada en algún caserío de Bizcaya, ó ponerme á servir en algún balneario; me tomarán dondequiera de doncella, gracias á mi tipo

Digitized by Google

fino. Las señoritas pobres somos incasables, á no ser por casualidad, y la mía se me escapó de entre las manos. Por culpa de usted!.

D.ª María rechazó el papel, y sintiéndose sin fuerzas ni ánimo para corregir las faltas de respeto, intentó retirarse. María Isabel la retuvo violentamente del brazo, y la obligó á oir la lectura de la carta, que decía así:

«Señorita. Yo también, como usted, he luchado contra la oposición de mis señores padres, que ha ido arreciando á medida que se enconaba la herida abierta por el desaire que D.ª María nos infirió.

»Mi padre, á quien mi tenacidad molesta, me deja reducido á mis personales recursos de médico, que son notoriamente insuficientes para mantener á usted con el decoro que exigen su rango, educación y hábitos.

»Me espanta la idea de causar nuestra común desdicha, y sobre todo, la de usted.

»Pienso proseguir mi carrera hasta obtener el grado de doctor en la Facultad de Madrid, donde residiré el curso próximo. Acaso, entonces, se abrirán horizontes más risueños.

»Miéntras, señorita, le devuelvo su palabra, de igual suerte que yo recobro mi libertad de acción, afirmándole que durante no breve tiempo, persistirá el más dulce recuerdo de su persona y del cariño que resueltamente me ha demostrado, sobreponiéndose á graves obstáculos, sin que hayan fracasado nuestros proyectos por su culpa. Queda de usted afectísimo amigo y servidor que besa sus piés.....»

Digitized by Google

Traía la carta la firma de Perico, simple amanuense, en vez de la de Robus, cuyas eran las frases, femeninamente premeditadas para agrandar el estrago.

La primera lectura, con el atropellamiento y confusión de lo imprevisto, no dejó percibir á María Isabel sino el hecho de bulto y saliente. Pero la segunda filtró gota á gota por sus oídos el veneno corrosivo de cada palabra, de cada cláusula: el desquite, la mentira, la ironía, el repudio cínico de los compromisos de él, su desdén á las pruebas de amor de ella..... Y pateó y lloró, juntando en uno, la inmoderación de la chiquilla voluntariosa y la violencia de la mujer madura, convulsionada por la rabieta neurótica que busca fantásticos culpables y deja en paz á los verdaderos, antes que confesar el error propio y reconocer la exactitud de las advertencias ajenas. Doña María, bajo la impresión del oprobio, á los reproches é insultos de María Isabel, replicaba:

—Cómo te atreves á recriminarme, necia, aun mas que díscola? Mi oposición la justifica el suceso que te abochorna. Sólo el nieto de *Chaparro* es capaz de escribir esa carta, de faltar á su palabra de ese modo..... Los que carecen de vergüenza, obran sin vergüenza. Hay personas cuya indignidad viene de casta. Bueno era el porvenir que te esperaba, unida á ese hombre vil! Escarneciste mi potestad materna, los derechos que me transfirió Dios. Te volviste despreciable..... y un nieto de *Chaparro* te desprecia. Justicia!

Las frases amargas y crueles se cruzaban

Digitized by Google

como los aceros de un duelo, lanzadas por la voz clara y vibrante de María Isabel y por la extraña voz bitonal de su madre, que se iba enronqueciendo y apagando, hasta que Mario con su presencia puso fin á la disputa. Las criadas, sin atreverse á intervenir, escuchaban detrás de las puertas.

Aquella noche no pegó ojos D.ª María. Su hija despreciada por Osambela! Este era el arpón clavado en su orgullo; la idea que cual una cuña le desarticulaba el cerebro. Dolíale, aunque otra cosa hubiese declarado, el imprevisto rompimiento, al par de supremo ultraje! Despreciada una Ugarte por quienes debieran recibirla bajo palio, como á una soberana!

Al día siguiente, su aspecto daba pena: lívida, sumidas las sienes y mejillas, estirada la boca, relucientes los ojos, bajas y cárdenas las ojeras, absorta la mirada; la triple mascarilla de la vejez, la locura y la muerte pegada sobre la faz huesosa. Se pasó el día de habitación en habitación, subiendo y bajando pisos, sin probar alimentos. Por la noche cenó con apetito voraz y comenzó á hablar naderías y futilidades, con locuacidad irrestañable que le secaba la boca, á bromearse con sus hijos, á reirse estrepitosamente y sin motivo. Decía que era llegada la hora de pasar la vida alegremente, de hacer giras al campo, de olvidar los disgustos y quebraderos de cabeza, de ampliar el círculo de las relaciones, de atraer gente joven á la tertulia. «Esta casa—decía—hasta ahora ha sido un convento; desde ahora ha de ser un salón de baile.» Afirmaba que su

Digitized by Google

salud era más perfecta que nunca; había engordado mucho; y para demostrarlo se levantaba las sayas y enseñaba los tobillos deformados por el edema. Pidió á Mario que se sentase al piano y tocase valses, mazurkas, polcas, que ella acompañaba golpeando las arandelas con una cucharilla. Luego se fué al musiquero y rebuscó entre los volúmenes desparejados, antiguas romanzas que ella cantaba muy bien de soltera, con su hermosa voz de contralto. «Todas son tristes! En mi tiempo las muchachas éramos muy románticas; corríamos tras de lo tétrico. La edad muda los gustos. De vieja me agrada lo alegre.» Por fin, salió «El Rey de los espectros».

—Aquí hay unos cuantos compases cuyo ritmo parece como que toma las curvas suaves del vals. Te acuerdas? las zalamerías de la Muerte al niño para llevárselo. En cuanto lleguemos al pasaje, lo repetiremos hasta que nos canse.

Mario, refrenando su pena y disimulando la mortal congoja, atacó briosamente los compases del prólogo: sonó el velocísimo martilleo del galope que se acerca. Su madre emitió las primeras notas de la inmortal melodía, susurró la pregunta «quién pasa á caballo—en alas del viento?» Su voz se había limpiado; quedábale cierta ronquera que perfilaba los toques tristes del canto. Continuaba el ritmo de cabalgada, ahora sonoro, luego obscuro, repercutido misteriosamente por las montañas, y sobre este fondo anhelante, se iba dibujando el cuadro; el niño arrebujado contra el pe-

Digitized by Google

cho de su padre, la vertiginosa carrera, el rey á los alcances, los copos de bruma. Llegaron al pasaje en que, por primera vez, habla el rey al enfermito. Mario tembló; su madre pretendía alterar el ritmo, influída por su idea fija del vals; hubo un instante de titubeo, pero el verdadero movimiento de la melodía arrastró á la cantora, la cual dijo con dulzura de sirena las dos estrofas de la Muerte, y con extraordinario colorido dramático el diálogo entre el niño fascinado y medroso y el padre que, fingiendo tranquilidad, pugna por huir á galope, siempre á galope..... El grito de agonía del niño, sobre todo, fué maravilla de expresión. Mario no se recobraba de su asombro. El fuego sombrío de los ojos de su madre, se había apagado. En vez de llamas tenían lágrimas.

D.ª María cayó en un ensimismamiento que sus hijos respetaron, absteniéndose del más leve ruido. Las primeras campanadas de las doce, no las percibió; las últimas, sí, y pareció dispertarse de un sueño; miró al cuadrante y exclamó «Jesús!» con asombro. En seguida se retiró á sus habitaciones. Mario las estuvo rondando, sin acostarse; la noche transcurrió tranquilamente. Cuando entró á darle los buenos días, notó que la expresión de la cara de su madre, era la habitual; estaba algo más triste y pálida que de ordinario. Hubo, por la noche, tertulia, y jugó su partida de tresillo. Ella disimulaba la tristeza que sentía dentro del pecho: tristeza de plomo, compacta, sin resquicios de júbilo.

Digitized by Google

Á poco de servirse la cena, se levantó repentinamente con la violencia de un muelle que se dispara. «Me ahogo! ¡Aire!», exclamó, y comenzó á dar vueltas por el comedor; pero pronto hubo de detenerse junto á la ventana, y pegó su cara, húmeda de sudor frío, al cristal, anhelosa y frecuente la respiración, violáceos los lábios, espantados los ojos. Sentía un peso enorme sobre el corazón; experimentaba el enrarecimiento del aire, no en los pulmones solo, sino de una manera difusa, en todas las venas y arterias; disminuía el oxígeno de la sangre, produciéndole una angustia indefinible, aguda, la angustia de una pausa de la vida.

Mario, aterrado, se precipitó sin saber á qué; le flaqueaban las piernas, y entre sollozos exclamaba: «Mamá, mamá». María Isabel salió corriendo del cuarto llamando á las criadas. D.ª María, al ver encima de sí á Mario, como si le interceptara el aire, lo apartó violentamente, y agarrada al pabellón de los cortinajes, pateaba el suelo. Entraron las criadas, y sobrecogidos todos, contemplaban el lamentable espectáculo, sin ocurrírseles ningún remedio, cohibidos por los enérgicos gestos negativos de la enferma, apenas alguien pronunciaba la palabra «médico».

Al cabo de ocho ó diez minutos aplacóse el ataque de disnea, y quedó D.ª María hecha un trapo, rendida, sin fuerza, con los miembros en resolución y el pecho jadeante. Sentándola en una silla la llevaron á la cama; su cuerpo estaba frio y pegajoso, como si saliera de un baño de gelatina. Propináronle reme-

Digitized by Google

dios caseros; té, unas gotitas de coñac, terrones de azúcar mojados en flor de azahar. Apenas se acostó, se reprodujo la disnea y quiso arrojarse de la cama. El cansancio era tan grande, que apenas podía moverse. Recostado el cuerpo en una pila de almohadones, abierta la boca, dilatadas las ventanas de la nariz, y con la misma expresión de espanto en los ojos, comenzaron á sucederse las horas lentas de la noche. El organismo, por efecto de su abatimiento, reaccionaba menos contra las angustias del ahogo, padecía de un modo más pasivo. D.ª María no se acordaba yá ni de la ejecución pendiente sobre los bienes, ni del indigno deporte de Perico, ni de la conducta de María Isabel. Sus pensamientos todos estahan embebidos en la idea de su enfermedad, de la muerte, de las torturas de la asfixia. Abstenía se hasta de mover un dedo, temerosa del paroxismo disnéico que pudiese provocar; figurábasele que su vida estaba pendiente de un hilo de araña prendido al corazón, y permanecía quieta. De cuando en cuando le asaltaba el miedo de que iba á reproducírsele el ataque; á su juicio, se le paraban los pulsos, se detenía la onda sanguínea; el espanto la cubría de sudor helado. Sus sueños los interrumpían pesadillas inspiradas en una idea única: que la habían enterrado viva, que estaba en el fondo del rio, que habitaba una torre cuyas puertas, ventanas y rendijas se iban tapiando sucesivamente, para impedir la renovación del aire y agotarlo. La muerte le asustaba por el sufrimiento físico, y no concebía

Digitized by Google

el morir sino como lentísima asfixia, que la había de matar con refinados tormentos. Desde que le escaseaba, el aire simbolizaba todo lo hermoso y bueno del mundo: aire los colores, aire los perfumes, aire la música, aire la ventura, aire el sol, aire el cielo azul. El aire lo percibía en los movimientos de las personas, en los pliegues flotantes de sus vestidos, en las ramas del jardín, llenándolo y rodeándolo todo; ese aire invisible y suave lo quería para sí, sin lograr captarlo y bañar en deleitosas ondas de vida el pecho, opreso por las ansias de la muerte.

Al amanecer, se apoderó de la enferma un sueño profundo; su busto resbaló lentamente desde el montón de almohadas, hasta quedar del todo caído sobre el lado derecho; el brazo pendía fuera de la cama, acentuando los rasgos de extenuación que el cuerpo presentaba. Mario no se atrevía á respirar, siquiera; pero á veces, cediendo á la ternura y con precaución exquisita, depositaba un beso silencioso, casi sin contacto de labios, pero largo como un beso de despedida, en la mano pálida y yerta. María Isabel les acompañó hasta las cuatro, dando señales de verdadera aflicción, con la volubilidad propia de sus sentimientos; á esa hora se retiró escalofriada y mantuda.

Tres ó cuatro horas después se despertó D.ª María, con un nuevo ataque de disnea, provocado por la postura; se disipó pronto. La enferma pidió levantarse, y tras de inútiles negativas, hubieron de llevarla en el sillón hasta los cristales. Con cuánta envidia con-

Digitized by Google

templaba á través de la empañada vidriera, la fuente rodeada de alegres *neskachas!* La salud, la salud! para ella era yá como las hojas que esparce el viento en la postrera otoñada del árbol.

Por la tarde llegó de Vitoria el médico Landazuri, llamado telegráficamente. Interrogó, auscultó y palpó largamente á la enferma, y examinó detenidamente los trazados de las pulsaciones arteriales, pues habiéndole prevenido Mario que se trataba de una cardíaca, tuvo la precaución de traerse el esfigmógrafo. Concluído el minucioso reconocimiento, salió del cuarto, tétrico el mirar y sombría la cara.

En el gabinete de los retratos, con frase breve y lenguaje de exactitud geométrica, expuso el diagnóstico y pronóstico. Tan honda era la preocupación de Mario, que no logró asimilarse el discurso técnico del médico; ciertas palabras siniestras se le quedaron grabadas: «lesiones valvulares..... estrechez é insuficiencia mitral..... éxtasis sanguíneo..... desequilibrio de la compensación..... asistolia..... terribles complicaciones posibles..... evolución lenta de un aneurista reciente de la aorta.....» Pero se le estereotipó en los oídos y corazón el amargo pronóstico, la sentencia cruel é inapelable, y las últimas palabras de Landazuri: «El mejor favor de Dios que pudiere recibir esa señora es, que la lesión vascular, el aneurisma de la aorta, independiente de la lesión valvular primitiva, evoluase rápidamente y se rompiese el saco..... Sería un pistoletazo, darle canilla á la arteria; pero cualquier cosa

Digitized by Google

es preferible al agotamiento de la acción cardíaca, á esa vida en la muerte que es, cesar de vivir y seguir muriendo, á la agonía inacabable en una butaca.....» El médico, ante la visión horrible de los sufrimientos futuros, se había olvidado de que su interlocutor era el hijo de la enferma y trazaba, impertérrito, el cuadro sintomático: su palabra era triste, pero sin velos, tremendamente sincera.

Mario, solo yá, se mesaba los cabellos.

—Dios mío, porqué no otorgáis una muerte suave á mi pobre madre, que es tan buena? No os parece bastante la amargura con que la venís atribulando? Señor, sed misericordioso; heridme á mí. Si mi madre muere, que muera sin esa espantosa agonía. Que se duerma, como un niño, en vuestros brazos.

Y tendía sus manos y volvía sus ojos al crucifijo de marfil, imagen divina del perenne dolor de los hombres.

Desde aquel día, no se separó de su madre. Cesó sus salidas de casa, cargándose todos los cuidados que la enferma, implacable, rehusaba á las manos de su hija. Horrorizábanle los ataques de disnea; en evitarlos y atenuarlos ponía su mayor empeño. Presenciaba, taciturno y atribulado, los fracasos de la medicación, las quiebras del método paliativo. «Incurable! incurable!» Esta palabra rondaba sus oídos y la llevaba su espíritu cual un estampado del sello de la desesperación. Trajo de Madrid libros de Medicina, tratados de especialistas acerca de las enfermedades cardíacas, y en sus páginas aprendía el cruelísimo arte de

Digitized by Google

perder la esperanza. Su falta de conocimientos médicos y preparación científica daba por resultado que sus nociones frescas formasen un baturrillo. Veía síntomas que aun no se habían presentado, y se le ocultaban los patentes. Pensaba que el cuadro clínico había de corresponder, a por b, al cuadro descriptivo, y le desorientaban los saltos y lagunas del proceso morboso. Sobre todo, quería aquilatar la exactitud del diagnóstico, y únicamente lograba amontonar dudas sin solución.

Por fin arrojó los libros al fuego; pero el terrible encasillado de los síntomas y de las complicaciones se quedó dentro de su cerebro, sin que ya cupiese la comprobación que el confuso recordar le pedía.

El estado de la enferma fué mejorando. Pasaba tranquila las noches, durmiendo varias horas. El edema, extendido por las piernas, disminuía. Ella se opuso á que Mario continuase velándola, y alternaron las muchachas. Ya tenía vagar Mario para atormentarse con la segunda desgracia, incurable también. El término judicial finaba: pronto sonaría la hora de salir de casa y sumar á la enfermedad la pobreza.

Las elecciones y la ruina iban á llegar pisándose los calcaños: la calamidad pública primero, la privada después. Mario sabía por el Párroco la exaltación furiosa de las pasiones políticas. Estando D. Javier presente, recibió un fajo de candidaturas de Zubieta, y el Abad, apesar de ser carlista, le pidió, más que por Dios, apoyase la tercera candidatura, como recurso para desviar las corrientes contra-

Digitized by Google

puestas del pueblo. «Cada hogar – decía—es copia del infierno; cada hombre, encarnación del demonio. Hay muchas lágrimas, y me temo que hasta sangre ha de correr. Satanás, y no otro, es el inventor de semejantes sistemas políticos.» Mario rehusó bajar al palenque.

Volvió á sus paseos, pero sólo á los matutinos. Salía á las seis, después de enterarse del estado de la enferma. Á las ocho saludaba á su madre, y ya no se apartaba de ella; generalmente la veía tomar chocolate.

—Esta noche ha sido la más excelente de todas—dijo Joaquina.

—Tú habrás dormido también?

—Sí señor; tengo el sueño ligero, y apenas la señora tose, se mueve ó queja, abro los ojos y estoy lista.

—¡Ligero!—repitió Mario sonriéndose.

Volvió á las dos horas y preguntó noticias.

—Sigue durmiendo; aun no ha llamado.

Alegróse Mario, pero no del todo; cierta inquietud indefinible, y todavía sin causa, le hostigaba el ánimo. Pasó una hora..... nada! Otra media hora..... nada tampoco!!

Mario no pudo dominar la inquietud. Abrió cuidadosamente la puerta, por si dormía la enferma. Habíase apagado la lamparilla. Las rendijas del balcón daban paso á la luz exterior. El silencio era absoluto. Tropezó con una silla; tosió, cada vez más fuerte; nada: siempre el mismo silencio.

—Se habrá muerto?—dijo, formulando por vez primera su temor y dando forma al pensamiento latente.

Digitized by Google

Temblábanle las piernas; golpeábale el corazón con tremendos aldabonazos.

—Mamá!—murmuró—. Mamá!—repitió con voz más puesta, titilante de sollozos—. Mamá, mamá, mamá!!—concluyó por gritar, á la vez que abría atropelladamente los ventanillos.

Un balbuceo, como de persona que se despierta, le inundó de gozo. Fué á entrar en la alcoba, y se detuvo sorprendido y preocupado. Oíase un tartamudeo, una voz titubeante, una queja que abortaba, en tono lastimero y grotesco: el canturreo de un idiota, el gimoteo de un borracho.

Los rayos solares llegaban hasta la cama, iluminando á D.ª María completamente inmóvil, en posición supina, sobre los chafados almohadones. La expresión de la cara era diferente, y pronto conoció Mario de qué dependía: de una desviación de la boca, cuyos labios subían hacia arriba, como si los tirasen con la pita de algún anzuelo metido en la comisura. Contempló, tocó, palpó; la mirada era inteligente, pero el costado derecho del cuerpo estaba paralítico.

—Qué es esto? No poder valerme del médico! Avisaré al de Alsasua. Llega la muerte volando.....? Verla sufrir siempre..... ay! pero es verla vivir. Ningún horror es comparable al de la muerte!

Pesábale haber quemado los libros de Medicina. Pronto le hubieran sacado de dudas. Era el fin ó una complicación? nuevos gérmenes de sufrimiento ó benéfica anestesia? Cierta palabreja técnica surgió en su memoria,

Digitized by Google

asociada á síntomas de parálisis; palabreja hasta entonces indiferente, odiosa yá, y signo de miserias: la palabra embolia. ¡Cuántas lágrimas caben dentro de las tres sílabas de un término pedantesco! Tal vez se equivocaba; y qué? El hecho lamentable no podía suprimirse; su madre paralítica y muda. El nombre de la dolencia importaba poco.

La explicación científica la obtuvo apenas vino el médico de Alsasua, ampliada por Landazuri, nuevamente llamado. La ciencia era muy sabia; reconstituía el mecanismo exacto de la lesión: la formación del embolus, su acarreo por las ondas sanguíneas, su emigración por las carótidas, su llegada á la arteria silviana izquierda, la oclusión de determinada rama de ella, la cesación del riego de la tercera circunvolución frontal izquierda y la afasia subsiguiente, ó sea la pérdida total del lenguaje hablado y mímico, y la inevitable hemiplegia. Todo esto lo explicaba la ciencia con claridad suma, deslumbradora, al igual de los movimientos y labor de una máquina: ay! pero sin curarlo!

La enferma retenía íntegra la facultad de sufrir, pero sus comunicaciones con el mundo exterior estaban rotas como si la hubiesen emparedado. No quedó otro arbitrio sino atisbar en sus ojos la aparición de sus deseos, deducir de la angustia facial la intensidad de los ataques disnéicos, para incorporarla y meterle almohadas detrás de la espalda, y adivinar cuanto le convenía ó necesitaba. Al cabo fué posible levantarla de la cama. Y se

Digitized by Google

pasaba los días inmóvil en el sillón y no menos inquieta por eso, revelando la inquietud el incesante masculleo de gruñidos y refunfuños, de que se valía para pedir cosas que la buena voluntad, á tientas, tardíamente le presentaba. Las únicas señales suyas de vida, eran los balbuceos pueriles de su lengua y la inteligente mirada de sus ojos lúgubres.

Mario volvió á vivir como recluso. La presencia de María Isabel molestaba, sin género de duda, á la enferma. Las criadas, aunque deseosas de acertar, amenudo erraban. Mario, pues, hubo de permanecer adherido á la butaca, descifrando, de continuo, el logogrifo de una voluntad sin signos. En medio del silencio absoluto de la estancia, las horas eran años y los días siglos; pero cada noche, al arrancar la hojilla del calendario, observaba que la sucesión del tiempo era vertiginosa. Los relojes expresaban una idea única: «ruina, muerte!» la alegre sonería de la habitación, «ruina, muerte!» la campana solemne de la torre.

Mario procuraba conservar en la memoria los rasgos de la fisonomía de su madre, ay! próxima á borrarse para siempre; y la desfigurada mascarilla iba eliminando el recuerdo de la cara alegre y sana de otros tiempos. De aquí su conato de reconstituirla contemplando retratos antiguos. Padecía la contradición de serle odiosas é idolatradas, á un tiempo, las facciones del rostro desfigurado. Los ojos de la madre y del hijo dialogaban; desesperados los de él, sin consuelo los de ella. La con-

Digitized by Google

vivencia de dos seres, parecíale á Mario una burla de lo infinito que por breves momentos los une y luego los separa eternamente; cruce de viajeros asomados á las ventanillas de los trenes sobre la doble vía, que un segundo se miran y no se vuelven á encontrar jamás. Pero pronto las promesas de la fe le serenaban.

Moríase la enferma, muy lentamente. El médico, salvo complicaciones, auguraba tres ó cuatro meses de «agonía». Calificativo exacto; semejante vivir era morir. Los progresos del mal los publicaban la inclinación del cuerpo hacia adelante y la extensión progresiva del edema que invadía los muslos y comenzaba á entumecer la cara. Experimentaba frecuentes crisis de llanto, llanto muequero y estrepitoso de niño en la cara de un moribundo. Ensañamiento cruel: lo grotesco sobre lo horrible.

Y á lo menos, si á la enferma le fuese dado morir donde había vivido, en su cuarto, entre las cuatro paredes de siempre! Pero no; que la precedería la expulsión, el humillante éxodo buscando nuevo domicilio, el extrañamiento de los lugares donde transcurrieron los días felices, al alma gratos por la magia de los recuerdos y el título amable de la costumbre. La últimas imágenes, al cerrarse los ojos, serían de cosas nunca contempladas á través del ambiente de la dicha. Cómo evitarlo? Faltaba el modo. Solicitar la consideración, mover la piedad de D. Juan Miguel? quimera! Cabalmente repicaba su propósito de ocupar el palacio apenas le asistiese el derecho. Habría

Digitized by Google

que sacar á la enferma en camilla ó en cochecito de mano y llevarla á Bizcaya, ó aceptar la hospitalidad con que le brindaban amenudo, previendo el trance, los tertulianos, el Párroco, Juan Bautista, más que todos instante. Negra alternativa: morir en cama forastera ó prestada.

Estas perspectivas, estas cavilaciones, la continua contemplación de los estragos del mal, la vida sedentaria, la falta de apetito y sueño, el silencio, excitaron y exacerbaron el sistema nervioso de Mario, rompieron su equilibrio. Apenas se ofreciera coyuntura propicia, su juventud vigorosa, cohibida, descargaría su agitación interna, estallando cual una mina, en acción y movimiento.

La ocasión vino preparada por muchos sucesos, pero fuera de todos los propósitos de Mario, y la suministró el día de las elecciones. Desde la víspera, sábado, corrió la voz por el pueblo que los liberales estaban resueltos á sacar gran mayoría, á tuertas ó á derechas, por industria ó violencia, según las pesas cayesen. Y como las noticias del distrito eran que la elección se disputaría extraordinariamente, y que el tercer candidato, al ganar terreno royendo á derecha é izquierda, quitaba fuerzas á los bandos contendientes, dejándoselas casi equilibradas, la importancia de cualquiera suplantación de votos, resultaba incalculable. Corría el dinero de D. Santiago por las tabernas como el agua de la fuente, operando, al parecer, numerosas conversiones. Verdad es que la consigna del organista era:

Digitized by Google

«coger las pesetas del liberal y votar contra», y este florentinismo de Urgain ganaba muchos prosélitos, al concertar la opinión y la codicia. Por la noche hubo rondas, canciones y palos á la puerta de Aquilino: pretexto para meter en la cárcel á varios electores carlistas.

La costumbre del país consistía en votar después de misa mayor, antes de las doce, y después reunirse en las posadas y tabernas, á costa de los candidatos. Desde la mañana, la animación fué desusada; todo se volvía cabildeos, grupos, ir y venir.

Al acabarse la misa, salieron los hombres á la plaza. El cielo estaba triste; picaba el cierzo, sin barrer las nubes. Los caciques comenzaron á reunir sus huestes, deteniendo á los menos animosos, que huían del compromiso. La mayoría se dejaba encasillar con la pasividad de un rebaño de carneros. Á muchos aldeanos, flemáticos y poco vehementes de suyo, les atosigaba el recuerdo de la guerra civil. No habían sufrido bastante entonces? Los hijos á las filas; dobladas las contribuciones; la prestación personal de bagajes, las raciones de pan, vino y carne, sin tasa. Hoy les atropellaba el jefe carlista; mañana el liberal. La guerra se hacía al paisano, *arrayo!* Con los ojos cerrados, no viéndoles las boinas y roses, imposible distinguir á los combatientes. Si unos juraban y blasfemaban, lenguas de infierno tenían los otros; moceros todos, en pugna deshonesta. La voz de libertad, era esclavitud; la de religión, matanza: ambas, saqueo. Claro es que varios de los escamados eran car-

Digitized by Google

listas, desde el fondo del alma: por abolengo, por tema, por presión social, por influjo del cura, por amor á la religión y á las cosas antiguas. Pero vencidos ó vendidos, hombre á hombre y pecho á pecho, á qué disputar á los liberales los votos, inventados por ellos? Á qué prolongar la lucha en un terreno donde habían de ser derrotados, aunque triunfasen? Los liberales, pese á quien pese, mandan; suyos el rey, los ministros, los jueces, los generales y hasta los obispos. Acaso podían cambiar ese estado de cosas los votos de Urgain, ni aun los del distrito? D. Santiago era hijo del pueblo, del mismo pelaje de ellos. Á qué irritarle, cuando mañana podrían verse en el caso de pedirle favores, sobre todo si ocupaba la poltrona provincial? De esta suerte discurrían, inspirados por el sentido común del egoismo y del desaliento.

El grupo de los carlistas era mucho más nutrido que el liberal. Á la sombra de la iglesia iba recibiendo las candidaturas por el conducto de D. Cayo y D. Abdón, que se movía como una ardilla, recogido el manteo y sobre los ojos la teja, bajo el fuego graneado de las cuchufletas de D. José Joaquín, que le hablaba á lo *liberal* para quemarle la sangre.

—Cojos y mancos! los curas á la sacristía. Jesucristo nunca se metió en elecciones, ni dijo á éste que votara por el otro, ni al otro por éste. Los curas han de ser como los ómnibus, para todos los fieles. Ah, si yo fuese juez municipal! ya estaba usted en chirona hace rato. Vaya un modo de perturbar las conciencias!

Digitized by Google

D. Rafael, tieso como un pino dentro de su anticuada y raída, pero limpia, levita negra, luciendo el aire militar que debía á sus luengos bigotes canos, al frente de un pelotón de viejos, aguardaba la consigna. Dos gritos le rondaban los labios, fugitivos del pecho, buscando salida: «¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!» Y estaba resuelto á lanzarlos antes del «¡marchen!», disgustado por que en vez de habérselas con la urna tramposa, no fuese ocasión aquella de atacar una trinchera bizarramente defendida.

Dos hombres se desprendieron del grupo de los liberales, dirigiéndose hacia el de los carlistas.

—Calla!—exclamó D. José Joaquín—; qué buscarán ésos? Son Iriarte y Selaya. El «puñadico» vuelve la cara, esperando algo gordo! Cojos y mancos, D. Abdón! vienen á prenderle á usted; el papel que trae el juez municipal, es el mandamiento de prisión. Carape, ya era hora!

Y bajando la voz, añadió:

—Estos curas electoreros, llenos de buena voluntad, nos hacen mucho daño. Suscitan al partido los mayores enemigos que tiene.

Iriarte y Selaya llegaron. Hubo murmullos y remolinos de gente; la curiosidad impuso silencio.

—Señores—dijo el juez municipal en bascuence—, no hay que alarmarse. Nadie iguala mi respeto á la libre emisión del sufragio. Quien por opinión prefiera votar al carlista, allí se las haya; no se trata de esto. He venido

Digitized by Google

á ver si en Urgain quedan hombres honrados. Pues aquí, entre vosotros, hay electores nuestros.

—Cómo se entiende, vuestros?—preguntó D. Abdón, atufándose.

Iriarte le replicó brutalmente en castellano:

—Métase usted dentro de..... la pila de agua bendita, clerizonte, y sáquese los demonios facciosos del cuerpo. Digo,—añadió, de nuevo, en bascuence, encarándose con el grupo—, que aquí hay unos cuantos que ayer pidieron dinero prestado á D. Santiago, prometiéndole el voto. Aquí están los nombres y cantidades. Si no vienen conmigo al colegio, les voy á formar causa por estafadores, por ladrones.

Con voz de pregón fué leyendo la lista. Ante tamaño cinismo, todos se quedaron atónitos. Los interesados, á quienes la conciencia les argüía de haber obrado mal una vez y estar dispuestos á reincidir, y que en achaques de leyes únicamente sabían que los liberales las hacían y aplicaban, comenzaron á mirarse de reojo, guiñándose el ojo y agrupándose detrás de Iriarte.

Advirtió el peligro D. Abdón; echando fuego por los ojos y espuma por la boca, se plantó delante del juez:

—Esto es un escándalo inaudito, señor mío! la ley prohibe dar y ofrecer dinero. El acto de usted, supuesto el cargo que ejerce, es una verdadera coacción. Á Dios gracias, éstos son hechos públicos y se probarán cumplidamente.

Iriarte soltó una carcajada insultante:

—Poquísima vergüenza se necesita para

Digitized by Google

hablar de coacciones. Usted está violentando la conciencia de los feligreses, prevaliéndose de su carácter sacerdotal. Por miramientos inmerecidos, no le he formado causa. Pero si insiste, lo empapelo.

—Yo cumplo mi deber; yo excito á los católicos contra el liberalismo, contra Lucifer su padre, contra el Infierno su posada. En último caso, tanta coacción será la mía como la de usted.

—Con una diferencia: que como nosotros mandamos, á usted le castigarán, y á mí, no.

Iriarte había dado la razón decisiva. Los electores de la lista, ya no vacilaban.

—Vamos!—dijeron.

Iriarte, ufano al par de César ó Aníbal, ojeó rápidamente la lista:

—Falta uno; Juan Pedro Urniza, el de Choribit..... dónde está?

Sonaron nuevos murmullos: de curiosidad, de protesta, de expectación. Abriéndose camino á codazos, salió un hombrecillo de cara morena, ojuelos azules, pelo crespo y nariz larguísima, cuerpo delgado y flexible, como el de una comadreja. Su voz clara y penetrante, se oía en toda la plaza.

—Tomé los dineros, porque soy más pobre que las ratas..... pero en cuanto á votar, ¡míra!

Y remató la frase con un gesto indecoroso, aprendido cuando fué soldado, arrojando á los piés del juez municipal una moneda de cinco pesetas.

Siguieron aplausos, risas y gritos. Los de la lista, vacilaron con el ejemplo. Selaya é Iriar-

Digitized by Google

te se los llevaron á empujones; dos ó tres se escabulleron, reingresando en las filas carlistas.

D. José Joaquín, que observaba la escena con gran sosiego y aire de guasa, apenas don Abdón, trémulo de ira, se le acercó, dijo tranquilamente:

—De todos los de la lista, el único que no bebe vino es Choribit; por eso ha devuelto el dinero.

El cura estaba furioso y no le hacían mella las observaciones filosóficas.

—Vaya usted á la miel, D. José Joaquín! Esto es muy grave, extraordinariamente grave!

Y recalcó el adverbio.

—Se necesita tener alma de cántaro, para echar las cosas á broma. Nos quitan treinta votos, lo menos; quién sabe si con ellos triunfará el maldito liberalismo? Qué sin vergüenza son esos prófugos!

—Ca, hombre! usted es de otra tierra y no los conoce bien. Se van por puro honrados. Ayer se bebieron el dinero y no pueden devolverlo. De lo contrario, serían otros tantos héroes, al igual de Juan Pedro Urniza, el de Choribit.

La plaza hervía. Los dos bandos se denostaban. Hubo una oleada de gente, y del campo carlista se separaron muchos mozos, capitaneados por Casildo, que á paso de carga ocuparon los soportales del Ayuntamiento, y se desplegaron en guerrilla delante, blandiendo palos, y navajas algunos.

—Qué es ello?—preguntó D. José Joaquín.

—Dicen que van á impedir que los negros

Digitized by Google

entren en el colegio electoral,—respondió un viejo.

Mientras tanto los liberales, con D. Juan Miguel á la cabeza, echaron á andar; pero cayó sobre ellos tal nube de piedras, que hubieron de retroceder, recibiendo la silba más espantosa. El notario, retorciéndose como los condenados, interpeló á los guardias civiles, que se paseaban:

—¡Cabo Medina! ve usted éste escándalo? Llegó la hora de coger el reminton! Con la excusa de poner orden, leña á los facciosos! Á ver si me tumban ustedes á tres ó cuatro.

Pero el cabo Medina, que era malagueño de muchas conchas, le replicó sosegadamente, sin cesar de liar el cigarrillo:

—Ozté, zeñor D. Juan Miguel, que za creío? Que eza gente zon mozquito? Toos eyos zon mu bragaos; han eztao en la facción y no lez mete mieo trez trizte cívico cargaos de familia y que no zon ezpósito, sonsoniche! Yo me voy á recoger mi gente, aguardando las dizpozicione de la auztoridá..... pa hacer lo que ze puea, y naa máz!

D. Juan Miguel pegó un bufido de toro veragüeño.

—Badajo! va usted á permitir que se violen tan escandalosamente las leyes de la nación? Nos atropellan, nos vejan..... ellos, ellos, los vencidos! Así son los facciosos.

Pero el cabo, sin inmutarse, volvió las espaldas al notario, cuyo frenesí tocaba al paroxismo.

Digitized by Google

Entonces apareció Simón Belza, alguacil y tamborilero, con una tercerola.

—Cada quisque agarre su escopeta, si la tiene, y á ellos! Si ocurren palos y tiros, mejor; no ha de votar ni uno!—exclamó blasfemando.

El aspecto de la plaza, imponía. Cada uno de los bandos ocupaba un lado de ella: los carlistas á la izquierda, los liberales á la derecha. Las puertas de las casas se cerraron precipitadamente; á los balcones y ventanas se asomaban, llenas de sobresalto, las mujeres; excepto Celedonia, que permaneció en la acera de la taberna, repartiendo copas de aguardiente y animando á los hombres. Los grupos se incitaban á la lucha con insultos é improperios; el vocerío era ensordecedor; resonaban palabrotas y blasfemias, pocas veces proferidas por aquellas morigeradas gentes. La pasión política fecundaba los gérmenes de animal carnicero, rara vez esterilizados totalmente en el hombre por la virtud y la civilización. Brillaban al pálido sol intermitente, cañones de escopeta y bastantes navajas; amenazábanse, de mano á mano, los *makilas,* nudosos y toscos. Todo el mundo comprendía que el primer paso en dirección al colegio, sería señal de la pelea. Sin duda, el temor á contraer tan grave responsabilidad clavaba los piés en el suelo. Pero la prudencia no es cualidad de las muchedumbres, y de un momento á otro surgiría la insensatez, capaz de producir la conflagración: las personas sesudas temblaban.

El Abad y cinco ó seis vecinos se presenta-

Digitized by Google

ron á Mario. D. Javier apenas podía articular palabra; su enorme carota apoplética, amoratada y sudorosa, expresaba la más viva angustia.

—Bien sabe Dios—decía—, que éstas pícaras cuestiones políticas me revuelven el estómago; que me aparto de ellas deliberadamente. Pero ahora, habría cargo de conciencia; amenaza al pueblo un día de luto. Jesús, Jesús bendito! Sangre, y sangre á borbotones en éstas calles honradísimas, donde nunca ha corrido, si no miente la memoria de los más viejos. D. Rafael, D. José Juaquín, el boticario, Arteaga, Goñi, las personas racionales de una y otra cuerda, ¡claro es! se lamentan y desean que la ventolera no llegue á huracán. Mas en cuanto á atajar el incendio personalmente, *nequaquam!* lo veda el maldito amor propio, el resobeo y martilleo de estos días, la nefasta tema y contumacia de que el perro rabie y vote según el gusto de los señores. Homo, D. Mario! usted conoce á la gente, y la gente le conoce á usted; es buena y dócil, morigerada, fácil de llevar y traer, y con poco que Dios nuestro Señor nos ayude, fuera de media docena de energúmenos, nos atenderán todos. Quédense en la plaza los endemoniados, el escribano, el organista, etcétera; les daremos navajas y saldremos después á recoger los rabos, homo! Á D. Abdón, echándole por delante mi autoridad canónica, lo metí en casa; no es poco, y la bullanga pierde una de sus principales cabezas. Á usted le corresponde lo demás, D. Mario. Salga á la calle, y con

Digitized by Google

su prestigio, influencia y palabra, restablezca la paz en el pueblo; la Virgen Santísima se lo pagará, homo! Por Dios, que no vea yo ésta pobre sotana manchada con la sangre de mis feligreses!

El Abad, con su mano temblorosa de emoción, estiraba la sotana raída que recubría un corazón paternal, cuyos arranques refrenaba, de ordinario, la cortedad de genio, privándole de la influencia que su coadjutor, más dominante y entrometido, disfrutaba. Sentado en la butaca, donde apenas le cabía el cuerpo, descomunalmente grueso, soplaba cual un cachalote, enjugándose la frente con un pañuelo de hierbas.

Una amarga sonrisa crispó los labios de Mario.

—Sr. Abad, mi prestigio, mi influencia, son humo, vanas sombras! La calumnia y la pobreza me los han arrebatado. Nada puedo: lo siento.

—Niego la proposición, homo! la niego rotundamente. Ciertas cosas no pasan de la corteza. Se repiten sin darles crédito. Sobre todo, intentarlo: qué mal puede venir de ello? Si le desatienden, ofrézcale á Dios la raspadura del amor propio. Querer el bien, es hacerlo. Sea usted Ugarte hasta el fin, homo! Yo le ayudaré cuanto pueda. Espero que se unirá á nosotros D. Tomás, que lleva una cabeza de loco sobre un corazón de santo.

Los circunstantes apoyaron, calurosamente, las instancias de D. Javier.

Digitized by Google

Es verdad. Tenía razón el bondadoso Abad; había que ser Ugarte hasta el fin: el conjuro mágico estaba pronunciado. Dentro de ocho días la casa nativa habría pasado á otras manos, pero mientras tanto, era el señor de *Jauregiberri*, desde donde habían ejercido sus ascendientes bienhechora tutela sobre el pueblo y el valle. Las tradiciones familiares le habían enseñado que no siempre es mentira la significación etimológica de la palabra *aristocracia*, «gobierno de los mejores». Una llamarada de generosidad y entusiasmo le enardeció el pecho. Dió un beso, un beso largo de despedida, alegre como el bien obrar, á su madre, y tomando el paquete de candidaturas de Zubieta, salió á la plaza, acompañado del Abad y escoltado de los vecinos que fueron á buscarle.

Dirigióse, en primer término, á D. Rafael y D. José Joaquín. Expúsoles, en breves palabras, sus propósitos; negáronse ellos á cooperar.

—Nos pide usted que desertemos frente al enemigo—dijo D. Rafael, violentando su veneración al Ugarte.

Pero ambos dieron palabra de que no contrariarían su propaganda pacificadora, ni aconsejaron á nadie que la desoyese.

Animado por esta promesa penetró en los compactos grupos de los aldeanos, que le saludaban con el mayor respeto y afabilidad. El organista, en cambio, le increpó groseramente llamándole «traidor, sectario del liberalismo católico, que es el peor de los liberalismos». El Abad, que tenía una voz estentó-

Digitized by Google

rea, le cortó la sarta de insultos, gritándole:

—Cállese usté, *sasi-teólogo!* Usté llama liberalismo á todo lo que no le gusta; hasta al chocolate con agua. Ocurrencia que todos riyeron, apagándose los fuegos de D. Cayo bajo la ducha del ridículo.

Mario, rodeado de los aldeanos, seguía perorando. La carga nerviosa, durante tántos días acumulada, rompía en afluente y persuasiva frase; hablaba el corazón al corazón, y sus palabras volaban con las alas de oro de la elocuencia. Los aldeanos atónitos, pronto persuadidos, y encantados siempre, bebían el discurso. Nunca les habían dicho cosas semejantes. Lo que en el fondo de su aversión latente á las luchas políticas era egoismo y desaliento, herido por la varita de virtudes que á los guijarros trueca en diamantes, ahora resultaba nobles sentimientos y patrióticas virtudes. Pasaban, envueltas en luctuosas túnicas, las escenas de la guerra civil, y sobre ellas se cernía, coronada de luceros obscurecidos por vahos de sangre, la imagen de Nabarra. Amarrados á la más alta picota los partidos políticos, recordaba sus promesas, otras tántas mentiras, sus esperanzas, otros tántos fracasos: su ingratitud, su insolencia, sus rapiñas y matanzas, única sinceridad de ellos. Hablaba, no á la opinión, sino á la naturaleza; no al carlista y al liberal, facticios y circunstanciales, sino al nabarro; y ahondando más la peña viva, al euskaro, recubierto por tántas capas de mentiras políticas, históricas y nacionales, sedimento de los tiempos. Y pasando de lo ge-

Digitized by Google

del ronzal. Baraja! figúrese usté, D. Cayo, que éste no pone la pata en nengún sitio, de onde no venga á sacásela ese condenau señorico! Primero le quitó la novia, y aura, aura, con sólo presentar la papera, le mete el resuello en el cuerpo y pasa la puerta hiciendo irrisión del portero!

—Estos mocitos son así—dijo el organista á media voz, como hablándose á sí propio—; muy valientes entre ellos..... pero con los ricos, nunca se atreven.

Las palabras de D. Cayo añadieron nuevas gotas de amargura á las que había vertido Celedonia. Y era la cólera de Casildo tanto más terrible, cuanto que, procediendo de pasiones embravecidas, lejos de estallar y derramarse por fuera, se reconcentraba dentro del pecho, sin dar otras señales externas que la mirada, donde bullían malos pensamientos.

Callaron el organista y Celedonia, impresionados. Bebió el mozo un cuartillo de vino, y sin desplegar la boca, salió de la taberna.

—Dios! que poma de veneno lleva! Si le abrirían la tripa, saldría hierro rusiente.

—Me temo alguna atrocidad—exclamó el organista—. Llámele usted, Celedonia!

—Llamale? que lo llame su agüela. Usté, ques de tierra de maiz, no tiene experencia de estas cosas. Aus! á los hombres, cuando se ponen así, hay que dejalos. Cualquier cosa es más pior! Voy á rezar una salvica pa que se escape. Probe mocé: que no se pierda!

Los electores de Urgain, conquistados por Mario, iban llenando la urna con candidatu-

Digitized by Google

ras de Zubieta. Los soportales de la casa municipal estaban repletos de gente alborozada, de aldeanos que habían emitido su voto y esperaban á sus amigos para despedirse y retirarse á comer la berza, el tocino y la borona caseros, en vez de las suculentas comidas dispuestas en las tabernas y posadas por los otros dos candidatos. Y ésta era, á decir verdad, la única nube que empañaba el radiante horizonte de la concordia urgainesa.

Mario votó el último. Al bajar la escalera y aparecer en la puerta, comenzaron, de nuevo, los vítores y señales de entusiasmo. Mario, conmovido, contestaba sonriendo. Borrábanse de su memoria las tristes escenas de su casa. Consolador espectáculo! Mario era completamente feliz entonces. Acudieron á su memoria las palabras supremas de Fausto, y las repitió fervorosamente: «Detente, momento, ¡eres tan hermoso!»

Arremolinóse el pueblo. Osciló la ola formidable de la gente que echa á andar. Gritaron algunos niños y mujeres apretujados; ahulló un perro á quien le pisaron las patas. Los hombres más próximos pugnaban por levantar, de nuevo, á Mario sobre las espaldas. Resistíalo él, forcejeando. De pronto, sintió un dolor agudo en el costado izquierdo, una frialdad que le penetraba el pecho. Cedieron sus fuerzas, y aprovechando la falta de resistencia, innumerables brazos robustos le asieron y sentaron sobre el trono popular dispuesto. Pero en vez de un cuerpo erguido, alzaron un cuerpo inerte, cuya cabeza caía lacia del lado

Digitized by Google

á que le impulsaban las oscilaciones del busto. Y sobre las caras del pedestal humano llovían gotas rojas y calientes.

Resonó un alarido! quién era el infame? Nadie se daba cuenta del cuándo y cómo del suceso. Mirábanse, unos á otros, los circunstantes, é instintivamente, soltaron el cuerpo los que lo sostenían, y todos se echaron atrás, quedando Mario inmóvil y sin habla, desangrándose, en medio de un ancho corro, tendido.

Ni el médico ni el cura llegaron á tiempo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Por la noche, cuando el pueblo entero comentaba y execraba el asesinato, y hacía conjeturas acerca del asesino, y abrumaba á preguntas á D. Rafael, para conocer hasta los más insignificantes pormenores de la tristísima escena desarrollada al comunicársele á D.ª María la muerte de su hijo, y nadie se acordaba de las elecciones, el secretario del Ayuntamiento llamó discretamente á la puerta de D. Juan Miguel.

Apenas podía contener la risa:

—Ya tenemos hecha la trampi-legal. El agua de gomas nos ha surtido. Los votos de Zubieta le he puesto á D. Santiago, dejando pocos al carlista y al independiente, menos. De balde anduvo D. Mario; pero si no le dan la cuchillada, escasamente ganamos; los mesantes tenían cada ojo, así.

Digitized by Google

Y formó un círculo con el índice y el pulgar.

—A propósito de D. Mario, se sabe algo?

—Nada. Agora se llega juez de Pamplona. Iriarte me dice para preguntar á usted qué luces le habremos de dar, porque aquél, también, estará á ciegas.

—Hombre, psh!—contestó después de un rato el notario, con tono indiferente—; en caso de duda, el muerto á los carlistas!

Digitized by Google

XVI.

SALE EL SOL.

Tanto como se adelantó la primavera, anduvo de reacio el verano para meterse por las breñas de la Barranca y rasgar las nubes, secar las charcas, levantar las brumas y ostentar el sol.

Á una con el sol tardío en el valle, instalóse D. Juan Miguel Osambela, alias *Chaparro,* en la mansión señorial de *Jauregiberri:* suceso, de suyo, memorable para Urgain, aun cuando no hubiese coincidido con la cesación de un temporal de aguas pertinacísimo—que á pocas malogra la frondosidad y lozanía de los campos—, rebelde, durante largo tiempo, á las misas y rogativas más fervorosas y devotas.

Estos acontecimientos granados fueron precedidos de otro no menos *sensacional:* la marcha á Bizcaya de D.ª María y de María Isabel. No le sucedió á la señora de Ugarte lo que á los reyes destronados; toda su servidumbre se ofreció á seguirle, la tertulia continuó celebrándose completa hasta la víspera del viaje, y al bajar á la estación, medio pueblo le hubiese dicho adiós allí, á no impedirlo los amigos de la casa.

Las gentes, no obstante, se asomaron á las

Digitized by Google

ventanas y puertas, y salieron á las bocacalles, dirigiéndole afectuosas despedidas: «Dios la acompañe.» «Acuérdese de nosotros.» «Ya la encomendaremos para que Dios le dé cuanto le haga falta.» Estas y otras frases análogas, aumentaban la aflicción de la enferma.

Diluviaba. D.ª María iba en un cochecito de mano, resguardándose de la lluvia bajo la capota y la cubierta de hule, extendida sobre las piernas. Juan Bautista empujaba al coche. Entre la sombra se distinguía la cara pálida, cadavérica, de la enferma, sin otro rasgo de vida é inteligencia en todo su cuerpo si no es los ojos tristísimos. Á mano derecha caminaban el Abad y D. Rafael; á mano izquierda D.ª Rosita la mayorazga y María Isabel, oculto el rostro por un velo muy tupido. Detrás seguían Joaquina y Josepantoñi con lios de ropa, abrigos, mantas de viaje, paraguas y sacos de noche, recibiendo indefensas, pero impertérritas, el feroz aguacero que removía la bilis á los acompañantes, cuyas ropas escurridas y empapadas delataban la cómica inutilidad de los paraguas. El suelo de la carretera era papilla de barro, donde las botinas se teñían de gris hasta los tirantes, y las sayas y pantalones se salpicaban hasta la cintura.

D. Juan Miguel estuvo, desde la puerta de casa, atisbando los preparativos de los vecinos, el va y viene de los tertulianos. Detuvo al Abad y le preguntó la razón de llevar cartera de viaje, y supo entonces que él y Juan Bautista Oyarbide se alargaban hasta Bizcaya.

Á Osambela no le cabía el gozo en el pelle-

Digitized by Google

jo. El reloj de las vicisitudes sonaba su hora. Caído estaba el único poder rival ó superior; sus astillas iba á llevárselas el tren, de un momento á otro. Ahora salía el carrito de los equipajes; á poco la comitiva, como séquito fúnebre, á la sazón que el cielo, abriendo sus cataratas, trocaba la tenaz llovizna por desaforado diluvio. El notario dirigió miradas satisfechas á las plomizas nubes, densas y bajas como las del invierno. Pero le faltaron agallas para ver pasar á los emigrantes rozándole la ropa, y se subió á la sala, donde D.ª Gertrudis y sus dos hijas, pegadita la cara al cristal y procurando esconderse tras las cortinillas, contemplaban el éxodo lamentable de los últimos Ugartes.

Cuando volvió la cara D.ª Gertrudis, dos lagrimones pendían de su nariz amoratada.

—Ah! estabas ahí, terroncito mío. No te he sentido venir. Muestras mayor sensibilidad que nosotras. Y luego dirán que eres duro: áspero sí, pero bondadoso como pocos. Uu uu uy! de lo contrario, hubiese podido quererte, yo que soy un panal de miel, de la más fina y dulce? Pero no te conocen las gentes, y se guían por las apariencias; hay que levantar la corteza. Realmente, parte el corazón ver marchar de esa manera á las personas más distinguidas del pueblo, á la familia más ilustre del valle. Jesús, cómo está D.ª María! asusta. Metida en el carrito, parece que la llevan á pedir limosna. Pues, con todo, paralítica, muda, semimuerta y pobre, es una señora, una verdadera señora.

Digitized by Google

Bajando la voz y poniéndose el dedo sobre los labios, añadió:

—No hay otra aquí.

Osambela se riyó con estrépito y guasa:

—Chica, chica! Á diario te descubro nuevas cualidades. Y tú dónde te pones y quedas? Eres la modestia, la humildad andando! Porque á lustre, cuál casa competirá con la tuya? Al fin tu padre, el cabo de linaje de los Erdózain, tenía muchos, pero muchos más *escudos* que esos Ugartes! Buena es la humildad, excelente la modestia, pero no á tal extremo llevadas, badajo! Y menos ahora, ahora que dentro de diez días te repantigarás en los propios salones de D.ª María la infanzona y ocuparás su trono vacante. Y acabarás por dejarla tamañita, pues te sobra lo que á ella le falta: en este mundo, cada quisque..... es lo que se viste.

D. Juan Miguel dejó el tono irónico, y esponjándose, prosiguió gravemente:

—Mira, Gertrudis, ciertas palabras disuenan en tus labios. Piensa que somos las personas más importantes, no del pueblo, sino del valle. Ninguno sirve para descalzarnos tocante á dinero, y quien tiene el dinero, tiénelo todo. El país, desde hoy, queda sujeto á mi omnímoda voluntad, sin freno ni valla que la coarte y detenga. La nieta de *Kakategi* y el nieto de *Chaparro* murieron, como los Ugartes. Nosotros adornaremos el palacio con el brillo mayor del mundo: el brillo del oro. Á olvidar, pues, rancias ideas, subiéndose á la altura de las circunstancias: estamos en la punta de la cucaña.

Digitized by Google

D.ª Gertrudis, que escuchaba con sumo cuidado, al oir las últimas palabras de su marido experimentó violentas ganas de reirse; pugnó por matar la risa: hincháronsele los carrillos, apretó los lábios, y al fin salió á borbotones.

—Ignoro la causa de esa jovialidad estúpida!—exclamó el notario, amoscándose.

—Jesús! amadísimo Osambela, yo no me río de tus palabras, pues te venero y adoro, bien lo sabes, como corresponde á una esposa modelo. Sino que mi memoria es fresca, y las cosas de antaño, para mí son como si sucediesen ahora mismo. Y al oirte hablar de la cucaña, recordé un cuento de mi padre—digo cuento, y fué sucedido!—que á ti también te hará gracia, y para desenfadarte, lo voy á contar. «Celebrábanse las fiestas de un pueblo, y acudió muchísima gente, la cual se extendió por la plaza, alrededor de la cucaña. Por entre los grupos, andaba un pobre jorobadito sin que nadie notase su presencia ó le hiciese mayor caso. Observando que ninguno de los mozos conseguía llegar á la punta de la cucaña, el jorobadito, muy ágil, se acercó, y en un santiamén se encaramó por el palo. La gente, al principio creyó que era un niño, y le aplaudía. Pero cuando se detuvo el ganancioso para apoderarse de la bolsa y saludar, muy ufano, al público, uu uu uy! entonces le vieron todos la joroba, y le pegaron una silba..... una silba!.....»

D.ª Gertrudis, con las manos junto á la boca, á guisa de trompeta, meneaba la cabeza. Robustiana y Agustina se retorcían de risa

Digitized by Google

por los rincones, mientras su padre, frenético, salía del cuarto vociferando:

—Esa bruja me ha de matar! De ordinario, la supongo imbécil rematada, pero, á veces sospecho que es peor que el mismísimo demonio!

Conclusa la tramitación judicial, y corriente la adjudicación de bienes, D. Juan Miguel pasó á ocupar el palacio. Antes del alba comenzó el traslado de los muebles á que el notario sentía apego, completamente innecesarios, además de viejos, porque D.ª María le vendió la mayor parte de los suyos.

Robus y Agustina trabajaron muchísimo, registrando los rincones de su antigua casa, abriendo los armarios, sacando y recontando la ropa, atando los lios, encanastando la vajilla y cubiertos; y después, dentro de la nueva morada, dirigiendo la distribución y colocación de los trastos. Pero quien, sobre todo, echó los bofes y trabajó más que mula de varas, fué Cataliñ, la rústica criada que, aldas en cinta y á través del barrizal de la plaza, por ahorrar tiempo y camino, no cesó de transportar, sobre la cabeza ó á lomo, enormes bultos. Y no fué de los menores quehaceres borrar las huellas de sus piés, en todos los suelos del palacio impresas.

Con tánto tragín, logró D. Juan Miguel sentarse á la mesa del gran comedor á la una, y disfrutar de la galería para tomar el café y fumar el puro, bañada por el sol que un par de horas antes comenzó á lucir, gracias al cierzo. El «puñadico» asistió á esta fiesta preliminar de la entronización, que había de celebrar-

Digitized by Google

se el domingo próximo, á toda orquesta, con suculenta comida. Á las tres menos cuarto apareció Perico Sangüesa, el boticario joven, que subía de Pamplona trayendo una noticia que fué muy comentada: el sobreseimiento de la causa formada á Casildo Zazpe, alias *Cuadrau*, por homicidio de D. Mario de Ugarte.

Durante los primeros días, á nadie había culpado la opinión. El delito lo reprobaban todos, pero ninguna voz designaba al autor del crimen: el sentimiento dominante era el estupor. De pronto, sin saber cómo ni porqué, comenzó á decirse al oido, en alta voz pronto, y á gritos por fin, que el asesino era Casildo. El carácter pendenciero del mozo, su constante tendencia á cubrir plaza de matón y hombre «de malas tripas», la brutalidad de sus maneras y lenguaje, ciertas frases amenazadoras proferidas contra D. Mario en distintas ocasiones, la parte activa que tomó la mañana «de autos» capitaneando á varios grupos, y sobre todo, su cualidad de forastero, por cuanto al atribuírsele la comisión del delito, parece como que se limpiaban los naturales de la villa, contribuyeron á que el rumor tomase cuerpo y obtuviese crédito.

Pero las diligencias sumariales dieron resultado negativo. La navaja recogida en el lugar del suceso manchada de sangre, era una navaja ordinaria de cortar pan, idéntica á la que usaban los mozos del pueblo, siendo público y notorio que *Cuadrau* llevaba siempre consigo una faca de chulo. Divulgóse que un muchacho, momentos antes del crimen, le oyó

Digitized by Google

decir á Casildo: «José Miguel, préstame tu navaja»; pero ante el juez negó el testigo el dicho, y Loipea el hecho, aseverando que él y su amigo corrieron á auxiliar á Ugarte. De esta manera quedaron, asimismo, explicadas satisfactoriamente las manchas de sangre que la ropa de Casildo, como la de otros varios mozos, presentaba.

Todos éstos pormenores eran universalmente conocidos en Urgain. Por tanto no debía sorprender, ni sorprendió, realmente, el sobreseimiento al «puñadico», aunque le suministró asunto para charlar media tarde.

Dieron un largo paseo por la carretera de Pamplona á Vitoria, y al anochecer, cuando se retiraban, les alcanzó y dejó atrás un caminante que, brincando como un gamo por encima del seto, subió á la villa á través de las huertas.

—Calla! parece *Cuadrau!*—exclamaron varios de los paseantes.

—Parece y lo es—replicó Selaya, cuya vista gozaba fama de buena.

Cuadrau entró por detrás de la iglesia, y tomando estrecha y solitaria callejuela, llegó á la tienda-taberna de su padre. Por la entornada puerta salía un rayo de luz. Aplicó el oido y dijo: «No hay gente de fuera. José Miguel está hablando con la Celidonia».

Abrió la puerta de un empujón y penetró por ella, saltando y relinchando.

—Mocé! exclamó la muchacha, loca de júbilo. Y volviéndose hacia la cocina, lanzó un grito agudísimo:—Madré, Casildico!

Digitized by Google

Salió á la tienda la pobre mujer, y ella y su hija compitieron á quién daba más abrazos, hasta que el mozo se desasió bruscamente, diciendo:

—Aus! basta de fatadas! Soy santico daltar, ú qué?

El padre, por el contrario, permaneció inmóvil, sin apartarse del hogar.

—Ya sabes que me caso con Chelidoni?—preguntó Loipea, tendiéndole la manaza á Casildo.

Las mujeres prepararon la cena; una cena con lo mejor de la despensa, en són de bienvenida y jolgorio, y que sin embargo resultó mustia, porque el padre se mantuvo huraño y el hijo fué encapotándose hasta sellar herméticamente los labios.

Cuando Loipea, única persona que se mantuvo alegre, se retiró, la familia permaneció sumida en embarazoso silencio, roto por Celedonia, á quien preocupaban los labios prietos y la mirada torva de su hermano.

—Mocé, qué te pasa? Cualesquiera diría que te pena haber güelto. No nus haces más caso cáuna burra muerta.

—Otra, y á quién se lo ices? Pior man recibido caun perro en misa.

—Habráse visto enemigo!—exclamó la madre—y no tas dejau que te comiesémos á besos.

—A mí todavía denguno ma hecho un desprecio, ni hay servido de sobra. Los cuatro remos tengo sanos y dondequiera se gana un piazo de pan. Lo mesmo me da dirme que quedame.

Digitized by Google

Aquilino levantó la cabeza, y cruzando los brazos y apoyándolos sobre la mesa, dijo meneando el busto con rápidos movimientos de cólera:

—Á mí no me vengas con requilindorios..... Á tú que se te figuraba, quiba ó á encendel lucicas cuando vendrías? No merecen menos, verdá, los santicos que salen de la cárcel?

—Bien pina pienso llevar la cabeza en domingo y en lunes y en toa la semana. Que si en la cárcel hay estau, no ha sido por ladrón, cacho! Vulcar á un hombre, á naide deshonra.

—Cuando se le mata cara á cara.....

—Sobre todo, padre, camí naa man probau, y eso que güenas ganas tenían. En los autos del juez estoy más limpio.....

—Ni á Dios ni á tu padre le engañas, endino! Y no tinches pensando quel agua sucia de la curia te limpiará la sangre de las manos. Y qué sangre, Virgen Santísima de Ujé! toica llaneza, hombría de bien y señorio: hecha de mieles pa los probes y roceros! Ah! si hubieses visto, como ó, pasar á la madre drento de su carrico, tan consumida que páice un par de ojos metidos en un lio de ropa, al arrimo de esa mala perra de hija, que la dau tántos desgustos, se tabría caído de lástima la cara, ú no eres hijo mío. Aura toa tu vida ta de estar mirando Dios de riojo! No tienes tú la maor culpa, sino las picoteras que meten el solimán por los oidos. Esa, la pior de todas; en cuanto te cases con Loipea, á quien traes y llevas como zarandillo, no metas aquí más las rechatas narices.

Digitized by Google

Aquilino, con el puño cerrado amenazaba á Celedonia.

La moza palideció de coraje, y á no habérselas con su padre, cuya energía le atemorizaba, se deslengua.

—Ya me casaré, pae, y ya mairé. Vaya si mairé! Así no podrá icir Miguel que toa la familia semos desagradecidos. ¡Endemás si quería usté que declararía la verda pa que nos agarrotasen á éste!.

—Tú sola le quieres, ú qué? Pero yo, siempre le di güenos consejos; no dirás tú otro tanto, mala chandra!

—Quien sa dir, y aura mesmo, porque el suelo de esta casa me está quemando las patas, soy ó—exclamó Casildo—. Madré, adiós. Ancho es el mundo. El sol luci para toos. No llorar, repuño! Gracias, moceta.

Y dando un apretón de manos á Celedonia, se dirigió á la puerta. Entonces Aquilino le agarró por el brazo:

—Llevas dinero?

Casildo permaneció callado é inmóvil. Aquilino le metió un puñado de duros dentro de la faja.

—Mira, Casildo, mientras esas cosas no se olvidan, en España un mal querer es dueño de tu persona. Pregunta por el camino de America, y vete. Adiós.

La madre y la hermana hicieron ademán de oponerse, pero una mirada de Aquilino les cerró la boca imperativamente, y se retiraron llorando, á la vez que Casildo salía de la taberna.

Digitized by Google

—Que purgue, que purgue—murmuró el padre, secándose con el dedo una lágrima que le enturbiaba el ojo izquierdo—, que purgue en este mundo, pa que Dios no le castigue en el otro.

«El sol luce para todos»: hasta para el sombrío y encharcado Urgain! Cada mañana subía los rosados escalones del oriente, y por las cumbres de las montañas á quienes iba distribuyendo diademas de oro, llegaba á su trono peñascoso de la sierra, y desde allí promulgaba sus órdenes á la naturaleza entera: que brillase el rio, rompiesen los arroyos sus cárceles de nieve, extendiesen los prados sus verdes faldas y la morena tierra sus rubias crenchas, cantasen los pájaros y las fuentes les respondieran. Quería sujetar al imperio de sus alegres pragmáticas el territorio donde se encastilla el tétrico invierno. Y porque las nieblas se le resistían, asaeteábalas con sus rayos de fuego, obligándolas á huir dispersas y teñidas de sangre, y porque la selva le obedeció temprano, adornándose y vistiéndose de follaje, prendíale en las ramas, á modo de recompensa, sartas de clarísimas perlas.

Pronto reinó solo y triunfador desde el alto y diáfano cielo. Endurecióse la tierra de los campos, cubriéndose su amplia superficie de compactos terrones y tormos grisientos. Los panes, espigados y frondosos, se extendían por la vega, irguiendo las barbudas cabezas para beber la luz y con su calor cuajar la leche de los tiernísimos granos. Agostábase, paulatinamente, el fresco verdor primero,

Digitized by Google

sustituyéndole, poco á poco, los reflejos del oro. La granazón, tardía pero perfecta, doblaba los secos tallos con el peso de las opulentas espigas. Y cuando el cierzo las mecía, sonaban yá como el trigo que se echa al granero.

La tierra ardía, abrasada por un calor de horno. La claridad era tan radiante, que velaba con un tenue vaho de plata el nítido azul del firmamento. Refugiábanse los pájaros en las arboledas y matorrales, buscando frescura; la amapola, sedienta, inclinaba hacia el suelo la roja gorguera deslucida. El silencio habría sido absoluto si las cigarras, alegres hijas del sol, dispersas por los desiertos sembrados, dóciles al ritmo de su corazón de poeta, no hubiesen hecho sonar de continuo sus estridentes panderos. Á la vez que la tarde caía, aumentaban los rumores: esquila de rebaños, gorjeos de la enramada, cantos de codorniz. Y más tarde, las voces de los amantes de la noche: el chirrido de los grillos, la nota gimiente del buho, el cuarreo de las ranas, la serenata melancólica del sapo á la luna, sobre las piedras de la ciénaga entonada con flauta de cristal.

Josepantoñi, después de llenar dos ó tres herradas y echar el pienso á los bueyes y renovarles la cama con helecho fresco, solía sentarse sobre una piedra bajo la copa de los nogales. Vagaban sus ojos por la ondulación de los trigos y escuchaba la misteriosa y elocuente sinfonía nocturna. La naturaleza cantaba el amor, la renovación; contraponía la serenidad de los astros y de las montañas á los senti-

Digitized by Google

mientos efímeros de los hombres. El aire tibio parecía un hálito de los nidos, un hervoreo de las semillas. Desde los pardos surcos, los coros de insectos repetían la sempiterna consigna: «perezca el individuo, dure la especie»; y se distinguía y palpaba la vida doquiera, desde las clamorosas orillas del rio, hasta las ramas del árbol, doradas por las estrellas.

Era cual una universal seducción á la que Josepantoñi, poco á poco, se rendía. La impresión horrenda y la pena amarga por la desastrosa muerte de Mario, se iban apagando y desvaneciendo, reduciéndose á dulce recuerdo, cada vez más borroso. La sangre rica y joven coloreaba con carmines de aurora los horizontes de la vida. Pedía acción, actividad, movimiento, á voz llena; y con palabra trémula, apenas perceptible, correspondencia de afectos. Una segunda primavera del alma, quebraba hielos y abría capullos. Secas las lágrimas y cicatrizada la herida, volvía á ser la hija de los campos, la hermosa flor silvestre, como antes de que la pusiese mustia y lacia la pálida luna de los ensueños románticos. Así es que, cierta mañana, cuando llegó la suspirada sazón de los trigos, metióse la muchacha miés adentro y hoz en mano, entonando canción más alegre que el trino de las alondras, levantadas del terruño por su presencia.

Cuadrillas de segadoras interrumpían el incesante cantar de las cigarras. Envueltas las cabezas por un paño blanco, que no dejaba al descubierto sino la frente, nariz y ojos, en mangas de camisa y con justillo ó corsé y ena-

Digitized by Google

guas cortas, por el traje blanco y la piel morena parecían árabes. Baja la cabeza, doblada la cintura, recibía su cara el hálito abrasador de la tierra, más aún que el del aire, sofocante. Sus espaldas se recocían al sol, cual si las cubriese una plancha de acero candente desde la nuca á los riñones. Manchas de sudor, especialmente á lo largo de la columna vertebral y en los sobacos, jazpeaban la blancura del lienzo. El trigo iba cayendo; por las heredades serpeaban las hoces de plata entre los tallos de oro. De tanto en tanto, al amontonar los manojos de un haz, interrumpían las segadoras por breves instantes la faena, y sedientas como el caminante del desierto, vaciaban ávidamente medio cántaro, entornando por el placer los ojos bajo los resplandores del cielo. Y allá, á la tardecica, cuando Aralar y Urbasa unían sus aterciopeladas sombras con el broche diamantino del rio, y el lucero enviaba sus primeros fulgores entre frescas bocanadas de cierzo, sobre el pandero de las cigarras, el crótalo de los grillos, el cuarreo de las ranas, el gemido del buho y la flauta cristalina del sapo, sobre todos los rumores, susurros y voces de la noche misteriosa y elocuente, resonaba el coro de las segadoras, celebrando la alegría de sus pechos con melancólicas canciones euskaras, que parecían aumentar la serena majestad del crepúsculo.

Josepantoñi siempre había gozado fama de valiente en las labores de la siega, pero aquel año superaba á su reputación. Cortada la miés y atados los fajos, sin aguardar á que carga-

Digitized by Google

sen el carro, comenzó á traerlos sobre la cabeza. El de Zubizar, José Martín Goenaga, sentado á la sombra de la fagina de su propia era, contemplaba embelesado el ir y venir incesante de la muchacha, la roja pulpa de sus labios, más roja que las amapolas que entre las espigas de trigo caían delante de su cara, las formas llenas del cuerpo vigoroso, reveladas por la escasa ropa, la turgencia del pecho cuando alargaba los brazos para tomar y dejar los haces, la obscura pátina extendida por el sol sobre las pantorrillas y piés, cuyos tonos de barro cocido avivaba la blancura de la enagua.

Mientras venía el carro de casa, que traía los últimos fajos, llegó el de José Martín, y Josepantoñi, por no permanecer ociosa, comenzó gallardamente á descargarlo.

José Martín, resplandecientes los ojos, se aproximó á la muchacha y le rodeó la cintura con el brazo.

—Entraste en mi era, entraste en mi era!—murmuró con anheloso acento—¡por fin!

Josepantoñi, apoyándose en el brazo membrudo de José Martín, echó hacia atrás la cabeza. Abrióse su fresca boca, exhibiendo la sana y bien puesta dentadura, y retozona carcajada salió de ella, como del nido un pájaro parlero.

—Y no he de marcharme nunca..... digo, si quieres. Quiéres?

Josepantoñi se sonreía maliciosamente, con chancera provocación. José Martín no daba crédito á sus oidos. Un sueño reputado impo-

Digitized by Google

sible tomaba cuerpo prodigiosamente. Ensanchósele el corazón, y detrás de la alta fagina de trigo, á hurtadillas de los peones, selló con un goloso beso el sí más firme y grato de toda su vida.

La siega había terminado. Las gavillas se amontonaban junto á las eras. Un sábado por la mañana, cuando las señales atmosféricas presagiaban buen tiempo fijo, la gente labradora se puso, de nuevo, en movimiento. Desde la víspera volaba de labio en labio, á modo de consigna, la frase: «*Larraña kootzatzera*». Por venir dos días festivos consecutivos, tendrían las eras tiempo suficiente de secarse y endurecerse para recibir la parva el martes. Éste era el motivo de la prisa. Niños, hombres, mujeres, ponían mano en la obra; como las hormigas, iban y venían, moviéndose sin cesar. Limpiaban, en primer lugar, de yerbas y cardos el suelo; después, lo barrían y regaban. Los espesos remolinos de polvo enturbiaban el aire, caldeado por el sol. Las carretas, cargadas de fiemo de corral, llegaban conducidas por los flemáticos boyerizos, que desuncían los bueyes y dejaban las carretas desenganchadas. En la fuente exterior, inmediata al Calvario, la gente se disputaba los seis caños; y quién en herradas, quién en comportas y pozadores, éstos sobre la cabeza, aquéllos á lomo, los demás á brazo ó en carros, conducían el agua á las eras, donde las mujeres la mezclaban con el fiemo vertiéndola á las vasijas, y después de diluído, derramaban el espeso líquido por el suelo, que alisaban é

Digitized by Google

igualaban pasándole un trillo, inservible ó cualquier otro pedazo de madera recubierto de ramas.

Sofocaba la temperatura tórrida. Los cuerpos, semidesnudos, brillaban con el sudor como si fuesen de bronce. La tierra, húmeda, exhalaba un vaho nauseabundo. Bullía la blanca muchedumbre entre las doradas pilas de miés que chisporroteaban al sol. Reinaba un silencio desusado: ni cantos, ni risas, ni conversaciones de vecino á vecino.

Y es que los espíritus estaban cohibidos por la preocupación política, por la elección de diputados á Cortes que iba á verificarse el día siguiente. La incesante propaganda de mes y medio, había sembrado desconfianza y odio en los corazones. El recuerdo de los últimos sucesos aumentaba la audacia de unos, y el afán de desquite de otros. *Blancos* y *Negros* habían puesto sus ojos en Urgain, para repetir la mistificación, y para impedirla. Ni siquiera le cabía al labrador el gusto de recoger pacíficamente su mísero bocado de pan. Ganchos y muñidores de ambos partidos recorrían las eras, torciendo las voluntades con la promesa, la dádiva y el engaño. Sobre el fiemo de las cuadras, campaba el fiemo, mil veces más pestilente, de la política española.

Cómo fué? no llegó á aclararse el punto. Disputó Selaya con el organista, ó D. José Joaquín con el notario? El caso es que dos eras contiguas comenzaron la disputa, y desde allí se corrió como incendio por rastrojo. Á la amenaza replicaba la burla, al sarcasmo la

Digitized by Google

ironía. El agravio político se envenenaba con el pus del agravio personal, y los antagonismos particulares presentaban sus ángulos á los de partido. Tántos gritos rajantes, tántas voces broncas, tántos improperios, tántos retazos de historia familiar, local, regional, provincial y nacional como allí resonaron, sobre las eras estercoladas, se resolvían en una frase única, fórmula y resumen supremos: «¡más eres tú!»

Vacío el cesto de las injurias, exhausto el desaguadero de los insultos, los hombres, enardecidos por el sol que en las venas inyectaba fuego, se lanzaron unos contra otros á puñadas, mordiscos y coces, rodando y revolcándose frenéticos por el suelo.

Y cuando, al cabo, se logró restablecer el orden y llegó el caso de levantar los contusos y heridos, nadie hubiese podido decir quiénes eran los *blancos* y quiénes los *negros,* pues á todos les tiznaba y embadurnaba, parificándolos, desde la uña del pie hasta la punta del pelo, el líquido derramado por las eras.

Pamplona, 13 de noviembre de 1896.

Digitized by Google

ÍNDICE

	Páginas
I.—Ojeada sobre Urgain y sus moradores	1
II.—En familia	15
III.—Proyecto matrimonial	36
IV.—Un misionero	52
V.—Cartas de la Montaña	86
VI.—Maizachuriketa	103
VII.—La flecha en el blanco y el arco roto	124
VIII.—Intimación matrimonial	149
IX.—Chispazos en el agua	174
X.—Nuevos motivos para el aria de «La Calumnia»	206
XI.—Nochebuena	230
XII.—Chaparradas	257
XIII.—El diablo en Urgain	277
XIV.—Coleadas del diablo	305
XV.—Sombras	327
XVI.—Sale el sol	364

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

~~RENEWALS ONLY~~	~~Tel. No. 642-3405~~
JUL 2 1968 D.K.	

LD 21A-45m-9,'67
(H5067s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

Digitized by Google

Y^143804

Digitized by Google

Digitized by Google